

Por el autor de *El corredor del laberinto*

JAMES DASHNER

**EL
JUEGO
INFINITO
REVOLUCIÓN**

Lectulandia

Las inteligencias artificiales han empezado a tomar el control de cuerpos humanos... y solo Michael y sus amigos podrán detenerlos.

Junto con sus amigos Sarah y Bryson, Michael completó el Camino para enfrentarse al peligroso ciberterrorista Kaine y proteger a los usuarios de Red Virtual. Pero, en el último momento, descubrió que habían sido engañados... y que Kaine, una inteligencia artificial, los había utilizado para lanzar una guerra contra los humanos.

Kaine ha hallado la manera de habitar y controlar el cuerpo de las personas en el mundo real. Su plan es poblar la Tierra de mentes artificiales albergadas en cuerpos humanos: cualquiera de los millones de jugadores de Red Virtual está en peligro de ser abducido...

La ofensiva ha empezado. ¿Será Michael capaz de detenerla?

Lectulandia

James Dashner

El juego infinito. Revolución

La doctrina de la mortalidad - 2

ePub r1.0

Titivillus 18.05.15

Título original: *The Rule of Thoughts*
James Dashner, 2014
Traducción: Verónica Canales
Ilustración de portada: Tom Sanderson
Diseño de portada: Tom Sanderson

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Para el #DashnerArmy.
Estamos juntos en esto.*

Un extraño en la casa

Michael no era él.

Estaba tumbado en la cama de un desconocido, mirando un techo que había visto por primera vez solo un día antes. Se había sentido desorientado y con náuseas toda la noche, fue despertándose entre convulsiones, presa de la ansiedad y sin parar de tener pesadillas. Su vida había saltado por los aires; estaba a punto de perder la razón. Su propio entorno —la habitación desconocida, la cama extraña— era un recordatorio implacable de su nueva y terrorífica vida. El miedo corría por sus venas y lo destrozaba por dentro.

Y su familia. ¿Qué había ocurrido con su familia? Cada vez que pensaba en ellos, languidecía un poco más.

Las primeras luces del alba —un fulgor plomizo y pálido— hacían que la persiana cerrada de la ventana refulgiera de forma escalofriante. El ataúd situado junto a la cama parecía silencioso y oscuro, espeluznante como un féretro exhumado de una fosa. Michael casi podía verlo: la madera putrefacta y agrietada, los restos humanos del interior asomando por fuera. Ya no sabía cómo mirar los objetos que lo rodeaban. Los objetos reales. Ya ni siquiera entendía el mundo real. Le daba la impresión de que alguien le hubiera borrado de un plumazo todo su conocimiento del mundo.

Su cerebro era incapaz de asimilarlo todo.

¿Su cerebro?

Estuvo a punto de echarse a reír, pero la risa no llegó a salir de sus labios.

Michael tenía un cerebro auténtico desde hacía solo doce horas. Ni siquiera un día entero, reflexionó, y esa mera idea agrandó el vacío que sentía en el estómago.

¿De verdad era cierto? ¿En serio?

Todo lo que sabía era fruto de la inteligencia artificial. Datos y recuerdos inventados. Tecnología programada. Una vida inventada. La lista de elementos irreales seguía hasta el infinito, cada una de las descripciones, en cierta forma, era peor que la anterior. No había nada real en él, y, aun así, allí estaba, la Red Virtual y el programa de la Doctrina de la Mortalidad lo habían transportado hasta ese lugar y lo habían convertido en un ser humano de carne y hueso. Un organismo viviente que respiraba. Que vivía una vida robada. Y todo para poder convertirse en algo que ni siquiera entendía. Su visión del mundo se había trastocado. Hasta lo más esencial.

Sobre todo, porque no estaba seguro de creer en ella. En su opinión, podría encontrarse en otro programa, en otro nivel de *Sangre vital profunda*. ¿Cómo iba a ser capaz de volver a creer que sabía discernir entre lo real y lo digital? Esa incertidumbre iba a enloquecerlo.

Se volvió boca abajo y ahogó un chillido hundiendo la cara en la almohada. La cabeza —esa cabeza robada y desconocida— le dolía por los miles de pensamientos que palpitaban en su interior; todos luchaban por ganar protagonismo. Por ser procesados y comprendidos. Y el dolor que sentía no era distinto de cuando era un tangente. Lo que solo contribuía a confundir a Michael aún más. Era incapaz de aceptar que hacía solo unas horas fuera un programa, una larga línea de código. No lograba asimilar esos datos no computables. «Computables», como una computadora. El adjetivo lo hizo reír, y la risa intensificó el dolor de cabeza. Sintió la garganta desgarrada por la risa, fue un malestar que llegó a oprimirle el pecho.

Volvió a gritar, lo que no contribuyó a mejorar la situación. A continuación se obligó a mover las piernas hacia un lado para despegarlas del colchón e incorporarse. Sus pies tocaron el frío suelo de madera, lo que le recordó que se encontraba en tierras extrañas. El suelo del piso donde siempre había vivido estaba cubierto por una moqueta mullida, y creaba un entorno más acogedor, más cálido, seguro. No era frío y duro. Quería hablar con Helga, su niñera. Quería ver a sus padres.

Esos pensamientos lo dejaban prácticamente abatido. Intentaba evitarlos, obligándolos a confundirse con otros en esa maraña de miles de ideas, pero el recuerdo de sus seres queridos no pensaba esfumarse. Era insistente y exigía atención.

Helga... Sus padres...

Si lo que Kaine había dicho era cierto, tanto la niñera como sus progenitores eran tan artificiales como lo habían sido las uñas de las manos programadas de Michael. Incluso sus recuerdos. Jamás sabría cuáles habían sido los programados en su inteligencia artificial y cuáles había vivido en realidad dentro del código de *Sangre vital profunda*. Ni siquiera sabía desde cuándo existía; desconocía su verdadera edad. Quizá tuviera dos meses, tres años o cien.

Imaginó a sus padres y a Helga como personas artificiales, desaparecidas, o muertas; tal vez jamás hubieran existido. Aquello no tenía sentido.

El dolor se abrió paso hasta su pecho y le encogió el corazón; la pena lo constreñía. Se echó de nuevo en la cama, se volvió boca abajo y hundió la cara en la almohada. Por primera vez en su existencia, Michael gritó como un ser humano real. Sin embargo, las lágrimas eran tal como las recordaba.

desesperación acabaría con él, el sentimiento se apaciguó y le dio un respiro. Quizá fuera por las lágrimas. Durante su vida como tangente, rara vez había llorado. Era posible que no lo hubiera hecho desde niño. Siempre decía que no era un llorón. Y en ese momento lo lamentó, porque estaba claro que el llanto contribuía a aliviar el dolor.

Realizó un nuevo intento de salir de la cama y esta vez lo consiguió. Plantó los pies con fuerza sobre el suelo, la superficie estaba fría y las emociones a raya. Había llegado la hora de hacer lo que no había logrado la noche anterior por falta de fuerzas: intentar averiguar en quién narices se había convertido. Puesto que nadie había acudido corriendo al oír sus gritos, supuso que debía de estar solo.

Se paseó por el piso, fue encendiendo las luces y levantando las persianas para dejar entrar los rayos del sol matutino. Quería ver hasta el último detalle de ese extraño lugar que se había convertido en su hogar y decidir si debía quedarse.

La ciudad que se veía por las ventanas no era la misma que él contemplaba desde su antiguo piso. Aunque al menos sabía que era una ciudad: un paisaje que le generaba cierto bienestar porque le resultaba familiar. Edificios muy pegados entre sí, coches abriéndose paso por el entramado de calles entrecruzadas, y la eterna neblina generada por el *smog* que difuminaba el paisaje. Los transeúntes corriendo por la acera de camino a sus quehaceres diarios. Ni una sola nube en el cielo azul claro y de aire nostálgico.

Empezó el registro del lugar.

Nada fuera de lo normal en las habitaciones. Ropa, muebles, fotos que pasaban en bucle por las pantallas murales. Michael se quedó durante un buen rato plantado ante la gigantesca que había en el dormitorio principal, observando diversas fotos de la familia —madre, padre, hijo, hija—, que se proyectaban alternativamente. No recordaba muy bien qué aspecto tenía en ese momento, y le resultaba muy desagradable ser ese chico que aparecía en situaciones tan variadas y que para él no tenían ningún sentido: un retrato de familia delante de un lago flanqueado por altísimos robles, el sol radiante en el cielo azul. Los hijos eran pequeños, el niño estaba sentado en el regazo del padre. Otro retrato, mucho más reciente, que le habían hecho en un estudio, tenía un fondo gris y moteado. Michael se había quedado contemplando su nuevo rostro en el espejo durante largo rato; le espeluznaba ver esa misma cara mirándolo desde la pared.

Había otras fotos más informales. El niño a punto de batear durante un partido de béisbol. La niña jugando con bloques de construcción plateados en el suelo y mirando sonriente al fotógrafo. La familia al completo de picnic. En la piscina. En un restaurante. Jugando.

Al final, Michael desvió la mirada. Le dolía ver una familia tan feliz cuando era posible que él hubiera perdido la suya para siempre. Con expresión huraña caminó hacia la habitación contigua, que, a todas luces, era la de la niña. Su pantalla mural no proyectaba ni una sola foto de familia, solo imágenes de sus grupos musicales y

actores favoritos; Michael los conocía a todos de *Sangre vital*. Había un marco de los antiguos sobre la mesilla de noche, junto a una cama toda rosa, con una fotografía auténtica dentro, una de papel. La niña y su hermano —él— sonriendo y haciendo el payaso. La niña parecía unos dos años mayor que el niño.

Las fotos solo contribuían a que Michael se sintiera peor, así que empezó a rebuscar en los cajones para dar con alguna pista sobre quiénes eran esas personas. No encontró gran cosa, aunque sí llegó a la conclusión de que el apellido de la familia era Porter y que la niña se llamaba Emileah; una forma curiosa de escribir Emilia.

Al final reunió el valor necesario para regresar a la habitación del chico. Mejor dicho, a su habitación. Con las sábanas de la cama hechas un guiñapo, el ataúd y el duro y frío suelo. Entonces vio justo lo que quería y temía al mismo tiempo: el nombre del chico. El chico al que le había robado la vida. Estaba escrito en una tarjeta de felicitación de cumpleaños, sobre la cómoda.

Jackson.

Jackson Porter.

La felicitación estaba cubierta de corazoncitos pintados de rojo, dibujados a mano y muy pintorescos. ¡Qué tierno! En su interior, una chica llamada Gabriela declaraba con un mensaje su amor eterno por Jackson y amenazaba explícitamente con estrujar las partes más íntimas de la anatomía del chico si este dejaba que alguien lo leyera. Eso sí, añadía una carita sonriente, por supuesto. Había una especie de borrón en la parte de abajo, como si se le hubiera caído una lágrima al final, justo después de una frase relativa a un aniversario. Michael tiró la tarjeta. Se sentía culpable, como si estuviera fisgoneando en una habitación prohibida.

Jackson Porter.

Michael no podía soportarlo. Volvió a la cama de la habitación principal y miró de nuevo la pantalla mural. En ese momento le provocó una sensación muy distinta. Por algún motivo, saber el nombre del chico lo cambiaba todo. Hizo que Michael dejara de pensar en sí mismo durante un instante. Veía esa cara y ese cuerpo que ahora eran suyos realizando una cantidad ingente de actividades: correr, reír, rociar a su hermana con una manguera, comer. Parecía un tío feliz.

Y ahora ya no estaba.

Le habían robado la vida. Michael había usurpado su existencia a su familia y a su novia.

Una existencia con nombre propio.

Jackson Porter. Sorprendentemente, Michael se sentía más triste que culpable. Al fin y al cabo, él no había provocado esa situación, ni era responsable de ella. Sin embargo, la desesperación seguía dañándolo de una forma inaudita.

De golpe, apartó la mirada de la pantalla y siguió registrando el piso.

Michael rebuscó en los cajones hasta darse cuenta de que no había mucho que encontrar. Quizá las respuestas que buscaba no estuvieran en el piso. Había llegado el momento de hacer algo que debería haber sido prioritario en su lista, aunque fuera lo último que deseaba.

Tenía que volver a conectarse.

El día anterior, justo después de levantarse con su nuevo cuerpo, consultó sus mensajes; pero solo porque Kaine le había ordenado que lo hiciera. Se quedó mirando una pantalla prácticamente vacía, con la única presencia de la abominable nota que le había cambiado la vida, escrita de puño y letra de Kaine, donde le explicaba lo que había ocurrido. Sin embargo, Michael supuso que el tangente solo habría secuestrado la identidad online de Jackson Porter de forma temporal para su propio uso, y que, a esas alturas, ya habría sido restaurada. Lo único que debía hacer era presionarse el audiopad para averiguar, probablemente, mucho más de lo que deseaba sobre ese chico.

Por algún motivo eso le parecía mal, lo cual no tenía mucho sentido, en realidad. Michael había pasado buena parte de su vida hackeando la Red Virtual sin el más mínimo remordimiento. Sin embargo, aquello era distinto. Además, no requería ni hackear ni codificar. Esa acción requería solo un clic; era como pasar una tarjeta robada por un datáfono. Ya había usurpado una vida humana, robar además la existencia virtual de esa misma persona le parecía demasiado.

Michael lo pensó mejor y se dio cuenta de que no le quedaba alternativa. Jackson Porter —la esencia que lo convertía en persona— podría haber desaparecido para siempre. Si quería seguir adelante, debía aceptar esa posibilidad. Y si Jackson no había desaparecido para siempre, si había alguna forma posible de devolverlo a su cuerpo, jamás la averiguaría si no volvía a conectarse.

Encontró una silla —una silla normal y corriente, aburrida, no el trono mullido como una nube de puro placer que tenía en su antigua vida—, se sentó junto a una ventana y bajó la persiana para atenuar un poco el reflejo de la luz solar en la pantalla. Echó un último vistazo a través de las lamas a la ciudad ajetreada con la rutina diaria, imparable y llena de vida. En cierto modo envidiaba a esas personas, ignorantes de que un programa informático tenía la capacidad de robarles el cuerpo. De que algo marchaba muy mal en el mundo.

Cerró los ojos, inspiró con fuerza y volvió a abrirlos. Se levantó y se presionó el audiopad. Un desvaído haz de luz se proyectó desde la superficie del artilugio y apareció una pantalla amplia que quedó suspendida en el aire a medio metro del chico.

La situación era exactamente como él había supuesto. La vida privada de Jackson Porter en la red había sido restituida desde el secuestro perpetrado por Kaine. Una profusión de iconos cubría la superficie de la luminosa pantalla. Había de todo, desde redes sociales hasta juegos y temas relacionados con sus estudios. Michael se sintió aliviado, aunque tenía ciertas dudas. Ignoraba por completo qué hacer. ¿Debía fingir

ser Jackson? ¿Salir al exterior e intentar ocultarse de Kaine? ¿Contactar con alguien de la Seguridad de la Red Virtual? No sabía por dónde empezar. No obstante, decidiera lo que decidiera, necesitaría información. Toneladas de información. Y si era posible, debía hacer ciertas averiguaciones antes de que alguien se presentara en el piso.

Lo que le hacía preguntarse más cosas: ¿dónde estaban los padres de Jackson? ¿Dónde estaba su hermana? Michael tenía el terrible presentimiento de que, en cierto modo, Kaine se había deshecho de ellos, al igual que, según juró, había hecho con los padres de Michael.

Tras visitar varias redes sociales a toda prisa sin obtener resultados, encontró un buzón de mensajes de texto personales y fue leyéndolos en diagonal. Había bastantes de su novia, Gabriela; hasta tres solo de esa misma mañana. Michael abrió el más reciente con recelo.

Jax:

¿Eooo? ¿Te has resbalado en la ducha y te has dado un golpe en la cabeza? ¿Estás durmiendo en un charco de agua jabonosa con la babilla colgando? Estarías mono incluso con esa pinta. Te echo de menos. ¿Llegarás pronto? Voy por mi segunda taza de café y hay un imbécil en la mesa de al lado intentando darme conversación. Vende acciones, o empresas, u órganos de cadáveres... Yo qué sé. Por favor, ven a rescatarme. A lo mejor recibes un beso con sabor a café de premio.

¡Date prisa!

GABRIELA

Adjuntaba una foto: la imagen borrosa y opaca de alguien que Michael imaginó que sería Gabriela —piel morena, pelo negro; una chica guapa— con los labios fruncidos en forma de beso, y dibujándose con el dedo una lágrima imaginaria en la mejilla. La mirada lánguida de ojos marrones fingiendo tristeza. Con el corazón en un puño, Michael cerró el mensaje y siguió revisando el buzón de entrada.

4

No tuvo que buscar mucho más.

Varias cosas cobraron sentido cuando encontró una nota del padre de Jackson, enviada esa misma mañana:

Jax:

Espero que vaya todo bien, colega. Seguro que ya estás despierto, ¿a que sí? ¿A que sí? Nosotros estamos de maravilla. Puerto Rico es precioso. Por enésima vez, sentimos que no hayas podido venir. Pero sé que tienes cosas muy importantes esta semana, así que pensaremos en ti.

Manténnos informados, y ten cuidado cuando entres a nuestras cuentas. ¡Asegúrate de proteger nuestros códigos! (Eso lo ha dicho tu madre).

Nos vemos la semana que viene. ¿Gabby sigue pensando en ir a visitar a su padre?

A Michael le quedó claro que Jackson Porter estaba bien cuando su familia se había marchado de vacaciones. Eso significaba que el cuerpo del chico no estaba hecho un vegetal conectado a la vida por un fino cable —es decir: en coma—, como tantos otros descubiertos a lo largo y ancho del planeta. ¿Habrían sido esas personas en estado vegetativo conejillos de Indias?, se preguntó Michael. ¿Kaine habría perfeccionado el proceso de la Doctrina de la Mortalidad antes de aplicársela a él? ¿O sería Michael el primero con el que habría funcionado? Cualquiera de esas posibilidades le resultaba terrorífica. Si daba la impresión de que los ataques habían concluido, nadie vigilaría de cerca la Red Virtual. Y Kaine podría seguir adelante con su plan de crear un ejército de tangentes con los que lanzar una ofensiva inesperada contra el mundo.

Aunque había algo que le preocupaba de forma más acuciante: qué hacer con Jackson Porter. La lectura de ese mensaje le había dado la absoluta certeza de una cosa: él era incapaz de hacerse pasar por otro. La idea de suplantar la personalidad de ese desconocido ante su familia y amigos se le antojaba ridícula, sobre todo si se presentaba Gabriela y empezaba a susurrarle cosas cariñosas al oído.

¿Qué podía hacer?

Apagó la pantalla de red y volvió a dejarse caer en la silla. Tenía que largarse de allí. Podía dejar una nota con algún tipo de explicación. Le partiría el corazón a su familia, pero al menos les haría saber que estaba vivo. Incluso podría mantener correspondencia con ellos, prolongar el engaño. No le cabía ninguna duda de que sería preferible a que descubrieran que un programa informático había borrado la mente de su hijo y la había sustituido por la de otro chico.

Aunque estaba el problema del dinero...

Se oyó una especie de porrazo, un golpe fuerte, en la puerta de entrada, y Michael se sobresaltó.

Se volvió para mirar hacia el lugar de donde procedía el ruido.

Pam. Pam. Pam.

De nuevo ese ruido. Un golpetazo seco y fuerte, como un ariete de madera impactando contra una superficie metálica. Se oyó una vez más, y otra.

Michael se levantó de un salto y corrió por el pasillo, pasó por la cocina y se dirigió hacia la puerta. Se oyeron otros dos golpetazos, como si alguien estuviera haciendo chocar un objeto enorme empujándolo de atrás hacia...

Bajo una lluvia de astillas del dintel, la puerta metálica implosionó. Michael se acuclilló y se cubrió la cabeza con los brazos cuando la puerta cayó al suelo; no lo aplastó por los pelos. Se le paró el corazón, y levantó la vista para ver quién lo había hecho.

Dos hombres. Ambos iban vestidos con vaqueros y camisa de franela verde

militar, sujetaban una especie de antiguo ariete de madera. Ambos eran corpulentos, musculosos; uno de ellos tenía el pelo negro y el otro era rubio. Ambos lucían barba de tres días y sus rostros revelaban una gran tensión. Además, si Michael no se equivocaba, se percibía cierto asombro en sus caras.

Soltaron el artilugio de madera y se dirigieron hacia el chico.

Él se batió en retirada a toda prisa: cruzó la cocina dando tumbos hasta que tropezó con la encimera, perdió el equilibrio y cayó al suelo. Los dos hombres se detuvieron a unos centímetros de él y lo miraron con idéntica mueca de desprecio.

—¿Hace falta que lo pregunte? —logró decir Michael. Quería sentirse valiente, ser valiente, pero, de pronto, fue consciente de la vulnerabilidad de su cuerpo humano. Era algo en lo que jamás había pensado estando en *Sangre vital profunda*. En ese momento, su existencia podía acabar en cualquier instante.

Ninguno de los dos hombres respondió. Se miraron entre sí con expresión confusa, así que Michael volvió a hablar:

—Supongo que tendré que preguntarlo —murmuró—. ¿Quiénes sois?

Ambos volvieron a mirarlo de golpe.

—Nos envía Kaine —dijo el hombre de pelo negro—. Han cambiado muchas cosas durante estos dos o tres días. Nos han enviado para... llevarte a una reunión. Tiene grandes planes para ti, hijo.

A Michael se le cayó el alma a los pies. Esperaba contar con más tiempo. La cabeza empezó a darle vueltas con un sinfín de preguntas, aunque lo que dijo al final sonó a solemne tontería.

—Pues podríais haber llamado a la puerta.

Un vasto y malvado mundo

1

En realidad, los dos hombres lo ayudaron a levantarse, el rubio le dio incluso unas palmaditas en la espalda para sacudirle el polvo. Sin embargo, ambos guardaban un extraño silencio, y la situación empezaba a resultar bastante absurda en general.

—Bueno —dijo Michael—, chicos, ¿pensáis contarme algo? ¿Al menos cómo os llamáis? —Sentía una extraña tranquilidad mientras hablaba, como si el peligro inmediato se hubiera esfumado gracias a las palmaditas que uno de los dos hombres estaba dándose en los pantalones para limpiarse.

El tipo de pelo negro se enderezó y se cruzó de brazos. Su rostro no expresaba emoción alguna cuando hablaba.

—Me llamo Kinto —dijo, y luego hizo un gesto con la cabeza en dirección a su compañero—. Él es Douglas. Creíamos que seguirías dentro del ataúd, todavía en proceso de transferencia de la Doctrina.

—Parece que nos han informado mal —añadió Douglas con voz grave.

—Sí —admitió Kinto—. Eso parece.

Michael seguía confuso, aunque no tanto como al principio. Al menos, los hombres conocían la existencia de Kaine y de la Doctrina de la Mortalidad.

—¿Significa eso que Kaine también ha conseguido un cuerpo humano? ¿Cuántos tangentes han hecho lo mismo? —Seguía boquiabierto cuando Kinto levantó una mano para hacerlo callar.

—Deja de hablar. —El hombre adoptó una expresión muy formal—. Si Kaine quiere que sepas algo, se asegurará de hacértelo saber.

—Te han hecho un regalo —prosiguió Douglas—. La vida. Por el momento, alébrate y haz lo que te digan.

—Por mí, vale —respondió Michael. En su interior se había desatado una verdadera tormenta con rayos, truenos y vendavales, pero intentó fingir una calma total. Últimamente había tenido demasiadas experiencias que acababan con su aniquilación y era algo que deseaba evitar a toda costa. Acompañaría a esos hombres hasta que se presentase la oportunidad de escapar o hasta que tuviera una revelación sobre qué debía hacer.

—¿Por ti, vale? —repitió Douglas, a todas luces sorprendido por la escueta respuesta.

—Por mí, vale. —Michael tragó saliva. Intentaba hacer el menor número de

comentarios posible y seguir así hasta tener un plan mejor.

Kinto hizo un gesto señalando la puerta.

—Entonces, vamos. No creo que haga falta decirte que no intentes nada. Douglas irá por delante, luego tú y detrás yo. Así que estate tranquilo.

—La vida no puede ser más simple —dijo Douglas con tono airado, aunque rompió con su actitud sombría al esbozar una sonrisa—. Tú me sigues a mí, Kinto te sigue a ti, y todos tus sueños se harán realidad.

El hombre no esperó obtener una respuesta. Se dirigió hacia la puerta, y Michael le fue a la zaga con Kinto pegado a sus talones. Cruzaron el dintel astillado y salieron al descansillo; lo único que rompía el silencio del edificio eran sus pisadas.

Por algún motivo, Michael pensó en *Sangre vital profunda*, en el hecho de que su objetivo en la vida había sido llegar hasta allí algún día, y lo invadió una oleada de profunda tristeza. Había estado allí todo el tiempo. ¡Todo para acabar así! Sabía que resultaba irónico, aunque también profundamente filosófico, pero lo único que podía sentir era la derrota.

Siguió caminando.

2

Michael y sus guardianes avanzaron por el pasillo hasta el ascensor, salieron del edificio, recorrieron las abarrotadas calles y se dirigieron al metro. El chico se sentó apretujado entre los dos hombres después de entrar a empujones al vagón. No podía dejar de pensar en Jackson Porter. En su familia. En su novia, incluso. En Gabriela.

¿Qué habría ocurrido con la conciencia del chico antes llamado Jackson? ¿Se habría acabado todo para él? ¿Le habrían borrado la mente, habrían acabado con su personalidad? ¿O estaría todo almacenado en alguna parte? Si habían logrado transferir a Michael al cuerpo de Jackson, quizá habrían transferido a Jackson para eliminarlo.

No paraba de pensar en que la familia de ese chico estaba tomando el sol en Puerto Rico, sin la menor idea de que habían perdido a un hijo y a un hermano. El sentimiento de culpa lo obsesionaba. Aunque no hubiera sido por voluntad propia, había secuestrado una vida y deseaba, de algún modo, hacer que la pérdida de Jackson fuera más llevadera para sus seres queridos.

Michael y sus captores no habían cruzado ni una sola palabra desde que habían salido del piso, a menos que contaran como expresión verbal los gruñidos que emitían los hombres cuando tenían que cambiar de dirección.

El chico estaba sentado, en silencio, cuando el metro se detuvo en una estación. Las puertas se abrieron y Michael observó, como ausente, a los pasajeros amontonándose en el vagón cual borregos. Algunos sonreían o se disculpaban cuando chocaban entre ellos. Eran los que menos. Una mujer estuvo a punto de no poder

entrar antes de que se cerraran las puertas, y el bolso le quedó atrapado por una esquina. Tuvo que tirar de él para liberarlo y permitir que las puertas se cerraran del todo.

Michael contempló lo ocurrido y empezó a darle vueltas a la cabeza. Miró alternativamente a la mujer y el bolso atrapado en la puerta, y de pronto se le aceleró el pensamiento. ¿Qué demonios iba a hacer? No conocía a nadie, literalmente, no tenía ni casa, ni dinero, ni ropa. No sabía por dónde empezar. ¿Debía seguir con esos tipos, ir a esa reunión, a ese encuentro, para averiguar qué quería Kaine de él? Necesitaba respuestas del tangente, pero ¿no le preocupaba verse atrapado en una situación de la que no podría escapar?

Añoraba a su familia y a sus amigos más que a nadie en el mundo. No podían ser todos artificiales; se negaba a aceptarlo.

El metro seguía avanzando por las vías, proyectando sus faros en la oscuridad del túnel. Michael estaba rodeado de personas; algunas semidormidas, otras leyendo, otras con la mirada perdida. Kinto y Douglas lo flanqueaban, con sus hombros pegados a él, con la misma expresión extraviada que la gran mayoría del pasaje.

A Michael lo asaltó una idea repentina: si era cierto lo que le había dicho la agente Weber de la SRV, la Seguridad de la Red Virtual, la noche anterior, no estaba solo. En alguna parte de ese vasto y malvado mundo, contaba con los dos mejores amigos que se podían tener. No eran tangentes como él, jamás lo habían sido. Eran reales. Weber lo había dicho.

Bryson y Sarah.

3

Michael se dio cuenta de que había algo que le preocupaba: ¿qué pensarían de él sus amigos? Era un tangente. ¿Cambiaría eso las cosas entre ellos? Tuvo una repentina y terrible visión de sus amigos retrocediendo para alejarse, escapando de él a todo correr, un monstruo que se había apoderado del cuerpo de una persona real. Lo había robado.

Pero ¿de verdad creía que ocurriría algo así? ¿No lo entenderían todo?

Sí, decidió que sí. Sí que lo entenderían.

El vagón dio un respingo y se oyó un chirrido, todo el mundo miraba al suelo. Las luces se encendieron, se apagaron, y volvieron a encenderse. Sus dos guardianes no comentaron nada.

No podía acompañarlos. De ninguna manera. Sí, necesitaba respuestas. Sí, necesitaba idear una forma de encontrarse con Kaine y obtener una explicación. Pero no de ese modo. No con el tangente llevando las riendas de la situación.

Michael necesitaba a Bryson y a Sarah. Dio gracias a las estrellas por haber visto el bolso atrapado de aquella mujer, porque le había dado una idea brillante.

Debía mantener la calma. Relajó todo el cuerpo hasta que consiguió permanecer inmóvil, como una estatua, y esperó el momento justo. El metro empezó a decelerar hasta detenerse en la estación siguiente. Las puertas se abrieron y los pasajeros salieron a toda prisa, en tropel, dando empujones a los que querían entrar en el vagón. Un rebaño entraba, el otro salía. Michael observaba la escena con tranquilidad mientras esperaba. Los viajeros se dirigieron a los asientos hasta ocuparlos todos, los que no lograron sentarse se apiñaron como pudieron y se agarraron a los asideros del techo y las barras repartidas por todo el vagón. Se oyó un fuerte pitido y las puertas empezaron a cerrarse.

Sin que nadie pudiera intuirlo, Michael se levantó de un salto del asiento, se abrió paso entre la gente a empujones y saltó hacia el hueco cada vez más pequeño entre las puertas a punto de cerrarse. Tropezó con algo, se reincorporó y se lanzó de cabeza por la angosta abertura. Logró pasar el tronco, pero las puertas le atraparon el tobillo derecho, las juntas de goma se lo aprisionaban y lo sujetaban con fuerza sin permitir que se moviera. Cayó desplomado al suelo, y se volvió para mirar atrás. Los dos hombres estaban del otro lado de las puertas, observándolo tranquilamente por el hueco. En realidad, esa expresión impávida lo asustaba más que si se hubieran transformado en monstruos alados con garras.

Douglas se agachó, agarró el pie del chico y tiró de él con una fuerza increíble, mientras Kinto intentaba abrir las puertas separándolas con las manos. No sirvió de nada. Empezó a sonar un pitido ensordecedor, seguido por una voz robótica: «Por favor, retiren cualquier obstáculo que obstruya las puertas».

Michael apretó los dientes y tiró con fuerza de la pierna que tenía atrapada; apoyó la otra en el vagón para utilizarla como apoyo en su intento de liberarse. Pero Douglas lo sujetaba con firmeza desde el otro lado, y le retorció el pie de tal modo que empezó a hacerle daño. Michael soltó un grito y tiró aún con más fuerza de su cuerpo. Una mujer del vagón empezó a chillar. Fue un chillido agudo que ahogó el ruido de la alarma; resultaba evidente que Douglas no intentaba ayudar a Michael.

Entonces el metro empezó a moverse.

Avanzaba a trompicones y arrastraba a Michael por el andén al tiempo que el chico intentaba agarrarse a cualquier objeto que se pusiera a su alcance, pero lo único que había era el suelo. Se disparó una segunda alarma, esta tenía un timbre más metálico y grave que inundaba el ambiente, y el tren se detuvo. Michael sentía un dolor insoportable en la pierna, la tenía atenzada como en un tornillo de banco, atrapada justo a la altura del tobillo. Douglas seguía retorciéndole el pie desde el interior del vagón, y los demás pasajeros se dieron cuenta de que lo que hacía era lastimar a Michael, no liberarlo. Empezaron a oírse gritos, el chico hizo un esfuerzo por ver lo que ocurría y presencié la refriega. Alguien lanzó un puñetazo. La cabeza de Douglas dio un brusco giro a la izquierda, pero su expresión no reflejó dolor alguno. Michael se quedó mirando lo que ocurría, anonadado, como si su mente hubiera abandonado su cuerpo dolorido.

Entonces alguien empezó a empujarlo hacia afuera en lugar de intentar meterlo en el metro. Una mano lo agarró por el talón para intentar colocarle el pie en una postura más natural. Kinto y un hombre corpulento estaban peleando en el interior del vagón; cayeron al suelo y Douglas soltó a Michael. Se levantó como pudo e hizo fuerza apoyándose en la puerta del vagón con el otro pie. Las alarmas saltaron y sonaron a un volumen ensordecedor. Dos hombres uniformados corrieron hacia él, gritándole órdenes que no acertaba a entender. Los ocupantes del metro estaban gritando y señalándolo por las ventanas.

Al final logró liberar la pierna atenazada entre las puertas, y estas se cerraron de golpe.

Michael dobló la extremidad, se frotó la pantorrilla y el tobillo y miró hacia el suelo mientras el vagón reemprendía la marcha a trompicones. La alarma dejó de sonar y volvieron a oírse los chirridos y traqueteos habituales del metro en marcha. Michael levantó la vista mientras los vagones desaparecían por el túnel. En el último de ellos vio a Douglas, quien le devolvía la mirada a través de una ventana sucia y llena de huellas dactilares, e ignoraba la escena todavía caótica que tenía lugar a sus espaldas.

Por primera vez, el hombre parecía enfadado.

Un puñetazo en el estómago

1

Michael hizo un mohín de dolor, se sujetó la pierna y desvió la mirada de Douglas mientras este se alejaba. Los chirridos fueron distanciándose hasta convertirse en un lejano eco cuando el tren desapareció en la oscuridad del túnel. Oyó las pisadas de alguien que se acercaba a toda prisa por su espalda: eran dos trabajadores del metro que lo ayudaron a levantarse. Se puso en pie con cuidado, apoyándose sobre la pierna herida y les dio las gracias.

Tras un par de minutos de charla y reprimenda, lo dejaron marchar y le advirtieron que no volviera a cometer otra estupidez igual. Ninguno de ellos se había percatado de que, en realidad, Michael estaba huyendo de sus captores, ni de que unos hombres de expresión pétrea habían tirado de él para volver a meterlo en el vagón del metro. Lo cual fue un alivio para él. No quería seguir llamando la atención. Se sacudió la ropa y pisó para probar qué tal tenía la pierna. Le dolía, pero no estaba rota. Al final salió cojeando de la estación para recorrer las calles de la ciudad.

Se detuvo un momento a observar el panorama. Había gente y coches por todas partes. El mundo era muy ruidoso. Cláxones y rugir de motores, conversaciones, gritos y risas. Un coche patrulla pasó volando junto a él con la sirena puesta. La intensidad del sol lo cegaba ligeramente, y hacía que todo pareciera un mar de imágenes borrosas en movimiento. Todavía se estremecía al pensar que había escapado de las garras de Douglas y Kinto; le haría falta un tiempo para recuperarse por completo.

Encontró un banco y se sentó, y no solo porque le doliera la pierna. El sinfín de acontecimientos ocurridos desde el momento en que había leído las notas de Gabriela y el padre de Jackson Porter habían alejado a Michael de su voluntad de averiguar qué sucedía. Kaine podría darle las respuestas, pero se alegraba de haber decidido huir: debía permanecer lo más alejado posible del tangente. ¿Cómo iba a confiar en él?

Con los codos apoyados en las rodillas, hundió la cabeza entre las manos e inspiró con fuerza. La verdad era que, para encontrar a Bryson y a Sarah —y para procurarse la siguiente comida del día—, necesitaba algo que no tenía.

Dinero.

Necesitaba dinero a cualquier precio.

Le sonaron las tripas de hambre y estuvo a punto de soltar una carcajada.

Resultaba curioso que su antigua vida «falsa» se pareciera a su nueva vida real. A menos que quisiera mendigar o ir a rebuscar entre la basura, tendría que encontrar una forma de llenar sus arcas con dinero electrónico. Entonces cayó en la cuenta de cuál era su mayor problema: ni siquiera tenía arcas. El chico que respondía al nombre de Michael no existía en ese mundo.

Pero Jackson Porter sí. Y según la nota que había dejado la familia Porter, sabían que el chico necesitaría dinero mientras ellos estaban en Puerto Rico.

Michael sintió una nueva punzada de culpabilidad, pero se recordó a sí mismo que Kaine había sido el responsable, no él. Cerró los ojos con fuerza para obligarse a aceptar esa idea. Sin embargo, no lo consiguió. Porque en ese momento, en el mundo real, había una familia que jamás volvería a ser igual. Quizá pudiera fingir, hacer creer a los Porter que su hijo estaba vivo, que simplemente se había marchado para ver mundo. Se sentirían tristes —por no hablar de Gabriela—, pero no quedarían destrozados de por vida.

En cualquier caso, estaría a salvo durante un breve tiempo y conseguiría el dinero que precisaba. Cuando la familia regresara de sus vacaciones y se diera cuenta de que él no estaba... Bueno, ya lo pensaría llegado el momento.

En ese preciso instante, lo que necesitaba era un lugar más apropiado donde sentarse —un rincón más oscuro para poder ver la pantalla de red con mayor nitidez—, y unos minutos para conectarse a la Red Virtual. Encontró un rincón relativamente limpio y apartado en un callejón con la afluencia de tráfico justa para mantener alejados a los gamberros, y se sentó en el duro asfalto con intención de trabajar. Se presionó el audiopad y la luminosa pantalla de fulgor verdoso de Jackson Porter se proyectó ante él.

Un escalofrío de terror le recorrió la espalda. ¿Y si su capacidad para la escritura de código era tan falsa como su vida en el Sueño? ¿Y si el código era distinto en el Despertar? En el auténtico Despertar.

Apenas capaz de soportar esa idea, se puso manos a la obra y pronto descubrió que sus miedos eran infundados.

Iba pasando pantallas con los dedos y tecleaba sin parar; dejó que su mente tomara el control de la situación. Fue adentrándose cada vez más en la vida de Jackson y de su familia, buscando en la red los códigos y archivos que usaba antes o sobre los que había oído hablar: descodificadores de contraseñas, generadores de falsa identidad, lugares secretos donde podía leerse lo último en ciberseguridad bancaria. No hacía mucho tiempo que había creado un ser humano completamente nuevo: nuevo para el mundo virtual, en cualquier caso. Lo llamó Michael Peterson.

Kaine conocía su nombre de pila, pero era un nombre muy frecuente; debían de existir miles de Michaels en el mundo. Cientos de miles. No lograba acostumbrarse a usar un nombre distinto; era todo cuanto le quedaba de la vida que le habían usurpado. Además, seguro que Kaine esperaba que se lo cambiara.

Por suerte para él, los Porter no andaban mal de dinero. Michael inició el proceso

de transferencia de fondos y logró que todos los movimientos que, supuestamente, había realizado el bueno de Jackson para obtener efectivo con la tarjeta de crédito fueran prácticamente imposibles de rastrear.

Las cosas marchaban algo mejor, estaba yendo todo mucho más rápido de lo que Michael esperaba. Empezaba a sentirse satisfecho cuando se produjo un fallo técnico. Una línea de intenso color azul cruzó la pantalla de red en diagonal. Solo fue visible durante medio segundo, pero eso bastó para que se le revolviere el estómago. No le cabía duda alguna sobre la naturaleza del fallo. Alguien intentaba acceder a su sistema.

Y apareció una nueva línea, más luminosa. Y luego otra.

Las manos de Michael volaban entre la pantalla y el teclado, su instinto tomó las riendas de la situación. Levantó cortafuegos de programación propia y encriptó su señal digital —mejor dicho, la señal digital de Jackson Porter—, escribió el código de otros programas a toda prisa para bloquear al intruso. Sin embargo, por la virulencia del contraataque a base de código, supo que su contrincante tenía unas habilidades increíbles para la programación.

A Michael no le cabía duda alguna. Se trataba de Kaine.

2

Michael no podría bloquearle el acceso durante mucho más tiempo. Los dos hombres inexpresivos que habían pretendido llevárselo debían de haber informado a la cadena de mando. Michael era oficialmente un fugitivo, y Kaine no debía de estar muy contento.

Michael siguió trabajando como loco. Tenía que conseguir un par de cosas más antes de que localizaran su señal y lo desconectarán. Tenía que proteger la nueva identidad para acceder a la red más adelante, atar todos los cabos sueltos para que Kaine no lograra encontrarlo cuando lo intentara. Tenía que cerrar las cuentas, poner el dinero a buen recaudo, asegurarse de que podía acceder a él desde cualquier otro lugar, contestar a los Porter para que supieran que estaba a salvo.

Aunque había algo incluso más importante que eso.

Encontrar a Bryson y a Sarah. Al menos, a uno de los dos. Como mínimo, quería echar un vistazo por la zona donde vivían. Habiendo accedido ya a la cuenta de Jackson, pasaría un tiempo antes de que Michael se arriesgara a conectarse a la red nuevamente.

Una línea de intenso y luminoso color azul volvió a cruzar la pantalla de red, esa vez era más gruesa y fue visible durante más tiempo. Empezaron a aparecer cifras y letras aleatorias, luego desaparecieron. Kaine —tenía que ser él— estaba atacando con todas sus fuerzas, intentando sabotear el sistema en lugar de hackearlo. Michael conocía todas las señales gracias a sus muchos años de programación. Contraatacó

con una avalancha de códigos, sin tener la certeza de ser capaz de repetirlo.

Su instinto volvió a tomar las riendas. Buscó y buscó sin parar, investigando en los archivos de *Sangre vital*, el juego que tanto había significado para él en el pasado. Datos de los jugadores, puntuaciones altas, fechas, blogs con comentarios sobre las partidas. De pronto le vino a la memoria la imagen de aquella chica, Tanya, que se suicidó tirándose desde el puente del Golden Gate. Michael solo era un tangente, que se elevaba desde lo que en realidad era *Sangre vital profunda* para jugar a ese otro juego. Sin embargo, Bryson y Sarah eran reales —la agente Weber lo había dicho—, y tenía que existir un fragmento de información del mundo real con el que obtener los datos de *Sangre vital* antes de que Kaine destruyera la existencia digital del pobre Jackson Porter.

Tres fogonazos de luz blanca y cegadora cruzaron la pantalla de red y borraron el rastro que Michael había seguido en su análisis del código. Una vez más aparecieron brillantes cifras y letras, en sucesión imparable, y emborronaron la pantalla con un rápido espasmo que dejó el fondo en blanco. Michael acabó con aquello usando un código que se sacó de la manga en el último segundo y que era del todo ilegal. La pantalla quedó despejada una vez más y volvió a sumergirse de lleno en los archivos de datos de *Sangre vital*, con los ojos llorosos por la intensa concentración.

El sudor le perlaba la frente, le caía por las sienes y le empapaba la piel mientras trabajaba. El código de *Sangre vital* era complejo y estaba muy bien protegido. Sin embargo, Michael era bueno; incluso había formado parte del código. Siguió penetrándolo e investigando, buscando cualquier archivo sobre el historial de sus amigos. La información personal era sagrada en el mundo virtual. Sagrada.

Percibía los esfuerzos de Kaine por bloquear el sistema. Era una presión casi palpable, que lo aplastaba. La ignoró cuanto pudo y navegó por el mar de datos con la intención de investigar hasta las últimas consecuencias.

Al final encontró lo que buscaba. El archivo de un jugador con todos sus puntos de experiencia ordenados como una colada recién doblada sobre una cama. Esos datos le sonaban, concordaban con los criterios de búsqueda que Michael había introducido. Reconocía muchas de las cosas que veía ante él expresadas en forma de código; conocía a aquel jugador.

Se trataba de Sarah.

La presión se intensificó. Los caracteres de la pantalla saltaban y se retorcían, palpitaban como un tamborileo constante; un fenómeno que el chico jamás había presenciado con anterioridad. La esquina superior derecha brillaba, estaba formándose un bulto de luz, una especie de ampolla gigantesca. Michael dio con el archivo que contenía los datos sobre la ubicación del jugador y los memorizó. Sarah. Había encontrado a Sarah. Era real. Sintió que se le henchía el pecho por el alivio y algo similar a la felicidad.

Entonces, todo empezó a desmoronarse.

Unos fogonazos de luz blanca cruzaron la pantalla de repente. Michael reaccionó

de forma instintiva, levantó una mano y se apretó el audiopad, aunque sabía que no serviría de nada. La pantalla de red siguió donde estaba, aunque había perdido su aspecto definido y los contornos se veían borrosos. Era un torbellino de cifras y letras apenas identificables por la cortina de luces cegadoras. Se oía un potente zumbido ensordecedor. Michael intentó retirarse, alejarse de la pantalla vibrante, pero se golpeó la cabeza contra la pared que tenía detrás. Se trataba de un ciberataque a gran escala, un ataque por todos los flancos.

Se oyó un estallido seguido por una última explosión de luz cegadora. Michael cerró los ojos y se volvió, y vio puntos de luz flotando en la oscuridad. Quedó empapado de sudor de pies a cabeza. Luego dejó de oírse el zumbido, y lo sustituyeron los bocinazos lejanos de los coches y la basurilla que pasaba rodando, empujada por la corriente de aire que soplaba en el callejón.

Michael abrió los ojos. Estaba claro que volver la cabeza no le había servido de nada; la pantalla de red flotaba delante de él y parecía apoyada contra la pared del edificio. La pantalla era negra, y sus grandes letras blancas llenaban el espacio:

DEBERÍAS HABER SEGUIDO MIS ÓRDENES, MICHAEL.
NOS NECESITAMOS EL UNO AL OTRO.

Estaba leyendo el mensaje por tercera vez cuando las palabras se desvanecieron en el fondo negro; la pantalla parpadeó y desapareció. Michael no necesitaba apretarse el audiopad para saber que no volvería a funcionar.

Un borrón de color

1

Michael se sentía mentalmente exhausto.

Aunque le dolía el estómago de hambre, el puro agotamiento por el esfuerzo mental primaba más que cualquier otra sensación. Ni siquiera le importaba que el asfalto sobre el que se encontraba fuera duro y estuviera sucio. Se desplomó sobre el suelo y apoyó la cabeza en los brazos, dobló las piernas y cerró los ojos.

En ese preciso lugar, en una esquina del callejón, sin importarle si estaban o no mirándolo, y acunado por los ruidos hipnóticos de la ciudad, se quedó dormido.

2

Cuando despertó, ya había anochecido.

No había cambiado de postura durante el sueño y, al abrir los ojos, vio el asfalto a menos de un centímetro de su cara.

Poco a poco volvió la cabeza y se estiró, le chirriaban los músculos de dolor, le crujían las articulaciones al estirarse. Se puso de pie con gran parsimonia. Se sentía como un octogenario. Volvió a estirar las extremidades y recordó de pronto el ciberataque de Kaine, lo cual le revolvió el estómago. Entonces fue consciente del hambre que tenía; los retortijones eran como garras que le rasguñaban las tripas.

Necesitaba comida. El hombre de la cafetería que se encontraba a la vuelta de la esquina se quedó un tanto impresionado cuando Michael pidió tres bocadillos diferentes y dos bolsas de patatas fritas. Todo le parecía delicioso en aquel lugar. Se sentó en un compartimento y devoró la comida, contemplando por la ventana, con la mirada perdida, las luces de la ciudad y pensando en los datos que había encontrado sobre Sarah. La chica no estaba en absoluto cerca. Se encontraba a cientos de kilómetros de distancia y, por algún motivo, pensar en partir a un destino tan lejano entristecía a Michael, lo cual carecía de sentido, teniendo en cuenta que no poseía vínculos auténticos con el hogar de Jackson Porter.

No tenía ningún vínculo. Con ningún lugar. Su destino final no importaba.

El segundo bocadillo pudo con él. Como su padre —su falso padre— solía decir, comía más por los ojos que por la boca. Todavía dolorido por el largo sueño sobre la cama de cemento, se levantó, se dirigió hacia la salida del restaurante y entregó el

bocadillo que le había sobrado y la bolsa de patatas fritas a una vagabunda que había visto en la calle. Por algún motivo, la envidiaba. Al menos ella tenía un mundo. El suyo ya no existía.

Había mucho que hacer antes de dejar la ciudad. Empezaba a elaborar una lista mental de las tareas pendientes cuando oyó que alguien lo llamaba por la espalda.

—¡Jax!

Era la voz de una chica, y Michael se volvió solo por curiosidad, en un principio incapaz de sentirse aludido. Aunque no tardó en hacerlo cuando vio esos ojos negros mirándolo fijamente, los de una guapa adolescente que corría por la acera. Era ella, nada más y nada menos. Gabriela. A pesar de que la foto que había adjuntado con su breve mensaje fuera algo borrosa, la había reconocido.

Michael hizo un mohín y blasfemó entre dientes. Se volvió de nuevo y empezó a caminar apretando el paso, de forma enérgica, porque de pronto se había quedado en blanco, sin recursos para resolver aquella situación.

La chica lo alcanzó y lo agarró por la camisa, obligándolo a volverse y a mirarla de nuevo. Él se detuvo y se quedó mirándola, seguro de que estaba blanco como la cera.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó la chica, con una expresión que era una mezcla de confusión y enfado—. Jax. Pareces un... Pareces un zombi. Cuéntame qué ocurre ahora mismo. ¡Llevo días sin saber nada de ti!

Michael movió la boca, o la retorció, mejor dicho. Sin embargo, fue incapaz de articular palabra.

Gabriela le soltó la camisa y retrocedió un paso. En ese momento solo parecía herida.

—¿Qué ha pasado con lo de que nos veríamos mientras tus padres estuvieran fuera? ¡Era la mejor oportunidad de nuestra vida! ¿Y ahora ni siquiera contestas a mis mensajes? ¿Es que no puedes llamarme? ¿Qué...? —Se quedó sin palabras y frunció el ceño—. Jax. En serio. ¿Qué ocurre? ¿Ha pasado algo?

—Esto... —logró decir Michael—. Esto... Verás, esto..., Gabriela... —Con cada sílaba que pronunciaba, la chica parecía más perpleja. Si hasta ese momento Michael había tenido sus dudas, en ese instante supo con certeza que no podía hacerse pasar por Jackson Porter—. Verás, las cosas han cambiado. No podría explicártelo ni en un millón de años. Lo siento. De verdad. Adiós.

Se volvió y empezó a abrirse paso a empujones entre la gente, esquivando a los compradores, y al final se echó a correr. Corrió sin parar por toda la ciudad, y no miró atrás, ni una sola vez, por miedo a que ella estuviera siguiéndolo; no miró atrás hasta encontrar otro callejón muy lejano, cuando estuvo seguro de haberle dado esquinazo. Ella ni siquiera lo había llamado para intentar detenerlo. Quizá ni siquiera lo intentara; estaría demasiado anonadada para hablar.

Michael estaba solo.

Mientras jadeaba para recuperar el aliento, se desplomó sobre el suelo y se

acurrucó en un rincón apartado, triste por lo que acababa de hacerle a la pobre chica, una chica que ni siquiera conocía.

Pero a Sarah... A Sarah sí la conocía.

Tenía que encontrarla.

3

Veinticuatro horas después, Michael viajaba en un tren, en un tren auténtico: uno de esos trenes bala que iban a casi trescientos kilómetros por hora. Jamás había viajado en un vehículo así durante su vida virtual como tangente, y eso le hizo caer en la cuenta de algo que le resultaba increíble no haber pensado antes: nunca había viajado con su familia a ningún lugar durante todos esos años. No habían recorrido juntos grandes distancias. Y jamás le había extrañado. Era su vida, así de simple. En esa existencia uno trabajaba o iba al colegio, y esperaba con ansias el momento de poder volver a meterse en el ataúd y dejar atrás su mundo cotidiano. Esa era la normalidad para Michael, aunque sospechaba que no era lo habitual. Al menos, no para todo el mundo.

En cierta forma, aunque no tuviera justificación, se sentía ofendido por cómo había sido manipulada su vida. Pero ¿no era eso lo que significaba ser un programa? No sabía por qué; sencillamente, le molestaba. Todo en general. En ese momento, era de carne y hueso. No estaba seguro de cuándo habría empezado el proceso ni de cuándo finalizaría, pero sí que sabía que, lento pero seguro, estaba transformándose, tomando posesión de su nuevo yo. La incertidumbre que suponía vivir una existencia artificial empezó a disminuir, y no sabía qué sentir. El proceso se había iniciado como una imposición que le disgustaba. Y que no entendía.

Parte del problema era que no podía dejar de pensar en Gabriela. Sentía algo por ella que no debía sentir, como si su corazón humano ya albergara emociones. En el caso de Michael, ese órgano todavía pertenecía a Jackson Porter.

Quizá solo se sentía culpable por haber herido sus sentimientos de una forma tan terrible. Lanzó un suspiro, apoyó la cabeza contra la ventana de su asiento y se quedó contemplando el paisaje que pasaba a toda prisa. El tren avanzaba tan rápido que le resultaba imposible distinguir un lugar del siguiente. Vio pasar como un borrón los edificios de la ciudad, un campo de cultivo y un bosque. En ese instante contemplaba un mar infinito de casas y edificios de apartamentos, que dibujaban una hilera de trazos coloridos.

Había sido un día ajetreado. Por la noche había descansado mucho mejor de lo que había imaginado: durmió en el mismo callejón oscuro donde acabó tras escapar de Gabriela. Sin embargo, se despertó con sensación de frescura y emocionado por seguir viviendo su nueva vida, sobre todo, por su objetivo de encontrar a Sarah. La jornada había transcurrido entre un trajín de trámites para preparar el viaje.

Escribió una nota breve a la familia de Jackson Porter y fue a dejarla a su piso, incapaz de pensar en una forma más apropiada que el clásico método del boli y el papel para comunicar su decisión. Tuvo que confiar en que su letra no hubiera cambiado al adoptar el cuerpo de Jackson y en que Kaine no tuviera más gente vigilando la casa. El mensaje era breve para reducir el riesgo de decir algo que a los padres de Jackson les pareciera raro viniendo de su hijo. Se limitaba a contarles que quería ver mundo, vivir experiencias distintas. Que sentía haberse llevado tanto dinero, pero que quería que supieran que se encontraba bien. Que a lo mejor regresaba algún día.

Y bla, bla, bla.

Era un plan ridículo, por supuesto. Llamarían a la policía y saldrían en su busca sin importar lo que hubiera escrito. Sin embargo, al menos así sabrían que estaba vivo. No cabía ninguna duda de que, en cuanto vieran la puerta rota, se volverían locos imaginando horribles posibilidades sobre su paradero.

Firmó la nota, donde decía que los quería. Y se le hizo un nudo en la garganta, porque tuvo la sensación de que se lo decía a los padres que había conocido en *Sangre vital profunda*. A los que todavía consideraba sus progenitores. A los que no había vuelto a ver.

Después de ducharse y comer algo, metió unas cuantas cosas en una maleta que encontró en el armario de Jackson, luego se quedó un rato en el descansillo. En la entrada del piso que debería haberle parecido su hogar, aunque no se lo parecía. En cuanto a la puerta rota, no sabía qué hacer, así que la dejó apoyada contra la pared. ¿Quién sabía qué imaginaría la familia de Jackson? Se marchó de allí compungido por una tristeza que no hizo más que aumentar su confusión.

Lo primero que hizo después fue ir a un cajero automático. Debía comprobar que lo que había programado en la pantalla de red de Jackson funcionaba. Lanzó un largo suspiro de alivio cuando apareció la cuenta de Michael Peterson, cargada de dinero hasta los topes. Desde allí, Michael fue a una tienda de dispositivos periféricos y compró uno de los más sofisticados audiopads del mercado, luego destruyó el viejo y se instaló el nuevo. Preparó su viaje y reservó una habitación de hotel en una ciudad próxima a la casa de Sarah. Ese era el motivo de que estuviera en un tren, de camino a su encuentro con la chica que se había convertido en una de sus dos mejores amistades. La última vez que la había visto, ella estaba hundiéndose en una balsa de lava. Esperaba que le hubiera ido mejor en la vida real.

El vertiginoso paisaje pasaba a toda velocidad por la ventana y empezaba a marearlo. Se removió en el asiento y echó un vistazo al resto de pasajeros sentados a su alrededor. Las butacas del tren giraban en varias direcciones para que los grupos de personas conversaran con comodidad durante el viaje. El chico se centró en una mujer que estaba unas cinco filas más allá, y cuya mirada se cruzó con la de Michael durante breves segundos. La mujer agachó la cabeza con una prisa sospechosa y se quedó mirando con intensidad su pantalla de red.

Se trataba de una señora de unos sesenta años, con el pelo negro y canoso. Estaba ligeramente rechoncha, vestía blusa y falda, y tenía las piernas estiradas hacia delante y cruzadas a la altura de los tobillos; una postura un tanto remilgada.

A Michael no le cabía ninguna duda de que había estado mirándolo todo el rato, mientras él contemplaba el paisaje. Estaba vigilándolo.

Sintió un escalofrío.

4

Desviaba rápidamente la mirada hacia la mujer cada pocos segundos, con la esperanza de sorprenderla mirándolo. Pero ella no volvió a hacerlo, ni una sola vez, y por eso descartó la idea de que la señora estuviera espiándolo a hurtadillas. Nadie habría resistido echar un vistazo rápido a su observador al sentirse vigilado. Tal vez hubiera otras explicaciones para que una señora de aspecto sospechoso estuviera mirando a un chico, aunque a Michael solo se le ocurría una.

Kaine.

¿Tendría el tangente a espías siguiéndolo, vigilándolo? ¿De verdad Kaine era así de todopoderoso? En su vida pasada Michael era un as del escondite, y creía haber borrado sus huellas bastante bien en la huida y al procurarse una nueva identidad.

Sin embargo, se trataba de Kaine. Kaine era mejor que nadie. ¡Por el amor de Dios! ¡Si había descubierto cómo insertar inteligencia artificial en un cuerpo humano real! Lo que hizo que Michael volviera a plantearse si no habría sido el tangente quien había activado la Doctrina de la Mortalidad.

En ese mismo instante, Kaine podría estar paseándose por ahí dentro del cuerpo de algún desconocido. Michael debía dejar de obsesionarse. Si era el conejillo de Indias de todo aquel experimento, estaba claro que Kaine esperaría un tiempo más que prudencial antes de arriesgarse a experimentar la transformación en carne propia. Pero ¿querría Kaine vivir esa experiencia? En teoría, como tangente podías ser inmortal, vivir para siempre en el código. Como humano corrías a diario el riesgo de morir. ¿Cuál era el objetivo final de Kaine?

A Michael iba nublándosele la visión a medida que se le aceleraba el pensamiento. Sacudió la cabeza y volvió a centrarse en la señora. En esa ocasión, ella estaba mirándolo directamente y no se molestó en agachar la cabeza.

Michael se estremeció, pero no miró hacia otro lado. Ni tampoco lo hizo la señora. El adolescente y la vieja: concurso de miradas. El rostro femenino maquillado con exageración resultaba desconcertante, aunque su expresión era neutra: ni rastro de una sonrisa, pero sin rabia ni animosidad. Ella lo miraba y él hacía lo propio.

Al final, la mujer agachó la cabeza, se apretó el audiodispositivo y detuvo la proyección de la pantalla de red que tenía delante. Recogió unas cuantas cosas que había dejado bajo el asiento, se levantó con toda tranquilidad y se volvió para avanzar por el

pasillo en dirección contraria a la que se encontraba Michael. Él se quedó observándola mientras la señora se alejaba sin mirar atrás. Sintió una punzada de pánico; tenía que averiguar quién era esa mujer, y su oportunidad de descubrirlo estaba a punto de esfumarse por el siguiente vagón del tren.

Se levantó y la siguió por el pasillo.

5

Tuvo que detenerse en un par de ocasiones, volverse y pegarse a los asientos para dejar pasar a otros pasajeros. Vio a la señora cruzando la puerta hacia el vagón contiguo; seguía sin volverse para mirar, ni siquiera le echó una mirada furtiva por el rabillo del ojo. Michael apretó el paso con tanta prisa que estuvo a punto de derribar a un anciano que masculló algo sobre «muchachos malcriados».

Captó la mirada atónita de más de un pasajero sorprendido por su rudo comportamiento. Le daba igual. Con cada minuto que pasaba, su sensación de urgencia aumentaba y tenía el corazón desbocado. Debía averiguar quién era la desconocida.

Alcanzó la puerta justo cuando esta volvía a abrirse. Pasaron tres mujeres cuchicheando sobre el nuevo programa de chismorreos en red. Todas llevaban pintalabios de color chillón y el pelo muy cardado, y el chico tuvo que reprimir las ganas de apartarlas de su camino de un empujón. Pasó como pudo entre ellas al siguiente vagón y vio de pasada a la señora, que ya estaba casi al final del tren. No había mucha gente de pie, así que Michael retomó el paso ligero, avanzando por el pasillo como si estuvieran persiguiéndolo. El revisor le advirtió a gritos que no fuera tan deprisa, pero Michael lo ignoró.

Llegó hasta la puerta siguiente, la abrió y la cruzó a toda velocidad. La señora también aceleró, pero solo había llegado a la mitad del vagón. Michael avanzó y supuso que la alcanzaría cuando llegara a la puerta siguiente. Entonces la agarraría por el brazo y le preguntaría con amabilidad, pero con firmeza, qué estaba ocurriendo. Por qué lo vigilaba.

Sin embargo, antes de poder llegar a la altura de la señora, ella se detuvo ante la puerta y se volvió para mirarlo a la cara, con gesto inexpresivo. Resultaba exasperante lo tranquila que parecía después de haber estado caminando tan deprisa. Michael frenó en seco. La señora levantó su brazo blancuzco y le mostró tres dedos.

Movió el brazo con varias sacudidas rápidas y breves para subrayar el número tres, y mantuvo su expresión impávida todo el tiempo.

A continuación, de forma abrupta, se volvió y pasó al vagón contiguo.

Tres.

¿Tres qué?

Michael la siguió.

El vagón contiguo no era de pasajeros, se trataba de una especie de almacén. Había dos salidas de emergencia con equipo de primeros auxilios, extintores para sofocar incendios, y mantas dobladas y enrolladas sobre estanterías metálicas alineadas contra las paredes. La señora se había detenido en el centro del vagón; estaba dando la espalda a Michael, con la cabeza gacha, como si estuviera mirando el suelo. Por algún motivo, el chico recordó un juego de zombis que le encantaba: *Muertos vivientes muertos de hambre*. En cierta forma, esperaba que la señora se volviera y caminara hacia él arrastrando los pies, como un monstruo hambriento, voraz, con la cara cubierta de sangre y la piel hecha jirones. Pero la mujer permaneció inmóvil. A Michael se le pusieron los pelos de punta.

Se aclaró la voz, se negaba a admitir que la señora le daba miedo.

—¿Quién es usted? —le preguntó, contento al oír que su voz había sonado firme.

Ella no respondió. Ni se movió. Siguió quieta, dando la espalda a Michael.

—¿Por qué estaba vigilándome? ¿Y qué ha querido decir con...?

Dejó de hablar cuando ella levantó el brazo, poco a poco, una vez más enseñándole tres dedos, tensos y temblorosos. Lo alzó cuanto pudo y no lo movió, como una niña que quisiera preguntar algo en clase.

Michael se quedó mirándola por la espalda, con los tres dedos levantados en el aire. Intentó pensar qué podría decir.

—¿Qué tiene que ver el número tres conmigo? ¿Quién es usted? —Quizá su voz no hubiera sonado tan firme en esa ocasión.

La mujer se volvió poco a poco, como a cámara lenta, como si estuviera consumiendo hasta el último ápice de energía para intentar alejarse de Michael. Se volvió, todavía cabizbaja, hasta tener el cuerpo orientado hacia el chico. A continuación levantó la cabeza para mirarlo a los ojos con el brazo todavía en alto.

—Dígame qué está pasando —dijo Michael, impaciente por averiguar de qué iba aquel jueguito.

—Tres —susurró ella. El chico no la habría entendido de no leerle los labios—. Soy una de vosotros. Tres.

—¿Tres qué? —repitió él—. ¿También era una tangente antes? ¿Podemos sentarnos y hablar de esto, por favor?

La señora habló un poco más alto al responderle.

—Te quedan tres días.

—¿Tres días para qué?

—Para cambiar de opinión.

Antes de que Michael pudiera preguntarle por Kaine, ella confirmó sus sospechas.

—Kaine ya no está al servicio de su programador. Las cosas han cambiado con respecto a los planes iniciales. Él necesita tu ayuda. Tú necesitas su ayuda. Y... no le gusta que lo desobedezcan. —Por primera vez, la mujer cambió de expresión. Sonrió.

Había pasajeros en ambas entradas del vagón de almacenamiento, y contemplaban boquiabiertos la escena a través de las puertas de cristal.

Michael permaneció en silencio.

La sonrisa de la señora se había esfumado. Tenía los ojos vidriosos cuando por fin bajó el brazo. A continuación se volvió una vez más y se detuvo para mirar directamente la puerta de salida de emergencia, situada a un lado del vagón. El tren dio una sacudida, lo que recordó a Michael lo rápido que avanzaba el vehículo. Esa señora no pretendería...

En un abrir y cerrar de ojos, la extraña mujer se situó frente a la puerta y alargó una mano hacia el mango de color rojo intenso. Tiró de él hacia abajo: la tremenda explosión producida por la apertura de la puerta se propagó por el vagón, su superficie impactó contra el lateral del tren y se disparó una alarma. Michael cayó al suelo respirando con dificultad por la fuerte corriente de aire que entró desde el exterior. Las manchas de color —los verdes y marrones del bosque— pasaban a toda velocidad, y el viento sacudía la ropa de la mujer mientras ella se agarraba al dintel de la puerta abierta.

Dio un paso al frente y desapareció en cuestión de segundos.

Michael se quedó contemplando la escena, esperando que ocurriera algo más, aunque no había nada que esperar. No se oyó ni un grito.

Desastre en la cocina

1

El ruido de la alarma inundaba el ambiente y los frenos del tren chirriaban por la frenada de emergencia, hasta que por fin se detuvo del todo. Michael estaba aferrado a una estantería metálica. Siguió agarrándola con fuerza mucho después de que el tren se hubiera detenido. Y estaba temblando, tenía el pulso acelerado.

Tal vez todavía estuviera habituándose a su condición humana. Todo era distinto. Más duro. Más real. Más terrorífico. Las sensaciones eran infinitas, como jamás las había experimentado en su vida anterior. ¿O le daba esa impresión solo por lo que acababa de suceder?

Llegaron las autoridades, lo ayudaron a levantarse y le hicieron preguntas. Durante algunos minutos creyó que lo acusarían de algún delito, pero las grabaciones de las cámaras de seguridad demostraron que él no había tenido nada que ver con el salto de la mujer. Le preguntaron por qué le había levantado un brazo, qué le había dicho, por qué Michael estaba con ella. Pero él seguía diciendo que no lo sabía, que la había seguido por pura curiosidad, lo que era cierto. Colaboró hasta que le permitieron regresar a su asiento. La situación les parecía bastante clara: la señora había perdido la cabeza.

Michael seguía temblando cuando se sentó. Tenía demasiado en lo que pensar.

Kaine ya no estaba al servicio de su programador. Necesitaba ayuda; Michael lo necesitaba. Tres días. Lo habían reprendido por desobedecer, como si fuera el hijo del tangente. Y esa señora... ¿De verdad era como Michael? ¿Una antigua tangente? Ver cómo se quitaba la vida... Ese incidente le había recordado demasiado a su caída en picado desde el Golden Gate agarrado a una chica llamada Tanya. Había pasado una eternidad.

Asustado, se rodeó con los brazos y recostó la cabeza contra la ventana. El tren no tardó en reemprender la marcha y, poco a poco, fue ganando velocidad hasta avanzar volando sobre las vías.

2

Michael se encontró mucho mejor en cuanto llegó a la ciudad de Sarah. Se sentía tan abrumado por lo ocurrido que se obligó a centrarse en una sola cosa: localizar a su

amiga. La encontraría, la convencería de lo que le había ocurrido en realidad y le preguntaría qué debía hacer. Ella lo sabría. Sarah era lista. De una forma u otra, ella sabría qué hacer.

Sin embargo, antes de poder encontrar a su amiga, debía planificar sus movimientos. Le costó un par de horas. Fue en taxi hasta un hotel; se registró con un nombre falso y pagó en efectivo; comió; echó un vistazo rápido de última hora a su nueva identidad en la red y comparó los datos que había robado de *Sangre vital* con los mapas de la zona. Durante todo ese tiempo no paró de hacerse la misma pregunta: ¿debía contactar con Sarah, avisarla de que iba a ir a verla? No paraba de darle vueltas a esa cuestión. Por un lado, avisarla reduciría el impacto de encontrárselo de pronto, la prepararía un poco. Por otro, le aterrorizaba que, por algún motivo inexplicable, Sarah le prohibiera visitarla. O que creyera que era un chiflado y cortara la comunicación. O, peor aún, que lo bloqueara.

No obstante, siempre llegaba a la misma conclusión: se arriesgaría e iría a su encuentro. Quería mirarla a los ojos cuando se lo contara; aunque fueran los ojos de un desconocido, unos ojos que ella jamás había visto. Estaba seguro de que era la única forma de convencerla. Se quedaría perpleja por su aspecto, aunque eso era normal en los primeros encuentros fuera del Sueño. La gente solía crear auras muy distintas a su persona en la vida real, sin importar que no lo reconocieran. No obstante, en cuanto le recordara todo lo que habían vivido en la Senda y con Kaine, ella sabría que se trataba de su amigo. Además, estando cara a cara, ella no podría bloquearlo.

Por eso se encontraba en el porche de la casa de Sarah hacia el ocaso del día, cuando la tarde daba paso a la noche, en una atmósfera de aire fresco y revitalizante. La chica vivía en una urbanización a las afueras de la ciudad. Resultaba evidente que su familia tenía dinero; no solo tenían una casa, sino que era una vivienda grande. Tenían porche. Como chico de ciudad, Michael siempre había creído que los porches eran algo que solo se encontraba en el mundo de fantasía de la Red Virtual. Pero ¿qué sabía él?

Llamó a la puerta, y se le aceleró el pulso con cada golpe de sus nudillos.

Pasaron un par de segundos, aunque a él le pareció una eternidad. Michael oyó unos pasos. El cerrojo electrónico empezó a emitir un bip intermitente, y al chico le dio un vuelco el corazón. Sintió la tentación de dar media vuelta y salir corriendo, bajar los escalones de dos en dos y ocultarse por detrás de la casa antes de que alguien pudiera verlo. Pero ya no estaba a tiempo. El cerrojo se desactivó y la puerta se abrió.

Vio a una mujer rubia ahí plantada, de unos cincuenta años, en su rostro inexpresivo aunque hermoso empezaban a asomar las primera arrugas. Sonrió y la sonrisa ocultó el gesto interrogativo —que rayaba en preocupación— provocado por la perplejidad de encontrar a un completo desconocido en el porche de su casa.

—Hola —dijo Michael, quizá de forma algo precipitada—. Esto..., me llamo

Michael. —Luego, por algún motivo inexplicable, se quedó en blanco y no pudo pensar en qué decir a continuación. Abrió la boca y luego la cerró.

—Vale —dijo la mujer al final, titubeante—. Michael. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Sí, hum..., sí —balbució—. He venido a ver a Sarah. ¿Es su hija? —Hizo un mohín. Qué pregunta más tonta. La respuesta era bastante evidente.

—Sarah es mi hija, sí. ¿Te conoce? ¿De qué va todo esto? —Michael no estaba seguro de cuándo había ocurrido exactamente, pero la sonrisa se había esfumado de su rostro.

Se le disparó el pulso. En el Sueño siempre había usado una versión de sí mismo bastante parecida a él, y Sarah lo sabía. Pero en ese momento tenía un aspecto muy distinto. Con todo, no era tan raro usar un aura distinta. En el peor de los casos, Sarah creería que había mentido sobre su aspecto. Sería capaz de convencerla de quién era con lo que le dijera, y rápido.

Resultaba evidente que la madre de Sarah empezaba a preocuparse.

—Quizá deberías volver más tarde —dijo, intentando no parecer grosera.

—Lo siento —soltó Michael—. Lo siento... Es que estoy nervioso. Sarah es una de mis mejores amigas en el Sueño... Quiero decir, en la Red Virtual, y nunca nos hemos visto en el Despertar. Quería sorprenderla con una visita, y, en lugar de eso, he llamado a su puerta y le he hecho pensar que soy un acosador. Lo siento. ¿Podría decirle que ha venido Michael? ¿Mikethespike? ¿Por favor? —Sonrió con incomodidad.

La mujer había retrocedido un paso con los ojos abiertos como platos. Al principio parecía una mala señal, pero el rostro de la mujer se iluminó con una sonrisa, esta vez más sincera.

—¿Por favor? —repitió Michael, intentando expresarse con toda la humildad de la que era capaz. «Se me da bien esto de comportarme como un humano», pensó, y sonrió con más ganas.

—Entra —dijo la madre de Sarah al tiempo que abría la puerta del todo—. Hemos oído hablar de ti más de lo que puedas llegar a imaginar, jovencito. Hace años que nuestra hija quiere conocerte en persona, pero no esperábamos una sorpresa... así. —Esbozó una nueva sonrisa—. Me llamo Nancy.

Michael deseó haber llevado puesta una gorra, así se la habría quitado y la habría arrugado entre las manos mientras se moría de timidez, como en una escena de esos clásicos de cine en blanco y negro. Se conformó con asentir en silencio y mantener la cabeza gacha. No quería fastidiar aquella oportunidad única.

Nancy cerró la puerta cuando el chico entró, luego caminó hasta el otro extremo del pasillo, que llegaba hasta la cocina. Michael estaba bastante seguro de que la había oído echar el cerrojo, o tal vez fuera un mecanismo automático.

—¡Gerard, ya puedes salir! —gritó Nancy—. ¡Es solo un amigo de Sarah!

Una puerta del pasillo se abrió de golpe, y las bisagras crujieron. Apareció un hombre, corpulento, calvo y de aspecto huraño sujetando una pistola pequeña con

tanta fuerza que tenía los nudillos blancos; con ella que apuntaba directamente a Michael.

—Entonces vamos a sentarnos —dijo el hombre.

3

Michael se sentó en el centro del sofá de la familia de Sarah, recordándose sin parar que aquello no era un juego, que la opción de lanzarse sobre el hombre —de intentar derribarlo, quizá, luchar para quitarle la pistola— en realidad no era una opción. Era una idea absolutamente descabellada. La situación era tan estrambótica que le daba la sensación de estar en la Red Virtual. Sin embargo, en ese caso, un disparo en el pecho supondría la muerte, no habría segunda oportunidad. Se centró en permanecer sentado, quieto y en no hacer movimientos repentinos. Y en sonreír.

Los padres de Sarah —¿eran de verdad sus padres?— estaban sentados frente a él en sillones distintos, el padre se había apoyado la pistola en una rodilla, de forma que apuntaba con el cañón a Michael. A su cara, mejor dicho: él veía con toda claridad el agujero negro, un túnel hacia una muerte segura. Sentía una opresión en el pecho cuando inspiraba.

La cálida sonrisa que había dulcificado el rostro de la madre de Sarah había vuelto a esfumarse.

—¿He...? Esto... ¿He hecho algo malo? —preguntó Michael—. ¿Dónde está Sarah? —El hablar lo hizo sentirse mejor; lo hizo sentirse más valiente.

—Sarah llegará pronto a casa —respondió Nancy—. Tú no te preocupes por eso.

—Tú dinos quién eres. —Gerard estaba en extremo tranquilo para estar empuñando una pistola—. Hoy en día tenemos que extremar las precauciones, debes entenderlo.

¿Extremar las precauciones? Michael inspiró con fuerza.

—Soy exactamente quien ya he dicho que soy. Me llamo Michael. Si pudiera estar cinco minutos con Sarah, sería muy fácil demostrarlo. Nunca nos hemos visto en el Despertar, por eso no me reconocerá de entrada. Pero hace años que somos amigos. Nosotros dos y un chico llamado Bryson.

Ambos adultos intercambiaron una mirada, y luego volvieron a mirar a Michael.

—Me parece sospechoso —dijo Gerard—. Ya nos han visitado otros como tú. —Agarró con fuerza el arma, luego relajó la mano.

Michael se preguntó por qué se mostrarían tan suspicaces. ¿Los habría visitado la gente de Kaine? Levantó las manos.

—De verdad que no tengo ni idea de qué está hablando.

Ninguno de los dos respondió.

—Escuchen, por favor, ¿puedo hablar con Sarah? Si quiere, puede seguir apuntándome a la cara todo el rato. Regístreme; no llevo ninguna pistolera bajo la

camisa ni cuchillos ocultos en los zapatos. Se lo prometo. Soy solo un amigo de su hija. Eso es todo.

—Eso ya lo veremos, ¿no te parece? —respondió Gerard. Aunque se irguió en el asiento y se acomodó mejor. Mientras se recolocaba, movió la pistola de forma que dejó de apuntar con ella a Michael.

Nancy suspiró y se alisó las arrugas del pantalón.

—Muy bien. Veremos qué tiene que decir Sarah cuando llegue a casa. Pero no queremos volver a arriesgarnos después de... —Dejó la frase inacabada y acabó mirando al suelo.

«Kaine», pensó Michael, seguro de que esa era la razón. Kaine les había hecho algo. O quizá Sarah estuviera traumatizada tras morir quemada en la Senda. No le extrañaba que tuvieran sus dudas.

—Necesito distraerme un poco —masculló Gerard. Apretó un botón de un mando que tenía cerca y apareció una proyección holográfica en la pared del fondo de la sala. Salió un hombre señalando un mapa enorme y hablando del tiempo.

Por lo visto esa noche hacía una temperatura muy agradable.

4

—¡Oh, por favor! —murmuró Gerard.

Michael lanzó un suspiro. Era la enésima vez que el hombre protestaba por lo bajini en la última hora. Resultaba evidente que su actividad favorita en la vida era ver el InfoBlog y estar en desacuerdo con cada palabra pronunciada. Lo confuso era que parecía hacerlo incluso cuando se debatían puntos de vista diferentes. Para él, ambas partes estaban equivocadas. El hombre era la personificación de la desconfianza.

Se oyó un bip procedente del pasillo, seguido por toda una serie de chirridos de goznes y una puerta que se cerraba de golpe. Michael se levantó sin ser consciente.

—¡Siéntate! —le gritó Gerard.

Nancy era un poco más civilizada.

—Por favor. Debemos andarnos con cuidado. Si eres quien dices ser, lo sabremos pronto, ¿verdad?

Michael hizo un gesto de asentimiento dirigido a ella, y volvió a sentarse poco a poco. Se oyeron unos pasos encaminados hacia donde se encontraban. Ese sonido le provocó cosquillas en el estómago, aunque, al mismo tiempo, sintió una opresión en el pecho. Sarah. Estaba a punto de ver a Sarah.

La chica entró en la sala, acababa de retirar la mano de su audiodpad para apagar la pantalla de red. Michael se quedó sin respiración porque era tal como esperaba aunque del todo distinta. Se parecía bastante a su aura en el Sueño, pero era lo bastante distinta para que fuera como verla por primera vez.

Para empezar, era muy alta; quizá tuviera cierto complejo por ello y lo compensaba siendo más baja en la Red Virtual. Tenía una melena rubia que le llegaba justo por debajo de las orejas. Era mona, pero no guapa. Salvo por los ojos. Tenía unos ojos preciosos que hicieron sentir una infinita ternura a Michael, tal como ya había imaginado. Eran verdes como los de su aura, pero de una intensidad increíble, casi sobrenatural. Acababa de abrir la boca para decir algo a sus padres, pero se calló antes de poder pronunciar palabra alguna, y le clavó la mirada con sus ojos de criptonita. Lo que vio Sarah fue a un desconocido sentado en el sillón, seguramente con cara de atónito e idiota, y a su padre empuñando una pistola.

Sarah. Michael no podía creer que fuera Sarah.

—¡Oh! —dijo ella—. Esto... Hola. Esto... —Miró a su madre con las cejas enarcadas.

Nancy se levantó.

—Hola, cariñito. Este muchacho dice que es amigo tuyo.

Sarah se quedó mirando a Michael, su expresión transmitía una total confusión.

—Vale. ¿Te conozco de...? —Se quedó callada, y una expresión de curiosidad afloró a su rostro.

«¿Lo sabrá?», se preguntó Michael. Había muchas explicaciones que dar, pero quizá todo fuera más fácil de lo que creía. Temía cualquier cosa que pudiera ocurrir.

—¿Es amigo tuyo? —preguntó Gerard jugueteando con la pistola entre los dedos—. Después de todos los follones por los que hemos pasado últimamente, no pienso correr riesgos.

Sarah se quedó callada, y Michael se apresuró a romper el silencio.

—Soy yo, Sarah. Soy... soy Michael —dijo tartamudeando—. Sé que es una locura que me haya presentado así, pero puedo explicarlo. Tenía que verte. Me preocupaba que si intentaba avisarte se fastidiara todo antes de llegar a verte. He sido un idiota, lo sé. Pero ya estoy aquí y necesito hablar contigo. ¿Podemos hablar a solas? —Apenas se sentía capaz de preguntar; sabía que sus padres jamás lo aceptarían.

Gerard confirmó sus sospechas.

—Cualquier cosa que quieras decirle a nuestra hija puedes decirla delante de nosotros.

Al final Sarah logró articular palabra, lo hizo con tono firme.

—Mamá, papá, esto será fácil. No hay forma de que nadie finja ser Michael. Si este chico está diciendo la verdad, me bastarán tres minutos para saberlo, como mucho. Pero necesitamos estar a solas.

Michael estuvo a punto de ruborizarse al oírlo, aunque era cierto. Todo lo que tenían que hablar haría alucinar a sus padres. Además, seguro que Sarah se moría por saber qué había ocurrido después de que ella pareciera abrasada por la lava.

Gerard y Nancy intercambiaron una mirada, comprensiblemente preocupados.

—Tengo casi dieciocho años —dijo Sarah—. Si no podéis confiar en mí ahora,

jamás lo haréis. Si es mi amigo, quiero estar a solas con él para hablar. Si no lo es, ¿qué puede hacerme en tres minutos? —Les dedicó una mirada como diciendo: «Miradlo bien, no podría matar ni una mosca».

Gerard se levantó y se acercó a Michael, se inclinó hacia él hasta situarse casi sobre su regazo. Llevaba una colonia almizclada.

—Levántate —le ordenó.

Michael obedeció y luego, usando la mano que tenía libre, Gerard lo obligó a sentarse con un golpecito, como un poli veterano.

—Papá —protestó Sarah.

Gerard claudicó y retrocedió un paso.

—Está bien. Estaremos en la cocina. Una sola señal de mi hija y volveré antes de que puedas pestañear. —Resopló por la nariz y se llevó a su mujer de la mano. Se detuvo justo antes de salir de la sala y echó la vista atrás. Parecía tenso cuando sonrió y añadió—: Y... encantado de conocerte.

Michael lanzó un largo suspiro. El hombre empezaba a tranquilizarse.

Sarah se dirigió a toda prisa hacia él hasta situarse a unos palmos de Michael.

—Está bien —dijo—. Convénceme.

5

Se sentaron en el sofá, y ella se volvió para mirarlo a la cara. La chica se sentó sobre las piernas cruzadas, con un brazo apoyado sobre los tobillos mientras miraba con solemnidad a Michael. Él sentía que su interior era un hervidero de emociones, pero, ante todo, lo abrumaba el surrealismo de la situación. Aquella chica era su mejor amiga —una de las dos amistades que tenía—, y, con todo, era la primera vez que se veían. Y, para él, era la primera vez desde que era humano.

—Es... Es difícil saber por dónde empezar —dijo Michael.

—Por donde quieras —respondió mirándolo con sus intensos ojos verdes—. Necesito saber que eres tú, Michael.

Él asintió con la cabeza.

—Sí, vale. Bueno, estaba contigo cuando moriste en la Senda. En la poza de lava. Yo quería morir para volver al Despertar contigo, pero... tú me hiciste prometer que llegaría al final. Y lo hice. Creo.

—No me basta con eso, idiota. Kaine estaba observándolo todo. Podrían haberte indicado qué debías decir. O haberlo visto tú mismo.

Michael suspiró. De pronto perdió la paciencia para demostrar que era él mismo, porque tenía que contarle algo mucho más importante que la dejaría boquiabierta y de piedra. Pero ¿cómo llegaría hasta ese punto?

—Nos conocimos en el Dan the Man Deli —empezó a decir—. A ti y a mí nos encantaban las patatillas con queso azul, Bryson las odia. Dice que huelen a pies. A

pies de trol. *Sangre vital* es tu juego favorito. Querías igualar mis puntos de experiencia, pero yo siempre te llevaba un poco de ventaja. A Bryson no le importaba tanto, siempre que nos siguiera de cerca. Habíamos programado una fortaleza en las afueras. Nadie más lo sabe. Solo nosotros tres.

Una sonrisa iba aflorando en el rostro de Sarah a medida que el chico hablaba, aunque no mostraba ninguna señal de querer que Michael se callara. Quizá disfrutara de verlo esforzarse tanto.

—Una vez no lográbamos encontrar a Bryson y teníamos una misión conjunta en *Sangre vital*. Lo buscamos por todas partes. Al final lo encontramos en los nidos de Gorgozon montándonoslo con una alienígena. Jamás averiguamos si era una tangente o no.

Sarah hizo un ruidito que podía ser considerado una risita.

Michael continuó hablando, los recuerdos salían en avalancha por su boca, imparables. No tuvo que hacer mucha memoria; estaban todos ahí, muy presentes, la mayoría de ellos, agradables, divertidos. Recuerdos de cuando se colaban en lugares donde no debían estar. De cuando les perseguían los agentes de la SRV antes de que todo aquello se volviera una cuestión real de vida o muerte. Anécdotas de juegos, buenas y malas. Rememorarlas le hizo sentir cierta calidez interior; no solo recordar los buenos tiempos que habían compartido, sino el saber que el proceso de la Doctrina de la Mortalidad había transferido a su nuevo cuerpo todo lo que componía... su esencia.

—Vale, ya puedes parar —dijo Sarah—. Te creo.

Michael estaba contando una historia sobre un juego llamado *Derrota y destrucción*, pero le alegró dejar la frase inacabada. Sentía la cara caliente, casi ardiendo. Ella ya sabía quién era; por fin dejó de preocuparse. Aunque al mismo tiempo sintió un peso aplastante en el corazón. Debía contarle la verdad: que el amigo que ella conocía como Michael estaba atrapado en el cuerpo de un chico que antes se llamaba Jackson Porter.

La proyección holográfica seguía en la pared, proyectando una noticia tras otra. Michael casi lo había olvidado, la exaltación de sus recuerdos le había hecho ignorar el ruido. Se quedó mirando las imágenes durante un minuto, pues necesitaba distraerse, luego miró a Sarah. Ella supo que algo no marchaba bien.

—¿Por qué tengo la sensación de que me ocultas información? —preguntó—. Y no solo relacionada con lo ocurrido tras mi muerte en la Senda.

Michael lanzó un suspiro. Debía hacerlo en ese momento o no lo haría. Debía hacerlo ya.

—Tienes razón. De ninguna manera te lo he contado todo. Ni siquiera sé si vas a creerme. Ojalá pudieras leerme el pensamiento.

—Escúpelo ya, tío.

Apenas hubo pronunciado esas palabras, las paredes temblaron por un tiro procedente de la cocina. Oyeron el grito de una mujer, seguido por el estruendo de

cacerolas que caían al suelo y el fuerte ruido de los platos al hacerse añicos. Se oyó otro disparo. Esa vez no hubo más gritos.

6

Sarah se levantó de un salto del sofá, se movió antes de que Michael pudiera detenerla. Cruzó la sala corriendo y se dirigió hacia la cocina, Michael salió detrás de ella.

—¡Sarah, para! —le gritó—. ¡Para!

Ni siquiera frenó un poco. Michael imaginó a alguien esperándola, con la pistola amartillada, listo para matar. Intentó retenerla, pero ella le llevaba demasiada ventaja. El chico salió corriendo al pasillo y se apresuró para llegar a la cocina. Sarah estaba allí de pie, inmóvil, había cruzado la puerta. Se le cayó el alma a los pies: había imaginado que se produciría otro tiro. Esperaba que el mundo se derrumbara a sus pies.

Sin embargo, nada de eso ocurrió.

Rodeó a su amiga con los brazos y la obligó a retroceder varios pasos. Y entonces vio lo que ella veía. La cocina estaba hecha un desastre: cajones y alacenas abiertas, ollas y cacerolas tiradas por todas partes, platos rotos y sus fragmentos desperdigados sobre las baldosas. Alguien había arrancado la puerta trasera para entrar y la había dejado colgando de una bisagra, ligeramente entreabierta. Y había sangre. No mucha, pero sin duda alguna era sangre.

Los padres de la chica habían desaparecido.

Sarah estaba temblando, levantó las manos para taparse la boca. Aunque no emitió sonido alguno. Michael corrió hacia el patio trasero —un espacioso jardín con un par de árboles pequeños— y miró a su alrededor, pero no vio a nadie. Volvió a entrar, encontró a Sarah e intentó cogerla en brazos. Sin embargo, ella se resistió. En lugar de tener el rostro empapado en lágrimas, lo tenía rojo de furia.

—¿Qué...? —empezó a decir, pero dejó la frase inacabada. Michael sentía la misma incapacidad para hablar.

Registró la cocina en busca de alguna pista. En la isla de granito situada en el centro, en un espacio despejado entre tanto fragmento de vajilla rota, estaba tirada la pistola del padre de Sarah. Parecía que la hubieran colocado allí de forma deliberada, encima de un sobre. El sobre era un elemento poco habitual; muy pocas personas seguían usando el papel. Michael estaba seguro de que contenía algo horrible escrito en su interior; lo sabía.

—Han dejado una nota —le susurró a Sarah.

—¿Qué? —le preguntó ella, a todas luces aturdida—. ¿Dónde?

Él señaló el sobre y ella lo agarró.

A Michael le daba la sensación de que habían regresado al Sueño, de que estaban

inmersos en un juego de la Red Virtual. Sarah parecía moverse a cámara lenta cuando cogió el sobre y lo desgarró para abrirlo. Incluso el eco de la presentadora del InfoBlog que llegaba por el pasillo sonaba apagado. A Michael se le nubló la visión cuando miró las manos de Sarah sacando la nota del sobre.

Desdobló el papel y lo estudió a toda prisa. Levantó la vista y miró a Michael con los ojos anegados en lágrimas.

—¿Qué pone? —Se escuchó preguntar. Su propia voz le sonó cavernosa y lejana, solo un poco menos distante que la de la presentadora. No lograba centrarse en nada y tenía un extraño pitido en los oídos.

Sarah se había puesto incluso más blanca. Volvió a mirar el papel y lo leyó en voz alta:

Esta es mi última advertencia.

No vuelvas a dudar de las consecuencias de la desobediencia.

Obedece y vivirán. Desobedece y morirán.

Ayúdame, Michael, y vivirás para siempre.

Al chico se le encogió el corazón. Había involucrado a Sarah en su problema y había puesto en peligro la vida de sus padres. Kaine estaba loco. Estaba loco de remate, loco de atar. Se había llevado a los padres de su amiga —y les había hecho daño, con toda seguridad— solo para demostrar su poder. Para cerciorarse de obtener lo que quería.

Pero había algo más. La voz de la presentadora del InfoBlog fue como un jarro de agua fría. Le costó unos minutos caer en la cuenta de lo que decía la mujer, pero fue como un rayo de luz cegadora entre la niebla de su atontada mente.

—¡Oh, no! —susurró—. ¡No! —¿Cómo podía haberse complicado todo tan de repente?

—¿Qué? —preguntó Sarah, su mirada reflejaba el terror que Michael sentía.

Sin responder, el chico se volvió, salió de la cocina y siguió la voz de la locutora hasta el comedor, donde el proyector holográfico todavía emitía sus imágenes en la pared. No quería que Sarah lo viera, no quería que lo que había escuchado fuera cierto, aunque no pudo evitarlo. La chica ya se encontraba junto a él, mirando la pantalla.

Una foto enorme de Jackson Porter ocupaba media pared.

Jackson Porter. También conocido como Michael.

Las palabras iban pasando por la parte inferior de la imagen e informaban de la búsqueda por todo el país del adolescente desaparecido, sospechoso de delitos relacionados con el ciberterrorismo. Se ofrecía una gran suma de dinero a cualquiera que proporcionase información.

Se volvió para mirar a Sarah, y la expresión de la chica le partió el corazón.

—Puedo explicarlo.

¿Cuántas veces habría oído pronunciar esa frase en las películas? También podría haber admitido su culpabilidad. La expresión de Sarah no habría cambiado. Michael supuso que tenía diez segundos antes de que ella encendiera su pantalla y llamara a todo agente autorizado a llevar un arma que se encontrara a cien kilómetros a la redonda. O, peor aún, ella misma podía atacarlo.

—La Doctrina de la Mortalidad —dijo el chico—. Estaba a punto de contártelo. Fue Kaine. Él me hizo esto. A ese chico, a Jackson Porter. —Señaló la pared, pero el InfoBlog por fin había cambiado de noticia, y por suerte su rostro gigantesco había desaparecido de la enorme pantalla.

—¿De qué estás hablando? —respondió Sarah. Al menos había decidido quedarse.

—Verás... —Pensó en las palabras adecuadas con las que empezar a contar la historia—. ¿Podemos sentarnos?

—¡Mis padres han desaparecido!

Michael sabía que estaba a punto de perderla.

—Lo sé, lo sé... —Percibía lo molesta que estaba y quería tocarla, conectar con ella de algún modo.

Sin embargo, antes de poder hacerlo, la chica le dio la espalda, se alejó de él y levantó la mano para encender su audiopad. Sin volverse a mirarlo, dijo:

—Por lo que a mí respecta, has venido a distraerme para que tus colegas pudieran secuestrarlos. Lo siguiente será pedir un rescate. Estoy llamando a la poli.

—Yo era un tangente, Sarah.

Ella se detuvo en la puerta. Su pantalla de red estaba suspendida en el aire, delante de ella, e iluminaba el pasillo con un fantasmagórico fulgor verde. Con un par de rápidos movimientos de los dedos ya había informado a la policía del secuestro de sus padres. El chico deseó que solo hubiera dado parte de esa desaparición. Debía hacerlo; él lo sabía. Pero también sabía que no podía estar allí cuando llegaran las autoridades.

Al final ella volvió a mirar a Michael a la cara.

—Vale. No sé qué está ocurriendo, pero sé que eres Michael. Será mejor que te vayas antes de que la policía te detenga. No pienso decirles que has estado aquí.

El chico quería que ella supiera la verdad a toda costa.

—El problema es lo que Kaine ha hecho. Atrajo a los tangentes hasta donde él estaba con la intención de dar con los programas más aptos para su experimento. Creo que incluso engañó a la SRV. Yo superé la prueba, y, de alguna forma, transfirió mi... comoquiera que se llame... Me puso en el cuerpo de ese chico. Jackson Porter. Lo aniquiló. Yo lo aniquilé, Sarah. Yo... Yo le usurpé la vida.

La chica estaba mirando al suelo. Le cayó una sola lágrima del ojo. En el Sueño casi nunca lloraba.

—Kaine envió a dos tipos para llevarme a una especie de reunión, pero yo escapé —Michael prosiguió porque ella no decía nada—. Esa noticia sobre Jackson podría

ser una trampa. Kaine quiere tenderme una trampa. O a lo mejor Jackson sí que es un ciberterrorista. ¡Maldita sea! ¡No lo sé! Me he fabricado un falso carné y he intentado llegar hasta aquí sin que nadie se entere. Sin embargo, estoy seguro de que Kaine suponía que vendría a buscarte.

—Tienes que irte —dijo Sarah.

—¿Qué? —Michael no barajaba esa posibilidad. Necesitaba a Sarah—. Pero tenemos que hablar...

Ella se acercó hacia él, alargó una mano, lo tomó por un brazo y se lo apretó.

—Esperemos que Kaine nos haya encontrado solo porque sabía que vendrías a mi casa —dijo—. No porque haya descubierto tu auténtica identidad. Pero debes irte. Buscar un lugar seguro. Infórmame de dónde estás, en cuanto puedas. Te encontraré y luego buscaremos a Bryson.

—Vale. —Ella iba a ayudarlo. La sensación de alivio lo conmovió.

Transcurridos unos segundos, ya estaba corriendo por la calle, mientras la noche caía sobre el mundo y el sol se sumergía para dar paso a la oscuridad. No estaba seguro de que Sarah fuera plenamente consciente de cuanto había dicho, pero Michael lo había escuchado.

Por culpa de él, los padres de su amiga habían desaparecido. Tal vez estuvieran muertos.

7

Corrió hasta que empezó a fallarle la respiración, atravesó barrios y calles vacías, y por fin llegó a las afueras de la ciudad. Cuando parecía que iba a desmayarse del agotamiento, se detuvo. Se dobló sobre sí mismo, inspiró para llenar los pulmones y deseó con todas sus fuerzas que descendiera el ritmo de su pulso. No sabía muy bien de qué escapaba: de la policía, de Kaine, o de las consecuencias de su aparición para Sarah y su familia.

La noche ya había caído, pero él no pensaba volver a dormir en toda su vida. La amenaza que suponía la posibilidad de soñar —de ver imágenes de los padres de Sarah maniatados en la parte trasera de un coche, o el rastro de sangre en el suelo de la cocina— lo aterrorizaba. ¿Cuánta sangre habría visto durante tantos años de juego? Eso no lo había preparado para la experiencia de verla en la vida real.

Encontró un taxi y regresó a su hotel. Pero recapacitó y cambió de alojamiento. Por si Kaine había descubierto su falsa identidad, Michael decidió empezar desde cero. Esta vez, procuró hacerlo mejor. Actuó a conciencia, borró cualquier rastro de los programas que usaba y escogió otros para despistar. Recurrió a cortafuegos y a códigos de encriptación de triple efectividad, usó todo cuanto se le ocurría.

Pasó la noche entera trabajando. Al final se quedó dormido cuando los primeros rayos del alba empezaban a brillar tras las cortinas. Más adelante, en algún momento

de la tarde, alguien tocó a la puerta y lo despertó. Con la inexplicable ocurrencia de que, de algún modo, Sarah ya lo había localizado, saltó de la cama y abrió de golpe la puerta sin ni tan siquiera echar un vistazo por la mirilla.

Petrificado y seguro de que seguía soñando, se quedó mirando a su visitante.

Piel oscura, pelo negro, guapa.

—No deberías haberme llamado Gabriela —dijo—. Entonces supe que algo iba mal. Muy mal.

Un destello de luz

1

Michael había experimentado una gran variedad de situaciones, aunque estaba bastante seguro de que jamás se había quedado tan mudo como en ese momento. Mientras miraba a Gabriela, se había quedado, literalmente, sin palabras.

—Déjame entrar, ¿quieres? —dijo ella con expresión tensa pero no desagradable—. No tengo ni idea de qué está pasando, pero creo que merezco algunas respuestas.

—Hum... Sí —respondió Michael. Atontado, retrocedió un paso y abrió más la puerta—. Supongo que esta vez no tengo escapatoria. Al fin y al cabo, es mi habitación de hotel.

Ella sonrió, pero su mirada reflejaba lo que sentía: no le gustaba mucho ese antro.

—Gracias. —Entró y tomó asiento en el pequeño sofá que había junto a la cocina americana, se arrellanó y cruzó las piernas con arrogancia.

Michael apartó la mirada, la dirigió hacia el pasillo, como si allí pudiera encontrar alguna pista de cómo comportarse. No vio otra cosa que la moqueta de horrible estampado y las paredes pintadas de un color apagado. Cerró la puerta y se volvió para encontrarse cara a cara con su nueva enemiga: su novia.

Agarró una silla y la arrastró por el suelo, el prolongado chirrido de la madera sobre el suelo de linóleo rompió el silencio incómodo. Michael se sentó y se quedó esperando. Gabriela seguía sin decir nada. El chico se puso las manos en el regazo y se las miró. Se sentía como si tuviera diez años, a la espera de que su madre le soltara un sermón.

—¿Y bien? —espetó ella—. Vamos. Habla. Sabes cómo se hace, ¿no?

Michael levantó la cabeza para mirarla.

—Es imposible que pueda explicarte lo que está pasando. Créeme. Aunque lo hiciera, jamás me creerías.

—Lo único que sé es que nunca, ni una sola vez, me has llamado Gabriela. Hasta que di contigo corriendo por la ciudad. —Se inclinó hacia delante con expresión suplicante—. Siempre, siempre, me has llamado Gabby. Y la última vez que te vi, te comportaste con toda normalidad, no parabas de decirme «Te quiero, Gabby. Bésame, Gabby. Quédate una hora más, Gabby». Y ahora parece que ni siquiera me conoces. Me he dado cuenta: ya no me miras igual. Estás mirando a una desconocida.

Michael se encogió de hombros.

—Es la pura verdad.

—Entonces ¡explícamelo! ¿Qué está pasando? Te conozco demasiado bien para pensar que esto es una especie de farsa para cortar conmigo. ¿Te has dado un golpe en la cabeza?

Michael sintió ganas de reír, aunque no tenía ni idea de por qué. Se frotó la cara con ambas manos, inspiró con fuerza y se quedó mirando a Gabriela a los ojos.

—Escucha. Yo no soy... ¡Madre mía! ¡Esto es una locura! No puedo hacerlo.

—Sí que puedes. O llamo a la poli.

—¿A la poli? ¿Por qué?

—¡Ah, no sé! A lo mejor porque he visto en el InfoBlog que eres un ciberterrorista.

En esa ocasión, Michael sí que rompió a reír y no podía parar. Ya era oficial, estaba volviéndose majareta.

—No tiene gracia —dijo Gabriela con frialdad—. Ni pizca.

Michael recobró la compostura.

—Lo sé. Lo sé. Mira, ha ocurrido algo que, si te lo explico, te parecerá una locura. Tiene que ver con el Sueño, y con los tangentes, y con inteligencia artificial y con toda clase de simulaciones.

Gabriela levantó las manos de golpe y se arrellanó más en el sofá.

—¡Dios! Si no hubiera desperdiciado el último año enamorándome de ti, te daría una...

—¡Vale, está bien! —gritó Michael—. ¿Quieres saber la verdad? Pues esta es la verdad: me llamo Michael. Antes era un tangente; completamente programado. Pero yo creía que era real. Y, por algún motivo, mi inteligencia fue descargada en el cerebro de Jackson Porter. Es decir, tu novio. No tengo ni idea de qué le ha ocurrido a él. Pero ya no está aquí. —Se dio un golpecito en la sien izquierda—. El que está aquí soy yo. Tengo el cuerpo de Jackson Porter y la mente de otra persona. Ya está, eso es todo. Esa es la verdad.

La expresión de Gabriela se había congelado, solo le temblaba el labio inferior. Michael no sabía si era de tristeza o de rabia. Demudó el gesto varias veces, y era imposible interpretar lo que sentía. Ese instante se prolongó mientras ella le clavaba su mirada de ojos negros. A continuación, la chica se levantó.

—Pero ¿tú te has creído que...? —Empezó a decir, y se calló. Se pellizcó el tabique e inspiró con fuerza para tranquilizarse—. ¿Tú te has creído que soy idiota? ¿Cómo puedes... cómo puedes ser tan cobarde de mentirme así? No pienso quedarme sentada y suplicarte que me cuentes la verdad. No puedo creer que me haya arriesgado a que me encierren de por vida por venir a buscarte. Adiós. Necesitas ayuda profesional.

Le dedicó una mirada prolongada y triste, aunque, por mucho que Michael lo intentara, no pudo encontrar una respuesta. En realidad deseaba que la chica saliera por la puerta y que no regresara jamás. Aunque una parte de él...

—Que te vaya bien la vida, Jax —dijo Gabriela, con tanta serenidad que a

Michael le dolió—. Si quieres actuar como si estuvieras chalado, escapar y andar escondiéndote, finge lo que te dé la gana, allá tú. Estaré para lo que me necesites cuando te decidas a visitar al médico y tomar alguna medicación. —Sacudió la cabeza y avanzó caminando hacia la puerta—. Tengo que ir a Atlanta a visitar a mi padre. Está enfermo, y creí que a ti te importaría, pero olvídale.

Michael se levantó de pronto.

—¡Espera! Por favor... Espera.

Ella se volvió y se quedó mirándolo, inexpresiva.

—¿Cómo iba a inventarme una historia así? —le preguntó—. Cuando... cuando has llegado has dicho que sabías que yo no era Jackson.

Ella rio con amargura.

—Lo he dicho de forma metafórica, ¡por el amor de Dios! Te pasa algo grave. No eres el Jax que conozco. ¿De verdad esperas que crea que alguien ha cambiado tu cerebro por el de otra persona? ¿Cómo has podido decir algo así cuando mi padre...? —Se calló y se volvió de golpe para abrir la puerta.

—¿Tu padre qué? —gritó Michael.

Ella no respondió. Se limitó a salir al pasillo y empezó a cerrar la puerta.

—¿Tu padre qué? —volvió a gritar Michael.

Sin embargo, el portazo fue tan fuerte que se estremeció toda la habitación; ella se había ido.

2

Pensó en salir corriendo tras ella, pero ¿cómo iba a hacerlo? A pesar de lo culpable que se sentía de haber hecho daño a Gabriela, ¿cómo iba a anteponerlo a la necesidad de encontrar a sus amigos? Debía pensar en su vida. Volver al Sueño. Descubrir si su familia existía en el mundo digital.

Recordó la verdadera razón por la que estaba en ese hotel. En otra ciudad.

Por Sarah.

Dos días después, su amiga lo localizó.

Fue una espera insoportable. Estuvo a punto de enloquecer, aunque estaba demasiado nervioso para marcharse y no quería entrar en el Sueño hasta que Sarah pudiera entrar con él. Sobre todo porque le obsesionaba el ultimátum de los tres días del que le informó la mensajera de Kaine en el tren —la mujer que se había suicidado tirándose a las vías— mientras intentaba permanecer en el anonimato.

Envió a Sarah varios mensajes encriptados mientras esperaba, y utilizó pistas relacionadas con los lugares donde habían estado ambos en la Red Virtual para guiarla hasta su nuevo hotel. Luego se dedicó a deambular por la habitación para dejar de obsesionarse con la posibilidad de que ella hubiera decidido no acudir a su encuentro. O de que le hubiera ocurrido algo. O de que Kaine los hubiera descubierto.

Sarah habría tenido que encargarse de hablar con la policía, de dar explicaciones a la familia; por no mencionar lo tremendamente molesta que debía de sentirse. Sin embargo, al estómago de Michael todo eso le daba igual. Hasta que ella no llamara a la puerta, él tendría ganas de vomitar.

Y por fin llegó su amiga.

—Lo siento mucho, Sarah.

Fue lo único que pudo decir. Se sentó al borde de la cama, y ella, en la silla situada junto a la mesa. Compartieron un largo y silencioso abrazo, y en cuanto él hubo hablado, sus palabras sonaron ridículas.

—Michael... —Sarah hizo una pausa, y él deseó de pronto que no dijera nada. Deseó no haber ido a buscarla jamás, aunque no imaginaba qué habría hecho sin ella.

—Mira —dijo Sarah—. Necesito creer que mis padres están vivos. Bueno... Y que la policía los localizará. Necesito creerlo. Además... nuestras vidas ya se habían ido al traste antes de que ocurriera todo esto. No es culpa tuya.

A Michael se le escapó una carcajada tremenda.

—¡Sí, claro, lo que tú digas! ¡Si es todo culpa mía! Yo soy el que os metió a Bryson y a ti en este lío.

Sarah emitió un gruñido de impaciencia.

—Es justo lo contrario a lo que intento decirte. Bryson y yo podríamos habernos negado. Podríamos haber huido. No teníamos por qué seguirte a la Senda. Fue una decisión nuestra, y no quiero volver a oír cómo cargas con la culpa. Sobre todo, por lo de mis padres. Kaine habría acabado viniendo a por mí y a por mi familia de todas formas. Tengo esa certeza. Michael, eres mi mejor amigo, fin de la historia. Yo formo parte de esto.

Michael no se sentía merecedor del alivio que el discurso de su amiga le había proporcionado.

—Pero ¿eso es todo? —respondió—. Ni siquiera soy real... Soy un programa informático. ¿Cómo puedes decir que unas líneas de código son tu mejor amigo?

Ella se levantó, se acercó a él y se sentó en la cama.

—Porque puedo —dijo. Luego lo estrechó con un fuerte abrazo y le susurró algo al oído. Él sintió la calidez de su aliento sobre la piel.

—No entiendo qué ocurre. Solo sé que eres tú. Eres Michael. Lo sé desde la primera vez que te oí hablar. Lo vi en tu tierna mirada de bobalicón.

—Pero si estos no son mis ojos... —masculló el chico. Pensó en Gabriela, en si debía hablarle a Sarah sobre ella.

—Tú tampoco habías visto jamás mis verdaderos ojos. ¿Cuál es la diferencia? Básicamente, la que conocías también era un conjunto de líneas de código. Somos nuestros pensamientos, recuerdos y personalidades. Yo soy Sarah y tú eres Michael. Eres el mismo. ¿Podemos seguir con lo que importa y pensar en qué vamos a hacer?

A Michael le resultaba prácticamente imposible creer que alguien pudiera ser tan buena amiga. Tenía ganas de besarla; no sabía cómo expresar lo que sentía. Aunque

no pensaba arriesgarse a fastidiarla por intentar expresarlo.

—Gracias, Sarah. En serio. Me gustaría decir algo muy trascendental, pero acabaría soltando alguna tontería, lo sé. No tienes ni idea de lo aliviado que me siento.

Ella lo besó en la mejilla.

—Bryson y tú sois lo único que me queda. Tenemos que localizarlo, Michael. Él puede ayudarnos. Y luego debemos impedir que Kaine lleve a cabo su plan, sea cual sea, y encontrar a mis padres. ¿Podría estar pensando en sustituirlos por tangentes? — Parecía como si la idea no se le hubiera ocurrido hasta el momento en que la expresó en voz alta. La tristeza le empañó los ojos mientras miraba a su amigo.

Michael le dio un apretón en el hombro.

—Encontraremos a tus padres —le respondió—. Averiguaremos qué planea Kaine. Lo único es que... ¿Y si el hecho de buscar a Bryson...? ¿Y si le hacen algo?

Sarah suspiró.

—Ya está en peligro, y no lo conseguiremos sin él. Habrá que actuar con inteligencia y mucha cautela.

A Michael le encantaba que ninguno de los dos se hubiera planteado ceder ante Kaine, cumplir con su obligación —o como quisiera llamarse—, como el tangente quería que hicieran. Pensó en Gabriela una vez más, aunque seguía sin parecerle bien hablarle a Sarah sobre la chica. Quizá lo hiciera más adelante.

—Vale. —Había llegado el momento de dejar de sentirse culpable y ponerse manos a la obra—. Tengo una lista de acciones urgentes.

3

Al día siguiente, ambos estaban sentados a la mesa comiendo cereales. De esos con un montón de nubes de azúcar, sobre las que el fabricante mentía y decía en la caja que eran saludables. Y Michael se sentía seguro. Tenía la certeza de que tanto su nueva identidad como la de Sarah, que habían ocultado con diversos programas de protección, los parapetaban contra cualquiera que estuviera buscándolos, tanto del bando de los buenos como del de los malos. Además encontraron un piso que alquilaron por un mes. Después de su encontronazo con Gabriela, Michael había decidido que necesitaba mudarse.

En algún momento, Sarah había olvidado la norma de no hablar con la boca llena.

—Este lugar no está nada mal —dijo después de engullir otra cucharada de cereales. Echó un vistazo a la pequeña cocina, al comedor anexo, sin muebles, y al final del pasillo, donde había dos habitaciones. Cada una de ellas contenía dos objetos: un solo colchón y un ataúd nuevo y en funcionamiento. El ataúd no les había salido barato, y Michael se prometió a sí mismo que algún día compensaría a los Porter. Por todo el dinero que estaba gastando y por haberles robado la vida de su

hijo.

—Bueno, no es exactamente como me imaginaba mi primer piso —dijo el chico—. Ya sabes, viviendo cerca de colgados y prostitutas.

—¿Colgados?

—Sí. —Michael puso cara de circunstancias—. ¿Colgados? ¿Drogatas?

Ella lo miró con gesto confuso.

Michael sonrió.

—Has vivido entre algodones.

—Y tú eras un programa informático —replicó ella.

—Eso ha dolido. —Tomó otra cucharada de cereales, masticó y tragó—. Creo que ya no podemos retrasarlo más. Hora del Sueño. ¿Estás lista?

Sarah dejó la cuchara.

—Estoy lista. Pero ¿seguro que estás de acuerdo?

—Sí.

Ella había insistido en que, en lugar de intentar encontrar a Bryson en el Despertar, debían sumergirse en el Sueño y buscarlo allí. Tenían muchas más habilidades para ocultarse en la Red Virtual que en el Despertar, y sería mucho más seguro para ellos y para Bryson. Acordaron no intentar contactar con él hasta estar dentro; no había razón para correr el riesgo de comprobar si sus nuevas identidades eran efectivas hasta que no fuera estrictamente necesario.

—A estas alturas, ya debería estar todo tranquilo, ¿no? —preguntó Sarah.

—Al menos un poco. Si han estado vigilando el Sueño, seguro que imaginan que ya estamos dentro. —La verdad era que Michael estaba preocupado. Kaine tenía incluso más poder dentro de la Red Virtual, aunque Sarah y él también. Estaban haciendo lo correcto—. Esperemos que Bryson esté bien. Apuesto a que han estado ojo avizor para vigilarlo.

—«Ojo avizor» —repitió Sarah con una amplia sonrisa. Siempre se mofaba de que su amigo usara frases hechas un tanto anticuadas—. Estoy segura de que su nueva identidad es más segura que la nuestra.

—Sí. ¿Ya has tenido suficiente? —Hizo un gesto con la cabeza señalando los cereales. Era a lo máximo que podía aspirar como gourmet al no estar su niñera, Helga. Sintió una punzada de dolor en el corazón al pensar en ella. Añoraba muchísimo a esa loca anciana alemana. Incluso más que a sus padres, en realidad. Se esforzó por no seguir pensando de esa forma; era probable que todavía existiera. Lo era.

—Creo que con tres boles tengo suficiente —confirmó Sarah.

—Entonces vamos a sumergirnos.

Dejaron los platos sobre la mesa.

A Michael se le hizo raro meterse en el ataúd. No fue porque notara nada distinto a otras ocasiones. Lo que ocurría era que se trataba de su primera vez como ser humano de carne y hueso. Eso lo asustaba y emocionaba al mismo tiempo. Aunque su vida hubiera ido de mal en peor, estaba impaciente por volver a sumergirse en el Sueño. En muchos sentidos era como volver a casa, literalmente.

Sarah había cerrado la puerta de su dormitorio; la mayoría de la gente se desnudaba del todo para meterse en la neurocaja. Michael se dejó los calzoncillos puestos, por si acaso, y se introdujo en su nuevo ataúd, el último y más moderno modelo, y se tumbó en el interior. Cerró la tapa y disfrutó de la sensación que le producían los diminutos neurocables al serpentear sobre su piel y penetrarla, del ruido y la sensación de los dispensadores de aire y geles líquidos que lo envolvían, y de todas las comprobaciones de los sistemas para garantizar que Michael disfrutaba de una auténtica experiencia en la Red Virtual.

Sin embargo, el chico también temía esa experiencia. En ese momento, las cosas eran muy distintas. ¿Cómo podía saber lo que ocurriría? Además estaba Kaine. Siempre Kaine. Y además...

También estaba Helga. Sus padres. Su antigua vida. Quizá, solo quizá, sus seres queridos seguían allí, en alguna parte. De alguna forma.

Cerró los ojos y el Sueño lo acogió en su mundo.

5

La mayoría de las personas acababan en el Portal de un lugar público cuando se sumergían en la Red Virtual. Podía ser cualquier sitio, desde la calle de alguna ciudad hasta un centro comercial. Luego iban a pie o en coche hasta el destino que les apetecía. Un restaurante, un cine, un salón de masajes, una sala de baile... O, por supuesto, el salón recreativo. Michael sintió la tentación de hacer precisamente eso, pero sabía que era lo último en lo que debía pensar. No se había sumergido para jugar.

En esa ocasión, al sumergirse en el Sueño, escogió emerger en el vacío, parecido al espacio exterior, rodeado por un torbellino de código. Esas localizaciones existían, pero el jugador medio no sabía dar con ellas. En realidad, al jugador medio no le interesaban; Michael y Sarah querían asegurarse de pasar desapercibidos a toda costa.

El chico flotaba entre cifras y letras que se desplazaban hasta convertirse en nubes borrosas que pasaban a toda velocidad. Percibía con toda claridad la presencia de Sarah, y alargó sus dedos virtuales para manipular el código que lo envolvía. Se sintió aliviado al descubrir que no había perdido su don. Su habilidad para ir analizando códigos y teclear a toda prisa, desplazaba las líneas de programación con más rapidez de la que hubiera podido imaginar. Sarah hacía lo propio; seguía el plan que habían ideado.

No tardó en aparecer una abertura, un recuadro negro, una silueta con el código de fondo. Era como los portales que se abrieron de pronto en el disco de piedra de la Senda. Michael se impulsó hacia delante y cruzó la abertura hasta un lugar que solo conocían tres personas en el mundo.

Sus pies aterrizaron en el blando manto del bosque, las hojas húmedas cedieron bajo su peso y produjeron un ligero chapoteo. La bruma se arremolinó en torno a sus piernas, lo rodeaban árboles gigantescos que tenían musgo colgando de las ramas, como si estuvieran derritiéndose. El bosque era una obra de arte; parecía centenario. Michael y sus amigos habían pasado largas horas escribiendo el código para diseñarlo. Aunque la verdadera obra maestra era la casa del árbol que habían programado, uno de los logros del que el chico más se enorgullecía. Se encontraba en lo más apartado de *Sangre vital*, en un lugar al que nadie iría jamás. Y aunque alguien llegara hasta allí, no podría ver la casa del árbol. Era un ejemplo asombroso de código oculto.

Sarah ya estaba subiendo por la escalerilla y desapareció por la trampilla de entrada. Michael inspiró una bocanada de aire puro, limpio y artificial, y la siguió. Había imaginado que se sentiría raro al regresar al Sueño, pero era como en los viejos tiempos, todo estaba como siempre. Y esa sensación le provocaba alivio y bienestar.

Justo había llegado al último peldaño cuando percibió un movimiento fugaz a su izquierda. Se volvió a mirar, pero no vio nada. Solo un roble de tronco retorcido y lleno de nudos.

«No —pensó, más molesto que asustado—. No es posible que alguien haya descubierto este lugar de forma intencionada». Tenía que haber sido por casualidad; quizá fuera un niño que había metido las narices donde no debía.

—Sarah —llamó a su amiga entre susurros—. Creo que he visto algo.

No esperó a que ella le respondiera. Fijó la mirada en el lugar donde había captado el movimiento y volvió a bajar a toda prisa la escalerilla para acercarse al roble poco a poco. Al ir a la casa del árbol, jamás se habían topado con nada, ni con un mosquito, ni mucho menos con otra persona. Teniendo en cuenta las circunstancias, descartó la posibilidad de que alguien los hubiera encontrado por casualidad. Con gran sensación de malestar, decidió averiguar qué ocurría.

Sarah no tuvo que preguntar adónde iba. Michael vio enseguida que ella ya había bajado por la escalerilla y lo seguía de cerca.

Con una gran cautela, Michael fue acercándose cada vez más, agradecido de que las hojas húmedas amortiguaran el ruido de sus pisadas. A medida que se aproximaba al árbol, no obstante, su confianza fue debilitándose. Estaba seguro de que, de un momento a otro, algún extraño aparecería de pronto, empuñando un par de pistolas o algo peor. Si Sarah y él no podían estar a salvo ni siquiera en aquel lugar, no sabía cómo lograrían encontrar a Bryson o hacer cualquier otra cosa. Tuvo la demoledora sensación de estar destinado al fracaso.

Cuando Michael estaba a escasos metros del árbol, se detuvo y plantó los pies con

firmeza en el suelo, dobló las rodillas y se preparó para reaccionar en caso de ataque.

—¿Quién anda por ahí detrás? —gritó, con la esperanza de sorprender al intruso y que este hiciera algún ruido.

—Vuelve por donde has venido —respondió una mujer—. Si obedeces, no te haré daño. —La voz le sonaba familiar. Solo un poco.

—¿Quién es? —preguntó Michael.

La desconocida no respondió.

Se hizo un larguísimo silencio. Michael no sabía qué hacer ni qué decir. Sarah avanzó de puntillas tras él y le tocó con delicadeza el hombro.

—Hable con nosotros —le gritó Sarah—. ¿Cómo ha encontrado este lugar?

—Último aviso —respondió la desconocida. Esta vez manipuló de forma curiosa su voz: de algún modo amortiguó el sonido—. No te acerques ni un paso más.

Michael se volvió y miró a Sarah. Su cara tenía un brillo fantasmagórico por la mortecina luz del bosque. La bruma se elevaba por detrás de ella como una señal de mal agüero. Se inclinó hacia delante y susurró en voz tan baja al oído de Michael que él apenas la escuchó.

—Tú ve por la izquierda. Yo iré por la derecha.

Michael negó con la cabeza. ¿Todavía no habían aprendido la lección?

Sin embargo, Sarah ya había empezado a rodear el árbol con la intención de posicionarse para el ataque. «A la izquierda», se recordó Michael mientras tomaba a Sarah de la mano. Le dio un buen apretón, la soltó y se acuclilló con el pulso acelerado.

—¡Ahora! —gritó Sarah.

Michael corrió hacia el árbol, impulsado por una repentina inyección de adrenalina. Había dado solo dos pasos cuando quedó cegado por un fogonazo de luz blanca, y una fuerza invisible lo golpeó y lo tiró de espaldas. Fue a estamparse contra un árbol y cayó desplomado en el suelo.

Solo veía manchas de colores. Se levantó como pudo sin dejar de refunfuñar. La posibilidad de localizar a la desconocida empezaba a desvanecerse. Le dolía la espalda, la cabeza le daba vueltas y sentía un intenso mareo que le provocaba un pitido en los oídos. Fue avanzando a trompicones protegiéndose los ojos con una mano.

Poco a poco pudo ver con mayor claridad, aunque el bosque empezó a combarse y a temblar por debajo de sus pies. Logró llegar al roble donde se había ocultado la desconocida, pasó la mano por su áspera corteza al rodear el tronco y se estiró para ver más allá, bosque adentro. Consiguió distinguir a una mujer corriendo a lo lejos, con una larga melena agitándosele al viento mientras avanzaba agachada, intentando ocultarse entre los árboles.

Michael se volvió; no había posibilidad de atraparla. Ya había llegado demasiado lejos. El dolor de la espalda se intensificó y se extendió como una yaga hasta las piernas. Empezó a buscar a Sarah dando tumbos y al final la encontró tendida en el

suelo. No se movía. Tenía la cabeza ensangrentada, pero el pecho se le hinchaba y deshinchaba. Con eso bastaba. Jamás sabrían qué ocurriría si la chica moría en las afueras; seguramente no le pasaría nada, pero no quería abandonarla, ni por un minuto.

Michael cayó de rodillas al suelo. Sentía ganas de gritar de desesperación, pero se reprimió.

Esa mujer. Su voz. Su pelo. Había algo en ella...

La conocía. De alguna parte, la conocía.

Sumergirse en el código

1

Sarah recobró la conciencia pasados unos minutos.

Soltó un quejido y se movió, luego volvió a quejarse. Michael estaba sentado en el suelo junto a ella, con la espalda apoyada contra un árbol. Solo se le había ocurrido esperar. Supuso que su amiga desaparecería o moriría, y que ambos regresarían a sus ataúdes, o que terminaría por despertar.

Al final, la chica se arrastró hasta situarse junto a Michael. Se frotó la cabeza y dejó escapar un último lamento de dolor.

—¿Estás bien? —le preguntó Michael.

—Va a salirme un chichón de los gordos cuando vuelva al Despertar, pero me recuperaré. —Se volvió para mirarlo, mientras seguía masajeándose con suavidad el punto donde le dolía—. Bueno... ¿Qué ha ocurrido? Ya lo tienes todo pensado, ¿verdad?

Él soltó una risita.

—Por supuesto que sí. —Lo que en realidad significaba que no tenía ni idea de qué hacer—. La he visto adentrarse corriendo en el bosque. Pero, como apenas podía caminar, no me he molestado en perseguirla.

—Di mejor que no querías dejarme sola —puntualizó Sarah. Señaló hacia el gran roble desde donde se había proyectado el haz de luz cegadora—. Veamos, nos ha seguido una mujer, estaba espíándonos y al final ha lanzado unos extraños fuegos artificiales para ocultarse mientras escapaba... ¿Por qué nos ha advertido de su presencia? ¿No te parece un poco raro?

—Supongo que lo ha hecho porque no quería hacernos daño. Pero...

—¿Qué?

Michael tuvo la sensación de que la última pieza del rompecabezas acababa de encajar.

—He reconocido su voz. Además, cuando ha huido, he advertido algo en su forma de moverse que me ha resultado familiar.

—¿Y?

—Creo que era la agente Weber de la SRV. Pero ¿cómo demonios nos ha encontrado en este lugar?

La afirmación de Michael supuso tal jarro de agua fría para Sarah que solo pudo sugerir que subieran por la escalerilla y se acomodaran en la casa del árbol.

—¿Estás seguro de que era ella? —le preguntó Sarah en cuanto estuvo sentada sobre un viejo y feo puf relleno de semillas. Bryson había escogido ese cómodo asiento hacía siglos durante la fase de desarrollo del código.

Michael se sentó a la mesa, con la vista clavada en la ventana, pensativo.

—Bastante seguro —respondió—. Sobre todo por la voz. Tienes que acordarte: la primera vez que la vi fue en *Sangre vital profunda*, pero luego se presentó en mi piso, el piso de Jackson Porter, justo cuando me había despertado, y estaba casi igual. Supongo que es lógico que su aura esté diseñada con el mismo aspecto que tiene en el Sueño, puesto que quería ocultarme mi condición de tangente.

—Sí. Supongo que sí. Entonces ¿qué significa que nos haya encontrado aquí? Esa es la gran pregunta.

Michael sacudió la cabeza con impaciencia. El que alguien se colara en su ubicación secreta le generaba demasiadas preocupaciones.

—No tengo ni idea. Lo que me extraña más es su actitud misteriosa y el hecho de que estuviera espiándonos. ¿Por qué habrá ido a buscarme al piso?

—Seguramente también intenta ocultarse de Kaine.

—Bueno, en cualquier caso, tenemos que localizarla. En cuanto volvamos a estar con Bryson, debemos asegurarnos de que la SRV sabe lo que Kaine me hizo. Sigo pensando en esa vieja loca del tren. ¿Y si...? ¿Y si Kaine no se hubiera limitado a introducir a otros tangentes en cuerpos de humanos, sino que además controla sus mentes?

Sarah se puso un tanto pálida.

—O a lo mejor está programando tangentes para que hagan lo que él quiera antes de que... De que les aplique la Doctrina de la Mortalidad.

Michael volvió a recordar el incidente del tren y la advertencia que le había hecho la mujer. Tres días. Tres días que ya habían pasado, y habían evitado que los capturasen. La próxima vez que Kaine diera con ellos... Bueno, Michael no quería ni pensarlo.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Sarah.

Michael suspiró e intentó liberarse con un suspiro de la maraña de preocupaciones que le oprimía el pecho.

—No paro de pensar en tus padres. Podrían estar en cualquier lugar; ¿cómo los encontraremos? Por no hablar de los míos. En algún momento tengo que regresar a *Sangre vital profunda* para buscarlos, a ellos y a Helga. Aunque Kaine dice que están muertos, desprogramados o algo peor. Estoy replanteándome el involucrar a Bryson en todo esto. Estoy replanteándomelo todo.

Sarah se levantó y se acercó a él.

—Bryson ya está implicado en esto, quiera o no quiera. Tenemos que localizarlo antes de que lo haga Kaine. En cuanto a tus padres... Mira, sabemos que ese tipo está detrás de todo esto. Seguir adelante es lo mejor que podemos hacer. —El dolor expresado por su mirada demostraba que, además, intentaba creer lo que decía.

Michael levantó la vista para mirarla.

—Pues vayamos a buscar a Bryson.

Sarah asintió en silencio.

—Eso era lo que quería escuchar.

La chica se sentó a la mesa frente a Michael y ambos cerraron los ojos como si iniciaran una especie de ritual ancestral. A continuación, se sumergieron en el código.

3

Había cientos de formas posibles de llevar a cabo la búsqueda de Bryson, y daba la impresión de que se las habían planteado todas durante un día o dos antes de sumergirse. Lo discutieron todo, desde poner un mensaje en los tablones de anuncios hasta pasearse por el centro comercial con la esperanza de toparse con su amigo por casualidad. También habían pensado buscarlo en el Despertar, como Michael había hecho para localizar a Sarah. Sin embargo, basándose en todo lo que sabían y los peligros que se habían encontrado hasta entonces —y sabiendo que Kaine estaría vigilando hasta el último rincón, hasta el último resquicio de la Red Virtual—, decidieron proceder de otra forma: hacer lo que se les daba mejor.

Hackear.

No importa lo mal que fueran las cosas, había una verdad tan absoluta en el universo como que el sol sale por el este y que la gente estira la pata cuando envejece: Bryson seguiría jugando. Le encantaba, vivía para ello. Y, puesto que Michael y Sarah conocían todos sus juegos favoritos, sabían dónde debían buscarlo. Y, además, sabían cómo hacerlo sin que nadie se enterase. En realidad, nunca habían tenido motivos para hacer trampa en ningún juego; eso iba en contra del objetivo final. Ganar haciendo trampas resultaba tan aburrido como no jugar.

Sin embargo, las cosas habían cambiado y, por suerte, conocían la programación de los juegos favoritos de Bryson tanto como él. Porque todos tenían las mismas preferencias.

Sangre vital era sin duda su favorito; a Michael se le encogía el corazón solo de pensarlo. Le traía demasiados recuerdos.

—Añoro este lugar —dijo Sarah cuando empezaron—. No he jugado desde que estuvimos en la Senda.

Michael no contestó; estaba oficialmente deprimido.

Recorrieron todo el historial del programa, fueron saltando de ubicación en ubicación dentro de *Sangre vital*, visualizaron el código de todos los escenarios en

busca de las huellas de Bryson. Estaban violando unas cincuenta y tres normas y leyes muy estrictas, por no hablar del protocolo de la Red Virtual, aunque era un buen método para poner a prueba la efectividad de sus nuevas identidades. Michael analizaba los lugares donde era más probable que se encontrara su amigo, al tiempo que reflexionaba sobre lo bien que estaba yendo todo. Salvo por la pequeña pega — bueno, la gran pega— de que la agente Weber los hubiera localizado. Sin embargo, sabrían si Kaine hacía lo mismo, y cuándo.

San Francisco. París. Shanghái. Tokio. Nueva África. El Residuo Antártico. Vieja Las Vegas. Duluth. Rastrear los lugares más importantes. Ni rastro. Ni una sola señal de alguna visita reciente de Bryson a los sitios que frecuentaba.

Sarah le apretó la mano a Michael, y a él le bastó con esa señal. No tardaron en volver a estar sentados en la casa del árbol, rodeados del código que volvía a cobrar forma de árboles y cielo.

—Si no está en *Sangre vital*, ya sabes qué significa —dijo él.

—Sí.

—Está escondido. Sabe que ocurre algo.

—Exacto —corroboró Sarah—. Pero de ninguna forma está fuera del Sueño. Tenemos que echar un vistazo en sus localizaciones más ocultas.

Michael estuvo a punto de reír al recordar varios momentos de huida. El recuerdo más desternillante era una imagen de Bryson, desnudo como su madre lo trajo al mundo, perseguido por siete sirenas tan mosqueadas que les habían salido piernas. Jamás llegó a confesarles qué había hecho exactamente.

—Bueno ¿hacia dónde vamos? —preguntó Michael, contento de ver que en el rostro de Sarah se adivinaba una sonrisa. No había ningún motivo lógico para creerlo, pero el hecho de que los padres de la chica hubieran sido secuestrados no le parecía tan grave como descubrir que, técnicamente, él nunca había tenido progenitores.

—¿Qué te parece *La Guarida de la Reina Araña*? —sugirió ella.

Michael puso los ojos en blanco. La reina araña siempre había sido una de las mujeres a las que Bryson deseaba seducir. Y no había conseguido ni siquiera un beso, y no sería porque no lo hubiera intentado.

—Pues me parece tan buen lugar como cualquier otro —dijo Michael.

Cerraron los ojos y volvieron a sumergirse.

Tuvieron que trabajar durante tres horas, pero por fin dieron con su amigo en el undécimo lugar que visitaron: un juego llamado *Formas curiosas de morir*. Se trataba de uno de esos juegos donde uno pierde la vida en situaciones ridículas y se ríe a gusto al mismo tiempo. Era un mundo de locos.

Bryson estaba tomando algo con dos chicas que Michael no conocía, hablaban

animadamente de su próxima aventura —algo relacionado con una tostadora que funcionaba con pilas y con unas fuentes geotermales— en la terraza de un pequeño café ubicada en el punto de encuentro del juego. Michael y Sarah conocían demasiado bien el funcionamiento del Sueño para plantarse sin más en presencia de su amigo. Había un límite de normas que podían incumplirse sin correr el riesgo de que te pillaran o, al menos, sin que se percataran de tu presencia. Acceder por un Portal era una de las leyes más esenciales que debía cumplirse a rajatabla.

Los jóvenes se abrieron paso hackeando hasta el portal más próximo y, en cuestión de segundos, ya estaban en el juego. Michael lamentó que no les hubiera resultado tan fácil cuando quisieron entrar en *Demonios de la Destrucción*. También intentó no pensar en el resto de leyes que acababan de quebrantar.

Debido a sus nuevas identidades, Sarah y él habían modificado sus auras. Habría sido una sandez pasar por todas esas complicaciones para que un viejo amigo —o enemigo— acabara reconociéndolos por sus auras y se cargara su tapadera. Cuando encontraron la forma de llegar a la cafetería donde habían visto a Bryson y se sentaron en la mesa que se encontraba junto a la suya, la que compartía con las chicas, él no se molestó en mirar hacia ese lado de la terraza.

Michael se cambió el aura por su antigua versión con una rápida manipulación del programa, y permaneció así el tiempo suficiente para que Bryson se apercebiera de su presencia por el rabillo del ojo. Su amigo lo miró mejor y Michael cambió a toda prisa a su nuevo aspecto. Incluso Bryson, que solía conservar la calma en situaciones difíciles, no pudo ocultar su impresión.

—Hum... —Se quedó sin palabras para continuar charlando con sus nuevas amigas. Volvió a mirar enseguida hacia donde se encontraban sentados Michael y Sarah—. Perdonad, yo... Esto... Creo que acabo de ver a dos primos míos. ¡Oh, sí, son mis primos! Están ahí sentados, justo aquí al lado. Vaya, vaya...

Las dos chicas miraron hacia la mesa de Michael, y este les dedicó un breve saludo con la mano y una sonrisa desganada.

—Pero ¡si ya casi habíamos acabado! —se lamentó una de las chicas con tono quejumbroso y una voz de pito que pegaba muchísimo con su aspecto.

—Os lo compensaré —respondió Bryson como consolación—. Os lo prometo. Vosotras idos corriendo y pasadlo bien electrocutándoos. Me fastidia mucho tener que perdérmelo.

Ambas lo besaron en la mejilla, y en cuanto se marcharon, Bryson estuvo a punto de pasar de un salto a la mesa de Michael y Sarah. En su rostro se reflejaba una alocada mezcla de confusión y auténtico júbilo.

—Vosotros... —Una vez más se quedó sin palabras—. Vosotros... Los dos... No había sabido nada... ¿Qué estáis haciendo aquí, chicos? —Y entonces se rio, lo que hizo que Michael recordara la razón de por qué aquel chico era uno de sus mejores amigos.

—Me alegro de verte —dijo Sarah también sonriendo.

Bryson tenía pinta de estar a punto de explotar: o por la felicidad que sentía o por las mil cosas que deseaba decir al mismo tiempo.

—Me habéis tenido muy preocupado. No he sabido absolutamente nada de ti, Michael; no desde que estuvimos en la Senda. Y, Sarah, ¿dónde te has metido estos días? ¿Estáis intentando matarme de angustia antes de los veinte o algo así? Pensad en todas las mujeres de mi futuro, quedarían destrozadas.

—¿No vas a preguntar nada sobre nuestros ocurrentes disfraces? —respondió Michael.

Bryson soltó una risotada.

—No hace falta. No soy idiota. Intento ocultarme tanto como vosotros.

—Pero tu aura... —empezó a decir Sarah, aunque dejó la frase a medias cuando Bryson levantó una mano con sonrisa de suficiencia.

—Confiad un poco en mí —dijo—. Analizad un poco más mi código. Lo he programado para que solo vosotros dos podáis percibir mi antigua aura. Todos los demás ven a un tío totalmente distinto. ¡Tachán! Es asombroso, ya lo sé.

Michael lo miró más de cerca. No le cabía ninguna duda: su amigo se había superado.

—Vaya —dijo Michael—. Eres realmente asombroso. El tío más alucinante que he conocido en mi vida. —Estaba impresionado de verdad.

Sarah los hizo regresar a la realidad.

—¿Y por qué has estado ocultándote? ¿Ha ocurrido algo? ¿O es por pura precaución?

La expresión de júbilo del rostro de Bryson fue desvaneciéndose poco a poco.

—Estuve bastante fastidiado durante unos días. Tardé mucho tiempo en recuperarme después de la experiencia en la puñetera Senda. No sé por qué. Todo se desmoronó de golpe.

Se quedó callado, y Michael pensó que lo mejor sería no presionarlo. Aunque también era probable que el chico quisiera ganar tiempo para retrasar el momento de confesar a su amigo lo que había descubierto sobre sí mismo. Quizá Bryson no fuera tan comprensivo como se había mostrado Sarah.

—Y entonces Sarah me contó lo que le había ocurrido con la lava —prosiguió Bryson—. Y no sabíamos nada de ti. —Se quedó mirando a Michael—. Es como si hubieras desaparecido... ¡Uf! No te encontrábamos por ninguna parte. Cuando Sarah también se esfumó, me harté del todo. Me fui a pasar unos días a casa de mi tío, una cabaña en un lugar remoto. He estado usando el ataúd de mi primo. Desde entonces me he dedicado a ocultarme en el Sueño con la esperanza de que me localizarais. Sé que pasa algo y sé que me vais a dar la brasa contándomelo. Mejor será que empecemos cuanto antes.

Esbozó una tímida sonrisa que no tardó en esfumarse.

«Se acabó el buen rollo», pensó Michael.

—Bueno —dijo Sarah—, sí que tienes razón en algo: estamos a punto de darte la

brasa. —Miró a Michael—. ¿Quieres empezar tú?

No quería hacerlo, pero conocía demasiado a Sarah para contrariarla.

5

Michael perdió la noción del tiempo mientras contaba la historia. Empezó por la muerte de Sarah en las pozas de lava. Fijó la vista en un punto de la mesa de madera y dejó que la verdad fluyera, hasta el último detalle. Incluso la ocasión en que conoció a Gunner Skale, el famoso jugador. Bryson esbozó una mueca de incredulidad al escucharlo, no así cuando Michael le contó que era un tangente, que no era real, que toda su vida era una farsa. Michael jamás lo olvidaría. Jamás olvidaría que el rostro de Bryson no se había inmutado.

—Tu vida no es ninguna farsa —dijo Bryson con tono burlón, como si esa idea fuera demasiado ridícula—. Estás sentado delante de nosotros. Eres el mismo Michael idiota de siempre. ¿Y quién dice que no somos todos programas informáticos, capas y capas y más capas de líneas de programación? ¿Y si estamos en un sueño? A lo mejor soy una vieja islandesa que sueña despierta mientras babea sobre un cuenco de cereales.

Michael sonrió de manera forzada. Parecía un milagro, pero no era la primera vez que Bryson había conseguido levantarle el ánimo.

—Yo solo digo —prosiguió Bryson— que me importa una mierda si eres un tangente o si eres una llama superlista. Eres mi amigo y eso es lo que importa.

—Yo le he dicho lo mismo —comentó Sarah—. Pero es muy cabezota. —Tomó de la mano a su amigo por debajo de la mesa y le dio un apretón.

Bryson se recostó en la silla y se cruzó de brazos, como si acabara de cerrar un importante trato.

—Lo siento de verdad por ese tal Jackson Porter. Eso sí que tiene que fastidiar: que te sorban el cerebro y te lo sustituyan por el de otro. Aunque no es culpa tuya. Lo único que podemos hacer es impedir que vuelva a ocurrir. Pero lo primero es lo primero. Debemos averiguar más cosas sobre Kaine, sobre ese plan suyo de la Doctrina, e intentar pararle los pies, ¿vale?

—Vale —respondió Michael. Le gustaba el plan. Centrarse en el futuro. Era lo único que podía hacer. Se preguntó si debía hablar a sus amigos de la novia de Jackson, Gabriela, y no era la primera vez que se lo planteaba. Sin embargo, por alguna razón, no se sintió con ánimos de sacar el tema.

—Bueno, pues ahí va la gran pregunta —dijo Bryson—: ¿qué hacemos ahora? El Triplete de la Muerte vuelve a la carga con todos sus miembros en acción. Nos enfrentamos a un diabólico programa informático que se dedica a suplantar las mentes de la gente. Y que está dispuesto a matarnos si no lo ayudamos.

—Y no pensamos hacerlo —añadió Sarah.

Bryson asintió con la cabeza.

—No pensamos hacerlo.

—Me he obcecado tanto con encontraros, chicos —dijo Michael—, que no estoy muy seguro de qué hacer a continuación. Había supuesto que debíamos recurrir a la SRV, aunque me escama que la agente Weber se presentara en la casa del árbol. ¿Por qué habrá huido?

Sarah soltó de la mano a Michael, luego se inclinó hacia delante y se apoyó sobre los codos.

—Precisamente por eso deberíamos acudir a ella. Weber nos advirtió de que ocurriría lo del destello. Yo creo que lo único que ocurría es que no quería que la descubriéramos.

—¿Los de la SRV no eran los buenos? —preguntó Bryson—. Al principio querían que tú encontrases a Kaine, bueno, que lo encontrásemos todos.

Llegó el momento de que Michael se burlara de lo que había dicho su amigo.

—Sí, y mira lo bien que nos ha salido.

—Bueno, has conseguido un cuerpo humano, ¿no?

Michael no sabía si su amigo hablaba en serio o había hecho una broma de muy mal gusto. No supo qué responder. Antes de que su silencio se hiciera incómodo, se oyó una especie de traqueteo. El chico miró hacia abajo y vio que la mesa temblaba. Al principio muy ligeramente, pero luego se intensificó. Las patas del mueble chirriaban sobre el suelo.

Sarah y Bryson habían puesto la misma cara: los ojos abiertos como platos, mirando la mesa como si el mueble estuviera poseído por un demonio. Michael había echado su silla hacia atrás y estaba listo para levantarse de un salto y salir corriendo si era necesario. ¿Bryson habría escogido la opción de morir en un terremoto?

Toda la terraza se estremecía: las tazas temblaban sobre los platillos, los cubiertos caían de las mesas y se desparramaban por el suelo. Los platos se rompían y quedaban hechos añicos; los fragmentos de porcelana se mezclaban con los tenedores y cucharas. Los presentes chillaban y salían corriendo en todas direcciones sin saber adónde iban. Michael y sus amigos permanecieron inmóviles e intercambiaron miradas de auténtico terror.

De pronto, la mesa salió volando, se despegó medio metro del suelo y volvió a caer con un tremendo golpe seco. Sarah gritó y Michael aulló. El mueble volvió a elevarse por los aires. Michael por fin se levantó de la silla, bamboleado por el movimiento del mundo que lo rodeaba. Se acercó a Sarah dando tumbos para ayudarla a levantarse y la tomó de una mano con fuerza; Bryson se unió a ellos. Los tres se abrazaron para no perder el equilibrio. El temblor había aumentado hasta convertirse en un terremoto de gran magnitud: las mesas daban botes y las personas caían unas sobre otras. Los cristales de las ventanas se hacían añicos y las esquirlas cortantes alfombraban el suelo. Se oían gritos de pánico procedentes de todas partes.

—¡Larguémonos de aquí! —gritó Bryson—. Conozco una salida por detrás.

¡Seguidme!

Michael cerró los ojos, dispuesto a manipular el código de cuanto lo rodeaba. Habían usado un portal para entrar, pero no había tiempo de generar uno para salir, por lo que tendrían que prescindir de las leyes del Sueño.

Una explosión de mil truenos estremeció el ambiente; Michael abrió los ojos y vio cómo se abría el pavimento bajo sus pies. Un viento violento le sacudía la ropa y le alborotaba el pelo; su ulular se impuso sobre los demás ruidos y los sofocó hasta silenciarlos. Se volvió para mirar el edificio de la cafetería, pero había desaparecido. Al contemplar qué había en su lugar se le detuvieron el corazón y la respiración al mismo tiempo.

Un enorme haz ascendente de luz violeta había emergido del suelo, un luminoso destello de varios metros de ancho y energía vibrante. Michael levantó los brazos para protegerse los ojos de la luz cegadora y siguió el recorrido del haz, cuya luminosidad alumbraba el cielo como un faro. Finos rayos cargados de electricidad asomaban por los contornos, crepitaban y emitían chasquidos más potentes que el rugido de la columna de energía ascendente.

—¿Pero qué... —dijo Bryson e hizo una pausa— es eso?

Michael no tenía ni idea, y sintió como si tuviera los pies pegados al suelo con pegamento. No podía moverse por mucho que lo intentara.

El viento.

Cada vez soplaba con más y más fuerza, tiraba de Michael, de su cuerpo, en ese momento lo acercaba al haz de luz en lugar de alejarlo. Le daba la sensación de encontrarse en una nave espacial cuya puerta estuviera rota y no pudiera cerrarse herméticamente: todo estaba siendo succionado por una aspiradora. Una silla pasó volando junto a él, avanzó dando vueltas y más vueltas hasta adentrarse por un lado del haz de luz. El mueble quedó suspendido en el interior luminoso, como si hubiera estado soldado al haz, y luego salió disparado hacia el cielo.

Entonces se abrieron las compuertas de la esclusa. Tenedores, cuchillos, cucharas, cristales rotos y otra silla. Una mesa fue catapultada hacia el haz como si la hubiera lanzado una mano invisible y empezó a girar como un disco hasta impactar contra la columna luminosa, luego ascendió a toda prisa y fue a reunirse con los demás residuos. Michael y sus amigos se agarraban entre ellos con fuerza, resistiéndose al viento, pero una poderosa fuerza los arrastraba hacia el haz de brillo sobrenatural.

—¡No consigo concentrarme! —gritó Sarah. Michael miró a su amiga y quedó atónito. La chica tenía los ojos cerrados; seguía intentando acceder al código incluso en esa situación.

Los tres perdieron el equilibrio al mismo tiempo, les resbalaban los pies. Michael impactó con fuerza contra el suelo, sintió una punzada de dolor en la rabadilla. La fuerza invisible lo arrastraba con los pies por delante sobre el asfalto, como si estuvieran tirando de él agarrándolo con unas cuerdas atadas a los tobillos. El haz de luz, cada vez más intenso y brillante debido a la carga de electricidad, ascendía a toda

velocidad hacia el cielo, y tiraba del chico como un imán gigantesco. La llegada de objetos voladores era incesante, procedían de todas las direcciones y oscurecían la luminosa superficie de la columna eléctrica.

Ya habían ascendido volando objetos más pesados que Michael, y otros más livianos todavía avanzaban rebotando por el suelo. Daba la impresión de que el haz violáceo seleccionara lo que quería succionar. El chico se removía, intentaba agarrarse a lo que fuera para poder dejar de deslizarse, pero todo fue en vano. Sarah lo soltó del brazo y luego Bryson. Se agitaban como locos, intentando clavar los dedos en el asfalto. Los acontecimientos se precipitaron.

La fuerza despegó sus cuerpos del suelo. Al dirigir la vista hacia abajo Michael percibió cómo se alejaba el mundo bajo sus pies; luego se volvió como pudo para mirar hacia dónde se dirigía. Iba en dirección al monstruoso haz de fuerza creciente. Por el rabillo del ojo vio a Bryson y a Sarah aleteando con los brazos y lanzando patadas al aire mientras salían volando también hacia el haz de luz. Pronto no hubo más que un fulgor violeta, era lo único que veían. Solo oían el estruendo creciente y sentían leves descargas eléctricas en la piel.

Michael empezó a girar sobre sí mismo, luego chocó contra el lateral de la columna de luz con los brazos y las piernas separados del cuerpo, y todo él, el pelo, los codos, los nudillos, la espalda, las piernas, quedó pegado con fuerza a la superficie gomosa del haz luminoso. Esperaba sentir un calor abrasador, pero, en cambio, sintió frío y descargas eléctricas.

Pasados unos segundos, salió disparado hacia el cielo.

Los exploradores

1

El mundo era todo viento y ruido.

Michael mantenía los ojos abiertos a duras penas mientras su cuerpo ascendía junto al haz de luz violeta. Solo oía su rugido, el viento le sacudía la cabeza, la cara y la ropa, como si intentara arrancarlo de allí, pero él sentía que su anatomía se fundía con la superficie.

Volvió la cabeza tanto como pudo y miró hacia abajo. El suelo quedaba muy lejos, cada vez le faltaba más el aire, le costaba más respirar; la curvatura de la esfera terrestre empezaba a ser visible. Sabía que solo se trataba de un programa, pero parecía tan real que tenía la sensación de que fueran a propulsarlo al espacio exterior, aunque no fuera más que una ilusión. Cerró los ojos e intentó acceder al código, pero, o bien este estaba bloqueado o bien él tenía demasiado miedo para concentrarse.

Abrió los ojos y miró hacia arriba. Por encima de él vio a Bryson; las suelas de sus zapatos, al menos. Sin embargo no veía ni rastro de Sarah; debía de estar por encima de Bryson. Michael intentó levantar la mano derecha, pero la tenía pegada con fuerza al haz de luz, y sentía cómo le tiraba incluso la piel de los nudillos. No imaginaba ninguna explicación posible para lo que estaba ocurriendo, pero tuvo la intuición repentina de no levantar la mano aunque lograra hacerlo. El resultado de ese movimiento habría sido una larga caída al vacío.

De pronto todo cuanto los rodeaba había cambiado.

Salvo el haz de luz, que todavía latía y ascendía a una velocidad imposible. Sin embargo, el entorno de Michael sí que cambió... de forma abrupta. Ese cambio lo obligó a volver la cabeza de golpe. Al principio se produjo un brusco giro, no del haz de luz sino del mundo entero, que varió de ángulo bajo sus pies hasta que en vez de ascender al cielo, avanzaban a toda velocidad, en paralelo al suelo, a miles de kilómetros por hora. El chico salió propulsado hacia delante como un misil, zarandeado por el viento y el ruido.

Michael abrió la boca para gritar a sus amigos, quería saber si estaban bien. El aire le inundó los pulmones y le secó la lengua antes de poder pronunciar palabra alguna. Además no lo habrían oído. El chico volvió la cabeza con brusquedad y alargó el cuello para ver lo máximo posible. Por delante, en la distancia, había aparecido un enorme rectángulo negro que iba agrandándose a medida que se aproximaban a él. El haz de luz iba fundiéndose con la oscuridad hasta adentrarse

hacia quién sabía dónde.

Michael intentó de nuevo abrir la boca, esta vez chillando, aunque apenas logró oírse a sí mismo. Transcurridos unos segundos, impactaron contra la abertura rectangular y el mundo desapareció. Ya no veía la intensidad violácea del haz de luz, aunque sí la sentía. Solo veía una oscuridad negra como la noche de los tiempos.

2

La oscuridad llegó acompañada de silencio. Michael intentó volver a gritar, pero fue inútil. Estaba ciego y sordo y empezaba a sentirse presa del pánico. Luchaba por zafarse de las ataduras invisibles, aunque no lo consiguió. Le ardía la piel por los puntos en que esta quedaba pegada al rayo cargado de electricidad, y tuvo que obligarse a recuperar la calma, pues le preocupaba que su cuerpo virtual quedara hecho trizas.

Apareció una luz en un punto muy distante, y el negro se tornó luminoso una vez más. En cuanto eso ocurrió, resurgió el haz de luz violeta. Delgados nervios blancos de electricidad se arqueaban y se proyectaban a lo largo de la superficie del haz; la luz que tenía de fondo seguía palpitando. Regresó el ulular del viento y el frío que traía consigo. La luminosidad que tenían por delante se convirtió en una nueva abertura que crecía y se aproximaba a ellos. Acabaron cruzándola.

A sus pies apareció una cadena montañosa, sus cumbres rocosas estaban cubiertas de prístina nieve blanca sobre la que cabrilleaba la luz del sol. Un bosque de árboles de hoja perenne alfombraba el valle, y un río lo recorría como una serpiente de piel deslumbrante y resplandeciente. Todo se veía con nitidez, y el aire era puro y fresco, limpio y con olor a pino. Michael no entendía por qué los habrían llevado a un lugar así ni quién lo habría hecho. ¿Sería esa la grandilocuente forma de Kaine de conseguir reunirse a solas con ellos?

Apareció otro cuadrado oscuro en la distancia, y no tardaron en atravesarlo. Al igual que en las ocasiones anteriores, Michael notó anulados sus cinco sentidos y una vez más fue presa del pánico. Luchó por zafarse de la extraña fuerza que lo retenía. Cuando entendió que resultaba inútil, aprovechó el momento de quietud para cerrar los ojos e intentar, una vez más, acceder al código.

Esa vez logró ver algo, aunque de forma borrosa. Intentó atraparlo mentalmente, pero cuanto más se esforzaba, más esquivas se tornaban las cifras y letras. Se juró a sí mismo que no se rendiría, que no cejaría en su intento de liberarlos manipulando el programa. Lo conseguiría. Si existía alguien capaz de tal hazaña, ese era él.

Al final percibió una luz por detrás de los ojos, justo en el momento en que lo sacudió una violenta corriente de aire y el rugido del viento le retumbó en los oídos. Se dio cuenta de que habían vuelto a emerger de la oscuridad, esta vez sobre un vasto océano de aguas turbulentas por una tormenta. El haz de luz volvía a brillar a su

espalda. La lluvia formaba una cortina y los rayos iluminaban el cielo gris con sus fogonazos, seguidos por el rugido de los truenos. Michael ignoraba hasta qué altura se elevaba el haz de luz, aunque tenía la sensación de que se encontraban suspendidos justo por debajo de las nubes. Las crestas blancas y espumosas marcaban la ubicación de las olas que entrechocaban a sus pies.

Apareció un rectángulo negro; el haz de luz violeta siguió su trayectoria.

Y se hizo la oscuridad.

3

Salieron a un extraño mundo de lluvia y colores desvaídos. Había pirámides repartidas sobre el terreno que quedaba a sus pies, la lluvia torrencial caía por sus laterales inclinados y formaba riachuelos en la arena. El espacio estaba desierto; no había ni personas ni árboles, nada, salvo los monumentos triangulares y la lluvia. Michael creyó reconocer el lugar por un juego al que jugaba hacía unos años, aunque estaba demasiado agotado para analizarlo con más detenimiento. Estaba empapado. Le dolía todo el cuerpo, sentía la piel tirante, esas sensaciones le bloqueaban la mente. Un nuevo intento de analizar el código a fondo resultó infructuoso.

Y se hizo la oscuridad.

4

Había selvas tupidas extendiéndose a sus pies, se percibían cientos de tonalidades de verde y un calor abrasador e intenso. Los monos se columpiaban en los árboles y agitaban la bruma que pendía en la sofocante atmósfera. Había un claro lleno de enormes máquinas cuadradas coronadas por torretas armadas; se veían destellos de luz y se oían unos ruidos estruendosos. Unos soldados mecanizados corrían de acá para allá y se disparaban unos a otros con deslumbrantes láseres rojos.

Oscuridad.

Una ciudad al rayar el alba, rascacielos tan pegados entre sí que casi se tocaban, una jungla de asfalto y acero hasta donde la vista alcanzaba. Vehículos surcando las nubes. Desde lo alto de un edificio, una mujer se quedó mirando a Michael cuando él pasó a toda prisa por allí. La mujer tenía tres ojos y ni un solo pelo. En lugar de piernas tenía seis estructuras metálicas que le daban aspecto de araña robótica. Abrió la boca y escupió un chorro de lava incandescente en dirección a Michael.

Oscuridad.

Mundo tras mundo, juego tras juego, Michael los cruzó todos volando, adherido al haz de luz violeta. El dolor lo consumía. Apenas veía lo que tenía debajo, que pasaba a toda velocidad e iba alternándose con la nada más absoluta.

El rugido del viento. Su mente nublada por la confusión. Kaine tenía que estar

detrás de todo aquello, pero ¿por qué?

Un desierto de calor abrasador, un aire que quemaba como el fuego. Auténticos monstruos —espantosos humanos mutantes con la piel en carne viva y llenos de deformidades— marchaban entre las dunas.

Oscuridad.

Campos de hierba y un vasto río de pacífica corriente que los bañaba. Un imponente navío de madera surcaba sus aguas fluviales. Y unas personas en cubierta señalaban hacia el cielo.

Oscuridad.

Una luna alienígena, llena de cúpulas de cristal que albergaban toda una serie de ciudades en su interior.

Oscuridad.

El espacio exterior, la nave espacial más gigantesca que Michael hubiera visto jamás, con los propulsores encendidos, escupiendo fuego.

Oscuridad.

Una aldea medieval, unos atacantes que la incendiaban y la saqueaban, y personas chillando.

Oscuridad.

Una docena de mundos más.

Oscuridad.

Oscuridad.

Oscuridad.

Michael se desmayó.

5

Recuperó la conciencia cuando alguien lo llamó a gritos.

—¡Michael!

Al tiempo que parpadeaba, Michael intentó levantar la cabeza, pero no fue capaz. Sentía que se le habían desplazado todos los órganos. Estaba tumbado sobre una superficie plana, la misma luz violeta y espeluznante seguía brillando a su alrededor, y se dio cuenta de que ya no se movía y de que el haz luminoso había cambiado. Lo había sustituido una planicie deslumbrante que se extendía en todas direcciones hasta el infinito. El cielo estaba negro, parecía interminable. Michael volvió a cerrar los ojos, aunque seguía percibiendo la luz violeta por debajo de su cuerpo.

Alguien lo tocó en el hombro.

—Michael.

Sintió un alivio repentino a pesar de la dolorosa opresión del pecho. Era Sarah. Volvió a abrir los ojos, pero no la veía, la chica se encontraba detrás de él. Bryson se dejó caer al suelo con despreocupación y se sentó justo enfrente de su amigo.

—¡Qué pasa, tío! ¿Estás bien? —le preguntó.

Michael respondió con un gruñido y se obligó a incorporarse. Sintió un dolor agónico en la cabeza, aunque este se disipó en cuanto inspiró un par de veces con profundidad. Luego echó un vistazo a su alrededor, a la infinita superficie violeta y deslumbrante. A continuación levantó la vista hacia el negro cielo.

—¿Hace falta que os haga la pregunta? —musitó Michael.

—¿Sobre qué ha ocurrido? —respondió Sarah. El aura ojerosa de la chica reflejaba el mismo agotamiento que sentía su amigo. Tenía el pelo alborotado, la piel enrojecida y magullada, la ropa, empapada de sudor—. No tenemos ni idea.

Bryson soltó una risa forzada.

—Sí, sí que la tenemos. Alguien nos ha pegado con pegamento a una columna mágica de luz y hemos cruzado volando la Red Virtual; hemos visto la gran variedad de mundos que la red ofrece. Ha sido un viaje que ha durado...

—Toda una vida.

Una voz masculina concluyó la frase por Bryson. Michael se volvió de golpe —y sintió una nueva punzada de dolor agónico— para ver a la persona que acababa de hablar mientras se acercaba caminando hasta ellos. Se trataba de un hombre alto, de mediana edad, con un corte de pelo de los caros y vestimenta elegante. Un hombre guapo. Había algo en él que le resultaba familiar...

—Toda una vida —repitió el hombre, y se detuvo justo delante de ellos—, que va a terminar muy pronto si no empezáis a hacer lo que se os ha pedido que hagáis.

—¿Dónde está Kaine? —preguntó Sarah—. Sabemos que trabaja para él.

Michael esperaba que, justo en ese instante, el hombre soltara una risotada, lo típico del malo en una peli cutre de espías. Pero no lo hizo. Se rascó la barbilla y puso mirada contemplativa, como si intentara encontrar una buena respuesta a la pregunta de Sarah. Quizá una mentira convincente.

Entonces Michael cayó en la cuenta. Sintió como si alguien hubiera levantado un bate de béisbol y lo hubiera golpeado entre los omóplatos. Ese hombre era nada más y nada menos que Kaine, una versión más joven del viejo tipo que él había conocido en la cabaña, en aquel bosque situado por detrás del castillo. Antes de que lo hubieran arrastrado hasta la Doctrina de la Mortalidad.

—Kaine —murmuró Michael—. Es él. —Una terrible sensación agónica le formó un nudo en la garganta cual tumor cancerígeno. A pesar de todos sus esfuerzos, el tangente había logrado dar con ellos.

—Gracias por la presentación —respondió Kaine—. Como puedes ver, mi salud virtual parece mejorar con el paso de los días. —Abrió los brazos en cruz con gesto teatral al tiempo que bajaba la vista para contemplar la versión más joven de sí mismo—. Vosotros, chavales, no tenéis ni idea de lo duro que es ser un tangente tan viejo como yo. Uno de los primeros. Olvidado por mi programador mucho antes de que vosotros hubierais nacido. Todo lo que me ha hecho ser más fuerte, lo he hecho yo solo. ¡Oh, la de historias que podría contaros! ¡Qué maravillas! Y eso que no son

más que una anécdota comparadas con lo que está por venir.

—Limítese a decirnos lo que quiere —dijo Sarah, con una resignación que Michael no había oído jamás en ella—. No estoy de humor para sus amenazas.

—Sí —afirmó Bryson—. No estamos de humor.

—Yo tampoco —dijo Michael, solo por decir.

Kaine sonrió.

—Me habéis malinterpretado. —Se metió las manos en los bolsillos de sus pantalones planchados y almidonados. El fulgor violeta que tenía por debajo de los pies lo envolvía desde el suelo y proyectaba sombras amenazantes que le cruzaban el rostro danzando—. En realidad no me importa que lo hagáis a vuestra manera. Lo digo con el corazón en la mano. Nada de insultos, ni mentiras, y nada de andarse por las ramas.

—Hasta ahora todo ha salido mal —masculló Bryson para que nadie lo oyera.

Como una serpiente a punto de atacar, Kaine se agachó y agarró por el cogote a Bryson con una sola mano. Los dedos del tangente se alargaron hasta alcanzar una longitud imposible y rodearon por completo el cuello de Bryson. El chico profería gemidos de asfixia cuanto más lo estrangulaba Kaine.

—Pero eso —dijo el tangente con toda tranquilidad— no pienso tolerarlo. O me demostráis respeto o... habrá consecuencias. ¿Entendido?

Bryson asintió en silencio, con la cara enrojecida y los ojos a punto de salirse de las órbitas. Se llevó las manos al cuello en un intento infructuoso de zafarse de la fuerza de Kaine.

El tangente lo soltó y se incorporó. Parecía casi medio metro más alto que antes de agacharse. Bryson inspiró para tomar aire entre toses y escupitajos, y Sarah acudió corriendo a su lado. Lo rodeó por los hombros con los brazos y lanzó a Kaine una mirada de puro odio. A Michael le preocupaba que dijera algo que empeorase las cosas, pero ella tuvo la inteligencia de permanecer callada.

El tangente se alisó la ropa e inspiró con fuerza.

—Voy a decir lo que he venido a decir, y vosotros lo vais a escuchar. Los tres. Pero antes, Bryson se disculpará y suplicará mi perdón. Si no, dejará de existir y su cuerpo morirá en la Senda. No voy de farol. Tiene tres segundos para hacerlo.

—Lo siento —dijo Bryson, todavía recuperándose de la asfixia entre toses—. Por favor, le suplico que me perdone. —Michael sentía tantas ganas de propinar un puñetazo a Kaine que le dolía.

El tangente aplaudió con parsimonia.

—Muy bien. Acepto tus disculpas y te perdono.

—Por favor, ¿podría decirnos qué está pasando? —preguntó Michael.

—Sí —respondió el tangente. Se inclinó hacia delante, apoyó las manos sobre las rodillas y acercó su hermoso rostro hacia el de Michael. Su cabeza medía el doble que una cabeza humana normal; Michael estaba seguro de ello.

Las palabras pronunciadas por Kaine a continuación eran las últimas que esperaba

escuchar.

—Necesito tu ayuda.

Una decisión fácil

1

Kaine permaneció callado unos segundos tras su declaración. Michael se odió a sí mismo por la curiosidad que suscitaron en él las palabras del tangente.

—He logrado captar vuestra atención —dijo Kaine. Se enderezó y la cabeza se le encogió hasta recuperar su tamaño normal—. Quizá os estéis preguntando por qué os he obligado a recorrer todas esas maravillas de la Realidad Virtual para llegar hasta aquí. En realidad, no ha sido más que un aperitivo, como estoy seguro de que ya sabéis. Mundos y más mundos. La Realidad Virtual se ha convertido en una prolongación de la vida real. Tal vez creáis que se ha convertido en la vida misma. Lo cual resulta irónico, teniendo en cuenta mi plan de conseguir cuerpos de carne y hueso para tantos tangentes como sea posible en los próximos meses.

Michael temblaba de rabia. Aunque, por otra parte, seguía picándole la curiosidad.

—Tengo una visión asombrosa del futuro —prosiguió Kaine, y pasó del tono de asombro y deslumbramiento a otro más serio y profesional—. Mis antiguos... socios ya no lo son. He cambiado. Imagino un mundo en el que la línea entre el Despertar y el Sueño ya no esté tan definida como lo está en manos de la inepta inteligencia humana. Para hacerlo posible, necesito cuerpos humanos. Necesito una numerosa presencia de aliados en la humanidad. Y necesito la conexión entre vuestro mundo y el mío para que todo fluya sin dificultad. Es la razón por la que vosotros tres vais a ayudarme. Sobre todo tú, Michael. Escogí a Jackson Porter especialmente para ti. Fue un detalle del que mis antiguos socios no se percataron, pero Jackson no era solo un cuerpo para albergar tu mente; escogerlo tenía otras ventajas.

—¿Por qué íbamos a querer...? —empezó a preguntar Bryson, pero dejó la frase inacabada, como si se hubiera sentido amedrentado. Michael quería preguntar algo sobre Jackson pero permaneció en silencio.

—¿Que por qué ibais a querer ayudarme? —Kaine acabó la pregunta y su rostro se iluminó con una sonrisa esperpéntica—. Bueno, os he prometido que no os mentaría. Si no me ayudáis, moriréis. Y también morirán los padres de esta jovencita. —Señaló a Sarah.

Michael la miró y vio cómo la rabia afloraba en su expresión.

A Kaine no pareció importarle.

—Pero no quiero que os aflijáis por ello. Debéis pensar en las recompensas. Estoy

prometiéndolos la inmortalidad. Una vida interminable entre los mundos que existen ahora y los que todavía no se han creado. Las posibilidades son infinitas. Michael, todavía no lo entiendes, pero tú y yo estamos relacionados, y juntos tendemos un puente que puede hacer posible la inmortalidad. Tanto para humanos como para tangentes.

Kaine hizo una pausa con las cejas enarcadas, como si esperase que Michael y sus amigos empezaran a saltar y a proferir gritos de alegría. En lugar de reaccionar así, se quedaron mirándolo. Michael se preguntó cómo ese hombre, ese programa de ordenador, se atrevía a pensar que llegarían a confiar en él.

¿Y qué había querido decir con ese comentario sobre Jackson? Michael empezó a analizar el código que lo rodeaba. Para ello parpadeaba con parsimonia mientras Kaine miraba a sus amigos y a él alternativamente.

—Queda mucho que aprender —prosiguió Kaine—. Pero, como ya he dicho, necesito vuestra ayuda. Los tres contáis con condiciones únicas: una variada experiencia en la Red Virtual y conocimiento de la Doctrina. Tenéis conexiones con la SRV, unas conexiones que todavía desconocéis. Además de... otras cualidades. Cualidades de las que yo me beneficiaré.

Era algo sencillo, tanto que incluso resultaba absurdo, pero Michael necesitaba colocarse en una posición en la que Kaine no pudiera ver sus ojos cerrados. Suponiendo —y era mucho suponer— que Kaine no tuviera otros ojos y oídos vigilándolos desde todos los flancos. Sin embargo, era un riesgo que Michael debía correr.

—¿Nos concede unos minutos para hablarlo? —preguntó, contento de haberlo hecho, porque Sarah parecía a punto de decir algo, y Michael tuvo la sensación de que no habría sido lo más conveniente—. Hay cosas que debemos discutir.

A Kaine no le gustó la pregunta, a juzgar por la expresión de su cara. Se intuía un fulgor encendido por detrás de sus ojos, como el calor que avivaba las llamas de una caldera.

—Nada de conversaciones. O me ayudáis a llevar a cabo mis planes, o vosotros y los padres de Sarah moriréis. Así de simple.

Sarah abrió la boca, estaba roja como un tomate; las palabras estaban a punto de salir en avalancha de sus labios —Michael lo sabía—, pero él volvió a interrumpirla.

—Es una decisión muy importante, Kaine. ¿No sería mejor que lo hiciéramos... queriendo?

—¡Ya basta! —gritó Kaine, y la rabia que se adivinaba en el fondo de su mirada transformó su rostro en una máscara de odio—. ¿Creéis que soy un humano ignorante? ¿Crees que no sé que, incluso mientras hablamos, estás analizando el código, intentando localizar una vía de escape? ¿De verdad crees que iba a permitirlo?

Michael se quedó en blanco y la ventana a la esperanza que había empezado a abrirse en su imaginación se cerró de golpe. ¿Cómo se le había ocurrido pensar que

podría engañar a Kaine? El tangente era un dios en el Sueño y, sin duda, también lo era donde se encontraban. En esa ocasión, cuando Sarah habló, Michael se sintió aliviado.

—Le queda mucho por aprender si quiere pasar desapercibido entre los humanos. —Lo dijo como si estuviera aleccionando a un preescolar travieso.

Michael se quedó mirándola con la boca tan abierta que bien podría habersele desencajado la mandíbula.

Kaine estaba igual de patidifuso. La verdad era que el tangente llegó a tartamudear al responder.

—Yo... Tú... No pienso aguantar que una mocosa me eche la bronca. —Señaló a Michael—. Tal vez se lo aguantara al programador que me creó, pero no a ti. —Y dirigió el dedo hacia Sarah.

El tangente avanzó un paso más hacia ella y se inclinó hasta que estuvieron a punto de tocarse con la punta de la nariz.

—He intentado ser razonable —susurró— y no logro entender por qué insistís en dar la espalda a la inmortalidad. No será solo para mí, sino para todos los humanos y tangentes por igual. Hay procesos que ya llevan demasiado tiempo en marcha para detenerlos. Pero tengo nuevos planes, planes geniales. No os contaré más hasta tener vuestra palabra. Y lo más inteligente por vuestra parte sería tomar una decisión antes de que lleguen los KillSims.

A continuación, Kaine desapareció.

2

Michael no sabía si deseaba abrazar a Sarah o zarandearla. De una forma u otra, se acercó a ella y la sujetó por los hombros.

—¿Qué...? ¿A qué ha venido eso?

Ella languideció.

—Lo siento. Es que tengo tantas ganas de... Es que... Quiero matarlo. No es más que una línea de código; ¡tiene que haber una forma de matarlo!

Michael entendía lo rabiosa que estaba Sarah —Kaine tenía secuestrados a sus padres—, aunque lo que había dicho le dolía. Hasta hacía solo unos días, él tampoco era más que una línea. Ella percibió el dolor en su mirada antes de que él pudiera disimularlo.

—¡Oh! ¡Perdón, perdón, perdón! —dijo ella enseguida—. No es el mejor día de mi vida. Ni mi mejor semana.

Michael la abrazó, sin saber qué otra cosa podía hacer.

—Sé lo que se siente. —Estaba pensando en sus padres, de quienes también lo habían separado, aunque no sabía si ella podría entenderlo.

El zumbido de la electricidad estática retumbaba a lo largo de la refulgente

superficie violeta que tenían bajo los pies, un sonido vibrante que recorría el cuerpo de Michael. Pulsación tras pulsación, el sonido fue aumentando de frecuencia y se oía cada vez más y más alto. Se oyeron pisadas. Por detrás de Sarah, Michael vio aparecer un montón de sombras negras sobre el fondo violeta y brillante del horizonte; corrían hacia ellos a cuatro patas. El miedo empezó a asfixiarlo. Eran KillSims. Muchos, dispuestos a lanzarse contra ellos.

Sarah percibió la tensión en el cuerpo de su amigo. Se zafó de su abrazo y se volvió para mirar.

—Supongo que Kaine lo decía en serio —comentó con tono neutral. Michael pensó en el hielo al oír a su amiga. En enormes fragmentos de hielo, frío y cortante—. ¿Bryson? Levanta.

Durante un segundo, Michael se había olvidado por completo de su amigo. Hasta ese momento, el chico había permanecido callado y sentado en el suelo, inmóvil.

—Oye —dijo Michael—. ¿Estás bien? Tenemos un problema.

Se acercó más a Bryson, y se quedó de piedra. Las sombras habían ocultado lo que en ese momento vio con nitidez.

Bryson tenía los ojos cerrados.

3

Michael se permitió sentir un pequeño halo de esperanza. Bryson había sido listo: había accedido al código tan pronto como Kaine había desaparecido. Cuando se entregaba a esa tarea, el joven era brillante. Él fue quien acabó con la vieja que intentó matarlos con las cuerdas voladoras en aquella sala de *Demonios de la Destrucción*.

Michael no quería, de ninguna manera, volver a enfrentarse con los KillSims. No después de lo que ocurrió en el club Negro y Azul. «Vamos, Bryson —pensó, rogándose como si estuviera pidiéndoselo a Dios—. Sácanos de aquí».

Las criaturas se encontraban mucho más cerca, sus cuerpos de lobo estaban muy musculados, avanzaban a la carrera por la etérea superficie violeta emitiendo rugidos electrónicos. Sus pisadas se mezclaron con el latido constante de la electricidad estática. Bryson era su única esperanza.

Sarah tomó a Michael de la mano y, en silencio, se dispusieron a recibir a los monstruos que se dirigían hacia ellos. Tenían claro lo que iba a ocurrir.

El nudo de miedo que aprisionaba la garganta de Michael era el doble de grande, y le dificultaba la respiración. Había una decena de KillSims, por lo menos. El chico se planteó la posibilidad de conseguir un arma, algo tomado de algún juego; no había tiempo suficiente, pero, ante todo, resultaba muy difícil acceder al código. Por otro lado, su nueva identidad lo complicaba todo, las armas y habilidades que había acumulado durante su antigua vida se encontraban bajo múltiples capas de

cortafuegos. Unirse al bando de Kaine no era una opción. Debían resistir el ataque de los monstruos el tiempo necesario para que Bryson obrara su magia. Para que los sacara de allí.

Allí estaban las bestias musculosas y jorobadas de las sombras. Pateando el suelo violeta con sus enormes zarpas, abriendo y cerrando sus fauces, y atronando con sus rugidos. Kaine había dado a Michael una oportunidad para demostrarle que podía confiar en ellos. No cumplieron con sus expectativas, y el tangente quería acabar con ellos. Quería absorberles la vida, paralizar sus cerebros primero y luego sus cuerpos. *Game over.*

Sarah le soltó la mano a Michael y se preparó para la lucha. Flexionó las rodillas, inclinó el cuerpo hacia delante, levantó las manos y las cerró en un puño. Su amigo pensó que solo con su expresión feroz podría aniquilar un par de bestias. Intentó emularla con todas sus fuerzas, aunque sabía que no les bastaría con eso para repeler el ataque. Él levantó los puños mientras el sudor perlaba su piel artificial.

Cuando los KillSims se encontraban a unos tres metros de ellos, un enorme agujero negro apareció en la superficie que tenían delante, lo cual hizo que Michael y Sarah cayeran al suelo. Los KillSims avanzaban tan deprisa que no pudieron detenerse. Michael quedó allí tendido contemplando cómo iban cayendo las criaturas, una tras otra, al abismo que se había abierto a sus pies. Sus rugidos artificiales se enmudecían en cuanto los engullía el oscuro vacío y, en cuestión de segundos, habían desaparecido.

Michael ni siquiera tuvo tiempo de asimilar lo que había ocurrido. En cuanto las criaturas se esfumaron, el mundo entero empezó a desvanecerse, y el código reapareció como un enjambre de abejas. En un abrir y cerrar de ojos, no quedó nada, y Michael se encontró de regreso en el ataúd.

Estaban fuera del Sueño. En el Despertar. A salvo. Bryson lo había conseguido.

Habían triunfado. Era una victoria insignificante. Un montículo diminuto en comparación con la cordillera de altos picos coronados por la nieve que aún tenían que conquistar. Michael lo sabía, pero incluso así seguía siendo una victoria.

«Ándate con ojo, Kaine», pensó.

4

Por desgracia, Bryson no estaba presente para celebrarlo. A Michael no le habría importado soportar la inevitable sesión de fanfarronería.

Michael y Sarah estaban sentados a la pequeña mesa de la cocina del piso que habían alquilado. Recogieron y se calentaron una lasaña precocinada. Tenía un sabor asqueroso, como siempre, pero el hambre que sentían los hizo disfrutarla cual delicioso festín.

—¿Qué querría decir con eso de las conexiones? —preguntó Sarah después de

limpiarse la boca con una servilleta—. ¿Y con eso de que te había colocado en el cuerpo de Jackson Porter por una razón específica?

Michael se encogió de hombros, estaba pensando en demasiadas cosas, sopesando demasiadas cuestiones para encontrar una respuesta. En ese instante solo se le ocurrió pensar en una cosa: Gabriela. Su padre vivía en Atlanta, ciudad donde se encontraba la sede central de la SRV. Michael tenía demasiada experiencia para creer que se trataba de una simple coincidencia.

—Antes que nada debemos encontrar a Bryson —añadió Sarah—. Debemos asegurarnos de que ha conseguido salir de allí. Kaine se habrá dado cuenta enseguida de lo ocurrido. A lo mejor ha entrado para ponerle fin en persona.

Michael intentó reír para quitarle hierro al asunto.

—Vamos. Ya conoces a Bryson. Se habrá asegurado de encontrar un escondite tan pronto como nosotros. Seguro que está zampano perritos calientes y dándose palmaditas de felicitación en la espalda a sí mismo en este preciso instante.

—Sí. —Su tono desanimado señalaba que no estaba del todo convencida—. Tenemos que encontrarlo, hablar con él. Y lo antes posible. Kaine no va a permitir que nos vayamos de rositas.

Michael lanzó un suspiro. Debía admitir que su amiga tenía razón.

—Volvamos al Sueño, iremos a buscarlo. Luego decidiremos dónde reunirnos en el Despertar.

Sarah se levantó.

—No. De ninguna manera. Kaine es demasiado listo. Tenemos que irnos. Ahora.

—Un momento, ¿qué estás diciendo?

Sarah ya estaba a medio camino de la salida, pero se volvió para mirarlo y se mostró decepcionada al ver que no la seguía de cerca.

—Michael, escucha. No podemos volver a entrar a la Red Virtual. No podemos. Al menos en el mundo real tenemos posibilidades de luchar contra Kaine. Podemos ocultarnos sin que nos localice. Venga, vamos.

Esta vez, la obedeció.

5

Fueron a un parque cercano y encontraron un banco apartado del camino principal, oculto en una arboleda. Michael seguía repitiéndose que las cosas serían distintas en el Despertar; allí Kaine no era un dios. El tangente y sus KillSims no podrían presentarse allí por arte de magia cuando les diera la gana.

—Vale —dijo Sarah, y se dio unas palmadas en las rodillas—. Vale. Podemos hacerlo. Solo tenemos que ser muy cuidadosos, no parar ni un momento, continuar cambiando de identidad, haremos lo que haga falta. No podemos volver a entrar en el Sueño, en ningún caso.

—Pero Bryson... —dijo Michael, y percibió un leve tono de lamento en su propia voz—. Como has dicho, tenemos que encontrarlo. No podemos dejarlo allí plantado.

Sarah volvió a palmearse las rodillas.

—Ya lo sé. Escucha, podemos usar las pantallas de red cada cierto tiempo. Allí Kaine no puede lastimarnos físicamente, lo único que puede hacer es rastrear la red para dar con nuestra localización, ¿verdad? Lo usaremos en su contra, nos conectaremos de forma esporádica y desde sitios raros. Esperemos que a Bryson se le ocurra la misma idea. Vamos a enviarle un mensaje. Inventaremos una especie de código.

La chica sonrió, fue un tierno intento de aliviar la tensión del momento. Michael se alegró de que tuviera ese gesto.

—Está bien —dijo—. Me parece un buen plan. Actuar de forma ingeniosa y deprisa. Es un estilo que me mola.

—¿Usamos mi pantalla de red o la tuya?

—La tuya. Creo que existe una posibilidad ligeramente más alta de que Kaine me localice a mí, sin importar las veces que consiga generar una versión nueva y mejorada de mi identidad. —Entonces pensó en Jackson Porter, y se odió un poco a sí mismo por ser tan predecible.

Sarah se presionó el audiotap, y en cuanto la pantalla se proyectó ante ella, Michael casi pudo oír el tictac de un reloj. Con cada segundo que pasaba, Kaine podría estar buscándolos, avanzando hacia ellos, o haber enviado a alguien para matarlos.

—¿Qué escribimos? —preguntó Sarah—. Me he quedado en blanco.

A Michael le sudaban las palmas de las manos.

—No lo sé. Nunca me he encontrado con Bryson en el Despertar. No tengo ni idea de dónde vive. Por lo que yo sé, podría vivir en China.

Sarah soltó una risotada burlona.

—¿Es que Kaine te ha cruzado los cables? Ya hemos hablado de esto antes, todas esas veces que se suponía que íbamos a quedar. Siempre eras tú el que estaba más lejos, así que él tiene que estar cerca, aunque se haya escondido. Hay que pensar con la cabeza. Vamos.

Michael suspiró y se estrujó el cerebro. De pronto, pensó en el Dan the Man Deli y también en su comida favorita del menú: las patatas fritas azules. Podía parecer una tontería, pero era el dato más destacable, un dato que Bryson reconocería con toda seguridad.

—¿Hay algún restaurante en el Despertar, por aquí cerca, donde sirvan patatas fritas azules? —le preguntó a Sarah—. ¿Algún lugar que sea conocido por servirlos o por cualquier otra cosa? No sé.

Al chico le sonaron las tripas al imaginarse el plato humeante de patatas fritas recubiertas de queso azul y tiras de beicon.

Ella se volvió hacia un lado para mirarlo.

—¿De verdad tienes tanta hambre? —Y asintió en silencio para indicar que lo había entendido—. Sí que hay un lugar así. El Stoneground. No sirven platos tan ricos como los virtuales de Dan the Man, pero los dueños del local siempre presumen de servir las mejores comidas del mundo.

—Pues ya lo tenemos —dijo Michael—. ¿Qué te parece si escribimos esto?: «Dan the Man. El Despertar. Mmm... ¡Qué delicia! Mi favorito. Sobre todo para el desayuno».

Ella estuvo de acuerdo, envió el mensaje y se desconectaron. Se alejaron del parque caminando lo más rápido que pudieron sin llegar a levantar sospechas. Por si acaso.

6

Pasaron tres días antes de que Bryson se presentara en el punto de encuentro. A sus amigos les dio la sensación de que habían pasado tres años. Sarah tenía una foto de la versión real de su amigo que él le había enviado hacía mucho tiempo, ella la llevaba en un lugar muy vistoso de la cartera como si fuera su novio. Michael estaba celoso, aunque había estudiado la imagen un millón de veces. Ambos necesitaban saber qué aspecto tendría su amigo cuando apareciera, si es que llegaba a presentarse. Bryson no era muy distinto a su aura. Algo más delgado, algo menos... musculoso.

Todas las mañanas, Michael y Sarah iban a Stoneground, se sentaban en un banco de la calle de enfrente, y se turnaban para vigilar el local. El restaurante no abría hasta las once en punto, aunque ese horario era una ventaja. Resultaba menos probable que alguien que hubiera descifrado el mensaje localizara el lugar, puesto que en él hablaban de la hora del desayuno. Michael albergaba la esperanza de que Bryson fuera tan listo como siempre alardeaba.

Los días se hacían largos hasta resultar insoportables. Sobre todo porque no tenían clase, ni trabajo y, lo más molesto, no tenían Red Virtual. Además, estaba el miedo constante de que un tangente controlado por Kaine pudiera presentarse allí en cualquier momento, dispuesto a atar cabos sueltos. Eso hacía que Michael tuviera los nervios crispados, y se tensaban más con el paso de las horas. Sarah y él hablaron. Mucho. También descubrieron una antigua librería y leyeron auténticos libros de papel por primera vez desde que eran pequeños. Todos los días dejaban de esperar a Bryson a partir del mediodía; si no aparecía por la mañana, ya no aparecería. Luego regresaban caminando fatigosamente hacia el piso. La comida no les sabía a nada, sin importar qué alimento fuera, y el tiempo pasaba reptando como un perezoso moribundo.

Por eso, cuando Bryson apareció arrastrando los pies por la calle a las 9.34 de la mañana del tercer día, con las manos en los bolsillos, la cabeza gacha, al tiempo que iba echando un vistazo a su alrededor cada pocos pasos, Michael se levantó del banco

de un salto. Tuvo que contener las ganas de gritar de alegría y salir corriendo hacia su amigo como si estuviera loco.

—¿Qué...? —empezó a preguntar Sarah, pero entonces lo vio—. ¡Será posible! Lo ha conseguido.

—Ve hacia el puente —susurró Michael, aunque no había nadie que pudiera oírlo. Encontraron un parque por allí cerca con un pequeño riachuelo, cuya corriente producía el murmullo justo para silenciar su conversación si hablaban en el puente que lo cruzaba—. Yo llamaré su atención y haré que me siga hasta allí.

—Vale —accedió Sarah, se levantó, avanzó corriendo y desapareció al doblar la esquina.

Cuando Bryson se dirigía hacia la entrada del Stoneground, Michael cruzó de forma despreocupada la calle en diagonal para situarse por delante de su amigo. Cuando Bryson lo vio, no se alteró ni cambió de ritmo, se limitó a seguir caminando. Michael hizo lo mismo, no volverse a mirar. «¿Quién sabe? —pensó—. Alguien podría estar vigilándonos. Es mejor prevenir que curar».

A pesar de las circunstancias, Michael estaba emocionado por ese encuentro tan anhelado en el mundo real. Apretó el paso y se dirigió hacia el parque.

7

Sarah estaba esperando donde habían acordado. Se encontraba apoyada en la barandilla del puente de madera, contemplando la corriente. El puente había sido pintado de rojo originalmente, pero la pintura estaba cuarteada y desconchada, pegada a la madera agrietada como si le fuera la vida en ello.

Michael llegó hasta donde estaba ella y apoyó los antebrazos en la barandilla junto a los de su amiga.

—Ya era hora de que apareciera —susurró a la chica.

—Ya era hora —repitió ella sonriendo.

—Qué lugar tan romántico has escogido.

Michael se volvió para ver a Bryson por primera vez, de cerca y cara a cara, en el mundo real. Estaba mayor que en la foto y más delgado incluso. Tenía el pelo rubio, algo más alborotado, y llevaba barba de al menos tres días. Pero sus ojos azules seguían siendo luminosos, y a Michael no le costó más que un instante visualizar al Bryson que conocía de toda la vida.

—Me alegro de que hayas descifrado nuestro maravilloso mensaje en clave —dijo Michael.

Bryson se encogió de hombros.

—Mejor que no os cuente la de dinero que he desperdiciado por presentarme en los lugares que no eran hasta dar con el correcto. Bueno... Supongo que al final lo he conseguido.

—Creo que ha llegado la hora de que nos demos un buen abrazo de grupo —dijo Sarah.

Los tres entrelazaron los brazos por encima de los hombros y se dieron un buen achuchón. Se separaron y se limitaron a mirarse, fue un momento raro que Michael sabía que no duraría demasiado. Aunque todos tenían un aspecto ligeramente distinto —en su caso, muy diferente—, seguían siendo los mismos adolescentes listillos de siempre, los mejores hackers del Sueño y los más gamberros de todos los tiempos.

Bryson rompió el silencio.

—Bueno ¿y qué habéis estado haciendo desde nuestro viajecito por los mundos mágicos de la poderosa Red Virtual? ¿Verdad que fue un detalle por parte de Kaine patrocinarlo?

—Hemos intentado pasar desapercibidos —respondió Sarah—. Yo estoy fatal por lo de mis padres. Y por haber estado esperando a que aparecieras.

—No hemos querido hacer nada más hasta volver a reunirnos los tres —añadió Michael—. Sarah ha insistido bastante en que no nos sumerjamos. Y ya sabes cómo se pone cuando ha tomado una decisión...

—No la culpo —dijo Bryson—. Tíos, yo creía que éramos los mejores hasta que nos encontramos con esa víbora de Kaine.

Sarah se cruzó de brazos y se apoyó contra la barandilla.

—Bueno ¿qué has estado haciendo?

—¿Yo? —respondió Bryson—. He puesto a buen recaudo a mi familia, los he repartido por todo el país. Les he contado todo; ya me da igual quién se entere. Era la única forma de convencerlos para que se marcharan.

Sarah desvió la mirada y se irguió.

—Lo siento —murmuró Bryson—. Ha sido un comentario estúpido justo ahora que tus padres... —No hizo falta que concluyera la frase.

—No pasa nada —dijo Sarah, inspiró con fuerza y se estremeció de forma visible—. Con mayor razón debemos ponernos manos a la obra. Por lo que dijo Kaine, creo que siguen vivos. Los encontraremos.

—Amén —susurró Bryson.

Michael pensó en lo poco que había faltado para que los atrapasen los KillSims.

—¿Cómo lo has conseguido? —le preguntó a Bryson.

—¿Conseguir el qué?

Sarah contuvo un suspiro ahogado.

—¡Hala! ¡Toma nota de este momento, Michael! ¡Bryson siendo humilde! Hay una primera vez para todo.

Michael sonrió, pero Bryson parecía realmente confuso.

—¿A qué os referís, tíos? —preguntó.

—¡Oh, venga ya! —dijo Michael—. ¿Quieres que te hagamos una reverencia, que te adoremos por habernos salvado?

—¿Salvaros? ¿Te refieres a que os salvé de Kaine? ¿De nuestra merienda con los

KillSims en la Tierra Violeta? —Entonces rio, pero no era una de esas risas contagiosas que relajan la tensión. Por algún motivo, Michael sintió repelús al oírla.

Entonces fue Bryson quien vio la confusión reflejada en la cara de sus amigos.

—¿Cómo? ¿Habláis en serio? —preguntó.

Michael se masajeó las sienes, cerró los ojos durante unos segundos y volvió a abrirlos.

—¿Por qué tengo la sensación de que acabo de ser absorbido por otra dimensión? ¿Qué está pasando?

Sarah entró al trapo.

—Bryson, te hemos visto jugar con el programa. Sabemos que nos has sacado de allí de algún modo. No sé cómo lo has logrado, yo apenas podía ver el código, pero, hayas hecho lo que hayas hecho...

Bryson la interrumpió.

—Tíos. Tíos. No he sido yo. Sí, lo intenté de todas las formas posibles, pero no logré crackear nada. Supuse que habíais escuchado lo mismo que yo.

—¿Escuchar? —repitió Michael—. ¿Escuchar el qué?

Bryson volvió a reír.

—Vaya, es genial que hayáis creído que yo os he salvado. Debería haberme quedado callado y haberme adjudicado todos los honores.

—¿Qué? —insistió Sarah—. ¿Qué escuchaste?

—Una voz. —La expresión de Bryson se había tornado algo más seria—. Justo antes de que volvieran a ahuyentarnos, de regreso al Despertar. Escuché una voz clara como el agua.

—¿Y qué decía? —preguntó Michael.

Bryson hizo una mueca.

—«Tienes amigos entre los tangentes».

Un artilugio antiguo

1

Esa noche, Michael tenía dos compañeros de piso en lugar de uno. Bryson había llenado a todo correr dos bolsas con ropa y otros utensilios de viaje, había ido a recoger a sus amigos y los tres se habían dirigido hacia el piso para conversar de un millón de temas pendientes. Michael pensó mucho en la revelación de Bryson a lo largo del día, además de reflexionar sobre esos misteriosos tangentes que los habían liberado de los KillSims. Sentía curiosidad, le fascinaba la idea. Aunque le preocupaba que Kaine hubiera vuelto a engañarlos.

—Mirad esto —dijo Bryson mientras terminaban de cenar una selección gourmet de perritos calientes y hamburguesas. Rebuscó en una bolsa y sacó un artilugio rectangular. Por un lado era de cristal, por el otro, de metal. Lo colocó sobre la mesa y el objeto aterrizó deslizándose y emitiendo cierto bisbiseo.

—Esto, amigos míos, es una tableta de red.

—¿Qué? —preguntó Sarah con cara de suspicacia y tono interrogativo un tanto exagerado—. Hace siglos que la gente no las usa.

—Bueno —respondió Bryson—, mi padre es lo que podría llamarse un coleccionista. Verás, Sarah, colecciona cosas.

Ella se limitó a entornar los ojos al escuchar la redundante explicación de su amigo el listillo.

Michael agarró el objeto con mucha delicadeza, como si pudiera desintegrarse y pulverizarse como una especie de pergamino egipcio. Le parecía igual de arcaico.

—¿De verdad es lo que parece? —preguntó—. Jamás había visto una, son tan antiguas...

—Y que lo digas —dijo Bryson al tiempo que la cogía él—. Sí, señor. Además, todavía funciona. Me podéis dar las gracias más adelante, pero, de momento, conseguiremos informarnos de lo que ocurre en el mundo sin arriesgarnos a que nos bloqueen el acceso a nuestras pantallas de red.

A Michael le gustó la idea. Le asustaban muchísimo Kaine y sus secuaces, pero necesitaban conectarse. Debían pensar en una estrategia de protección.

—Enséñanos cómo funciona —dijo Sarah.

A Bryson se le pusieron ojillos brillantes de padre orgulloso.

—No es difícil de usar. Lo difícil es conectarla a la red usando el sistema antiguo. Pero mi querido viejo no es solo coleccionista. También es un auténtico genio y ha

hackeado el acceso a la red con esta pasada de tableta. Podemos navegar cuanto queramos y nadie sabrá quiénes somos. Es imposible que vinculen este aparatejo con nuestras identidades.

Apretó un botón, la pantalla de cristal cobró vida y apareció un fondo similar al de una pantalla de red de las de toda la vida. Salvo que no era necesario introducir ningún identificador personal; se mostraron directamente los links a nuevos recursos y juegos.

—Vamos a averiguar qué pasa en el mundo.

Bryson dio unos toquitos a la pantalla de cristal y accedieron a lo que deseaban.

2

Tras una hora de analizar los InfoBlogs para localizar cualquier rastro de los tangentes adoctrinados por Kaine y dedicados a generar caos en el mundo, tenían una lista de acontecimientos de dudosa naturaleza que los hizo sentirse peor que nunca. Sucesos que seguramente estaban pasando desapercibidos para la mayoría de la gente, como ciertas coincidencias o situaciones inéditas. Michael sabía que eran siniestras. Los tres lo sabían. Al contemplar el panorama general con cierta perspectiva, no cabía duda de que los actos orquestados por Kaine estaban influyendo en el mundo de forma radical.

En Alemania, un político de primera línea había cambiado de partido de la noche a la mañana, y había modificado sus principios en casi todos los temas esenciales. Tomó la palabra en el Senado y escupió sapos y culebras sobre una nueva reforma de ley. Pero la noticia había sido relegada a segundo plano y aparecía en la columna lateral de una web de situaciones cómicas. Todo el mundo creía que el político en cuestión había perdido la cabeza.

En Japón, un monje budista conocido en el mundo entero por sus campañas humanitarias había asesinado a más de treinta de sus fieles devotos, mientras dormían, con un cuchillo de la cocina del monasterio. Fue de celda en celda durante la noche sin que las víctimas pudieran hacer nada por defenderse. Solo un día antes, el monje se había reunido con dignatarios de varios países, sin manifestar ningún síntoma de trastorno mental y abogando por la paz. Pero la cumbre había tenido lugar en la Red Virtual, y el monje seguramente estaba en un ataúd.

En Canadá, una mujer conocida por sus contribuciones caritativas a la comunidad había sido despertada del Sueño por su hija porque esta había empezado a preocuparse por ella. La madre salió con dificultad del ataúd, presa de la ira. Mató a todos sus hijos y luego a su marido, cuando este llegó a casa. Lo único que pudo decir a la policía es que le habían ordenado que lo hiciera.

Había demasiadas historias. Una y otra vez, vecinos y amigos repetían lo mismo: «Era un muchacho maravilloso» o «Esa mujer era la bondad personificada».

Sin embargo, lo que de verdad convenció a Michael fueron las historias no violentas. Al fin y al cabo, ¿qué sentido tenía que Kaine introdujera tangentes en cuerpos humanos solo para que cometieran terribles atrocidades y acabaran en prisión? Quizá solo fueran pruebas fallidas del proceso de transferencia.

Sus amigos, y él también, habían encontrado varios informes sobre personas que modificaban su comportamiento habitual o que tomaban decisiones de forma impulsiva. Directores generales que hacían cuantiosas transferencias de dinero sin sentido o que eran instigados a llevar a cabo despidos en masa y a vender sucursales. Funcionarios del gobierno que de pronto cambiaban de ideología el tiempo suficiente para atraer la atención de los InfoBlogs, aunque ninguno se mostraba tan vehemente como aquel político alemán. Actores que abandonaban los rodajes, figuras del deporte que dejaban sus equipos, personas que dejaban su trabajo a tontas y a locas, trabajos que habían conservado durante años. Eran tantos los casos que Michael casi—casi— no se inmutó cuando llegaron a la historia de un chico desaparecido llamado Jackson Porter, buscado por ciberterrorismo.

No obstante, el joven fue capaz de obviar ese hecho por el momento y de concentrarse en la posible invasión de los tangentes. Era demasiado, demasiadas coincidencias en el tiempo. Michael siempre había sido adicto a las noticias y jamás había visto nada similar.

—Tienen que ser tangentes —dijo por enésima vez, mientras leían un ejemplo más de algún funcionario del gobierno que se rebelaba contra sus electores—. Esto es una locura. ¿Cómo es que la gente no se da cuenta de la relación que hay entre estos casos?

—Pensadlo bien —respondió Bryson. Apagó la antigua tableta y la apartó con desagrado, como si fuera la causante de todas aquellas noticias—. Ellos no saben lo que sabemos nosotros. ¿Creéis que alguien va a levantarse de pronto y decir: «¡Eureka!»? —Chascó los dedos—. «¡Por el amor de Dios, lo he descubierto! ¡Hay unos programas informáticos que están invadiendo las mentes de esas personas!».

Michael entornó los ojos.

—Ya lo sé, pero es que me parece una locura. Esas cosas tan raras están ocurriendo por todo el planeta al mismo tiempo.

—Algunos de esos sucesos serán obra de imitadores —dijo Sarah—. Pero muchos de ellos deben de ser obra de Kaine. Supongo que ha hecho una serie de pruebas, Michael y otros pocos tangentes; haría ciertas modificaciones al ver el resultado y luego, una o dos semanas después, lanzó al mundo toda una partida de transferidos a la vez. Lo único que no logro imaginar es qué intenta conseguir.

Michael tampoco lo entendía.

—Sí, parece todo muy arbitrario. Sin sentido. Puedo llegar a entender lo de los políticos, lo de las empresas; quizá esté planeando que otros conquisten el mundo por él. Pero ¿a qué viene tanta violencia? —Se encogió de hombros, como si en realidad no importara, cuando era lo que más importaba de todo lo ocurrido.

—Caos —dijo Bryson con un susurro misterioso.

Michael se limitó a mirarlo, a la espera de que desarrollara un poco más esa afirmación tan teatral.

—Caos —repitió el chico—. Quizá lo único que quiere Kaine en este momento es generar el más puro y absoluto caos, ese gran clásico.

—¿Por qué? —preguntó Sarah.

—No lo sé. A lo mejor quiere que la humanidad inicie una gran guerra y se aniquile sola.

—Eso no tiene ni pizca de lógica —replicó Michael—. ¿Qué sentido tiene la Doctrina de la Mortalidad si quiere cargarse a la humanidad? ¿No quiere él ser humano?

Esta vez fue Bryson el que se encogió de hombros.

—Supongo que esa es la pregunta del millón. Dijo todas esas cosas sobre la inmortalidad... ¿Lo diría como humano o como tangente? Esa es la razón por la que debemos averiguar cuál es el plan final de ese tío.

Sarah se levantó y se estiró, se puso las manos a la espalda mientras se inclinaba hacia atrás. Michael oyó un crujido de huesos.

—Ahora necesitamos refrescarnos y descansar —dijo—. Debemos dormir unas horas esta noche. Porque mañana nos espera un día muy importante.

—Ah, ¿sí? —preguntó Bryson—. ¿Y qué vamos a hacer exactamente?

Sarah se levantó y se volvió para irse, y respondió dándoles la espalda, de forma muy despreocupada, mientras se alejaba.

—Vamos a visitar la SRV.

3

Toda ciudad importante —y la mayoría de las más pequeñas— tenía una sucursal de la SRV en las afueras, aunque a menudo no había ninguna señal que la identificara. Sin embargo, a media tarde del día siguiente, Michael y sus amigos habían localizado la oficina de la SRV y estaban frente a ella. Era un edificio sin carteles, ruinoso, ubicado en la parte más sórdida de la ciudad, donde era frecuente encontrarse con camellos y rateros vagabundeando por las calles. Esa fue la razón por la que Michael pidió al taxista que los esperase mientras entraban en el edificio.

—¿Estás segura de que es aquí? —preguntó Bryson.

—Más que segura —respondió Sarah—. En cualquier caso, ¿qué hay de malo en que llamemos a la puerta?

Bryson se dio unos golpecitos en la barbilla con un dedo.

—Pues podría haber algo malo si algún drogata con el mono estuviera en pleno trapicheo y decidiera dispararle a cualquiera que llamara a su puerta. Eso podría ser algo malo.

—Sí, sin duda, eso sería algo muy malo —coincidió Michael. Aunque la discusión no tenía sentido. Todos sabían que iban a entrar en el edificio sin importar las circunstancias, fueran las que fuesen.

Sarah se dirigió hacia una mugrienta puerta de cristal situada bajo una marquesina que recorría toda la fachada. El picaporte metálico estaba semicaído, sujeto solo por una tuerca.

—Ya me encargo yo de llamar a la puerta, cagados.

Michael y Bryson se apresuraron para estar junto a su amiga cuando lo hiciera.

Había un viejo felpudo —elemento atípico de un edificio de oficinas— hecho un guiñapo en la entrada, con una esquina mordisqueada por algún perro o una rata; su contorno deshilachado no desentonaba con la apariencia exterior de la edificación. En el felpudo se leía: LÍMPIATE LOS ZAPATOS; Michael pensó que era un mensaje muy apropiado para un organismo como la SRV: iba directo al grano.

Sarah alargó una mano y llamó a la puerta con los nudillos. Esta emitió un traqueteo cuando el picaporte suelto rebotó contra el cristal, pero no se abrió. Michael se quedó mirando el marco de la puerta: todo ese metal polvoriento rodeado de madera combada con pintura marrón desconchada. Empezó a cuestionarse si ese sería el lugar que buscaban; le parecía una tapadera muy exagerada. Recordaba cuando visitó —y con «cuando visitó» quería decir «cuando la secuestraron y la llevaron por la fuerza»— el despacho de la agente Weber, y que el lugar estaba situado bajo un estadio de fútbol. Por lo visto, a la SRV le gustaba ocultarse entre las sombras.

Sarah volvió a llamar a la puerta dado que nadie respondía. Esa vez lo hizo más fuerte y todo se estremeció un poco más.

—Vamos, vamos... —masculló Bryson.

Se oyó un clic del otro lado de la puerta y esta se abrió de golpe. Una de esas antiguas campanillas colocadas en el quicio tintineó con el movimiento. A Michael le pareció un elemento ridículo, más que el propio edificio, para una institución que, supuestamente, se encargaba de proteger el sistema responsable de negocios y entretenimiento más importante del mundo. El hombre que abrió la puerta le resultó incluso más absurdo.

Bajito, regordete, con cuatro pelillos canosos en la cara y otros cuatro pegados a su cráneo escamado y casposo. El individuo llevaba un camiseta imperio llena de manchas —amarillenta, con lamparones incluso más amarillos—, que dejaba al descubierto sus brazos peludos con aspecto de no haber visto la luz del sol durante veinte años. Unos tirantes marrones evitaban que se le cayeran los pantalones también marrones, la colilla de un puro —que ni siquiera estaba encendido— colgaba de sus labios como si hubiera olvidado hacía ya horas que lo llevaba en la boca.

—¿A ver? ¿Vosotros quiénes sois y qué se os ha perdido aquí? —preguntó con una voz sorprendentemente aguda.

Sarah había tomado el mando y no pensaba delegarlo.

—Hemos venido para hablar con una agente sobre algo importante, algo muy

importante. Y que está relacionado con la Red Virtual.

Michael estuvo a punto de lanzar un suspiro ahogado. A pesar de lo mucho que quería a Sarah, su forma de presentarse no había sido la más adecuada. Había quedado un poco forzada.

—Tenemos una cita con una agente —dijo Michael dejándose guiar por la intuición.

El hombre escupió el puro y empezó a toser y a emitir sonidos graves, ahogados, como de arcadas, que daban la impresión de que tenía el pecho a punto de estallar. Michael hizo un mohín.

—¿De qué va todo esto? —gruñó su anfitrión, todavía carraspeando.

Le tocaba a Bryson.

—Oye, tío, no intentes despistarnos. Ya sabemos que esto es una sede de la SRV, y tenemos cosas muy serias de las que hablar. Por favor, llévanos hasta un agente, no tenemos mucho tiempo.

«Al menos ha soltado algún “por favor”», pensó Michael.

El hombre se metió de nuevo la colilla del puro entre los labios grisáceos, y habló por una comisura de la boca.

—¿Cómo se llama la agente? ¿Y la contraseña?

Michael de pronto sintió nostalgia del Sueño, donde podían abrirse paso hackeando el programa para dar con ese tipo de información. En ese momento, lo único que podían hacer era confiar en su ingenio y su encanto.

—Mire, señor —dijo—, no conocemos el nombre de la agente local. Y no tenemos una contraseña. Solo necesitamos cinco minutos. Le juramos que no se arrepentirán de escucharnos. Por favor.

—Somos inofensivos. No mataríamos ni a una mosca —dijo Bryson con una sonrisa tontorróna.

El hombre masticaba su puro como una tira de carne seca.

—Entrad. Ahora.

Michael lanzó un largo suspiro y siguió a Bryson y a Sarah hasta un vestíbulo con olor a moho y en penumbra, con tres sillas de respaldo rígido y una mesa de escritorio vacía. El hombre les ordenó que esperasen allí; luego cerró la puerta de golpe, y la campanilla empezó a tintinear como loca.

En cuanto desapareció por otra puerta, Michael miró a sus amigos.

—Es un tipo... interesante.

Sarah asintió con la cabeza poco a poco; Bryson se estremeció y puso cara de susto. Pasado menos de un minuto, el hombre del puro masticado regresó. Entreabrió la puerta y les hizo un gesto con la cabeza para que la cruzaran.

—La agente Weber os recibirá ahora.

Bryson y Sarah iban a obedecer el gesto de su anfitrión, pero Michael tenía sus dudas. Le parecía demasiada casualidad que Weber se encontrara justo allí, en un solar en medio de un barrio de mala muerte. Por lo visto, el hombre percibió sus dudas.

—Será una conexión por red —musitó el tipo, como si le diera miedo hablar en vida.

—¡Ah! —respondió Michael con tono atontado.

Siguió a sus amigos por la puerta y por un largo pasillo que iba tornándose más bonito —con una moqueta impoluta y pintura más reciente— y estaba más iluminado a medida que avanzaban, mientras Don Cigarro los vigilaba desde la retaguardia. Les espetó que girasen a la izquierda, luego a la derecha, les ordenó que bajaran numerosos tramos de escalera, que siguieran avanzando. Al final condujo al grupo a través de otra puerta, por otro pasillo, y hasta otra pequeña sala con una pantalla de red gigantesca que ya estaba encendida cuando entraron.

Michael inspiró para relajarse, se le estaba secando la garganta, cuando vio el rostro de la agente Weber mirándolos fijamente. Allí estaban su pelo negro, sus exóticos ojos, esa mirada de sabelotodo, como si pudiera adivinar los más ocultos pensamientos de su interlocutor.

—Sentaos —les ordenó su anfitrión.

Había una mesa alargada rodeada de mullidos butacones. Sin mediar palabra, Michael y sus amigos se sentaron. El chico se percató de que Sarah y Bryson intentaban establecer contacto visual con la mujer de la pantalla. Como si no resultara lo bastante intimidante ya de por sí, pensó Michael, en ese momento tenía el tamaño de un gigante suspendido sobre ellos. Recordó el día que fue a visitarlo, después de haberse despertado en el cuerpo del pobre Jackson. El verla lo había reconfortado, al menos un poco; le había hecho sentir que no estaba solo y que la SRV lo ayudaría a averiguar cómo solucionarlo todo, pero no había tenido noticias de ella ni de nadie desde ese momento. Salvo por el momento en que intuyó la presencia de la agente en *Sangre vital*, junto a la casa del árbol.

Sintió un enfado repentino, el bombeo de la sangre en las sienes.

—Ya puedes marcharte, Patrick —dijo Weber, y su voz retumbó desde los altavoces que los rodeaban.

Bryson puso expresión de estar esforzándose por reprimir una sonrisa de suficiencia. Pronunció el nombre de Patrick moviendo los labios y mirando a Michael, como si fuera el nombre más gracioso que hubiera oído en la vida.

Cuando el hombre del puro se hubo marchado, se hizo un silencio incómodo en la sala. Michael intentó por todos los medios mantener el contacto visual con la agente Weber, y se preguntaba en qué punto exacto estaría situada la cámara que le permitía verlos. Decidido a demostrar que tenía agallas, esperó a que ella hablara primero. Pero Weber se lo tomó con calma.

Al final se limitó a decir:

—¿Qué queréis?

Michael notó que se le aceleraba algo más el pulso.

—¿Que qué queremos? —repitió—. Podría haber dicho algo un poco más agradable, algo como: «Qué bien que sigas vivito y coleando, Michael. Había pensado en contactar contigo, pero es que ando muy liada en el trabajo. Por favor, acepta mis disculpas. ¡Ah!, y siento haberte abandonado en *Sangre vital*, Michael». Eso habría estado mejor.

La agente Weber ni siquiera parpadeó. Se limitó a seguir mirándolo como si se tratase de un completo desconocido. Aunque el chico estuviera en el cuerpo de un extraño, ella ya lo había visto antes. Había ido a visitarlo. Además, Michael se merecía que lo trataran mejor. Bryson y Sarah se removían en sus asientos, pero no decían nada.

—Por favor, dime lo que has venido a contarme —le espetó Weber—. Patrick ha insistido en que era importante. La SRV no tiene tiempo para andarse con juegucitos de patio de colegio, así que date prisa.

Eso provocó que Michael se levantara. El bombeo de la sangre en sus sienes había adquirido la fuerza de un martillo.

—¿Cómo se atreve a...?

Sarah lo interrumpió poniéndole una mano en el brazo. El chico no se había dado cuenta de que su amiga se había acercado.

—Michael —dijo—. Vamos a contarle lo que debemos. Lo de Kaine y lo que hemos visto en las noticias.

—¿De verdad creéis que no sé lo de Kaine? —dijo la agente Weber—. ¿Para eso me habéis llamado?

El enfado de Michael se tornó confusión. ¿Por qué estaría actuando de forma tan rara? ¿Es que acaso todavía no confiaba ni en Bryson ni en Sarah?

—Kaine nos retuvo —dijo Sarah con una serenidad increíble—. Quería que trabajásemos para él, que lo ayudásemos. Nos ha amenazado y se ha llevado a mis padres.

—Además nos prometió vivencias en todos los mundos de la Red Virtual —añadió Bryson—. Y la inmortalidad. No te olvides de esa parte.

Sarah asintió en silencio.

—Eso también. Siempre que hagamos lo que él quiere. Dijo que alguien nos ayudaría a escapar. Por otra parte, hemos visto cosas muy raras en el Despertar. Es evidente que usted ya conoce la historia de Michael, y todo lo referente a la Doctrina de la Mortalidad. Muchas de las locuras que hemos visto en las noticias... Todo está relacionado. Nosotros solo queríamos contárselo a la SRV. No entiendo por qué...

—¡Ya basta! —les espetó la agente Weber. No lo hizo gritando, pero sí con tono autoritario—. No necesito escuchar más, gracias.

Michael se había quedado sin palabras. En la pantalla vio cómo Weber alargaba una mano y apretaba un botón; con ese gesto ordenó a Patrick que regresara a la sala. En cuestión de segundos, el hombre volvió a aparecer por la puerta.

—Por favor, acompaña a nuestros visitantes al exterior del edificio —le dijo la agente Weber—. No había visto a estas personas en mi vida.
La pantalla de mural se apagó.

Visera negra

1

—¿Estás seguro de que era ella? —le preguntó Sarah a Michael mientras se alejaban del edificio de la SRV en el taxi. Iban apretujados en el asiento trasero como párvulos en un autobús, con Bryson entre ambos.

—Sí —respondió Michael. Intentó apaciguar la rabia que sentía; Sarah no tenía la culpa—. Su aura en *Sangre vital profunda* tiene casi el mismo aspecto. Es ella, no hay duda. Tiene el mismo nombre, la misma cara. Además, la vi en el piso de Jackson Porter. Sé que es ella, y me parece de chiste que finja no habernos visto en la vida.

—A lo mejor solo intenta salvar el culo —propuso Bryson—. Si tenía la misión de encontrar a Kaine y detener su Doctrina de la Mortalidad, ha cometido la cagada del siglo. Se comporta como la reina del mambo, es verdad, pero tiene jefes, y esos jefes pueden darle la patada si ven que simpatiza con el mayor error de la organización. Es decir: tú. —Señaló a Michael—. Sin ánimo de ofender, por supuesto.

—Por supuesto —contestó Michael entornando los ojos—. No me ofendes.

Sarah no estaba muy convencida.

—Tiene que ser algo más que eso. Es imposible que se limite a fingir que no nos conoce y crea que puede salirse con la suya. Algo raro está pasando.

Michael estaba totalmente de acuerdo.

El taxista soltó un taco de pronto, redujo la marcha y paró en el arcén de la carretera. Luego aporreó el volante con ambas manos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Bryson.

El taxista se volvió para mirarlos.

—Esa maldita nave patrulla. —Señaló hacia arriba como si los chicos vieran a través del techo—. Me ha pillado. Seguro que es algún zampabollos aburrido que intenta cumplir con su cuota de multas.

Michael tuvo un mal presentimiento que le revolvió el estómago. ¿Y si el poli preguntaba por los pasajeros?, ¿y si les pedía que se identificasen? «Tranquilízate», se dijo. Empezaron a revisar una y otra vez el programa de sus cuentas falsas. Eran muy capaces de engañar a un poli que solo intentaba anotarse un tanto durante su turno.

—Tu cara —le susurró Sarah. Fue un comentario extraño.

—¿Eh?

—Ha salido en todos los InfoBlogs. ¿Y si el poli te reconoce?

Antes de poder responder, la nave patrulla descendió hasta situarse delante de ellos y dio media vuelta. El calor de sus propulsores dio a la atmósfera un aspecto tembloroso. El vehículo plateado aterrizó sobre el asfalto con un ligero golpe sordo y se apagó con un gemido de los motores. A continuación permaneció ahí parado durante unos minutos que se hicieron eternos.

—Estoy seguro de que lo hacen a propósito —murmuró el taxista desde su asiento—. A esas malditas ratas les gusta verte sufrir. Seguramente está bebiendo a sorbos su café y chateando con algún colega por la red. Maldito hijo de...

Michael apagó el altavoz del conductor para no seguir escuchándolo. Ese mal presentimiento en las tripas se había convertido en un auténtico ataque de pánico que le había empapado las palmas de sudor y le hacía sentir la garganta como si la tuviera llena de bolas de algodón. La espera lo estaba volviendo loco.

Al final, la puerta del coche de policía se abrió de golpe y se elevó sobre los goznes. Un hombre ataviado con una coraza de cuerpo entero salió del vehículo, llevaba el típico uniforme policial negro y la visera del casco bajada; su rostro quedaba oculto. Michael entendía que los polis de esa parte de la ciudad quisieran estar protegidos, pero, aun así, tanta ocultación lo ponía nervioso. Se imaginó a ese tipo sacándolo del coche a la fuerza y pegándole una paliza con sus guantes negros hasta hacerlo sangrar por todos los orificios de su cuerpo; el hombre le recordaba más a un monstruo robótico que a un ser humano.

El poli rodeó el taxi hasta llegar a la puerta del conductor y golpeó la ventanilla. El taxista aguardó un segundo antes de bajarla; seguramente, para demostrar que tenía agallas.

—¿Qué problema hay, agente? —preguntó con tono neutral, como si lo hubiera hecho millones de veces—. Es imposible que me haya excedido en la velocidad, y tengo todos los permisos en regla.

La visera amortiguaba un poco el sonido de la voz del poli; a pesar de ello, conservaba el tono amenazante.

—Quiero que permanezca sentado con la boca cerrada, señor. ¿Cree que podrá hacerlo? ¿Cree que podrá hacerlo por mí? ¿Señor?

Michael solo veía la nuca del taxista, pero se fijó en cómo se le tensaban los músculos del cuello al no dar una respuesta. Al menos, no una verbal. Se limitó a responder asintiendo con la cabeza con rapidez y rigidez.

—Eso está mejor —respondió el policía—. Ahora necesito que tus pasajeros, a los que les gusta cumplir la ley, salgan del coche. Y rapidito.

los contornos de la mampostería mal trabajada clavándosele a través de la camisa. El poli se negó a levantarse la visera, y a Michael le parecía cada vez más un robot. Se acordó del autómatas del Sueño, el que le había desprogramado el núcleo —se lo había arrancado, aunque, en realidad, como tangente no lo necesitaba—, y eso le hizo pensar en Kaine. ¿Y si el propio Kaine estaba detrás de esa supuesta detención por cuestiones de conducción?

«Por favor, que no sea así», suplicó Michael al universo. ¿Cómo podía ser Kaine tan, pero tan poderoso? Se negó a sí mismo el permiso de creerlo. A pesar de ello, miró al poli y se preguntó si acaso no sería un tangente dentro de un cuerpo humano.

—¿Cómo os llamáis? —les preguntó el tipo en el preciso instante en que una parte de la visera se le levantaba. Michael vio símbolos e imágenes varias moviéndose en el interior—. Y, antes de que respondáis, solo diré esto una vez: no mintáis. No lo hagáis. Solo tenéis una oportunidad para decirme la verdad. Bien, ¿cómo os llamáis?

Sarah fue la primera, luego Bryson y, por último, Michael. En la Red Virtual los habían pillado a todos más veces de las que Michael era capaz de recordar. Y siempre se habían librado; les había bastado con un par de líneas de código y con manipular la verdad conservando una actitud tranquila y despreocupada. En el mundo real era algo distinto, aunque aplicaron los mismos principios. Uno tras otro fueron dando sus nombres falsos, tan tranquilos, como si los hubieran usado durante toda su vida.

El poli soltó un gruñido tan extraño que quizá significara que estaba escuchándolos con atención. Aunque sonó más bien al rugido de las tripas de un mono enfermo.

—Hemos recibido información sobre un chico que está en busca y captura —dijo el poli recorriendo con parsimonia la fila de retenidos. Se detuvo justo delante de Michael y se quedó mirándolo, o eso pareció, a través de la visera negra—. Un tal Jackson Porter, desaparecido hace casi dos semanas. ¿Por casualidad tú no sabrás nada de eso? ¿Cómo has dicho que te llamabas? ¡Ah, sí!, Michael. ¿Qué tienes que decir, muchacho? ¿Has visto a alguien con pinta de ciberterrorista?

El chico deseó con toda su alma cerrar los ojos y acceder al código. Lograr escapar de la situación hackeando el programa. De pronto anheló su vida como tangente, esa existencia despreocupada y feliz. Mentir a ese policía parecía una idea terrible, sobre todo porque era muy probable que el tipo ya hubiera reconocido su rostro. Sin embargo, el chico no sabía qué otra cosa hacer.

—No, señor —respondió—. He visto los InfoBlogs y he oído hablar de ese tal Jackson. Pero no lo he visto. ¿Vosotros lo habéis visto? —Se quedó mirando a sus amigos esperando la reacción del agente, convencido de que ya había metido la pata, de que había quedado como un listillo delante del representante de la ley. Bryson y Sarah negaron tímidamente con la cabeza, aunque Michael supo por sus miradas que pensaban que la había cagado. Quizá debería haber confesado la verdad y haber confiado en que las autoridades los protegerían.

El poli por fin se levantó la visera y dejó a la vista el rostro de alguien nacido para patrullar. Facciones angulosas como cinceladas en piedra, unos ojos como pozos abismales con una mirada imposible de interpretar. No parecía muy contento.

—Entrad en la nave patrulla —dijo con tono tenso—. Los tres. Un movimiento en falso y os pongo las esposas láser. Hoy no estoy para tonterías.

El taxista gritó desde detrás sin moverse del coche.

—¡Oiga! ¡Agente! ¿Puedo marcharme? ¿¡Por favor!?

—¡Piérdete! —le contestó a gritos el poli.

Contento de obedecer, el taxista se alejó a toda pastilla. Michael se quedó mirando cómo se esfumaba el taxi junto con cualquier esperanza que todavía pudiera albergar.

3

Sarah y Bryson fueron los primeros en subir al vehículo. El poli sujetaba a Michael por el brazo con mucha más fuerza de la necesaria. El joven estaba desesperado, y no solo por los motivos evidentes. Era imposible que el cuerpo de policía al completo estuviera trabajando ya a las órdenes de Kaine, pero había la posibilidad de que justo ese poli fuera un tangente. Por otra parte, estaba la situación tan extraña que habían vivido con la agente Weber, aunque era posible que ambas circunstancias no estuvieran relacionadas entre sí. Jackson Porter había desaparecido, estaba acusado de delitos muy graves y su cara salía en todos los InfoBlogs. No era de extrañar que hubieran dado la señal de alarma con respecto a Michael.

Fuera como fuese, encerrarlo era un riesgo demasiado grande. ¿Y si nadie más se daba cuenta de lo que planeaba Kaine y él no lograba convencerlos? Sentía ganas de llamar a gritos a la agente Weber. Necesitaban la ayuda de la SRV.

—Te toca —le dijo el poli cuando Sarah se deslizó sobre el asiento para acomodarse en el centro.

En ese momento la desesperación de Michael acabó por aflorar.

—Escuche, señor... ¿Puedo hablar con usted? ¿En privado?

La visera del hombre seguía levantada y su expresión no se había alterado lo más mínimo; si la petición de Michael le había sorprendido, no lo demostró.

—Quieres hablar conmigo. En privado. —Lo afirmó más que preguntarlo.

Michael asintió con la cabeza.

—Por favor...

El poli lo sujetó por el brazo incluso con más fuerza y lo apartó varios metros de la nave patrulla.

—Adelante, muchacho. Habla.

—Los dos sabemos quién soy —dijo Michael.

—Gracias por reconocer que no soy el poli más idiota de la historia. Por eso estoy

arrestándote.

Michael señaló en dirección a la nave.

—Esas dos personas no tienen nada que ver con mi huida. Son solo unos amigos a los que he recogido de paso. Además..., tengo motivos para huir. Usted cree que lo hago porque soy un criminal, pero es por una razón grave de verdad, un asunto que afecta a personas de instituciones muy importantes para las que usted jamás haya trabajado jamás.

—¿De qué narices estás hablando, chaval?

—No puede detenerme. No puede. Tenemos información sobre un auténtico ciberterrorista y... Tenemos que... averiguar más cosas.

El poli empezó a negar con la cabeza antes de que Michael terminara la frase.

—No me gusta que me hagan perder el tiempo, chaval. Habla claro de una vez por todas. Si quieres contarme algo, escúpelos ya.

Michael oía el bombeo de su propia sangre. Acababa de pillarse los dedos.

—Es... complicado. Escuche, ¿qué puedo hacer para que nos deje libres? ¿Quiere dinero? Puedo conseguir un montón de pasta. Mis... mis padres son ricos. No iba a escaparme con las manos vacías.

El poli levantó una mano y Michael supo que había llegado el momento de cerrar el pico.

—Chaval, voy a contarte algo. He conocido a personas muy valientes en mi vida. Y he conocido a otras muy idiotas. Y tú eres una de las pocas que lo tiene todo. ¿Intentas sobornarme? ¿Eres consciente de que en mi familia somos policías desde hace ocho generaciones? Mi tata tata tata y lo que sea abuelo patrullaba a caballo, chaval. ¡A caballo! ¿Tú crees que voy a aceptar un puñado de billetes de un adolescente y que voy a tirar mi reputación por la borda?

«¡Maldita sea!», pensó Michael. Era difícil encontrar un argumento más sólido que la historia del caballo. Decidió adentrarse en las aterradoras aguas de la más pura verdad.

—Mire, lo siento. Es que estoy desesperadísimo. No puede retenerme. Por favor. Esto tiene que ver con Kaine, sé que habrá oído hablar de él, y tenemos información sobre él. Necesitamos ir al cuartel general de la SRV, a Atlanta.

—Verás —respondió el poli—, si sabes tanto, con mayor razón debo retenerme.

—Pero...

El agente ya había tenido bastante.

—Sube. Vamos, al coche.

Abatido, Michael obedeció.

—Quizá esto sea bueno —dijo Sarah después de que la nave patrulla hubiera alzado

el vuelo. Avanzaban a una velocidad de vértigo por las vías de circulación destinadas a esa clase de naves, que, casi en su totalidad, ocupaban los vehículos oficiales.

—¿Algo bueno? —repitió Michael—. Me muero de impaciencia por saber cuál es el motivo. —Sabía que el policía podía oírlo, pero le daba igual.

—Tenemos que contárselo a alguien —repuso ella—. ¿De verdad crees que podemos encontrar a mis padres y enfrentarnos a Kaine y a todo su ejército de tangentes nosotros solos? Me parece que ya hemos agotado nuestros recursos, hemos intentado acudir a la SRV, y no nos ha salido precisamente bien. Por eso ahora vamos a intentar contárselo a la policía, al GBI, a la Central de Inteligencia, a quien sea. Alguien nos escuchará.

Bryson asintió con la cabeza, fue su forma de ponerse de parte de Sarah, pero Michael negó en silencio.

—Tengo la sensación de que los de la SRV son los únicos que nos tomarán en serio. —Interrumpió las protestas de Sarah antes de que ella pudiera verbalizarlas—. Sí, ya lo hemos intentado, y ya sé que nos han echado de allí. Pero lo habrán hecho por algo. A lo mejor a la agente Weber le preocupaban los soplones, o quizá intentaba protegernos, no lo sé. A pesar de ello, debemos reunirnos con ella en persona.

—No sé, tío —dijo Bryson. Lo que deprimió a Michael, porque no había nadie tan osado como su amigo. Si él había tirado la toalla, si se había resignado a acompañar al policía, eso debía de ser lo más conveniente.

—Está bien —dijo Michael, y él también se rindió. Solo por el momento—. Es de esperar que alguien nos escuche tarde o temprano. Que nos escuche con atención.

—Bueno —respondió Bryson—, a menos que quieras sacar a ese tío de la nave dándole una patada y ponerte tú a los mandos. No creo que tengamos muchas más opciones, ¿no? Esto no es el Sueño, tío. No podemos librarnos de esta manipulando el código.

Durante un instante de locura total, Michael pensó en hacer lo que había dicho su amigo. Saltar al asiento del copiloto como un gorila furioso recién fugado de su jaula. No podía ser muy difícil pilotar una nave patrulla. Sin embargo, ese instante de impulsividad pasó y Michael volvió a acomodarse en el asiento, se cruzó de brazos y miró por la ventana.

Por debajo de ellos, las calles con sus luces recordaban a los campos de siembra en las zonas rurales de *Sangre vital*.

Viajaron en silencio durante un tiempo, y Michael oía un tic-tac en la cabeza, como una bomba de relojería a punto de estallar. No lograba dejar de pensar en qué ocurriría en comisaría y en manos de quién los dejarían. ¿Habría alguien que creyera su historia? Cuanto más avanzaban, más incómodo se sentía. No lograba ordenar las

ideas.

La única persona que conocía aparte de Sarah y Bryson era Gabriela. ¿Los ayudaría ella? No había olvidado que la chica había ido a Atlanta para visitar a su padre. La posibilidad de recurrir a ella parecía una locura, pero no conocía a nadie más, y su situación era desesperada. Podía encontrar fácilmente la dirección de correo electrónico de Gabriela, solo necesitaba conectarse a la red aunque fuera un rato...

Habían llegado al centro de la ciudad, y Michael iba sintiéndose cada vez más descolocado a medida que pasaban volando entre rascacielos; un laberinto de cristales y acero sobre el que se reflejaba la mortecina luz del sol. Había pocas naves compartiendo el espacio aéreo con ellos y, cuando pasaba una, Michael desviaba la mirada. Parecía que las naves avanzaran directamente hacia ellos y que los esquivaran en el último momento. Michael estaba al borde de un ataque de nervios.

Se inclinó hacia delante y se dirigió al policía.

—¿Señor?

El agente había vuelto a bajarse la visera; Michael veía el destello de los datos que procesaba y los mapas que se proyectaban en el interior de su visera negra, aunque el ángulo desde el que lo miraba dificultaba una visión clara.

—¿Qué? —respondió el hombre, desganado.

Puede que el tipo fuera un imbécil, pensó Michael, pero seguía siendo un agente de la ley. Sarah le dio unos golpecitos en el hombro y el chico enarcó las cejas cuando ella lo miró. Su expresión quería decir: «Pero ¿qué narices estás haciendo?», a Michael no le cabía duda alguna por lo exagerado del gesto. Él intentó tranquilizarla con su expresión relajada. Volvió a dirigirse al policía.

—Tiene que creernos. Esta historia es una locura, pero es cierta.

—¿Qué historia?

—Bueno, en realidad no se la he contado aún.

El hombre levantó los brazos con exasperación. La nave patrulla cayó en picado; a Michael se le puso el estómago en la boca y Bryson dejó escapar un embarazoso chillido.

—¿Así que ahora quieres que me crea una historia que todavía no me has contado? —preguntó el poli—. Chaval, contéstame una pregunta. ¿Alguna vez has estado encerrado en un manicomio? ¿Te han diagnosticado un tumor cerebral? ¿Del tamaño de un pomelo?

Por algún motivo, ese comentario hizo que a Michael el tipo le pareciera más simpático, y se relajó un poco.

—Vale, escuche. ¿Entra al Sue... a la Red Virtual con mucha frecuencia? ¿Juega alguna vez?

El hombre soltó una risotada.

—¿Tengo la próstata inflamada y necesito ir a mear cada veinte minutos? ¡Menuda pregunta! ¡Pues claro que sí! ¿Adónde narices quieres ir a parar?

—Bueno, sé que habrá oído hablar de un jugador llamado Kaine. Hace unos

meses que sale mucho en las noticias.

—Sí, chaval, he oído hablar de Kaine. —Giró el volante hacia la derecha y la nave patrulla viró con brusquedad para esquivar un edificio muy ancho. Sarah se pegó a Michael y, de no haber estado tan disgustado, la sensación habría resultado agradable—. Deja que lo adivine. ¿Ese tal Kaine es tío tuyo? A lo mejor es tu papi...

—No, es un tangente. Y está robando cuerpos e insertando programas, es decir, la inteligencia de los tangentes, en los humanos. Está convirtiendo a los tangentes en humanos. Y está matando a personas reales para conseguirlo.

Michael hizo un mohín. Con cada palabra que decía le parecía todo un poco más absurdo.

El poli se volvió para mirarlo.

—Hijo, no te preocupes. Tenemos buenos loqueros en la comisaría. No tardaremos en llegar. —Y miró de nuevo hacia delante.

Michael volvió a reclinarsse en el asiento, nervioso. Había visto algo en la visera del policía, durante un segundo, cuando el ángulo de visión se lo había permitido. Debió de ponerse blanco, porque tanto Sarah como Bryson lo miraron como si la recomendación del loquero no hubiera sido tan descabellada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sarah.

Michael no podía responder. Apenas podía respirar. Quiso creer que se trataba de una ilusión óptica, que en realidad no había visto lo que creía haber visto. Pero la verdad se impuso.

Era una foto de Sarah. Y al pie, una breve frase:

SE BUSCA. RELACIONADA CON PERSONAS DESAPARECIDAS.

También había visto de pasada los nombres de Jackson y Bryson. Pero había una palabra que se le había quedado grabada en la retina: «Cómplices».

Ahora todos ellos eran fugitivos.

Derrumbamiento

1

Sarah se inclinó hacia delante y miró a Michael de modo que solo él pudiera leerle los labios. Entonces musitó la frase «Pero ¿qué narices te pasa?». La nave patrulla viró a la izquierda y el chico cayó sobre su amiga. Sintió el deseo de agarrarla y darle un fuerte abrazo. Presentía que estaban metidos en un lío cada vez más gordo. Una angustia infinita le oprimía el pecho hasta prácticamente asfixiarlo.

Sarah enarcó las cejas a la espera de una respuesta. Bryson los observaba a ambos; era listo y sabía que no debía decir nada, pero se removía en el asiento.

Michael estaba convencido de que no podían seguir con el policía. No debían permitir que los llevara a comisaría, que los fichara o los detuviera, o lo que fuera que hacían con la gente en ese lugar. Él era un ciberterrorista a la fuga, y Sarah, una secuestradora, y seguramente también sospechosa de asesinato. A saber de qué acusarían a Bryson. Aunque daba igual. La policía buscaba a los dos chicos por cómplices.

Su mundo estaba a punto de derrumbarse y quedar en unas condiciones que imposibilitarían su reconstrucción.

—¡Voy a vomitar! —gritó de pronto dirigiéndose hacia el asiento del conductor—. Mi estómago. ¡Estoy a punto de potar, bájenos de aquí!

—Ya casi hemos llegado —respondió el policía al tiempo que miraba por el retrovisor—. Aguanta solo un par de minutos más.

Michael sabía que la palidez de su rostro encajaba a la perfección con la farsa.

—¡Va en serio! ¡Por favor! ¡Tiene que dejarme echar la pota!

—¡Vaya! —exclamó el hombre con un tono entre molesto y cómico—. Menudo estómago tan oportuno el tuyo. Se revuelve justo cuando el terrorista y sus amigos los asesinos están a punto de acabar entre rejas.

Con ese comentario, el poli despejó la duda sobre la gravedad de los cargos que les imputaban.

—No estoy mintiendo —respondió Michael, desesperado; percibió la sensación de derrota en su propia voz.

—Pues aguanta. Podrás vomitar todo lo que quieras en cuanto estés instalado en tu cómoda y acogedora celda.

Sarah no había parado de mirar a uno y a otro, además de a Bryson, como si estuviera viendo un partido de tenis, con expresión de confusión total.

—¿Tus amigos los asesinos? ¿A qué se refiere...? ¿Michael, a qué se refiere?

El pánico rondaba a Michael.

—He visto algo en la pantalla de su visera. Te acusan de la desaparición de tus padres. Y dicen que Bryson y yo te hemos ayudado.

El rostro de Sarah quedó exangüe, y Bryson propinó un puñetazo al asiento que tenía enfrente.

—¡Tranquilos todos ahí detrás! —gritó el policía—. Cuando uno comete delitos de mayores, debe estar listo para sufrir castigos de mayores. Ahora cerrad el pico; no quiero oír ni una sola palabra más. Es aquí mismo, a la derecha.

Los edificios pasaban volando a ambos lados de la nave patrulla a medida que se acercaban a una vieja estructura de ladrillo en condiciones ruinosas. Sus ventanas estaban cubiertas de mugre y resultaba tan poco acogedora como cualquier otra comisaría del mundo.

—A lo mejor me premian con una bonificación por entregaros —dijo el poli entre risas—. A lo mejor puedo hacerme ese injerto de pelo que tanto deseaba.

2

El vehículo empezó a aminorar la marcha y el morro se elevó un poco al frenar. Dieron la vuelta al edificio para llegar a la zona más apartada, donde empezaba a abrirse una puerta corredera situada a varios pisos del suelo. En el interior brillaban unas luces deslumbrantes. El policía manipuló los mandos y el vehículo se desplazó hasta la rampa de aterrizaje.

Michael miró hacia la entrada. Parecía una boca bostezando que fuera a engullirlos a todos. Sus vidas no eran las únicas que estaban en la cuerda floja. No había muchas personas que supieran qué tramaba Kaine; lo que en realidad planeaba. Si los encerraban, el tangente tendría libertad total para llevar a cabo su plan hasta las últimas consecuencias. Una intensa sensación de miedo estuvo a punto de sobrecoger por completo a Michael, lo que le dificultaba respirar con normalidad.

No pensaba acompañar al policía. De ninguna manera. Hasta el último ápice de su cerebro racional se bloqueó, y el instinto más animal tomó las riendas de la situación.

Lanzó el cuerpo hacia delante, metió la mano a través de la pequeña abertura que había entre el asiento de delante y los de detrás, agarró al policía por el casco y tiró de él. Luego lo retorció e intentó sacárselo con todas sus fuerzas, como si estuviera intentando arrancarle la cabeza de cuajo al policía. La parte trasera del casco impactó contra el cristal que el agente tenía justo detrás y profirió un grito, un sonido ahogado y dolorido.

—Maldito mocososo de... —empezó a decir, pero las palabras quedaron silenciadas por el agudo chillido que soltó cuando Michael dejó caer todo su peso sobre el casco y tiró de él a izquierda y derecha. El policía desistió en su intento de seguir

controlando los mandos de la nave y echó los brazos hacia atrás para intentar sujetar a Michael por los brazos. El hombre empezó a arañarlo, pero el chico se defendía con uñas y dientes, luchaba como un poseso. De pronto sintió que el estómago le salía disparado hacia arriba; la nave patrulla había virado a la izquierda y estaba cayendo en picado.

—¡Coge los mandos! —le gritó Michael a Sarah, pero era imposible que ella pudiera pasar por encima de su amigo a través del angosto hueco que quedaba entre las puertas de cristal entreabiertas.

Michael se aferró al casco del agente, seguro de que le partiría el cuello en cualquier momento. Plantó los pies con fuerza en el asiento trasero, tomó impulso y se lanzó por la abertura para aterrizar en el suelo de la cabina del conductor. El policía cayó con él; se escurrió por debajo del cinturón de seguridad y cayó sobre Michael. En el exterior, el mundo no paraba de girar, los edificios adoptaban ángulos extraños y el azul del cielo pasaba volando a la velocidad de la luz, alternándose con el gris del acero y la transparencia de los ventanales.

—¡Ahora! —gritó Michael—. ¡Coge los mandos!

Sarah ya estaba trepando por la abertura, alargando una mano hacia delante. Bryson la ayudaba: la levantó y la empujó. Michael forcejeaba con el policía, aterrorizado ante la posibilidad de que consiguiera coger su pistola y empezara a disparar. No tardaría en acudir alguien a socorrer al agente; en la comisaría ya se habrían percatado de que había una nave patrulla cayendo en picado al vacío.

Sarah agarró los mandos justo cuando el policía logró liberar una mano y propinar un puñetazo a Michael en la cara. Vio un estallido de puntitos luminosos. Agarró la visera del casco por la parte de abajo y tiró con fuerza de ella. Esta salió disparada y se oyó un crujido, pero no se desprendió del casco.

El policía tenía el rostro descompuesto por la rabia.

—Debes de ser el mocoso más idiota... —empezó a decir, pero el universo en su totalidad parecía atrapado en un ciclón, todo daba vueltas. Michael miró a Sarah con la esperanza de que consiguiera hacerse con el control del vehículo.

Ella tiraba de los mandos, desesperada, se echaba sobre ellos con todo el peso de su cuerpo en un intento de estabilizar la nave. Pero el vehículo no paraba de dar bandazos, de dar tirones, hasta que salió disparado hacia arriba. Un horrible chirrido de los motores hizo vibrar las ventanas. Sarah tenía la lengua asomada entre los labios; su mirada reflejaba absoluta tensión.

Se oyó un terrible crujido por el impacto de Michael contra la parte baja del tablero de mandos. El mundo se estremeció cuando se rompieron las ventanas, la carrocería metálica chirrió al rozar la superficie de acero de los edificios, y el ruido de los ladrillos derrumbándose inundó la atmósfera.

A continuación, se hizo el silencio. El vehículo se detuvo y quedó totalmente inclinado hacia la derecha. Michael miró por la ventana rota y solo vio el suelo a una gran distancia.

La quietud tras el estruendo producido por el impacto resultaba espeluznante, como si hubieran estado montados en una montaña rusa y el tiempo se hubiera detenido antes del final del recorrido. Se oyeron gemidos, una respiración jadeante y uno o dos bocinazos lejanos procedentes de la calle que tenían por debajo.

Michael pensó enseguida en el policía, en cómo se había defendido, dispuesto a combatirlo sin tregua. Pero el hombre ya no se movía. Permanecía totalmente inmóvil sobre la alfombrilla del suelo, con la cabeza retorcida en un ángulo extraño, apoyada contra la puerta del asiento del acompañante.

—¿Estáis bien, chicos? —preguntó Michael entre susurros, y se movió con cuidado para echar un vistazo al resto del vehículo. Tenía miedo de que cualquier movimiento en falso pudiera hacer que la nave se precipitara al vacío.

Bryson masculló algo desde el asiento trasero, pero Michael no alcanzaba a verlo.

Sarah se sujetaba con fuerza a los mandos con ambas manos para no resbalarse y caer sobre Michael y el policía. La chica hizo un gesto de asentimiento con la cabeza. Por detrás de ella, el chico pudo ver los escombros de ladrillos y cristales a través de la ventanilla rota de la puerta de su amiga, y una bruma polvorienta en el fondo. La carrocería de la nave patrulla era un amasijo de plástico y metal, la abollada estructura pendía de forma precaria de una esquina del edificio en ruinas.

Desde el asiento trasero, Bryson asomó la cabeza por la abertura entre las dos puertas protectoras de cristal, que seguían intactas.

—Esta cosa se caerá de un momento a otro. Salgamos de aquí.

—¿Está muerto? —preguntó Sarah con la mirada clavada en el policía inmóvil. La visera rota había quedado colgando hacia un lado, pero no podían verle la cara, que estaba pegada contra la puerta.

—No lo sé —respondió Michael. Le dolían los músculos por la estrambótica postura en la que estaba tendido. No sabía cuánto tiempo más podría aguantarlo—. Vamos, Sarah. Intenta salir. Noto que los brazos y las piernas están a punto de dormirme.

—¿Y si se mueve? —preguntó la chica.

—¿Quieres estar aquí metida cuando eso ocurra? —preguntó Bryson—. La puerta trasera está bloqueada por un montón de ladrillos rotos. Tenemos que conseguir pasar por tu ventana.

—Vale.

Movió los pies con cuidado hasta que encontró una superficie sólida; entonces se estiró hacia arriba, para agarrarse a la parte baja de la ventana. Desde allí se impulsó hasta una viga de metal retorcido que sobresalía de la pared de ladrillo del edificio. Comprobó su firmeza y no tardó en empezar a escalar para salir del coche. A continuación se adentró en la oscuridad. Oyó el traqueteo de los ladrillos que amenazaban con desprenderse.

—Tú eres el siguiente —le dijo Michael a Bryson—. Necesito colocarme en una postura más conveniente. —Empezó a intentarlo mientras su amigo se subía al asiento delantero y usaba los mandos como peldaño de apoyo.

—Un lugar perfecto para atacar a un policía —dijo Bryson mirando hacia atrás, al tiempo que subía para salir por la ventana rota, usando los mismos objetos que Sarah como apoyos para pies y manos—. Justo enfrente de la comisaría, para que todos sus colegas puedan verlo con claridad. Estarán rodeando el edificio en cuestión de cinco minutos, apuntándonos con sus pistolas con el dedo en el gatillo.

—Lo siento —dijo Michael a regañadientes, le dolían mucho los músculos; los tejidos musculares le ardían—. La próxima vez lo atacaré antes. Lo prometo.

—Bien. —Bryson se adentró en el edificio, luego se volvió para meter la mano en el coche y ayudar a su amigo.

Michael estaba listo para salir, se había desplazado lo suficiente para liberar las manos y poner los pies justo debajo del cuerpo, apoyándolos sobre el torso del policía. Localizó los mandos de la nave, se agarró a ellos y se impulsó hacia arriba. Bryson lo agarró por la camisa y tiró de él. Agitó las piernas para encontrar un punto de apoyo para los pies, y se encaramó sobre el asiento del coche ladeado, dirigiéndose hacia la abertura de la ventana hecha añicos.

Se oyó un estruendoso chirrido metálico junto con el desprendimiento de los ladrillos cuando el coche empezó a caer. Bryson tuvo que soltar a Michael, y este, con un nudo de terror en la garganta, cayó varios centímetros antes de conseguir sujetarse con un pie enganchándolo al freno de mano, entre los asientos delanteros. Alguien gritó; luego, tras oírse un nuevo chirrido, el coche se detuvo, aunque el estruendo del metal retorciéndose y los ladrillos desprendiéndose no cesaba.

—¡Sal de ahí! —gritó Sarah.

—¡Estoy intentándolo! —le gritó Michael.

Bryson volvió a sujetarlo con fuerza por la camisa y tiró de él, soltando un gruñido de esfuerzo. El miedo que hasta entonces había asfixiado a Michael le inyectó una dosis de adrenalina en la musculatura; se aferró a lo que pudo y subió para pasar por la ventana. Trepó sobre el cuerpo de Bryson a toda prisa y acabó chocando contra Sarah. Ella lo abrazó con fuerza, ambos respiraban jadeantes.

—Tío, acabas de meterme un pie en la boca —masculló Bryson.

El vehículo volvió a moverse y provocó una ruidosa cascada de ladrillos rotos. Michael creyó que esa vez sí se caería, pero la nave se detuvo. En algún lugar del edificio, se dispararon las alarmas.

—Vamos —dijo Sarah, se levantó y tiró de Michael hacia arriba para ayudarlo a levantarse. Se encontraban en una especie de sala de reuniones con una mesa alargada y sillas, por suerte desocupadas.

Bryson estaba junto a ellos, sacudiéndose el polvo de la camisa y los pantalones.

—Como ya he dicho, estaremos rodeados dentro de unos segundos.

Michael miró con detenimiento la pared derruida que tenían a sus espaldas:

ladrillos desperdigados sobre la moqueta, el pladur agujereado, trozos de cable y tuberías que asomaban por la pared, y la abollada y rasguñada nave patrulla colgando por los pelos del edificio en ruinas. Pensó en el policía.

—Tenemos que ayudarlo —susurró, aunque fuera lo último que deseaba hacer en este mundo.

—Sus colegas llegarán pronto y lo sacarán de ahí —respondió Bryson—. Si esa cosa fuera a caerse, se habría desplomado ya. Debemos irnos. Ahora mismo.

Michael se sintió aliviado de que fuera otro el que tomara la decisión; una parte de él sabía que el tipo podía estar muerto y que él era el culpable. Se obligó a descartar esa idea y asintió con la cabeza mientras todavía intentaba recuperar la respiración. Sarah lo tomó de la mano y los tres salieron corriendo hacia la puerta de la sala de reuniones.

4

Las alarmas aullaban por los pasillos, unas cuantas personas bajaban corriendo la escalera, aunque parecía que la mayoría ya había logrado escapar. Eso, o que era un día tranquilo en la oficina. Salir de la sala de reuniones había sido una decisión fácil, pensó Michael, pero ¿qué debían hacer a continuación?

—Es imposible que pasemos inadvertidos —dijo Sarah. Soltó de la mano a Michael, pero él seguía teniendo la estúpida necesidad de dársela—. Estoy segura de que ya saben qué pinta tenemos.

—Sin duda —asintió Michael—. La poli se sabe nuestras caras de memoria.

—A lo mejor podemos ocultarnos en el sótano —dijo Sarah. Todos se dirigían hacia la puerta de la escalera que les quedaba más cerca; una mujer les lanzó una mirada nerviosa justo antes de cruzarla—. Está claro que no podemos quedarnos dando vueltas delante de la entrada. Tendremos que colarnos por alguna ventana o salir por el aparcamiento. Por la puerta trasera, por la salida de emergencia o por donde sea.

Llegaron a la puerta que conducía a la escalera y Michael la abrió.

—Vamos a bajar lo más rápido posible. Ya se nos ocurrirá cómo salir de aquí.

Bryson había permanecido callado y no se dirigió hacia la puerta hasta que Sarah la cruzó. Tenía los brazos pegados al cuerpo y un gesto de profunda concentración.

—Esta vez no podrás sacarnos de aquí hackeando el código —murmuró Michael.

—Ya lo sé —respondió Bryson—. Estoy pensando.

—No es un buen momento —dijo Michael, aunque muy en el fondo esperaba que su amigo estuviera ideando algún plan brillante.

—¡Vamos! —gritó Sarah, que a todas luces estaba impaciente.

—Vale, vale —les espetó Bryson, y se dirigió hacia la escalera—. Seguidme.

Y, por supuesto, subieron la escalera, en lugar de bajarla.

Sarah tomó aire, seguramente dispuesta a discutir. Pero Michael alargó una mano y le dio un apretón en el brazo. Ella no llegó a hablar y lo miró con impaciencia.

—Creo que en esto Bryson tiene razón —dijo Michael, orgulloso de la tranquilidad con que había logrado expresarlo.

La mirada derrotada de Sarah demostraba que estaba de acuerdo con la afirmación de Michael.

—Yo solo quiero salir de este lugar.

—Yo también. Pero nos toparemos con ellos de bruces si se nos ocurre bajar. La policía estará subiendo por esa escalera mientras hablamos.

—Entonces será mejor que nos pongamos en marcha.

Bryson ya había desaparecido por el siguiente tramo de escalera en su ascenso. Michael y Sarah salieron disparados tras él, subiendo los peldaños de dos en dos.

5

El edificio de oficinas era alto, a juzgar por los números de planta que había sobre las puertas. Veinte. Veinticinco. Treinta. Y no se avistaba el final, por mucho que Michael se detuviera a tomar aire y mirase hacia arriba a través de la espiral rectangular de la barandilla, que ascendía y ascendía. Sentía una presión en el pecho por el esfuerzo del ascenso, y le caía el sudor de la cara al suelo.

—Tenemos que... seguir... subiendo —dijo Sarah entre jadeos.

—Tenemos que... seguir... respirando —respondió él con tono de burla.

De pronto oyó gritos y pasos lejanos, pero la acústica de la escalera hacía imposible distinguir las palabras o saber lo cerca que estaban quienes producían esos sonidos. El miedo le oprimía el pecho y eso agravaba los jadeos.

—¿Qué plan tenemos? —preguntó Sarah.

Por algún motivo, Bryson tenía cara de acabar de tomarse un descanso en lugar de haber estado subiendo quince plantas a todo correr por una escalera. Señaló hacia arriba.

—Escondernos.

—Escondernos —repitió Michael.

—Sí, escondernos —respondió Bryson con suficiencia—. ¿Creéis que os haría sufrir este calvario para que acabemos todos en la trena? Ni hablar.

—Creo que a la poli se le da muy bien jugar al escondite —dijo Sarah—. Sobre todo cuando llevan sabuesos capaces de oler el rastro humano a kilómetros de distancia, y cuando llevan sensores infrarrojos y toda esa tecnología tan especializada.

—Ten fe en Bryson —dijo Michael—. Lo sabe todo. —No pretendía ser irónico; algo le decía que su amigo podía sacarlos de esa.

—Sí —respondió Bryson—. Ten fe. Y no te ofendas, Mikethespike, pero tú

estabas muy equivocado.

—¿Ah sí? ¿Sobre qué?

—Cuando dijiste que no podíamos manipular el código para salir de aquí.

Bryson intentó ocultar una sonrisa cuando se volvió y siguió subiendo la escalera, al tiempo que sus pisadas retumbaban con fuerza mientras subía los escalones de dos en dos y de tres en tres. Michael y Sarah cruzaron una mirada llena de curiosidad y lo siguieron.

Los sonidos procedentes de abajo —gritos, pasos, puertas que se abrían y se cerraban de golpe— se oían, sin duda, cada vez más cerca. Michael subió la escalera como el rayo, con el corazón a punto de estallar.

6

Bryson no paró ni un segundo, mantuvo un ritmo incansable mientras iban pasando de una planta a otra. Cuarenta. Cuarenta y cinco. Cincuenta. Michael sentía los músculos de las piernas como si le hubieran inyectado ácido en ellos, y el dolor se intensificaba a medida que subían. Le ardían los pulmones en su lucha incesante por obtener oxígeno. Intentó decir a Bryson que frenara un poco, pero fue incapaz de articular palabra. Sarah tenía la misma expresión lamentable, aunque siguió subiendo y se mantenía justo por delante de Michael.

El edificio llegaba hasta la planta sesenta. Por suerte. Había una puerta batiente que cerraba el paso al último tramo de escaleras, que terminaba en una entrada con una sencilla indicación: AZOTEA. La visión de Michael palpitaba al mismo tiempo que sus latidos, lo que hacía que todo se viera tembloroso. El número sesenta estampado en la puerta del ático se estremeció como si estuviera riéndose, como si estuviera burlándose de él, diciéndole: «¿Por qué no has cogido el ascensor, idiota?».

A decir verdad, era una buena pregunta. Se la formuló a Bryson entre esforzados jadeos para intentar llenarse de aire los pulmones.

—Porque los tienen vigilados con cámaras. Por no mencionar que la poli podría tener a alguien en cada ascensor —inspiró con fuerza—. Además, ¿no tenía ni idea de que este puñetero edificio era tan alto!

Sarah estaba doblada sobre sí misma, con las manos apoyadas en las rodillas, pero se esforzó en enderezarse.

—Bueno, pues ya llegan. —Incluso al decirlo, Michael se dio cuenta de que los acelerados pasos le retumbaban en los oídos: era el eco de las pisadas que llegaba por el hueco de la escalera—. Seguramente van registrando planta por planta. Les llevará algún tiempo, pero se presentarán en cualquier momento.

—¿Y qué hacemos? —preguntó Michael, a la espera de que Bryson por fin desvelara en qué consistía su plan.

Su amigo se había hecho con el control de la situación con una determinación que

Michael jamás había visto, ni siquiera en los peores momentos del Sueño.

—Esto es lo que vamos a hacer —dijo Bryson—. Vamos.

Empezó a bajar por la escalera, lo que a Michael le pareció tan absurdo que ni siquiera se molestó en preguntar.

—Solo quería saber lo alto que era este lugar, pero no podemos escondernos en la azotea, resulta demasiado previsible. Vamos a bajar un poco y buscaremos un buen escondite.

Sus pasos retumbaban a medida que descendían. A Michael se le habían debilitado demasiado las piernas, empezaban a fallarle.

—¿De verdad es este tu plan? —preguntó Sarah—. ¿Vamos a escondernos y rezar para que no nos pillen?

Bryson se volvió y la miró con gesto ofendido; estaba realmente dolido, como si lo hubiera herido en su amor propio. Sin embargo, lo disimuló con una sonrisa.

—Deme un poco de margen, señorita. ¿Recuerdas que he dicho que sí se podía hackear el código?

—Sí.

De pronto, Michael cayó en la cuenta de lo que había planeado su amigo.

—Accederemos al sistema informático, echaremos un vistazo a sus transmisiones, a sus escáneres. Entonces podremos seguir moviéndonos sin que ellos nos vean.

—Exacto —respondió Bryson.

Sarah respondió como si hubiera conocido el plan desde el principio.

—También podemos acceder a los planos del edificio. Quizá haya alguna salida que todavía no se nos ha ocurrido.

—¡Eh, chicos, estáis robándome todo el protagonismo! —protestó Bryson—. No olvidéis que se trata de mi plan. Vosotros queríais salir corriendo como gallinas sin cabeza.

Sarah soltó una risotada socarrona, un sonido que Michael deseó que no repitiera jamás.

—Sí, y seguramente ahora mismo estaríamos sentados en la cafetería de la calle de enfrente disfrutando del espectáculo desde allí.

Bryson se detuvo en la planta cincuenta y cuatro.

—Por aquí deberíamos poder entrar. —Alargó la mano para mover el picaporte de la puerta, pero no se movió.

Cerrada.

Michael oyó a alguien gritar, pero apenas logró distinguir qué decía. Algo relacionado con dirigirse a la azotea.

—¿Cerrada con llave? —preguntó Bryson entre resoplidos de frustración—. ¿En

serio? ¿Está cerrada con llave?

—Seguramente la han cerrado desde el control central —dijo Sarah con una tranquilidad pasmosa—. Solo tenemos que acceder al sistema. —Ya se había presionado el audiopad y su pantalla de red se había encendido y se proyectaba ante ella.

—Será mejor que te apliques a fondo a la hora de reprogramarlo —dijo Michael. Estaba cada vez más crispado—. ¡Deprisa!

Sarah se concentró como nunca. Tecleaba a toda prisa en su teclado holográfico y movía los dedos a toda velocidad sobre la pantalla de red. Michael quiso repetir el «¡Deprisa!», incluso gritarlo un par de veces más. Era lo único que podía hacer para reprimir el deseo de encender su propia pantalla de red, pero acceder a un solo vínculo con el sistema ya suponía bastante riesgo de por sí. Kaine acechaba a la vuelta de todas las esquinas, tanto de las virtuales como de las reales.

Una mujer gritó algo desde abajo, las palabras fueron como un eco de ultratumba que llenaron el aire.

—¡Hay tres! ¡Allí arriba! ¡Los sensores de calor se han activado...! —Dejó de oírsele por el aumento del volumen de las pisadas que retumbaban por la escalera y el chirrido de las suelas de goma sobre el suelo de cemento.

—¿Tienes algo? —le preguntó Bryson a Sarah.

Ella frunció el ceño, pero no respondió. Michael se volvió para mirar, aunque era difícil adivinar lo que ocurría. Lo único que veía eran palabras, gráficos y pantallas de cortafuegos entre destellos, que se movían demasiado deprisa para que él les encontrara alguna lógica. Pero confiaba en Sarah.

Los ruidos que llegaban de abajo se oían cada vez más altos. Sus perseguidores debían de encontrarse a solo unas plantas por debajo de ellos. Michael creyó que podía oírlos incluso respirar. Cuando menos, se había acelerado el retumbar de los pasos en su cerebro.

Sarah por fin habló con un tono tenso y entrecortado.

—Ya casi estoy. Uno de vosotros debe acceder al sistema. Necesito ayuda para cargarme los sensores. Michael, ¡entra! —No cesó ni un segundo de manipular su pantalla de red.

—Ya casi están... —empezó a decir él.

—¡Hazlo! —gritó ella.

Mientras se presionaba el audiopad, Michael era consciente de que las personas que subían a toda prisa en dirección a ellos habían oído las palabras de Sarah. Se detuvieron, solo un instante, y seguramente estaban haciéndose gestos de guardar silencio. Pasados unos minutos, reemprendieron su ruidoso ascenso por la escalera, y quizá ya se encontraran a solo dos plantas de los chicos.

Michael miró su pantalla con la esperanza de que por fin hubieran encontrado un modo de acceder a la red sin que Kaine los localizara. Sarah ya había enviado una serie de códigos y el chico los activó. En cuanto tuvo acceso al sistema de seguridad

del edificio —una cortina de palabras e imágenes—, oyó el nítido y mecánico clic del cerrojo de la puerta al abrirse. La poli, los guardias de seguridad y quien fuera que estuviera acercándose a ellos, se encontraban justo en el piso de abajo, a punto de hacerse visibles, a juzgar por lo cerca que se oían sus pasos. Manipular el sistema no serviría de nada si se producía el contacto visual.

Bryson abrió la puerta y entró, Sarah se pegó a sus talones sin apenas despegar la vista de su pantalla. Michael la siguió con los ojos clavados también en la suya, convencido de que Bryson cerraría la puerta por ellos. Dentro estaba oscuro, la luz de la escalera dejó de verse tras el clic de la puerta que se cerraba. El seguro quedó echado de inmediato, Sarah lo había programado desde donde se encontraba. Por lo que había visto en el sistema hasta ese momento, Michael supo que todo lo relativo a aquel edificio estaba controlado desde un sistema central. Lo cual suponía una ventaja para ellos.

Se sobresaltó cuando alguien empezó a aporrear la puerta al tiempo que intentaba forzar el picaporte.

—Supongo que ya nos han visto —dijo Bryson con tono desanimado.

—Yo me encargo del sistema —respondió Sarah, y lo dijo con la tranquilidad con la que hubiera avisado de que ella se encargaba de tirar de la cadena—. Los retendré durante un rato.

—Eso no les impedirá derribar esa puñetera puerta —respondió Bryson.

—Bien dicho. —Iluminada por el fulgor de su pantalla de red, Sarah se volvió y cruzó corriendo el oscuro pasillo. Bryson la siguió, tal como hizo Michael, quien apenas apartaba la vista de su trabajo, ya que intentaba acceder a los programas de seguridad del edificio.

Por detrás de él, sus perseguidores empezaron a arremeter contra la puerta con un objeto muy pesado.

8

Sarah se abría paso por el laberinto de pasillos como si llevara años trabajando en el lugar, lo hacía siguiendo los planos del edificio visibles en su pantalla. Se detuvo delante de los ascensores, y las luces rojas de emergencia situadas en el techo brillaban como ojos diabólicos. El estruendo atronador de la alarma hacía estremecer todo el edificio.

—¿Con qué están golpeando esos tipos? —preguntó Bryson mientras Sarah manipulaba el código en su pantalla—. ¿Es que han subido un árbol por la escalera o qué?

Michael no respondió; esperaba pacientemente a que Sarah le indicara qué hacer. Al final, así lo hizo.

—Vale, este es el plan —dijo ella. Michael no entendía cómo podía estar tan

tranquila, hablaba como si estuviera a punto de explicar las siguientes jugadas de un partido de fútbol en el patio—. Bryson, aprieta el botón para bajar. Michael, yo me centraré en los sensores de calor, les haré creer que seguimos adelante y que bajamos un par de pisos. No podemos llegar hasta abajo del todo, o nos cargaremos nuestra única posibilidad de salir cuando vean que el ascensor está vacío en el momento en que se abran las puertas.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó Michael.

—Tienes que cargarte el circuito de cámaras. Hazlo añicos. Puedo distraerlos engañando a los detectores de calor, pero de ninguna forma puedo falsificar la imagen de vídeo. Hay que cargarse todas las cámaras del edificio.

—Lo haremos —respondió Michael, que ya estaba accediendo al sistema para encontrar la localización de esos controles. Le caían las gotas de sudor por la cara, y los lejanos porrazos constantes contra la puerta eran como un martillo que le aporreaba la cabeza.

El ascensor emitió un «ding» y la puerta del ascensor central se abrió.

—Debemos entrar los tres un segundo —dijo Sarah, y fue la primera en hacerlo—. Bryson, sujeta las puertas para que no se cierren hasta que esté lista. Creo que ya casi sé cómo hacerlo. —Michael jamás había visto a su amiga mover los dedos a la velocidad de la luz. Su rostro brillaba por el sudor del esfuerzo, y las venas del cuello se le marcaban como briznas de paja, como si cada una de ellas estuviera a punto de partirse por la tensión.

—¡Lo tengo! —gritó Sarah, pero se dio cuenta demasiado tarde de que gritar no era la mejor idea en ese preciso instante—. Aprieta el botón de la planta treinta —dijo en voz baja.

Bryson lo apretó y subieron. Michael había estado trabajando en su pantalla; al final traspasó el cortafuegos que protegía los controles de las cámaras. Desactivó el sistema de grabación de forma que, quien estuviera mirando, creería que había sido por causa de un apagón, tal vez provocado por el impacto de la nave patrulla contra el edificio.

—Las cámaras están fuera de juego —anunció Michael, aliviado, cuando apagó su pantalla de red. No sabían dónde estaban las cámaras ni si ya los habrían localizado, pero era una preocupación menos. Sonó un fuerte crujido con el último impacto del pesado ariete.

—Ahora vamos a escondernos —susurró Sarah, que ya había empezado a moverse. Michael y Bryson la siguieron hasta el pasillo, y giraron hacia la derecha para adentrarse en la oscuridad iluminada por un tenue fulgor rojizo. Las puertas del ascensor se cerraron a sus espaldas—. He logrado emular la señal de calor en el interior del ascensor, luego voy a hacerla desaparecer por completo cuando se detenga en el piso treinta. Con eso y las cámaras desactivadas, no tendrán ni idea de dónde estamos.

Michael estaba a punto de preguntarle cuánto tiempo pensaba que debían

permanecer escondidos cuando sonó un golpe metálico que desgarró la atmósfera, seguido por unos gritos y pisadas aceleradas.

—Tenemos que darnos prisa —dijo Sarah con una serenidad tan fuera de lugar que a Michael lo dejó descolocado.

9

El fulgor verde de la pantalla de red de Sarah iluminaba el camino a medida que se adentraban en un mundo fantasmagórico de cubículos, mesas y plantas en macetas; los trabajadores habían evacuado el lugar hacía horas. Los ruidos de la persecución hacían eco contra el suelo, se oían gritos de personas dando indicaciones de hacia dónde dirigirse y pasos arrastrados sobre la moqueta. Sus perseguidores se habían dispersado de tal manera que llegó un momento en que fue imposible saber de dónde procedía cada sonido. Michael podía sentir cada latido de su acelerado corazón en la garganta y en los oídos, donde le retumbaban las pulsaciones. Al final, Sarah se detuvo en una espaciosa sala de descanso para el personal, que disponía de una cocina completa y varias mesas. Michael sabía que no podían arriesgarse a ir más lejos; sus perseguidores eran muchos y estaban muy repartidos por todo el espacio.

—A esos armarios de ahí —susurró Bryson, y señaló hacia unas puertas anchas situadas justo por debajo de la alargada encimera de la cocina, donde había guardadas una tostadora y una cafetera.

—Perfecto —respondió Sarah—. Seguiré despistándolos. —Abrió uno de los armarios, el del medio, y se puso de rodillas.

Michael se colocó a su derecha, en cuclillas, y abrió una de las puertas de madera. Se trataba de un armario espacioso, solo contenía un par de platos de papel y utensilios de plástico desparramados en su interior. Los apartó hacia un lado y se metió dentro; se dio la vuelta hasta quedar sentado y de cara a la puerta. Dobló las rodillas y se las pegó al pecho tanto como pudo, alargó una mano y cerró la puerta del mueble.

La repentina oscuridad le hizo sentir la tentación de apretarse el audiopad y volver a encender su pantalla de red, solo para sentirse mejor, pero se contuvo. Esperó a ciegas, concentrándose en su respiración y sus latidos, e intentando oír lo que pasaba.

Pronto se hizo el silencio. Michael no sabía cuándo había ocurrido, pero, en algún momento, las alarmas habían dejado de resonar. El que no se hubiera percatado de ello antes era una señal de lo nervioso que estaba. Salvo por el sonido amortiguado de sus propios jadeos casi inaudibles, todo lo demás permanecía en el más absoluto silencio. Y a oscuras.

Pasaron varios minutos. No lograba sentirse cómodo en aquel espacio tan reducido y angosto, y tanto daban sus esfuerzos por acomodarse. Le dolía la espalda

y tenía los músculos agarrotados. Sabía que Sarah se encontraba en el armarito de al lado, con la luz de la pantalla de red al mínimo de intensidad, buscando una forma de salir de allí. Tenía que existir una salida. Y, si la había, a Michael no le cabía duda de que ella sabría encontrarla.

Con todo, no había dejado de sudar. Estaba muy nervioso; la tensión era tal que sentía los nervios a punto de deshilacharse, a punto de partirse. Ahí fuera, en los pasillos, por todo el edificio, había gente buscándolo. Y no solo como persona desaparecida; creían que era un terrorista, un secuestrador, cómplice de un delito, fugitivo. En cuanto la policía los cogiera, Kaine no tardaría mucho en localizarlos. Y luego, los suyos —que Michael suponía que habían sido tangentes como él— irían a por él.

Se oyó un ruido procedente de algún lugar próximo, y no de otro de los armaritos. Una tos o alguien que se aclaraba la garganta. Michael se quedó quieto como una estatua, escuchando.

Oyó pasos de más de una persona. Avanzaban deprisa, a intervalos espaciados entre sí, como si estuvieran recorriendo la sala palmo a palmo, yendo de un punto al siguiente. No sabía si la gente estaba en el pasillo o en la cocina. Entonces se oyeron unas voces, y le pareció que se encontraban a tan solo unos metros de él.

—Llamad a los de abajo —dijo un hombre susurrando con tensión—. Que suban los rezagados.

—Un segundo —fue la respuesta. Era una mujer.

Michael sintió como si el corazón fuera a salirse del pecho; estaban muy cerca. No movió ni un pelo. Un movimiento en falso o cualquier sonido, y se abalanzarían sobre él.

Se oyó una especie de pitido y un brevísimo zumbido eléctrico apenas audible. Entonces la mujer volvió a hablar.

—Todos los sistemas han sido bloqueados. Las cámaras no funcionan y las señales de calor marcan cosas raras. El sargento ha enviado un equipo a la planta treinta por algún motivo, pero nos ha ordenado que registremos esta para confirmar que se han ido.

—¿De verdad crees que eso es lo que quería el sargento? —preguntó el hombre.

—¿Qué? —respondió la mujer.

Michael cerró los ojos y se concentró, como si eso lo ayudara a escuchar mejor.

—Ya sabes a lo que me refiero.

La mujer hizo una pausa antes de responder.

—Sí. Creo que lo decía en serio.

Uno de ellos chascó la lengua, y luego permanecieron unos segundos en silencio.

—Lo que tú digas —respondió el hombre al final—. Muertos o no, a mí me da igual. Mientras llegue a casa para la cena. Estoy harto de esta mierda.

La mujer soltó una risita disimulada.

—¡Qué historia tan triste! Venga, vamos a registrar esos armarios. Son el

escondite perfecto.

Muerto de miedo, Michael se dio cuenta de que debía recolocarse para poder atacar en cuanto abrieran la puerta del mueble donde se encontraba. En silencio y con lentitud, se movió hasta ponerse de rodillas; la espalda le quedó rozando la parte de arriba del armario. Había llegado demasiado lejos para recular en ese momento. Cuando la puerta se abriera de golpe, se abalanzaría sobre ellos como un KillSim y lanzaría un alarido asesino. Los pasos se acercaron. Una gota de sudor le cayó en el ojo derecho y le picaba, y se la enjugó mientras esperaba lo inevitable. Había alguien de pie a solo unos centímetros de distancia; percibía su presencia, casi como una sombra. Oyó a la persona arrastrando los pies justo del otro lado de la puerta, luego ya no se oyó nada. Quizá él o ella estuviera acucillado, alargando la mano hacia el tirador de la puerta justo en ese instante. Michael se preparó y cerró los puños. No ocurría nada. Pasaban los segundos. «Uno, dos, tres, cuatro, cinco». No se oía ni un ruido. «Seis, siete, ocho, nueve, diez». Nada. Luego se oyó el roce de un zapato sobre el suelo, todavía muy cerca. Silencio. Michael se dio cuenta de que había estado aguantando la respiración, como si la tuviera atascada en el pecho. Con cautela, exhaló por la nariz e inspiró una bocanada de aire con lentitud. Otro paso arrastrado y, una vez más, silencio. Ninguna de las personas que estaban en la cocina había dicho nada. ¿Qué estaba pasando? El chico tenía los músculos entumecidos; sentía ganas de abrir la puerta y acabar de una vez por todas con aquella agonía. Pero se resistió y se esforzó por captar algún sonido, cualquier cosa. Podría haber estado en el espacio exterior. El silencio era atronador. Transcurrieron más segundos.

Y entonces, de repente, el mundo se llenó de ruido.

Multitud de pasos. Crujidos, gruñidos, golpes sordos, clics metálicos. Gemidos amortiguados, como si alguien se hubiera puesto la mano sobre la boca. A Michael se le tensó todo el cuerpo; no sabía qué hacer, cómo interpretarlo. Sus amigos podían estar peligro, aunque le extrañaba que ninguno de ellos hubiera gritado pidiendo ayuda.

Oyó más ruidos de refriega: pasos agitados, el impacto de los cuerpos que se entrechocaban en la lucha. El estruendoso estallido de las armas. Alguien gritó algo que él no alcanzó a descifrar, luego oyó a alguien que corría, unos pasos que se alejaban por el pasillo hasta dejar de oírse. Un hombre, próximo a él, aullaba de dolor en plena agonía.

Al final, incapaz de contenerse durante más tiempo, Michael alargó una mano para abrir la puerta, cuando todo volvió a quedar en silencio. Se había quedado paralizado en pleno acto de salir, inmovilizado por la incertidumbre.

Pasaron un par de segundos y se oyó otro gruñido. Luego unos pasos arrastrados y de velocidad desigual, de alguien que cruzaba la cocina como si estuviera herido.

Paso, pisada arrastrada. Paso, pisada arrastrada.

Se oían cada vez más alto, y se dirigían hacia el armarito en el que Michael estaba hecho un ovillo, como un niño aterrorizado escondiéndose del matón de la clase. No

podía seguir aguantándolo. Deseaba con desesperación tener un arma. Abrió la puerta de golpe y salió gateando; esperaba poder ponerse de pie, prepararse para el enfrentamiento, dispuesto a luchar, pero en vez de eso tropezó y chocó contra la base del armario.

Despatarrado en el suelo de la cocina, levantó la vista y vio la silueta de un hombre de pie justo delante de él, con los ojos ocultos por la sombra. El hombre lo agarró por la pechera con ambas manos. Michael empezó a removerse intentando colocar los brazos y las piernas por debajo del cuerpo, al tiempo que el miedo le oprimía el pecho. El hombre lanzó un gruñido, se desplomó y cayó a peso sobre Michael antes de que el chico pudiera retroceder. Un último hálito escapó de los pulmones del desconocido y este se quedó totalmente inerte.

Michael no se movió, intentaba asimilar lo que acababa de ocurrir.

Las luces rojas de emergencia situadas en el pasillo no llegaban a iluminar la oscuridad de la cocina. El chico salió a gatas de debajo del intruso y se presionó el audiópad. Su pantalla de red cobró vida y proyectó su fulgor sobre el hombre que acababa de desplomarse sobre su regazo. Un policía. Tenía sangre en la cara, en el uniforme, manchando la reluciente placa de su camisa, en las manos, por todo el cuerpo. Y sus ojos miraban hacia el techo sin una pizca de vida en su interior. El hombre estaba muerto.

Michael levantó la mirada y se dio cuenta de que las dos puertas del armarito donde se ocultaban sus amigos estaban abiertas; Bryson y Sarah seguían dentro, mirándolo. Bryson parecía tan paralizado como se sentía Michael, pero Sarah tenía una expresión extraña en el rostro. Era de alivio más que de horror.

—Ha funcionado —susurró.

El baile de la alegría

1

Al final, Michael cayó en la cuenta de que tenía un tío muerto y ensangrentado sobre el regazo y, tras estremecerse de repelús, se quitó de encima al tipo y se arrastró hasta pegar la espalda en la pared del fondo de la cocina. La pantalla de red fue rebotando arriba y abajo mientras el chico se desplazaba, y proyectaba sombras fantasmales por la sala. Cada vez que inspiraba lo hacía de forma entrecortada, y miró a Sarah, sin saber siquiera cómo responder a lo que ella había dicho.

Bryson y ella estaban saliendo a gatas de sus respectivos escondites y se levantaron al mismo tiempo. Sarah ya estaba manipulando su pantalla de red antes de incorporarse. Michael echó un vistazo al resto de la cocina y vio a una mujer muerta apoyada contra la nevera, con un orificio de bala en la frente. También era policía. ¿Qué había hecho Sarah?

Cuando se volvió hacia su amiga, ella lo miró con expresión de haberle leído la mente. Dejó de teclear y de mover las manos con rapidez, y hundió los hombros con gesto de abatimiento.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Michael con calma.

Sarah bajó la vista hacia el hombre que estaba en el suelo y retrocedió como si acabara de darse cuenta de lo que había ocurrido. Luego miró hacia la derecha y vio a la mujer muerta. La chica cerró con fuerza los ojos, cayó al suelo y hundió la cara entre los brazos.

Michael y Bryson intercambiaron una rápida mirada alarmada y ambos se situaron junto a ella, sin saber qué hacer. Michael le acarició un brazo y se sintió idiota. No quería presionarla, pero sabía que otros policías llegarían a por ellos en cualquier momento. Sobre todo después de... lo que fuera que Sarah hubiera hecho. Dos personas muertas. Dos policías. No podía haber nada mucho peor.

Bryson se encargó de hacer las preguntas.

—Sarah, ¿qué narices ha pasado? Tenemos que largarnos de aquí.

—Ya lo sé, ya lo sé —dijo ella al tiempo que levantaba la cabeza. Michael había imaginado que tendría lágrimas en los ojos, pero no vio ninguna. Solo su cara de desconsuelo total—. No te preocupes, ya lo tengo todo pensado. —Se levantó, recuperó la compostura y se sacudió los pantalones—. Vosotros seguidme y estaremos fuera de aquí dentro de cinco minutos.

—Pero... —Michael no dio con las palabras adecuadas.

Sarah se dirigió andando hacia el pasillo.

—Te lo explicaré por el camino.

2

Media hora más tarde, los tres avanzaban por un túnel subterráneo, sobre una plataforma elevada instalada a lo largo de las vías, en dirección a una salida alejada del escenario donde había tenido lugar toda la acción. Michael sentía lástima por Sarah.

Recordaba las miles de veces que había pensado en lo mucho que le gustaba el juego de *Sangre vital*: no había nada más emocionante, más brutal ni más parecido a la vida real. ¡Qué idiota había sido! La única razón de que fuera tan divertido era que no se trataba de la vida real. No se parecía ni de lejos. No se parecía en nada a lo que acababa de experimentar.

—Quizá deberíamos descansar un poco —dijo Bryson—. Sentarnos un rato.

Llegaron a una estación llena de pasajeros entrando y saliendo de los vagones con los ojos clavados en sus pantallas de red, esquivándose entre ellos de una forma que a Michael siempre le había parecido mágica. Aunque caminar y mirar la pantalla al mismo tiempo se había convertido en un acto tan cotidiano e instintivo como andar y respirar a la vez.

Encontraron un banco y se sentaron, Sarah en medio de sus dos amigos. Ninguno dijo ni una palabra. Michael se echó hacia atrás, se apoyó contra el frío ladrillo de la pared del metro y cerró los ojos. Tenía la necesidad de encontrar, como fuera, las palabras adecuadas para conseguir consolar a Sarah. No había sido culpa suya. Ella no tenía culpa de nada.

Había hecho lo que debía. Había hackeado el programa para lograr acceder al sistema de comunicación y había lanzado una alerta de nivel máximo a todos los agentes del edificio. En ella decía que los fugitivos habían robado unos uniformes y estaban en la cocina de la planta cincuenta y cuatro, poniendo una bomba.

Lo único que ella quería era provocar cierta confusión y propagar el miedo; había imaginado que todos los policías responderían a la llamada de emergencia. Los tendría ocupados durante el tiempo suficiente para que ellos tres consiguieran huir por la ruta oculta que ella ya había localizado en el plano del edificio. Una ruta que conducía a una entrada privada para el personal de mantenimiento y que daba a los túneles de la línea de metro.

No era el mejor plan de la historia, pero estaban desesperados. Tenían a la policía pisándoles los talones, a tan solo unos metros de distancia, y era cuestión de minutos que se hubieran puesto a registrar los armaritos. El hecho de que alguien hubiera entrado y que hubiera empezado el tiroteo sin ni siquiera tomarse el tiempo necesario para comprobar que disparaban al enemigo y no a sus compañeros... ¿Cómo podía

haber previsto ella que ocurriría?

Se habían salvado gracias a Sarah. Escaleras, ascensores de servicio, trasteros, conductos de calefacción, salidas de incendios; la chica lo había planificado lo mejor posible y de la forma más secreta para llegar hasta el metro. Y lo habían logrado. Sin embargo, Michael no se sentía en absoluto seguro. Tenía la impresión de que todo el mundo buscaba a los tres fugitivos.

«El Triplete de la Muerte», pensó. Eso debería haberlo hecho sonreír, pero se sintió incluso más triste.

—No podemos quedarnos aquí sentados, tan tranquilos —dijo—. Debemos escapar. Escondernos. Ocultarnos. —La sensación de urgencia estaba a punto de sobrepasarlo, le costaba respirar.

—Tranquilízate —respondió Sarah. Jamás la había oído hablar con un tono tan ausente, tan mecánico—. Creen que seguimos en el edificio. Ya me he encargado de que sea así.

Bryson se levantó.

—No podremos volver a relajarnos en la vida. Michael tiene razón. Vamos. Subamos a un tren y vayamos hasta el final del recorrido.

Embarcaron en el siguiente metro que llegó a la estación.

3

Se apiñaron en un rincón, sentados muy juntos, para pensar en qué podían hacer a continuación. Hasta ese momento nadie había reconocido sus rostros, a pesar de que salían a todas horas en los InfoBlogs.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Sarah entre susurros, en voz tan baja que Michael se planteó si estaría hablando para sí misma—. ¿Cómo vamos a encontrar a mis padres y, mucho menos, rescatarlos?

El chico se encogió de hombros. Seguía pensando en Gabriela y se preguntaba si ella podría ayudarlos. La chica había dicho que estaría con su padre en Atlanta.

Como si Bryson le hubiera leído la mente, dijo:

—Tiene que haber alguien ahí fuera que pueda ayudarnos.

Sarah lanzó un sonoro suspiro.

—A lo mejor deberíamos entregarnos y acabar con todo esto.

—No se te ocurra ni pensarlo —le advirtió Michael, que todavía no estaba listo para hablarles de Gabriela—. En serio. Quien nos persigue no es un inspector de policía ocioso que quiera culparte del secuestro de tus padres. Esa gente ha salido a cazarnos. Kaine ha salido a cazarnos. Y quién sabe a cuántos tangentes habrá descargado ya. O por qué narices está haciéndolo. Si nos entregamos, mañana por la mañana estaremos muertos.

Sarah se volvió poco a poco para mirarlo a la cara, como si para realizar ese

sencillo movimiento le hubiera hecho falta consumir toda su energía.

—Has exagerado un poco, ¿no te parece?

—¿Eso crees? ¿Después de todo lo que hemos pasado? Ya no puedo mirar a nadie sin preguntarme si se trata de un tangente deseoso de probar sus manos humanas asfixiándome hasta la muerte.

Sarah volvió a suspirar.

—Si eso es lo que está ocurriendo... —musitó.

Michael sabía hacia dónde orientar sus pasos. Y sabía que a sus amigos no les gustaría.

—Hay que regresar a la SRV.

Sarah negó con la cabeza.

—¿A ese antro? ¿Después de la amable y cálida acogida de Don Cigarro? Me parece que no.

—Sí, aquello no salió muy bien —añadió Bryson.

—De verdad —insistió Michael—, tenemos que intentarlo.

Ninguno de sus amigos parecía convencido.

—¡Lo digo en serio! —exclamó Michael casi gritando.

—¡Acabas de decir que no debíamos entregarnos!

—A la poli. —Michael inspiró, luego intentó librarse de su impaciencia—. Escuchad, ya lo sé. Pero esto es diferente. No pienso ir de nuevo a tontas y a locas a otra sucursal de la SRV. Tenemos que ir a Atlanta y localizar a la agente Weber. Y entrar a la fuerza si no queda otro remedio. De hecho, creo que deberíamos entrar allí como sea, porque no quiero arriesgarme a que nos pillen los guardias o la policía. La agente es la única con la que podemos arriesgarnos a hablar. —Y, si eso no funcionaba, tendría que contactar con Gabriela.

Bryson tenía expresión de auténtica perplejidad.

—Eso ya lo hemos hecho, Michael. Tú también estabas allí, ¿recuerdas? Ella nos mandó a tomar viento fresco.

—Ya lo sé. Pero tuvo que ser por algo. A lo mejor, nuestra misión en la Senda era alto secreto o quizá lo fuera lo que me ha ocurrido a mí. De hecho, estoy seguro de que es así. Apuesto a que solo ella y unos pocos más conocen la existencia de la Doctrina de la Mortalidad, sobre todo el hecho de que sea efectiva. Fue ella la que acudió a mí, chicos. Ella fue a mi..., al piso de Jackson y dijo que se mantendría en contacto conmigo. Yo creo que Kaine la tiene amenazada y ella está protegiéndose. Existe un millón de posibilidades. Pero Weber es la única persona de este planeta que puede echarnos una mano. Nos necesitan porque estamos muy implicados en este asunto, y nosotros los necesitamos a ellos. Alguien tiene que pararle los pies a Kaine.

Sarah adoptó una mirada contemplativa.

—A lo mejor ella también puede ayudarnos a encontrar a mis padres.

—Exacto. —Michael la había convencido. Intentó que no se notara el alivio que sentía. Había logrado ganársela mucho antes de lo que había imaginado. En ese

momento solo tenía que convencer a Bryson.

—¿Y tú qué opinas? —le preguntó—. Está en Atlanta.

Bryson asintió poco a poco y se unió a la propuesta a regañadientes.

—Supongo que daremos con alguna forma de comprar los billetes de autobús sin que nos localicen. Podemos dormir por el camino.

4

Tenían por delante un largo, larguísimo viaje en autobús, y Michael no lograba ponerse cómodo en su asiento. El avión, el tren o incluso un coche, cualquier otro medio de transporte habría sido mejor opción, pero no podían correr ese riesgo. El autobús era la forma más anónima de viajar. A nadie parecía importarle que tres adolescentes desaliñados viajaran por una carretera solitaria para ir a visitar a su abuelita que vivía lejos.

Sus amigos se habían quedado fritos enseguida: a Bryson le colgaba la cabeza de forma muy divertida y se le movía en todas direcciones. Mientras tanto, Michael daba vueltas a la posibilidad de contactar con Gabriela. Quería comprobar que hablar con ella valdría la pena antes de molestarse en comentar a sus amigos su existencia. Tenía que hacerlo.

No podía arriesgarse a permanecer conectado a la red durante mucho tiempo, pero si lograba convencerla rápidamente de que se vieran cuando llegaran a Atlanta, podrían hablar en persona. Después de encender su pantalla de red, no tardó mucho en encontrar la información de la chica y le envió un mensaje enseguida, para lo que usó una nueva identidad falsa. Ella contestó casi de inmediato.

MichaelPeterson240: Gabby, soy Jax. Tenemos que hablar.

GabbyWonderWoman: Hola.

MichaelPeterson240: Ah. Hola. He sido un grosero.

GabbyWonderWoman: He visto que han desaparecido todas tus cuentas.

MichaelPeterson240: ¿Las que iban a nombre de Jackson?

GabbyWonderWoman: Sí.

MichaelPeterson240: Sí. Mira, necesitaría mucho más tiempo para explicártelo todo.

GabbyWonderWoman: No. Nadie puede ser más idiota de lo que tú has sido.

MichaelPeterson240: Exacto.

GabbyWonderWoman: Piensa que soy la chica más confundida de la historia. Desde el Big Bang.

MichaelPeterson240: Lo sé. Yo estoy casi igual de confundido con todo esto.

GabbyWonderWoman: ¿De verdad intentas convencerme de que no eres Jax?

MichaelPeterson240: Dame una oportunidad para explicártelo en persona.

GabbyWonderWoman: Vale. Yo también necesito verte. Estoy volviéndome loca.

MichaelPeterson240: Vale. Lo siento. Por todo. Adiós.

GabbyWonderWoman: Te quiero.

Michael leyó esa última línea y lanzó un suspiro. Como no supo qué otra cosa hacer, abandonó a toda prisa la conversación y apagó el audiodisco. Se quedó mirando al lugar oscuro donde antes había estado la pantalla de red flotando en el aire, con el corazón desbocado y la mente aturdida. El autobús zumbaba e iba dando tumbos por la carretera negra como la pez.

El padre de Gabriela trabajaba para la SRV. Para la seguridad de la SRV, que era un nombre redundante, como decía la chica. En ese momento todo cobró más sentido. Kaine quería tener contactos dentro del sistema por algún motivo, que era la razón por la que había insertado a Michael en el cuerpo de Jackson a través de la Doctrina de la Mortalidad. En ese instante, sin importar lo culpable que se sintiera por ello, el chico iba a beneficiarse de ese vínculo, sin otra finalidad que la de averiguar más cosas sobre la SRV. Y, en el mejor de los casos, para encontrar una forma de infiltrarse en el cuartel general y reunirse con la agente Weber. En persona.

Michael se acomodó en su asiento, cerró los ojos y se apoyó contra el frío cristal de la ventana. La vibración del autobús, el chirrido de las ruedas sobre la carretera, la oscuridad envolvente; todos esos elementos empezaron a arrullarlo para que se durmiera. En cierta forma, sabía cuál era la verdadera razón por la que quería volver a ver a Gabriela. Gabby. Ella era real, un vínculo con su nueva vida y sus orígenes. Además..., ella lo amaba. Estaba hecho un lío.

Sintiéndose ridículo, se sumió en un sueño profundo.

5

Tuvieron que cambiar de vehículo justo al llegar a la frontera con Kentucky, y se encontraron con un par de horas de tiempo muerto. Hambrientos y cansados, y sin muchas alternativas, fueron en busca de alguna cafetería. Había pasado un día entero, y la noche había caído sobre la pequeña y polvorienta ciudad. Tal vez fuera por la humedad, pero Michael se sentía empapado, le picaba todo y se encontraba sucio.

Y, para colmo, debía contarles a sus amigos lo de Gabby.

Se sentaron en un compartimento con bancos en la cafetería, Bryson frente a Michael y Sarah. Michael acababa de dar un mordisco a su sándwich de pavo, lechuga y tomate completo, regado con un vaso de agua natural —la aburrida camarera lo había agasajado con un solo cubito de hielo—, cuando reunió el valor necesario.

—Bueno —empezó a decir, tragó saliva y se limpió la boca con la servilleta—. Resulta que Jackson Porter tenía novia. De hecho, me la encontré un par de veces antes de reunirme con vosotros, chicos. —Se quedó esperando, como si nada, aunque era consciente de que acababa de desvelar su secreto más oscuro y rastrero.

Bryson y Sarah se quedaron mirándolo. Pero no dejaron de masticar.

—Creo que a eso se refería Kaine con lo que dijo —prosiguió—, cuando comentó que había escogido a Jackson por un motivo concreto. El padre de la chica trabaja en la SRV. Se encarga de programar los sistemas de seguridad. En realidad trabaja en Atlanta. A lo mejor podemos beneficiarnos de ese vínculo, sacarle partido. —Dio otro enorme mordisco al bocadillo, contento de haberse librado de toda esa presión en el pecho.

Bryson tenía cara de anonadado.

—¿De qué estás hablando? ¿Y nos lo sueltas así, justo ahora?

Sarah se quedó callada, era la calma previa a la tormenta.

—Eh... Sí —respondió Michael—. No creí que tuviera mucha importancia hasta que Kaine dijo aquello y me hizo pensar. Por eso..., eso... Le he pedido que se reúna con nosotros en Atlanta. Creo que deberíamos hablar con ella. Para ver si puede ayudarnos. O si sabe algo. Además a ella no la persiguen ni los medios de comunicación ni la policía. No sé. —En cuanto lo hubo soltado, de pronto le pareció la peor idea que podía haber tenido.

Sarah soltó su tenedor.

—Michael. ¿Cómo has podido arriesgarte a implicar a alguien más en todo esto? —Se echó hacia atrás en el asiento y se cruzó de brazos.

Bryson estaba negando con la cabeza. Parecía confundido.

Michael intentó quitar hierro al asunto.

—Chicos, no os preocupéis. He sido precavido. Tenía la sensación de que le debía una explicación sobre lo ocurrido. De verdad, estoy convencido de que debemos hablar con ella. Los tres.

—Deberías habérselo preguntado antes —dijo Sarah con brusquedad.

Michael miró a Bryson y asintió en silencio; una vez más, estaba de acuerdo.

—Lo siento —dijo Michael—. Tienes razón. Debería habérselo preguntado. Es que no me parecía tan importante y... quería que ella estuviera tranquila. Quería hacerla sentir mejor. Además, tengo el presentimiento de que puede ayudarnos. No sé qué decir. Lo siento.

Se quedaron callados, mirándose los pies. Michael se sentía idiota.

Dio otro sorbo a su bebida y estuvo a punto de atragantarse cuando vio que una joven pareja, sentada unas mesas más allá, estaba mirándolo directamente a los ojos. El hombre tenía el pelo negro, peinado hacia atrás y engominado. Podía ir a la última o ser un estilo anticuado, de hacía unos cincuenta años, Michael no sabía precisarlo. Era un tipo delgado y con las mejillas plagadas de cicatrices por el acné. Su compañera, una mujer con el pelo corto y pelirrojo y los ojos de un verde mortecino, tenía la cabeza reclinada sobre el hombro del tipo. No había ni comida ni bebida en la mesa que ocupaban. Y ambos estaban mirando a Michael.

—Mira eso —le dijo a Sarah en voz baja. Hizo un rápido gesto de cabeza en dirección a la pareja. Y sintió un escalofrío que le recorrió el cuerpo.

Sarah se puso tensa.

—Será mejor que nos larguemos de aquí.

Bryson estaba dando la espalda a la sospechosa pareja. Aunque se había percatado de que sus amigos estaban mirándolos, se volvió para echar un vistazo. Se giró de golpe, con la cara un tanto blanca.

—Corrección —aclaró—: hay que salir pitando.

Michael agarró su bocadillo y un puñado de patatas fritas mientras Sarah pagaba la cuenta, y siguió comiendo al tiempo que se dirigía a la salida, con las miradas de los desconocidos perforándolo como rayos láser por la espalda. Sintió el deseo irrefrenable de volverse a mirarlos.

Aunque sus amigos no lo hubieran dicho, Michael sabía qué estaban pensando. Que no podía ser una coincidencia que esa extraña pareja estuviera mirando a Michael y el hecho de que él hubiera contactado con alguien por la red.

Esperaba no haber cometido un error garrafal.

6

Michael terminó su bocadillo mientras buscaba un asiento en el nuevo autobús. Se sacudió las migas del regazo y se limpió la grasa en los vaqueros como si fuera un niño de cinco años, luego apoyó la cabeza contra la ventana y clavó la mirada en la cafetería de la calle. En cierto modo, en el fondo, sabía qué iba a ocurrir. Había pasado menos de un minuto cuando la pareja salió por la puerta, iban cogidos de la mano, columpiando los brazos con gesto romántico. Se volvieron y se dirigieron hacia la estación de autobuses.

—Mierda —dijo.

—¿Nos siguen? —preguntó Sarah.

Bryson estaba al otro lado del pasillo, se levantó y se inclinó sobre ellos para mirar por la ventana.

—Si suben a este autobús, yo me bajo.

—Bajaremos los tres —afirmó Michael, agradecido de que nadie mencionara a su novia. La novia de Jackson, mejor dicho.

Se quedó mirando cómo la pareja se acercaba.

Bryson regresó a su asiento y se dejó caer al tiempo que lanzaba un suspiro.

—¿Sabéis? Todos esos años que pasamos hablando de reunirnos en el Despertar... no era exactamente esto lo que había imaginado. Tener que huir de costa a costa del país. Y en autobús, para colmo.

Michael escuchó solo a medias las protestas de Bryson, pues estaba concentrado en la misteriosa pareja. Seguían dando vueltas sin rumbo, zigzagueando por la calle de forma llamativa, aunque se dirigían indefectiblemente hacia el autobús. A esas alturas, el conductor ya había subido al vehículo y estaba poniendo en marcha el

motor. Gran parte del resto del pasaje estaba ya acomodado en sus asientos, y Michael deseó que todo siguiera su marcha habitual, como si nada. Quería estar lo más lejos posible de esa extraña pareja, cuanto antes.

Sin embargo, ellos seguían avanzando hacia el autobús. No tardaron en dejar de fingir que estaban de paseo por la ciudad y apretaron el paso. Iban directos hacia Michael. Daba la sensación, incluso, de que caminaban en línea recta hacia la mismísima ventana por la que miraba el chico.

—¿Quiénes son? —masculló para sí, y notó que se le ponía la piel de gallina.

—¿Crees que son tangentes? —preguntó Sarah.

Michael se encogió de hombros. Tenía muchas ganas de que el autobús empezara a moverse, pero no ocurría nada. La pareja se acercaba cada vez más, pasito a pasito.

—¡Venga ya! —espetó Michael al tiempo que levantaba la vista para mirar al conductor. El hombre se removi6 en su asiento mientras comprobaba el control de mandos, empezaba a trastear con algunas cosas y se acomodaba bien. Hacía de todo, menos conducir.

Al mirar a la pareja, Michael vio que se encontraban a solo unos metros de ella. Estuvo a punto de dejar escapar un suspiro ahogado; se produjo una especie de salto cuántico en el tiempo. En un abrir y cerrar de ojos, la pareja se plantó bajo la ventana del chico y ambos estiraban el cuello para poder ubicarlo, aunque él no entendía muy bien cómo lo harían a pesar de la oscuridad. No obstante, lo localizaron y clavaron los ojos en su presa.

Ya era oficial: Michael tenía los nervios de punta.

—¿Qué hacemos? ¿Bajamos?

Sarah le dio un apretón en el hombro mientras se inclinaba hacia delante para ver mejor a los visitantes.

—No lo sé. ¿Será buena idea?

El chico volvió a mirar al conductor, que por fin se había acomodado en su asiento. Parecía que estaba punto de arrancar por fin. El hombre alargó la mano hacia la palanca de cambio.

Michael volcó de nuevo su atención en la pareja, a la que veía por su ventana. La mujer levantó poco a poco una mano, con los dedos un tanto doblados y la palma hacia arriba hasta que situó los brazos sobre la cabeza, con el índice señalando a Michael. Tanto el hombre como la mujer tenían expresión de asombro. Se quedaron mirando a Michael como si estuvieran preguntándose algo. El chico sintió que se le secaba la garganta.

Antes de que ocurriera nada más, el autobús se puso en marcha con una sacudida y un gimoteo quejicoso, lo que provocó que todo el mundo diera un salto en su asiento. Emprendieron el viaje. La pareja se quedó de pie, plantada en la acera, cogidos de la mano, observando, con gesto nostálgico, cómo el vehículo los dejaba atrás.

Viajaron de noche y llegaron a Atlanta a primera hora de la mañana sin sufrir ningún percance más. Michael, agotado, durmió bien a pesar de los espeluznantes escalofríos que le provocaba el extraño encuentro en la cafetería. Sus amigos y él bajaron del autobús, tomaron algo rápido para desayunar y empezaron a recorrer la ciudad haciendo lo posible por pasar desapercibidos. Su destino se encontraba cerca; lograban vislumbrarlo de pasada entre los edificios a medida que avanzaban hacia su objetivo.

El aparcamiento del estadio de los Falcons.

Donde había empezado todo.

Michael se aferraba a su propia teoría para creer que la agente Weber se encontraba en ese lugar donde podría obligarla a hablar con él: se basaba en la convicción de que *Sangre vital profunda* había sido creado a imitación del mundo humano real.

Con todo, le resultaba extraño recordar ese día en que lo habían llevado al aparcamiento del estadio, donde se abrió una trampilla secreta hacia el subsuelo, tras la cual se encontraba el cuartel general de la SRV. Le parecía raro porque entonces él estaba en el Sueño, y nada de eso era real. Cuando la agente Weber fue a visitarlo después de que lo hubieran insertado en un cuerpo humano, ella le había dicho, en resumidas cuentas, que todo lo que habían hablado era real. No solo el mundo donde aquello había sucedido.

Necesitaba hablar con ella a toda costa. Justo antes de bajar del autobús, le había enviado un mensaje a Gabby y le había pedido que le respondiera diciendo cuándo podían verse. Mientras tanto, Michael y sus amigos recorrían la ciudad intentando no ser localizados.

Estaban pasando por delante de una pequeña cafetería cuando alguien aporreó el cristal desde dentro, lo que sobresaltó de tal manera a Michael que se alejó de un bote. Logró recuperar el equilibrio justo antes de caerse. Echó la vista atrás y vio a una adolescente mirándolo fijamente del otro lado del cristal.

«Localizado», pensó, desanimado. Tarde o temprano alguien tenía que reconocerlo por los InfoBlogs. ¿O sería esa chica como la pareja de la otra cafetería? Había algo en sus ojos...

—¿Eres amigo de esa tía? —preguntó Bryson.

Michael negó con la cabeza y sintió cómo el pánico le oprimía el pecho.

—Sigamos caminando.

Sin embargo, al tiempo que lo decía, la chica se había apartado del cristal y se había dirigido corriendo hacia la salida. Michael se puso en guardia, porque sabía que debía huir, aunque deseaba conocer la verdad. ¿Había otros como él?

—¡Eh, para el carro! —le dijo Bryson a la chica cuando ella salió disparada hacia Michael. Bryson le interceptó el paso con las manos en alto, como un policía que

ordenaba a alguien que se alejase de la zona acordonada—. Atrás.

Sarah se había colocado junto a Michael y lo sujetaba del brazo con una mano. Se inclinó hacia él para susurrarle algo al oído.

—Venga, larguémonos de aquí. Ni siquiera le hables.

Pero su amigo estaba como hipnotizado. La chica tenía un aspecto extraño, con el pelo largo y rubio enmarcando un rostro angular, los ojos negros. Parecía... distante, como la pareja de la cafetería. Estaba mirando más allá de Bryson, sonriendo a Michael, quien se dio cuenta de que era incapaz de moverse.

—Pero es que yo solo... Yo solo quería saludarlo —dijo ella sin apartar la mirada del chico—. Me llamo Carol. Solo quería saludar al Primero.

Bryson se volvió con expresión de confusión total.

—Tío, ¿conoces a esta tía o no?

Michael negó con gesto casi imperceptible, todavía estremecido por el miedo, pero con el palpito de que estaba ante una oportunidad de saber algo más. Tenía que haber una conexión entre la tal Carol y la pareja que se había quedado mirándolo. Debía averiguar de qué se trataba. Podía ser sencillamente que lo hubiera reconocido por el InfoBlog, pero necesitaba confirmarlo.

—Dejémosla hablar —dijo en voz baja—. A lo mejor nos cuenta algo interesante.

Bryson le lanzó una mirada interrogante y negó con la cabeza. Sarah le apretó el brazo incluso con más fuerza, hasta hacerle daño. Sin embargo, Michael ignoró a sus amigos y se dirigió hacia la desconocida.

—¿Quién eres? —le preguntó—. ¿Cómo sabes quién soy?

Ella volvió a sonreír; en realidad nunca había dejado de hacerlo.

—Yo... Él nos enseñó una imagen tuya. Él... —Hizo una pausa y desvió la mirada hacia Bryson y Sarah como si quisiera decir algo que ellos no podían oír—. Te he visto pasar y lo he sabido. El Primero. Así te llama él.

Michael tragó saliva para deshacer el nudo que tenía en la garganta. Sabía a quién se refería la chica, pero necesitaba que ella pronunciara su nombre.

—¿Quién?

—¡Kaine, por supuesto! ¿Verdad que es muy... emocionante?

Soltó una risita, una risita de niña pequeña. Pero su felicidad hizo que Michael sintiera un nudo en el estómago. Sarah le soltó el brazo, se tambaleaba como si estuviera a punto de desmayarse.

—Recuerda mi nombre —dijo la chica—. Me llamo Carol. Estoy segura de que no tardaremos en volver a encontrarnos. El mundo está cambiando, ya sabes. Gracias a Kaine. Gracias a ti. —Soltó un chillido agudo de placer, luego se volvió y salió corriendo calle abajo, esquivando a la gente hasta desaparecer de su vista.

Michael se quedó mirándola, mudo. El sol por fin coronaba los cielos, pero el mundo parecía más oscuro.

La puerta horizontal

1

Michael se volvió hacia Sarah y le puso las manos sobre los hombros.

—Mírame —dijo—. ¿De verdad resulta tan evidente que soy un tangente?

El rostro de Sarah quedó inundado por la pena, como si estuviera visitando a un pariente anciano en una residencia, a un ser querido que era víctima de la demencia.

—No —respondió ella—. Ya has oído lo que ha dicho. Kaine les ha mostrado tu imagen.

Michael la zarandó con más fiereza de la que pretendía.

—¿Qué tengo de malo? ¿Por qué me ha escogido a mí?

Sarah estaba a punto de derramar una lágrima.

—Estás haciéndome daño, Michael. Déjalo y respira. Ya averiguaremos cómo salir de esta.

—Sí —añadió Bryson—. Tranqui, tío. Suéltala.

Michael la soltó y dejó caer las manos a los costados. Las palabras de Bryson lo enfurecieron; sobre todo porque sabía que su amigo tenía razón. Y una angustia insoportable le hizo sentir deseos de sentarse y romper a llorar. Eran demasiadas emociones al mismo tiempo. Su mente no sabía cómo asimilarlo. Era un monstruo. No era más que un experimento. Un programa informático implementado en un cuerpo humano. Un asesino. Y para colmo se presentaba esa chica y lo trataba como una especie de héroe para los demás tangentes. El Primero. Se le revolvió el estómago.

—Michael —dijo Sarah con dulzura.

Él había cerrado los ojos sin darse cuenta. Estaba apoyado contra un edificio, aunque no recordaba haberse movido. Se frotó la cara, luego miró a su alrededor esperando encontrar a Carol o a cualquier otro mirándolo, pero solo estaban Bryson y Sarah, ambos a todas luces molestos.

—Vamos —dijo Bryson—. Vamos a colarnos en la SRV y a atar a Weber a una silla si es necesario. Para obligarla a escuchar. Para obligarlos a todos a escucharnos. Averiguaremos cómo salir de esta, tío.

Sarah asintió con la cabeza, aunque seguía sin decir nada. Esa lágrima que había estado a punto de caerle antes le corría por la mejilla y había dejado un rastro visible sobre su piel.

—Yo solo siento... —Michael intentó dar con las palabras adecuadas—. Siento

una presión dentro de mí y tengo la sensación de que voy a estallar. Me cuesta respirar. —Inspiraba largas bocanadas de aire, sin pausa, para llenarse los pulmones, luego sacaba el aire. Tenía más miedo que en toda su vida, solo porque una estúpida chica había soltado una risita nerviosa.

Sarah lo abrazó y le habló al oído.

—No importa lo que seas ni de dónde vengas. ¿Me entiendes? Nada de todo esto es culpa tuya. Los tres vamos a salvar a mis padres y a detener a Kaine para siempre. ¿Entiendes? No te preocupes de nada más, no importa cuántas personas estén mirándote. No importa lo que diga nadie.

La respiración jadeante de Michael y los taquicárdicos latidos de su corazón empezaron a estabilizarse. En ese momento se sintió como un idiota.

—Lo siento —masculló—. Me parece que se me ha ido un poco la olla.

—¿Un poco? —repitió Bryson, y sonrió desganado.

—Vale. Ahora, ¿por dónde se va al estadio? —preguntó Sarah.

Michael sabía muy bien que no le hacía falta preguntarlo; lo tenía todo planificado hasta el último detalle. Pero valoraba el gesto de su amiga y la demostración de confianza.

—Por ahí —dijo el chico señalando por detrás de ella. Pasados unos minutos, una luz parpadeó en su audiópad: era la alarma que él había programado. Gabby estaba en la ciudad, dispuesta a reunirse con ellos.

—Ella está aquí —les dijo a sus amigos—. Gabby.

Ni Bryson ni Sarah parecieron muy contentos. Michael sabía que seguía preocupándoles que el hecho de reunirse con ella supusiera un grave riesgo.

—No le digas que estamos en el estadio —dijo Bryson—. Dile que vaya a esa cafetería de allí. —Señaló la calle de enfrente.

Michael envió el mensaje.

2

Esperaron por ahí cerca, ocultos tras una multitud de gente, hasta que se presentó Gabby. Querían asegurarse de que ella acudía a la cita, aunque Michael no lo dudaba. Él había visto la mirada en los ojos de la chica la primera vez que lo vio con el cuerpo de Jackson. Gabriela era una víctima inocente de todo aquello, igual que él.

En cuanto ella entró en la cafetería, Michael, Bryson y Sarah cruzaron la calle y la siguieron hasta dentro. El lugar no estaba lleno, y Gabby ya había encontrado sitio en un compartimento apartado, desde donde miraba a su alrededor con impaciencia. Cuando localizó a Michael, se reflejó una mirada de alivio tal en su rostro que el chico se sintió fatal por haberla implicado en todo aquello.

—Hola —les dijo cuando se acercaron a ella, y miró de soslayo a Sarah y a Bryson.

—Hola, Gabby —respondió Michael, y detestó que fuera un momento tan violento. En el local hacía calor y olía a café quemado—. Este es Bryson. Y Sarah. Chicos, os presento a Gabby. —Pronunció el nombre como si le resultara familiar.

Todos se saludaron con una actitud de alerta al tiempo que tomaban asiento. Sarah se quedó mirando con detenimiento a Gabby, sentada frente a ella, y Michael no supo si se trataba de una mirada celosa o desconfiada. O de ambas cosas.

—¿Y bien? —preguntó Sarah para forzar una reacción. Todo el mundo estaba mirando a Michael.

El chico tragó saliva y deseó poder pedir la bebida.

—Vale, escuchad. Gabby... Siento que sea todo tan raro, pero todo lo que te he contado hasta ahora es cierto.

A la chica se le humedecieron los ojos.

Bryson asintió en silencio mientras murmuraba algo entre dientes.

—¡Qué locura! ¡Qué locura tan grande!

Michael se quedó mirándolo, intentando decirle que así no estaba ayudando.

A continuación, para sorpresa del chico, Sarah entró al trapo. Alargó una mano y agarró la de Gabby.

—¿Quieres que te llamemos Gabriela o Gabby?

—Gabby. —La chica retiró la mano, a todas luces incómoda.

—Está bien —dijo Sarah—. Entonces te llamaremos Gabby. Escucha, nosotros tres somos amigos desde hace mucho tiempo dentro del Sueño. Pero entonces descubrimos que Michael formaba parte del programa de *Sangre vital profunda*. Ya has oído hablar de lo realista que es ese lugar, ¿verdad?

Gabby asintió, pero no la miraba a los ojos.

Sarah prosiguió.

—Esos tangentes... Algunos son como seres humanos. Y ahora ya empiezan a estar dotados de sentidos. Michael no tenía ni idea de que esto estaba ocurriendo. —Ella lo miró como disculpándose, aunque él se sentía muy aliviado de que su amiga estuviera encargándose de explicarlo todo—. Él era un tangente. Pero hay otro tangente, Kaine, que ha ideado un proceso por el que descarga la inteligencia de un tangente en el cerebro de un ser humano. El cerebro humano es como un ordenador biológico. Hace décadas que se hablaba de esta posibilidad. ¿Te parece razonable?

Sarah hablaba con tanta tranquilidad y seguridad que Michael estaba atónito. Creía que su amiga podía acabar convenciendo a Gabby. Lo que era una buena señal. Tal vez tuvieran una oportunidad con la SRV.

Gabby se inclinó sobre la mesa.

—¿Así que los tres estáis diciéndome que un tangente llamado Michael ha sido... descargado en el cerebro de mi novio? —preguntó, y se volvió para mirar a Michael—. ¿Que esta... persona... ya no es Jax? ¿Que a Jax lo han absorbido, como si se hubiera ido por el desagüe de un retrete? ¿Eso es lo que estáis diciéndome?

Michael sintió que se mareaba ante la posibilidad de tener que repetirlo todo.

—No conocemos los detalles del proceso de transferencia. En realidad espero que él... No sé... Que él esté «almacenado» en algún sitio. Supongo que si el proceso ha funcionado en un sentido, ¿por qué no iba a ser posible invertirlo? A lo mejor, Jackson todavía sigue... A lo mejor todavía existe. ¿Quién sabe? A lo mejor todavía podemos salvarlo.

Gabby se rio, pero lo hizo sin pizca de sentido del humor.

—¿Hablas en serio? —Ella negó con la cabeza, se cruzó de brazos y se recostó sobre el asiento al tiempo que lanzaba un largo suspiro—. No me explico cómo queréis que me lo trague.

—Tú piensa en Jackson —dijo Michael—. En Jax. Si lo conoces bien... Lo que quiero decir es que... Bueno, ¿de verdad te parezco él? ¿De verdad?

Ella negó con la cabeza.

—No. Para nada. En absoluto. —Hizo una pausa mientras se lo pensaba—. Sigue hablando.

Estuvieron hablando durante una hora. Bryson trajo café y tortitas para todos, e intercambiaron anécdotas, le mostraron más información a Gabby en el antiguo visor de red de Bryson e incluso sacaron la antigua tableta de red durante un rato para compartir una de las peculiares historias que habían conocido sobre las supuestas acciones de los tangentes por todo el mundo. Michael le contó a Gabby cosas de su antigua vida, de su familia, de Helga, de todo en general. Sarah se encargó de ponerla al día sobre Kaine y sobre lo que les había hecho. Bryson le contó que necesitaban infiltrarse en la SRV para reunirse en persona con la agente Weber.

Hablaron y hablaron y hablaron, y Gabby los escuchó.

Al final, como si hubieran agotado todas las palabras del idioma, se hizo el silencio en la mesa. Michael esperó impaciente para ver si habían conseguido convencer a Gabby.

Ella suspiró y puso las manos sobre la mesa mientras se toqueteaba distraída una uña.

—Sé que lo que voy a decir puede sonaros cursi, pero me da igual. Amo a... —Se quedó sin voz y miró parpadeando a Michael—. Amaba a Jax. Lo amaba. Todavía lo amo. ¡Todo esto es tan confuso! Me habéis vuelto loca de por vida, chicos.

Michael no dijo nada y sus amigos, como eran listos, tampoco.

—Escuchad, yo no sé qué creer —prosiguió Gabby—. Pero conozco a Jax, y este chico no es él. —Señaló con el pulgar a Michael—. No te ofendas. Es solo que... Sé que se ha perdido. ¿Sabéis? Y todas esas noticias que me habéis enseñado... Habéis conseguido dejarme muerta de miedo.

De pronto adoptó una actitud de mayor compostura que la transformó por completo. Se sentó más erguida; le brillaban los ojos, su piel parecía reluciente. Michael sabía que estaba a punto de tomar una decisión importante y esperó con la respiración contenida a escuchar cuál era.

—No pueden verme cerca del cuartel general de la SRV —dijo—. Allí hay

demasiada gente que me conoce por mi padre. Pero puedo ayudarlos a entrar.

Los tres iban acercándose más a la chica a medida que hablaba.

3

El estadio de los Falcons era una edificación gigantesca, toda de cristal y metal bruñido. Parecía la nave nodriza de una película de ciencia ficción, lista para encender los reactores y salir disparada hacia las estrellas. Como estaban fuera de temporada, el aparcamiento era un mar de asfalto vacío, rodeado por estructuras de varios niveles levantadas para albergar incluso más coches. Daba la sensación de que tenían plazas de aparcamiento para que todos los habitantes del planeta acudieran a ver un partido de los Falcons.

Michael y sus amigos cruzaron corriendo el vasto aparcamiento, la superficie que tenían bajo los pies empezaba a calentarse por el sol matutino.

—En *Sangre vital profunda* había un lugar próximo a la puerta de entrada, una especie de plaza privada con una trampilla en el suelo. Eso debe de ser a lo que se refería Gabby. —Michael esperaba poder localizar ese aparcamiento en concreto.

Sarah ya había encendido su pantalla de red. Resultaba difícil verla con claridad a la luz del sol, aunque bastaba para adivinar el contenido de la imagen. Gabby había dicho que, en cuanto empezasen a captar las miles de señales que había en los alrededores del estadio, lograrían dar con la grieta por la que podrían acceder al sistema. Habían repasado el plan en la cafetería, y habían profundizado en la cuestión todo lo posible.

—Tío —dijo Sarah—. Este lugar está hasta los topes de señales. Hace que la recepción de señal doméstica parezca una vieja emisora de radio. Hay más información flotando en este lugar de la que he visto en toda mi vida. Incluso en lo profundo del Sueño.

Bryson chascó la lengua.

—Pues estaremos donde toca. En el lugar correcto. Deja que me conecte a ti.

Ambos trabajaron en sus pantallas, lo que hizo que Michael se sintiera un tanto marginado. Aunque sabía por qué lo hacían. Se había fijado en varias ocasiones. Estaban preocupados por él, pensaban que estaba muy tocado. Que estaba al borde del colapso, sobre todo después de los extraños encuentros que se habían producido desde el día anterior. No podía enfadarse con ellos por tratarlo con delicadeza. Se sentía prácticamente como un recién nacido.

Se detuvieron en la última hilera de plazas de aparcamiento —o en la primera, dependiendo de por dónde se empezara a contar—, frente al imponente estadio. Michael miró a su alrededor para obtener una panorámica general. La estructura se elevaba ante ellos como una montaña metálica.

—Aquí es donde ha dicho ella que podía estar —dijo Michael—. En la zona

noreste.

Sarah se sentó en el bordillo, sin dejar de mirar el leve fulgor de la pantalla de red, y Bryson se acomodó junto a ella. Gabby les había dado un par de indicaciones basándose en lo que había aprendido por sus frecuentes visitas a su padre. Mientras sus amigos programaban utilizando esas pistas, Michael permanecía plantado delante de ellos, sintiéndose más tonto que nunca.

—¿Puedo hacer algo? —preguntó—. Lo último que recuerdo es que se me daban bastante bien esta clase de cosas.

Bryson y Sarah actuaron como si no hubieran oído ni una sola palabra. Michael soltó una risa forzada, pero eso tampoco funcionó. Desistió en su empeño de llamar la atención y encendió su propia pantalla de red. Empezó a trastear para ver si encontraba algo que a ellos se les hubiera pasado por alto.

Todos llevaban más o menos cinco minutos trabajando cuando Michael oyó un sonido muy peculiar. De ritmo lento, pero constante... Como el golpeteo de unos cascos. Levantó la vista justo a tiempo para ver un caballo que doblaba la curva del estadio a unos cien metros, y un agente de policía montado a lomos del animal. Las herraduras del caballo golpeaban contra la acera y emitían un sonido espeluznante y con eco que resultaba anacrónico en comparación con todo el ajetreo de la moderna ciudad.

A Michael lo invadió una sensación de alarma repentina, aunque el policía no se interesó lo más mínimo por ellos. Con todo, aquello resultaba muy extraño. La civilización humana se había desarrollado hasta tal punto que incluso la realidad virtual resultaba difícil de distinguir de la vida real, y las máquinas sobrevolaban la superficie como naves espaciales extraterrestres. Aunque, a la vista estaba, que todavía había agentes de la ley que se paseaban por ahí a caballo, como si fueran *sheriffs* del viejo Oeste en busca de forajidos. Recordó la historia sobre el «tatarata tatarata abuelo o algo así» del policía que los había detenido.

—Chicos —susurró Michael—. Deberíamos darnos un poco más de prisa. Ahí hay un poli. A caballo.

Bryson soltó una risita disimulada al oírlo, pero no se molestó en mirar. Ni tampoco lo hizo Sarah. Estaban programando como posesos, y Michael deseó que eso fuera una buena señal.

—Lo he dicho por decir —murmuró. Volcó de nuevo la atención en su propia pantalla de red, pero tenía la sensación de que cualquier cosa que hiciera sería una pérdida de tiempo; sus amigos ya se le habían adelantado.

Ocurrieron dos cosas tan seguidas que Michael fue incapaz de saber cuál fue la primera. Se oyó un fuerte traqueteo cuando el aparcamiento tembló cerca de donde ellos se encontraban sentados. Un fragmento rectangular del suelo se despegó de la superficie que lo rodeaba y empezó a hundirse; desde el subsuelo llegaba un rumor de maquinaria.

«Gracias, Gabby», pensó Michael, al tiempo que deseaba con desesperación

volver a verla para poder agradecerse en persona.

El poli gritó algo desde lejos y, justo en el momento en que Michael se volvió para mirarlo, el tipo se lanzó a la carga con su caballo. El sonido metálico de las herraduras repiqueteando contra el asfalto recordó a Michael el ruido de unos disparos.

4

—¡Deprisa! —gritó Sarah, que se había puesto de pie—. ¡Es nuestra oportunidad!

Michael ya había empezado a correr y había llegado al lugar antes que sus amigos. Bajó de un salto a la abertura del suelo descendente, se volvió y vio cómo se aproximaba el policía. Bryson y Sarah se unieron a él; luego se pusieron a cuatro patas y gatearon hacia los extremos de la plataforma. Miraron hacia abajo en un intento de vislumbrar adónde se dirigían. Abajo estaba oscuro, negro como boca de lobo, pero Michael sabía que, salvo que la SRV lo hubiera engañado con su recreación de *Sangre vital profunda*, había un segundo aparcamiento en el subsuelo.

El chico se puso boca abajo y dejó las piernas colgando por un lateral de la plataforma, contuvo la respiración, se dio impulso hacia atrás y aterrizó a solo unos centímetros sobre una superficie de cemento liso. Oyó que Sarah caía por allí cerca, pero Bryson cayó sobre él. Se levantaron como pudieron. La luz del aparcamiento superior iluminaba el subterráneo lo bastante bien para distinguir que no había nadie allí.

La trampilla secreta detuvo su descenso con un chirrido metálico que se oyó con eco, aunque volvió a moverse de inmediato. Solo había llegado a medio camino de su descenso.

—¿Lo has hecho tú? —le preguntó Michael a Sarah.

Antes de que su amiga pudiera responder, una voz masculina resonó desde arriba. Michael se volvió y vio al poli mirando con expresión maliciosa.

—¿Qué narices estáis haciendo, mocosos? ¡Volved a subir aquí! —Sacó una pistola, pero el caballo retrocedió al oír que su jinete amartillaba el arma. El poli sujetó las riendas para tranquilizar al animal. En cuestión de segundos estarían a salvo si la plataforma seguía ascendiendo hasta recolocarse en el suelo del aparcamiento.

—¡Detened esta cosa! —gritó el poli. Esa vez les apuntó con la pistola—. ¿Qué pasa aquí? ¿Sois...? —Se quedó sin palabras justo en el momento en que una mirada de reconocimiento afloró en su rostro. ¡Lo sabía! Sabía quiénes eran.

La trampilla secreta se cerró de golpe y sumió a los chicos en la oscuridad total.

«Gracias, Gabby», pensó Michael una vez más.

La pantalla de red de Sarah cobró vida de pronto y proyectó su fulgor verde en el garaje frío y húmedo en el que se encontraban. Michael no sabía qué decir. Tenía la cabeza hecha un verdadero lío. Al menos le sonaba el lugar donde estaban.

—¿Por qué se ha detenido la plataforma a medio camino? ¿Lo habéis programado así o qué? Has apagado tu pantalla.

Conocía la respuesta antes de que Sarah respondiera.

—No. Ni siquiera sé si lo que hizo Gabby es lo que ha logrado que se abriera. Yo estaba trabajando para conseguirlo, pero podría haberse abierto sola perfectamente.

—A lo mejor alguien nos ha dejado entrar a propósito, ya me entendéis —dijo Bryson—. Y ahora estamos atrapados.

—¿No era eso lo que queríamos? —replicó Sarah—. Ya estamos dentro, ¿verdad? Michael lanzó un suspiro.

—Sí, pero apuesto a que vienen unos cuantos gorilas corpulentos hacia aquí. Podrían meternos en el trullo antes de que llegemos a estar a dos pasos de la agente Weber.

—Por no hablar de ese tipo a caballo —añadió Bryson—. Seguramente ha llamado a todos los polis de la ciudad. ¿Somos los tíos con peor suerte del planeta o qué? Solo un poco de suerte, es lo único que pido. —Soltó un resoplido de frustración—. ¡Un poli montado en un puñetero caballo! ¡Tiene que ser una broma! En serio...

Michael estuvo a punto de reír; eso le confirmó que estaba perdiendo la cabeza. No tenía ni idea de qué decir.

—Bueno —dijo Sarah—, no sirve de nada que nos quedemos aquí sentados a esperar. Venga. Al menos vamos a intentar entrar, podríamos escondernos.

—Las damas primero —dijo Bryson, hizo un gesto con el brazo para invitarla a pasar y lo acompañó de una reverencia.

—No es el mejor momento para demostrar que eres un caballero. Te dejaré pasar por delante encantada de la vida.

Michael puso los ojos en blanco y se dirigió hacia la salida, un conjunto de puertas que recordaba de su visita virtual al lugar. Bryson y Sarah lo siguieron en fila india.

No les sorprendió mucho que las puertas no estuvieran cerradas con llave. Alguien quería que entrasen.

Bryson lanzó una exagerada exclamación de alegría.

—Mirad, ¡es esa pizca de suerte que había pedido!

Sarah resopló.

—Espero que obtengamos algo mucho mejor que esto.

Michael abrió la puerta de golpe y entró en un pasillo con la iluminación tenue de unas luces de emergencia distanciadas varios metros entre sí e instaladas en el techo.

Era exactamente igual a la versión de *Sangre vital*.

—¿Recuerdas cómo se llega al despacho de la agente? —preguntó Sarah.

Michael negó con la cabeza.

—No —respondió de forma distraída. Estaba pensando. En plena jornada laboral, ¿por qué ese lugar no era un hervidero de gente? Con todo lo que planeaba Kaine, la SRV debería haber estado más atareada que nunca.

—¿De verdad quieres seguir? —preguntó Bryson—. Está claro que esto es una trampa. Y, aunque no lo sea, aquí no hay nadie, ¿por qué iba a estar la tal Weber aquí? A lo mejor es el día de la excursión de empresa.

—No vamos a retroceder ahora —dijo Michael—. Me da igual si es una trampa. Tengo que hablar con ella, y esta es la única forma de hacerlo.

Sarah lo hizo callar levantando una mano mientras fruncía el ceño por la concentración. Estaba aguzando el oído.

—¿Qué? —susurró Bryson.

Michael lo oyó. Un clic tenue y distante que se oía cada vez más alto, cada vez más cerca. Era una especie de repiqueteo. El chico supo de pronto de qué se trataba.

—Pasos —dijo—. Alguien se acerca. Y ya he oído antes esas pisadas.

—¿Qué hacemos? —preguntó Bryson—. ¿Nos escondemos? —Intentó abrir un par de puertas que había por ahí cerca, pero estaban cerradas con llave.

Michael se cruzó de brazos y esperó.

—No hay razón para esconderse.

Los pasos se iban oyendo a un volumen cada vez más alto, hasta llegar al *crescendo*, justo cuando una silueta dobló la esquina que tenían delante. Apareció una mujer alta y esbelta, y elegantemente vestida con una falda. Llevaba una larga melena hasta los hombros. Estaba demasiado oscuro para verle bien la cara, pero Michael no dudó ni un segundo de su identidad.

La agente Weber avanzó repiqueteando con sus tacones sobre el suelo hasta que se plantó justo delante del chico. En ese momento él le vio los ojos, negros y de mirada nada amigable. Los tenía clavados en él con tanta fiereza que parecía que solo lo viera a él.

—Michael —dijo con voz autoritaria—. Esta no es exactamente la forma en que creía que volveríamos a vernos, aunque supongo que será útil.

—Tengo... Tenemos que hablar con usted. —Michael soltó las palabras sin pensarlas—. Sobre un montón de cosas. Pero ¿por qué actuó antes como si no me conociera?

Ella sonrió, luego se volvió y empezó a alejarse. Le habló dándole la espalda.

—Seguidme. Os lo explicaré todo, pero debemos darnos prisa.

Hasta el último rincón

1

Michael y sus amigos siguieron a la agente Weber cruzando una sala tras otra. Al final bajaron varios pisos en ascensor y subieron por una escalera. La mujer guardó silencio durante todo el recorrido. La SRV parecía cerrada, las salas estaban a oscuras y vacías. Resultaba desconcertante, sobre todo a medida que se adentraban cada vez más en el subsuelo. Michael no creía que todos los empleados hubieran decidido tomarse el mismo día libre.

La razón por la que el edificio estaba vacío resultó ser la primera respuesta que les dio Weber, una de las pocas.

—Todos mis agentes y analistas se encuentran en el interior de la Red Virtual en una misión de tres días —dijo—. Se elevaron desde sus casas; hoy solo está el equipo de refuerzo que se encarga de la supervisión general. —Entraron en una oficina sencilla y pequeña amueblada tan solo con una mesa redonda y cuatro sillas. Había otra puerta al fondo de la sala, fabricada de metal y con un pesado mecanismo de cierre, que llamó la atención de Michael—. No hace falta que os diga que nos jugamos el futuro si Kaine se sale con la suya. Estamos registrando hasta el último rincón del mundo virtual para dar con él.

Michael esperaba que Weber les ofreciera asiento, pero, en lugar de eso, se dirigió hacia la pesada puerta y se volvió para mirarlos.

—Sé que tenéis preguntas, pero las respuestas son... complejas. La última vez que hablamos no tuve más remedio que fingir que no te conocía. Existen facciones dentro de mi agencia que están en desacuerdo con mi línea de actuación. No confío en esas personas y ellas no confían en mí. Sí, contactaste conmigo por una vía de comunicación segura, pero solo lo era desde el mundo exterior. Hay muchas personas en la SRV que leyeron nuestra conversación, y no podía permitirlo. No tienes ni idea de lo secreta que era tu misión.

Michael lo entendía perfectamente.

—En otras palabras, que metieron la pata hasta el fondo y usted intenta arreglarlo intentando que nos larguemos.

La agente Weber era una mujer hermosa, sin duda. Pero algo demudó su expresión cuando Michael dijo aquello, un gesto que la volvió horrorosa. La fealdad desapareció en un abrir y cerrar de ojos, y la mujer le respondió.

—Como ya he dicho, no tenemos tiempo de hablar. Este asunto afecta a muchas

esferas de poder, Michael. Los políticos son solo un pequeño grupo. En última instancia, lo que importa es la seguridad de la Red Virtual y la de las personas que la frecuentan. Esa es mi misión y haré lo que sea, repito, lo que sea, para cumplir con mis obligaciones. ¿Lo entiendes?

Michael hizo un mohín y retrocedió medio paso, luego intentó recuperar la compostura y fingir que se había recolocado para estar más cómodo. Esa mujer era aterradora y al chico le costaba mucho confiar en ella. Aunque no sabía qué otra alternativa tenían.

Bryson metió baza.

—No para de llamarlo Michael. ¿Por qué? Se llama Jackson Porter, ¿verdad? Usted lo sabe todo, ¿no es así?

La furia repentina volvió a reflejarse en el rostro femenino cuando dirigió la mirada hacia Bryson.

—Escúchame. No tenemos tiempo para esto. Sí, Kaine nos ha tomado el pelo. De forma monumental. De formas que vosotros ni siquiera entenderíais. Sí, sé que Michael era un tangente y que fue transferido al cuerpo de Jackson Porter. Sé lo que está ocurriendo por todo el mundo. Sé que debemos detenerlo. Una última cosa: ¿habéis venido a ayudarme o a hacerme perder el tiempo?

—¿Cómo podemos confiar en usted? —preguntó Sarah—. ¿Después de que nos llevara hasta la Senda, que nos llevara justo hasta la trampa que Kaine nos había tendido?

Weber no expresó furia alguna esta vez, solo una mirada de auténtica impaciencia. Como si le faltaran mil cosas que decir y no tuviera tiempo para hacerlo.

—Si los tres os tomarais solo un instante para pensar en la secuencia de acontecimientos, entenderíais que a nosotros nos han engañado tanto como a vosotros. Intentamos encontrar a Kaine y os utilizamos. Y funcionó. No de la forma que esperábamos, pero sí que funcionó. Conseguimos nuestras respuestas y, gracias a ello, sabemos más. Nuestro problema es cómo detenerlo antes de perder el control de la situación. La influencia de Kaine está propagándose por el mundo, aunque todavía no sabemos cuál es su objetivo final. Y no estoy hablando solo de los tangentes a los que está humanizando.

—¿De qué más está hablando? —preguntó Michael. Recordó que no debía confiar en ella de forma prematura, aunque la mujer parecía sincera. Percibía la tensión de la agente en todas sus palabras y ademanes. Estaba asustada, y eso le daba más credibilidad, según Michael—. ¿Qué podría ser peor que eso?

La agente Weber negó con la cabeza.

—Yo no he dicho que hubiera nada peor. Pero los problemas dentro de la Red Virtual son igual de malos que los del Despertar. Kaine está haciéndose con el control de una forma que pronto descubriréis.

—¿De veras? —preguntó Sarah.

—Sí —respondió Weber—. Oye, cuando nos dimos cuenta de lo que había

ocurrido, me desvié mucho de mi camino para ir a visitarte, Michael. Estamos todos en el mismo bando. Debo andarme con cuidado por razones que ahora no viene al caso discutir. Sabía que vendrías a buscarme después de nuestra extraña conversación vía conexión de red. Ahora es el momento, os necesito a los tres más que nunca.

Michael tenía la intención de decir algo, pero ella levantó una mano y lo cortó.

—No, por favor —dijo. Ya no quería intimidarlos. Estaba prácticamente temblando—. No tenemos tiempo, creedme, ¡no tenemos tiempo! Necesito que entréis en la Red Virtual y que uséis vuestras habilidades. Estaréis más protegidos que nunca, os lo prometo.

—Espere —dijo Bryson—. ¿A qué se refiere? ¿Quiere que entremos desde aquí? Weber puso cara de alivio.

—Sí. —Se volvió y se dirigió hacia la pesada puerta metálica que tenía a su espalda—. Lo único que tenéis que hacer es esperar ahí dentro. Está todo dispuesto.

2

El lugar parecía una morgue. Dos hileras de al menos veinte neurocajas alineadas a lo largo de ambas paredes, con el mismo aspecto que los ataúdes de los cuales habían adoptado el sobrenombre. El grave rumor de la maquinaria inundaba la habitación de iluminación tenue y le daba un aspecto sobrenatural. Era prácticamente como si ya se encontraran en el Sueño.

—He preparado tres ataúdes para vosotros —dijo la agente Weber, y se dirigió hacia el fondo de la estancia. Michael y sus amigos la siguieron—. Me temo que no tengo demasiada información que daros; Kaine ha burlado a mis mejores agentes desde el principio y, cuanto más indagamos, más esquivo se vuelve. Ojalá os pudiera haber introducido de inmediato, pero era demasiado arriesgado. Hay personas que se sentirían muy molestas si supieran que voy a permitirlos entrar.

Michael no lograba descartar todas las dudas que le surgían. Una gran parte de él pensaba que sería absurdo plantearse siquiera el confiar en esa mujer y meterse en un ataúd supervisado por ella. Pero se trataba de la SRV. Si no podía confiar en ellos, ¿en quién iba a confiar? Y, si se marchaba de allí en ese momento, estaba seguro de que pasaría el resto de sus días en prisión. Al menos, de esta otra forma, tendría una oportunidad de luchar.

—Ni siquiera nos ha contado qué quiere que hagamos —dijo Bryson—. Y no me diga que la única orden que tenemos es entrar de un salto al Sueño y detener a Kaine.

La agente Weber miró con el ceño fruncido al amigo de Michael. En cierta forma, era la expresión más sincera que había puesto hasta el momento: una mezcla de pena y arrepentimiento. Parecía sentir auténtica culpa por pedirles que volvieran a arriesgarlo todo una vez más.

—No, no espero que detengáis a Kaine —dijo—. De hecho, espero todo lo contrario. Si no lo encontráis, sería demasiado difícil que intentarais cualquier cosa por vuestra cuenta. No puedo permitirme localizaros como lo hice cuando fuisteis a la Senda.

—Porque sus enemigos se encuentran dentro de la SRV —intervino Sarah.

Weber asintió con la cabeza, aunque luego pareció arrepentirse y se contuvo.

—No son enemigos. Lo que ocurre es que tienen la sensación, están convencidos, más bien, de que utilizar tangentes es injustificable. No te ofendas, Michael, pero ahora eres una creación de Kaine. Entenderás que a algunas personas les resulte difícil confiar en ti.

Michael se encogió de hombros. Lo que estaba diciendo la mujer tenía más sentido de lo que el chico hubiera deseado admitir.

—Yo solo espero que podáis descubrir dónde está —prosiguió Weber— sin tener que ir en realidad hasta allí. Si podemos descubrir la ubicación de su servidor central, si es que existe, tengo un plan para destruirlo. Destruirlo literalmente. Tenemos un programa que activará una reacción en cadena en su programación y lo borrará del mapa. Pero no funcionará a menos que encontremos su servidor central.

En ese momento se quedó en silencio, por lo visto, había terminado. Michael estuvo a punto de reír. Pensó que la última vez tampoco le había dado instrucciones claras. Esa segunda misión tenía todo el aspecto de ser como buscar una aguja en un pajar. Aunque el chico tenía sus propios motivos para llevarla a cabo: averiguar más sobre Kaine; sobre los padres de Sarah; sobre «sus» padres; descubrir qué le había ocurrido al auténtico Jackson Porter. Al menos haría eso por Gabby.

—¿Ah, sí? —preguntó Sarah—. ¿No tiene ninguna pista?

Weber le dedicó una sonrisa de disculpa.

—Las pistas son precisamente lo que andamos buscando.

Michael miró a Sarah, luego miró a Bryson. Resultaba difícil interpretar sus expresiones, aunque podía imaginar qué sentían; lo mismo que él. Un poco de miedo y muchas dudas. Y, por supuesto, una curiosa sensación crecía en su interior: la impaciencia por jugar. Levantarse de un salto y conquistar el Sueño de un extremo a otro.

Pero no dijo nada. En esa ocasión no podía decidir por ellos; ya había arrastrado a Bryson y a Sarah a demasiadas cosas. La decisión de aceptar el trato era personal.

—Sin embargo, tenemos un grave problema —dijo Sarah. Por el tono de su voz, Michael supo algo que Weber quizá todavía no hubiera intuido: ya había accedido a participar, a entregarse en cuerpo y alma.

—¿Solo uno? —preguntó Weber—. Eso sería tener mucha suerte.

Sarah ignoró el comentario.

—Todas las veces que hemos entrado en el Sueño, Kaine ha sido capaz de localizarnos. No importa la cantidad de muros de protección que hayamos levantado a nuestro alrededor. Nos quiere para algo. Más bien quiere a Michael. Hemos estado

evitando volver a sumergirnos.

—Créeme, lo entiendo —dijo Weber—. Lo entiendo muy bien. Kaine es más poderoso de lo que jamás hubiéramos pensado. Pero creo que te sentirás mejor una vez que estés dentro. Puesto que ya habíamos imaginado que Kaine es un tangente, he pasado horas elaborando un nuevo programa de ocultación de código. Se encuentra a varias capas de profundidad dentro del sistema, es prácticamente invisible. Nadie será capaz de saber que estáis ahí dentro, te lo prometo. Por otro lado están vuestras identificaciones falsas. Estoy segura de que os las apañaréis.

En lugar de responder, Sarah centró su atención en Michael.

—¿Tú qué opinas?

—Me puede la curiosidad —dijo, lo que era una verdad irrefutable.

—El único inconveniente —añadió Weber— es que, en cuanto estéis dentro, no podréis ver el código como lo veis normalmente. Es la única forma de que esto funcione. Al ocultaros del código, el código acaba quedando oculto para vosotros.

—¿Inconveniente? —repitió Bryson—. ¿Se ha guardado ese pequeño detalle sin importancia para el final? ¡Es más bien un motivo para romper el trato! ¿De qué sirve que estemos ahí dentro si no podemos manipular el código?

A Michael también se le cayó el alma a los pies.

La expresión de la agente no desvelaba nada en absoluto; se mostraba solemne, concentrada, con ademanes pausados.

—No seas niño. A lo que me refiero es que no podréis acceder al código de la forma en que estáis acostumbrados. Podréis usar vuestras pantallas de red, que son antiguas, lo sé. Pero tres personas tan habilidosas como vosotros... Creo que podréis arregláros las.

—A menos que nos metamos en un buen lío —replicó Michael—. Cualquier cosa que hagamos con la pantalla de red será lenta; seguramente, demasiado lenta.

La agente Weber asintió con la cabeza de forma casi imperceptible para confirmar las palabras del chico.

—O eso u os arriesgáis a que Kaine pueda localizaros. La elección es vuestra. Ambas alternativas tienen sus ventajas y sus desventajas, lo reconozco.

Bryson dijo exactamente lo que Michael pensaba.

—Supongo que es preferible la ventaja de que Kaine se mantenga lo más lejos posible de nuestros culos.

—Entonces hay trato —dijo la agente Weber, aunque Michael no estaba seguro de que así fuera. Pero nadie dijo nada—. Os sacaré del Sueño dentro de veinticuatro horas para ver si habéis averiguado algo. Ahora vamos a meteros en los ataúdes.

expresiones para referirse a lo mucho que le gustaban los Falcons, y el chico no había entendido a qué se refería. Aunque parecía aplicable a lo que él sentía al sumergirse en el Sueño. Antes de que su vida quedara destrozada por culpa de la SRV y de Kaine, Michael comía, dormía y respiraba jugando. Era la sangre que corría por sus venas, sin importar que fuera o no sangre programada. Era parte de su ser, sin importar que fuera o no humano.

El juego lo era todo para él, y su pasión por él volvió a conquistarlo todo cuando estuvo tumbado en el ataúd de la SRV. Resultaba ridículo, teniendo en cuenta todo el peligro y los problemas que aquello suponía, aunque sintió la abrumadora y ya familiar emoción del momento en que el artilugio obraba su magia: los neurocables y los geles líquidos activándose, los dispensadores de aire asomando por sus cavidades, burbujeando e inyectando el líquido en su piel. Su propia vida se había convertido en un juego, el riesgo era cada vez más alto y estaba dispuesto a disfrutar de esa trepidante sensación en el Sueño.

La agente Weber los sumergió en un portal situado en una intersección entre dos calles con tiendas y otros locales que Michael no reconoció. Cuando abrió los ojos, el primer pensamiento que tuvo fue que le gustaba estar de regreso en aquel lugar. Weber había dicho que no podrían acceder al código como solían hacerlo, y una comprobación rápida les demostró que la agente no mentía, aunque el mundo que los rodeaba conservaba las características típicas de un entorno programado: la silueta borrosa de un edificio aquí y allá; esa apariencia estática de algunas nubes; pequeños fragmentos del asfalto donde se apreciaban los píxeles de la imagen si se miraban con atención... Ni el más hábil de los programadores podía emularlo todo a la perfección, y a menudo dejaban fallos técnicos a propósito. Si programaban un entorno demasiado realista, la gente podía acabar muy mal de la cabeza.

Salvo en *Sangre vital profunda*, por supuesto. Todas las normas cambiaban cuando se trataba de *Sangre vital profunda*.

—¿Dónde creéis que estamos, chicos? —preguntó Sarah, y se volvió poco a poco, describiendo un círculo, para tener una visión panorámica del lugar donde se encontraban. Su aura, y la de Bryson, habían sido disfrazadas; conservaban las características justas de sus verdaderas personas para reconocerse entre ellos.

Michael, quien supuso que él sería una versión modificada de Jackson Porter, analizó la calle con mayor detenimiento. Había unos cuantos transeúntes, aunque parecía una ciudad tranquila, los edificios eran pequeños y las tiendas, vulgares y corrientes, nada interesantes. Una barbería, una cafetería, un club social, una escuela de escritura de código... Había incluso una tienda de muebles, que era indicativo del gran interés que tenía alguien en que ese sitio recordase a una auténtica ciudad.

—Nunca he estado aquí —dijo Bryson.

—Yo tampoco —dijo Michael.

Sarah señaló al azar una de las calles que estaba casi vacía.

—No hay casi nadie. Y es pleno día. —Para subrayar lo que había dicho, una

ligera brisa levantó por los aires unos cuantos restos de basura que se deslizaron por el suelo y emitieron un ruido tan alto que casi sonó con eco. Dio la sensación de que el lugar estaba totalmente desierto.

—Esto es como una ciudad fantasma —dijo Michael.

—Sí, da repelús —admitió Sarah—. ¿Por dónde empezamos?

—El no poder ver el código está volviéndome loco. —Bryson no paraba de abrir y cerrar los ojos, parpadeaba como si quisiera sacarse una pestaña o una partícula de polvo—. Vamos a parecer idiotas si abrimos nuestras pantallas de red en el Sueño. ¿No se da cuenta Weber de lo importante que es para nosotros que parezcamos guais? —Sacudió la cabeza.

Sarah le dio una palmadita en la espalda.

—Tu ego sobrevivirá, no te preocupes. Venga, vamos a echar un vistazo.

4

Se dirigieron hacia una zona más alta de la ciudad, donde varios edificios se elevaban en la distancia. Resultaba extraño que, cuanto más se alejaban, menos personas veían. Resultaba incluso más extraño todavía que las pocas con las que sí se toparon no reaccionaran de ninguna forma al cruzarse con ellos, casi como si no los hubieran visto. Una mujer pasó caminando con la mirada perdida, y si Bryson no llega a apartarse de un salto de su trayectoria, se habría dado de bruces contra él.

—Un segundo —dijo Michael—. ¿Nos han vuelto invisibles a ojos de todo el mundo? ¿No nos ven?

—Eso es ilegal —comentó Bryson.

Sarah permanecía con la mirada clavada en la mujer mientras esta se alejaba.

—Supongo que la SRV puede hacer lo que le plazca. Fijaos en eso. —Y señaló a la mujer.

Michael vio que se detenía y empezaba a dar vueltas en círculo como si estuviera perdida e intentara orientarse. Arrastraba los pies por el suelo como si fuera un zombi y empezó a cruzar la calle sin molestarse en mirar por si venía algún coche.

«Coches», pensó Michael. Eran elementos tan comunes en el Sueño como en el Despertar; en un lugar como ese solía haber muchos, puesto que aspiraba a ser una imitación perfecta de una ciudad. No obstante, no habían visto pasar ni un solo vehículo.

—¿Qué narices le pasa a esa mujer? —preguntó Bryson.

—¿Qué narices le pasa a este lugar? —añadió Sarah.

Michael dio la espalda a la zombi errante.

—Sigamos adelante. Me pone los pelos de punta.

Cuanto más se acercaban al centro, más raro se volvía todo. No había ni un alma. Aparecían grietas en los edificios y en las aceras, para desaparecer después. Eran

visibles un segundo y se esfumaban; y se repetía el proceso. Michael se quedó mirando la amplia vitrina de una tienda sin cartel al pasar por su lado y no vio reflejo alguno en el cristal. No reflejaba nada, ni siquiera su propia imagen. Se sintió desconcertado al verlo; la superficie era como el cristal en todos los sentidos, tintado, reluciente, aunque casi opaco por la luz del exterior. Pero no se veía reflejo alguno. Pasó a toda prisa por delante.

Detectaron otros fallos técnicos. Una farola desaparecía y aparecía entre destellos y movimientos ondulantes, como si estuviera hecha de agua. Una alcantarilla se elevó flotando del suelo como un platillo volador y luego se desintegró en un millón de píxeles: mariposas digitales que se alejaron aleteando, hasta desaparecer doblando la esquina. El pavimento se combaba en algunos lugares para volverse a aplanar luego. Cada vez había más manchas que salpicaban las fachadas de los edificios, como si el propio código empezara a descomponerse. O quizá alguien estaba cambiándolo, estaba debilitándolo.

—Chicos, ¿qué creéis que está ocurriendo? —preguntó Bryson con toda tranquilidad.

A Michael no le sorprendía la serenidad de su amigo. Aunque todo fuera un poco raro, no los asustaba. Al menos, no de momento. Habían pasado por un sinfín de experiencias extrañas.

—Tal vez sea una característica de este lugar —sugirió el chico—. A lo mejor Weber nos ha metido directamente en un juego en lugar de dejarnos en un punto de encuentro. A lo mejor sí que se trata de una ciudad fantasma.

Sarah se detuvo.

—¿Me atrevo a sacar mi pantalla de red? —Lanzó a Bryson una mirada de desagrado—. Y no lo pregunto porque me importe mucho si la gente piensa que no soy guay. ¿Crees que Kaine podrá localizarnos si intentamos acceder al código?

—Estoy seguro de que Weber pensaba en eso cuando dijo que podríamos hacerlo a la antigua —respondió Michael—. Si nuestras auras están tan protegidas como nos ha asegurado, nuestras pantallas de red están seguras. ¿No os parece?

Como respuesta, la chica se presionó el audiodispositivo y encendió su pantalla de red. Transcurridos unos segundos de curiosear por varios sitios, dijo:

—Tíos, es muy difícil ver algo. Las imágenes no paran de parpadear y dar botes. No estoy acostumbrada a programar código en la pantalla de red estando en el Sueño, pero parece que algo no funciona.

Michael encendió su propio audiodispositivo para echar un vistazo y vio exactamente lo que Sarah había descrito. En pocas ocasiones había visto el código del Sueño de esa forma —en una anticuada pantalla de red—, pero sí que parecía raro. El código se desordenaba en algunos puntos de forma arbitraria y rebotaba por la pantalla en otros momentos, de modo que resultaba más confuso.

—Qué raro —fue el comentario más ocurrente de Michael. Intentó introducir varias líneas de código, pero nada funcionaba. Las cifras y letras se desplazaban de

modo caótico por la pantalla, y esos movimientos no tenían efecto alguno, al menos no que él pudiera apreciar—. Muy raro.

—¿Me molesto siquiera en activar la mía? —preguntó Bryson—. Hasta ahora no parece que vosotros dos estéis consiguiendo gran cosa.

Sarah iba a responder, pero apenas había llegado a abrir la boca cuando se vio interrumpida por un grito procedente del edificio más próximo. Michael levantó la vista, un escalofrío gélido le recorrió el cuerpo. Miró justo a tiempo de ver cómo una mujer salía corriendo de detrás del edificio, sujetándose el cuello como si alguien hubiera intentado estrangularla. Avanzaba dando tumbos, como si estuviera luchando contra alguna fuerza invisible. Tropezó y se tambaleó en medio de la calle. Al final, cayó desplomada al suelo.

Cayó boca abajo y le quedó la espalda a la vista. Michael contuvo la respiración, impactado. Pequeños rectángulos de luz azul la cubrían de un omóplato al otro. Ascendieron por el cuello hasta la nuca y le levantaron el pelo al salir volando. El chico recordaba muy bien dónde había visto algo así con anterioridad: en el club Negro y Azul. KillSims. Se comieron el alma digital de Ronika. No solo devoraron su código, sino que le provocaron una lesión cerebral permanente en el Despertar. Por lo visto, le había ocurrido lo mismo a esa mujer tendida en el asfalto. Cual brasas incandescentes, los rectángulos luminosos y azules se propagaron por el cuerpo de su víctima.

—Están devorándola —susurró Bryson, y Michael fue consciente de que aquello era lo más espeluznante que había dicho jamás.

5

Sarah avanzó con la intención de ayudar, pero Michael la sujetó por el brazo y tiró de ella hacia atrás. Ella lo apartó de un manotazo y ambos cayeron al suelo.

—¿Qué haces? —le preguntó ella mientras se zafaba de él—. Tenemos que... — Pero entonces se calló porque se sintió derrotada, y se volvió lentamente para ver cómo la mujer era consumida por el ataque a su código. Brillaba desde el interior, donde habría estado el corazón se veían deslumbrantes luces azules palpitantes.

—No podemos hacer nada —dijo Michael—. Quién sabe, nos podríamos contagiar si la tocamos. Y si hay KillSims cerca tendremos que largarnos de este lugar cuanto antes. —Como si fuera necesario que se lo recordase.

El suelo empezó a dar botes y los lanzó a los tres por los aires. Michael conservó el equilibrio y se agarró a Sarah, pero Bryson cayó de rodillas.

—¿Qué ha...? —empezó a preguntar, pero la calle volvió a rebotar bajo sus pies. En esa ocasión, Michael y Sarah también cayeron.

El suelo tembló, al principio fueron pequeñas vibraciones, pero luego se intensificaron hasta que Michael se sintió como si estuviera en un barco, zarandeado

de un lado para otro por un mar embravecido. Los edificios que los rodeaban se estremecían, se balanceaban de atrás hacia delante desafiando todas las leyes de la física. Parecían de goma: se doblaban, se retorcían y llegaban a agrietarse por algunas partes. Fragmentos de piedra resquebrajada salían disparados por la tensión de las paredes. El ruido inundaba la atmósfera, se oían explosiones tremendas y chirridos metálicos. Aquello recordó a Michael las visiones que había tenido durante la decadencia de su programación como tangente, aunque resultaba evidente que sus amigos también estaban sufriendo.

Colocó las manos sobre la tambaleante superficie de la calle y se estabilizó, luego se levantó poco a poco y recuperó el equilibrio como si estuviera de pie sobre una tabla de surf levitadora. Alargó la mano en dirección a Sarah y la ayudó a levantarse, fue casi como si estuvieran bailando.

—¡No estoy de humor para esto! —gritó la chica con sarcasmo, lo bastante alto para que se oyera a pesar del ruido. Pero tenía el rostro pálido por el miedo. Michael se preguntó si habría olvidado de forma momentánea que se encontraban en el Sueño.

—Chicos, ¡mirad! —gritó Bryson, y señaló la calle hacia la que se dirigían.

Michael tuvo que dar un paso a la derecha para ver más allá de Bryson, y el movimiento estuvo a punto de hacerlo caer de nuevo. Pero recuperó el equilibrio y estudió con detenimiento la escena, sin estar muy seguro de dónde había señalado su amigo. Había muchas cosas que ver.

La mujer que había sufrido el ataque digital había quedado reducida a una silueta apenas humana hecha de planos de luz azul; algunos de ellos habían empezado a desvanecerse, arrastrados por una corriente que Michael no llegaba a percibir. No tenía ni idea de lo que le había ocurrido. No había ni rastro de los KillSims.

Por detrás de la mujer, calle abajo, extrañas manchas de curiosos colores empezaban a caer del cielo como rayos. Parecía que el horizonte estuviera hecho de papel y unas zarpas estuvieran desgarrándolo. Una luz verde, azul y amarilla refulgía con tanto brillo que a Michael se le llenaron los ojos de puntitos de colores incluso cuando volvió la cabeza hacia el otro lado. Miró de nuevo con precaución y vio cómo crecían los desgarrones del horizonte, ya llegaban hasta el suelo y se extendían hacia donde él se encontraba.

El chico entendía lo que estaba ocurriendo. Al menos, hasta cierto punto. Había alguien, en alguna parte, que estaba borrando el lugar del mapa, literalmente. Michael no estaba muy seguro de lo que les ocurriría si se quedaban allí a presenciar su destrucción.

—¡Volvamos al Portal! —gritó—. ¡Ahora! —De pronto se imaginó a sí mismo y a sus amigos regresando a los ataúdes de la SRV con una lesión cerebral—. ¡Vamos!

No hizo falta que lo repitiera. Los chicos ya habían empezado a desandar el camino, a todo correr y dando tumbos. Un sonido inconfundible inundaba el ambiente, ensordecía todo lo demás... Era un chillido agudo, desgarrador. Michael miró hacia atrás y vio un enorme abismo que avanzaba imparable hacia ellos, y el

pavimento iba abriéndose con una grieta irregular y se oía un zumbido como de electricidad estática. El mundo estaba partiéndose en dos, y el terrible ruido que producía toda esa destrucción les hacía creer que los oídos empezarían a sangrarles en cualquier momento.

La tierra se estremecía con brusquedad bajo sus pies, los desgarros provocados por el programa eran como relámpagos que los envolvían por todas partes, y el ruido era tan fuerte que resultaba insoportable. Michael vio la columna plateada del Portal por delante de ellos; incluso ese elemento parecía menos sólido de lo habitual.

Algo cálido y húmedo le cayó sobre el brazo. Miró hacia abajo y vio uno de esos fragmentos azules de luz revoloteando sobre su piel. Se lo sacudió, observó cómo caía al suelo y lo vio desaparecer por un abismo de código en desfragmentación.

—¡Más deprisa! —gritó, aunque apenas se oyó a sí mismo por el estruendo de los chirridos.

Sarah estaba justo a su lado, corriendo a toda pastilla, con las manos cerradas en puños y moviendo los brazos a toda velocidad. Bryson corría unos metros por detrás, iba dando botes sobre el suelo despedazado. El caos se propagaba y estaba a punto de engullirlos.

Michael se concentró en el Portal. Se encontraba a menos de veinte metros. Estaba desapareciendo como una columna traslúcida sacada de un sueño. A continuación se abrió un hueco por debajo de él, un agujero gigantesco en el suelo que desapareció hasta convertirse en una ruina de píxeles, un torbellino de código sin sentido. El chico se quedó mirando impactado cómo el Portal caía en el abismo. En un abrir y cerrar de ojos, desapareció.

Michael se detuvo. Iba inspirando grandes bocanadas de aire, jadeando, mientras daba vueltas sobre sí mismo y observaba cómo se desintegraba el mundo que lo rodeaba. Sarah estaba allí, y él la tomó entre sus brazos. Bryson se reunió con ellos, y se fundieron los tres en un abrazo conjunto. Todo era ruido y destrucción.

Sarah se había inclinado para acercarse al oído de Michael, y él estaba seguro de que le había dicho algo, aunque no lo oyó. Justo cuando sintió el aliento cálido de ella sobre su piel, el suelo que tenían bajo los pies se hundió, y cayeron al vacío de código en descomposición.

Luz.

Ruido.

Viento.

Caída.

Michael se soltó de sus amigos y se vio arrastrado al abismo.

La escalera infinita

1

Michael no supo cómo ni cuándo terminó todo aquello.

No hubo aterrizaje forzoso. No sintió que su aura se rompiera por haber caído en una superficie dura a kilómetros de distancia, por debajo de aquella polvorienta y vieja ciudad. El ruido había cesado. No se oía nada en absoluto. Solo un silencio atronador. Un silencio tan total que dañaba el oído. Al menos estaba tumbado boca arriba en un espacio oscuro y tranquilo.

Se volvió, poco a poco, hacia un lado, luego se incorporó y comprobó cómo se sentía. Esperaba sentir dolor, o al menos alguna molestia, pero estaba bien; en cualquier caso, algo mareado. La oscuridad que lo rodeaba era tan profunda que prácticamente ejercía presión sobre él. Alargó los brazos, se incorporó y recorrió el lugar a ciegas, arrastrando los pies, con la esperanza de topar con una pared, una silla, cualquier objeto. Sin embargo, no había otra cosa que el duro suelo bajo sus pies y ese silencio desquiciante.

—¿Sarah? —dijo. Incluso a él le sonó rara su propia voz, fue un sonido gangoso, como si estuviera resfriado y tuviera la cabeza abotargada—. ¿Bryson? Chicos, ¿estáis ahí?

—Mi-chael.

Retrocedió de un salto varios pasos, giró ciento ochenta grados, desesperado por ver algo. Esa voz... Resultaba desconcertante... Mecánica y amenazadora, como procedente de otra dimensión.

—Mi-chael.

Inspiró de pronto una bocanada de aire, impactado, y volvió a girar sobre sí mismo ciento ochenta grados.

—¿Sarah? ¿Bryson? —susurró. Y luego gritó—: ¡Chicos! ¿Sois vosotros?

—Mi-chael. —La voz le sonaba tan extraña y sobrenatural que ni siquiera acertaba a distinguir si era masculina o femenina.

—¡Sarah! —gritó—. ¡Bryson!

No hubo respuesta.

Recordó su pantalla de red y se presionó a toda prisa el audiopad para encenderla. El fulgor verde casi lo cegó, pero no reveló ninguna presencia en el lugar. La apagó y se dio cuenta de que sería mejor que sus ojos intentaran adaptarse a la oscuridad y acostumbrarse a ella; la pantalla no haría más que perjudicar su visión nocturna.

Avanzó arrastrando los pies, con los brazos estirados hacia delante, y se dirigió hacia el lugar de donde imaginaba que procedía la voz. Pero ahí no había nada. Continuó caminando y caminando, convencido de que iba a estamparse contra una pared en cualquier momento, pero seguía sin ocurrir nada.

—Mi-chael.

Se detuvo. En esa ocasión, la voz sonó justo encima de él. Michael se quedó helado, intentó regular el ritmo de su respiración y esperó. Echó la cabeza hacia atrás para mirar hacia arriba en un intento de ver algo en la oscuridad. Al final, transcurridos unos segundos, creyó vislumbrar una tenue luz sobrevolando el suelo, a unos centímetros por encima de él, en el cielo negro y sin estrellas.

Hizo bocina con las manos y gritó tan alto como pudo.

—¡Sarah! ¡Bryson!

Nada.

Sin embargo, esa luz seguía allí. Era tenue, pero estaba allí.

Se sentó en el suelo y agachó la cabeza. Tenía que pensar. La imposibilidad de manipular el código estaba volviéndolo loco. Nunca se había visto obligado a usar una pantalla de red para programar dentro del Sueño, y no sabía si se le daría bien. El código de la Red Virtual era muy distinto al del Despertar. Era más visual e intuitivo. Pero debía intentarlo. Tenía que llegar hasta esa luz. Fuera como fuese.

Encendió su pantalla, que cobró vida entre luces, y se puso manos a la obra.

2

Le costó una hora conseguirlo. Quizá fuera la hora más larga y agotadora de toda su vida. La pasó sudoroso, concentrado, indagando entre interminables líneas de código, rodeado por una espantosa oscuridad y un silencio agobiante. ¿Y qué consiguió a cambio de todo ese esfuerzo?

Una escalera.

Acabó robándola de un juego al que había jugado hacía muchísimo tiempo llamado *Burros sobre plataformas*. Uno de esos juegos tan sumamente tontos al que todo el mundo se enganchaba. El jugador tenía que navegar por un complejo laberinto de puentes, rampas, arcos y rellanos —todo muy complicado y enmarañado, casi ilógico—, al tiempo que esquivaba una serie interminable de trampas y monstruosas criaturas. Y todo para encontrar unos burros perdidos y llevarlos de vuelta a la casa de un chico llamado Scooter.

Al final, Michael se había aburrido del juego original y había programado escaleras gigantescas que desafiaban la ley de la gravedad para atacar el sistema. En ese momento, con su nueva identidad, como Jackson Porter, no resultaba tan difícil duplicarla.

Una de esas escaleras flotaba sobre él y se extendía en la oscuridad hacia la luz

que estaba mucho más arriba. Empezó a subirla.

3

El brillo de la lejana luz se intensificaba a medida que ascendía, sus contornos se veían más definidos. Era una luz fría, casi azul, y asomaba por una abertura con forma de círculo perfecto. Tuvo que detenerse varias veces para ajustar la programación de la escalera, para asegurarse de que lo conducía en la dirección adecuada. Mucho más abajo, la estructura rozaba la superficie del suelo mientras se desplazaba a voluntad del chico. «Estos son los milagros del Sueño», pensó, asombrado.

Michael subió, subió y subió, siempre hacia la luz. Estaba seguro de que a alguien más listo que él se le habría ocurrido una buena metáfora filosófica, pero él solo podía pensar en cómo le sudaban las manos y en lo mucho que echaba de menos a sus amigos.

Tras media hora larga de ascensión por la empinada escalera, llegó al borde de la fuente de luz. Se detuvo a unos centímetros y levantó la vista hacia el falso cielo; unas nubes grises surcaban el fondo azul. Hizo una pausa, inspiró una última bocanada de aire y subió el tramo que le quedaba, como un obrero ascendiendo por el hueco de una alcantarilla abierta para salir a alguna calle abarrotada de la ciudad, con la esperanza de que no pasara nada por encima que pudiera degollarlo.

Se detuvo a dos peldaños por debajo de la luz, tan impactado por el ruido que al principio no sabía qué ocurría. Se había acostumbrado al silencio, a pesar del poco tiempo que había pasado en el lugar. Lo que oía en ese momento era muy nítido y reconocible: el majestuoso sonido del vaivén de las olas marinas. ¿Era el mar?

Intrigado, subió a toda prisa los últimos peldaños y, con cautela, echó un vistazo por el agujero circular. La vista se le adaptó poco a poco al resplandor de la luz procedente de arriba, aunque seguía sin estar preparado cuando sacó todo el cuerpo al exterior. Cegado por el brillo y ensordecido por el ruido, necesitó un par de segundos para volver a centrarse. Y, cuando lo consiguió, quedó boquiabierto.

Salió a la cima de una enorme roca de pizarra negra que sobresalía entre las aguas revueltas de un vasto océano morado. Las olas chocaban contra la piedra y lanzaban chorros cristalinos de líquido violeta que parecía vino espumoso. El ruido que producía era un estruendo constante que inundaba el aire. Una lluvia del agua teñida por las volutas de colores le empapó la cara. El agua estaba tan helada que se le cortó la respiración. Se secó los ojos y notó un ligero escozor provocado por el salitre. Resultaba estimulante, y lo hizo sentirse más despierto de lo que se había sentido en mucho tiempo.

Entrecerró los ojos y analizó el mar infinito que se extendía en todas direcciones. Su superficie irregular llena de penachos blancos parecía el glaseado de un pastel

violeta. No lo surcaba ningún barco, ni aves, ni ningún tipo de ser marino, tampoco había tierra a la vista. Otras dos rocas negras eran lo único que rompía la monotonía. Estaban situadas en puntos equidistantes, a unos treinta metros de la suya; las tres componían un triángulo perfecto. Al principio no lo distinguió con claridad, pero al mirar hacia las otras piedras, se dio cuenta de que había una persona sentada en cada una de ellas. Y estaba bastante seguro de quiénes eran.

Bryson y Sarah.

Michael sacó todo el cuerpo y se arrodilló al borde del agujero. Agitó los brazos y gritó los nombres de sus amigos tan alto como pudo, pero el rugido del viento y el mar enmudecía su voz. Al final, los dos jóvenes lo vieron saludando y correspondieron el gesto. Michael no podía ni imaginar adónde los habían enviado — ni por qué—, aunque en realidad, en ese momento, le traía sin cuidado. Se sentía muy aliviado de reencontrarse con Bryson y Sarah.

Volvió a mirar hacia el agujero por el que había salido y se quedó observando cómo desaparecía hasta ser sustituido por una masa de piedra que se fundió con el resto del islote. Fue como si en ese punto de la superficie jamás hubiera ocurrido nada.

«¿Qué será este lugar?», se preguntó Michael.

Miró con detenimiento la superficie acuática irregular que tenía debajo y deseó tener el valor para cruzarla a nado, pero se percató de que aquel mar tenía algo raro, además del color morado. Daba la sensación de ser un medio cargado de electricidad estática, con chispas, destellos y líneas de código borrosas, todos moviéndose en el agua como criaturas marinas. Cuando realmente reflexionó sobre el color del agua, le recordó a las veces en que se había sumergido en zonas del código fuente dentro de la Red Virtual; partes sin desarrollar pendientes de ser moldeadas por la programación definitiva.

Nadar se le antojaba una mala idea. Estaba planteándose la posibilidad de programar un puente cuando Sarah se le adelantó: un haz de luz verde se proyectó desde su roca surcando el aire. Era algo sencillo, una superficie plana de un metro de ancho que cruzaba la distancia que los separaba como si alguien estuviera dibujándola con un rotulador gigante. Michael sonrió, animado todavía por el golpe de agua fría que lo había despertado. Sabía exactamente de dónde había obtenido su amiga el código para crear aquella belleza. Era de un juego que tenía el sencillo nombre de *Puentes*. Un juego tan emocionante como parecía; solo habían jugado un par de veces antes de pasar a otros juegos más complejos y mucho mejores.

Incluso antes de que la primera estructura llegara hasta Michael, otro puente empezó a conectar la roca de Sarah con la de Bryson, donde el chico estaba acomodado como si estuviera tomando el sol, echado hacia atrás mirando hacia el cielo gris, aunque las nubes estuvieran tapando el astro. Lo que hizo pensar a su amigo que Bryson pasaba demasiado tiempo encerrado.

Michael se levantó y se protegió contra el viento justo en el momento en que otra

ola chocó contra su islote y lo mojó de pies a cabeza. Entre risas, volvió a secarse la cara. Durante un instante, olvidó todo lo ocurrido y se limitó a sonreír; se sentía como el rey del mundo.

En cuanto el puente de luz de Sarah llegó hasta Michael, el chico saltó encima y avanzó corriendo hacia ella. La superficie era resbaladiza, tal como la recordaba del juego. Se le puso la piel de gallina cuando el viento sacudió su ropa mojada, pero esa sensación fue una inyección de energía incluso más potente que el agua helada. Apretó más el paso.

Se encontraba a unos seis metros de distancia —ya casi había llegado—, cuando el puente desapareció y no quedó nada más que aire en su lugar. Soltó un alarido cuando cayó a las feroces aguas moradas.

4

El agua helada lo engulló, hizo que le ardiera la musculatura y le paralizó el corazón por el impacto. Michael pateó y braceó para avanzar, reflató de golpe y provocó una lluvia de salpicaduras luminosas y moradas en la superficie. Iba remontando el oleaje y miró hacia arriba, en dirección a la roca de Sarah, que se encontraba a tan solo unos metros, para ver si su amiga estaba mirándolo; logró distinguir que Bryson se encontraba junto a ella.

—¡Lo siento! —gritó la chica—. ¡Había olvidado que estas cosas funcionan con un límite de tiempo impredecible para el juego! —Se rio, intentó disimularlo, pero no lo consiguió. Bryson ni siquiera intentó disimular la risa.

Michael también se habría reído de no haber sentido que sus partes íntimas estaban a punto de congelarse.

—¡No sabía que fueras así de lento! —le gritó Bryson.

Michael se secó la cara y escupió una bocanada de la extraña agua morada, luego nadó hacia sus amigos. De pronto vio algo por el rabillo del ojo. Algo escurridizo, y había más de uno. En un ataque de pánico, salió disparado hacia delante, braceando como loco hasta llegar a la parte de la piedra negra que se inclinaba hacia el mar, y se encaramó a ella. Se arrastró sobre la superficie para alejarse del borde y quedó apoyado contra una pared natural e irregular.

Se agachó cuando una ola gigantesca lo empujó contra la piedra. Luego el chico se encaramó aún más y encontró muchos huecos en la superficie rocosa donde apoyar pies y manos. Cuando ya había llegado casi a la cima de la roca, encontró un saliente plano y se detuvo allí. Se tumbó boca abajo para poder asomarse y mirar hacia el agua, loco de curiosidad por saber qué era lo que se deslizaba por ese extraño océano.

Una nueva ola de agua gélida chocó contra la parte baja de la piedra, su cresta lo salpicó cuando agachó la cabeza. Retrocedió, se secó la cara, escupió y se echó el pelo hacia atrás. Luego se quedó mirando fijamente hacia abajo.

Lo que surcaba las aguas no eran ni anguilas ni peces de ninguna clase. Eran líneas de código empalmadas entre sí —auténticas líneas de cifras y letras—, que se retorcían y se convulsionaban como gusanos electrocutados.

Michael llamó a sus amigos con tanta fuerza que al gritar le dolió la garganta.

—¡Venid aquí!

5

Cuando Bryson y Sarah descendieron hasta donde se encontraba él, Michael se había puesto de pie. Se acuclilló con las manos apoyadas en las rodillas y se quedó mirando con detenimiento el agua. Quedaba el espacio justo para que los otros dos se situaran muy pegados a él. Ambos se sentaron en el suelo con las piernas colgando por el borde de la piedra. Una ola chocó y los salpicó a todos. Sarah soltó un grito y luego rio.

—¡Vaya! —exclamó Bryson, y señaló hacia varios lugares a la vez—. ¿Qué es eso? ¿Qué son esos...? —Michael sabía que Bryson había visto lo mismo que él. Y Sarah también, porque se quedó tan petrificada como la roca sobre la que estaban sentados.

—Es código —dijo Michael, aunque sabía que ya lo habrían supuesto. Resultaba innegable. Les era demasiado familiar, demasiado. Habían visto esas combinaciones de cifras y letras miles de veces. Ese mar morado estaba plagado de líneas de código que se deslizaban sobre la superficie y surcaban a nado el oleaje. Actuaban como si estuvieran desesperadas por generar un programa—. En cierta forma, están infectadas o destruidas, que seguramente es la razón por la que podemos verlas. Pero se trata de código.

—Vale —dijo Sarah, y echó las manos hacia delante como para recuperar el equilibrio—. Intentemos pensar todos juntos. ¿Qué es lo que estamos viendo exactamente?

—¿Y cómo hemos llegado hasta aquí? —añadió Bryson—. ¿Qué ha ocurrido con esa ciudad en la que estábamos? ¿Dónde estamos? Y mientras lo averiguamos, ¿dónde puedo conseguir una hamburguesa?

Michael se sentía como si estuviera en trance; apenas oía lo que decían sus amigos. Se quedó mirando el espumoso mar morado que tenían a sus pies, con las olas entrechocando y las salpicaduras que inundaban la atmósfera. Mirase a donde mirase, las líneas de código se solapaban unas con otras. Había tantas que llegó a plantearse si el mar estaría hecho a base de ellas.

Bryson le dio un codazo con suavidad.

—¡Eh, despierte, maestro!

Michael sacudió ligeramente la cabeza; tuvo que volver a enfocar la vista después de haberse concentrado para observar esas pequeñas cosas durante tanto rato.

—Lo siento. Es que todo es muy raro.

—Sí —fue lo único que dijo Bryson. Sin embargo, unos segundos después, añadió—: Supongo que voy a tardar en conseguir esa hamburguesa.

—Supongo que sí.

—El agua no es más que una ilusión —dijo Sarah sin venir a cuento. Michael sabía que había estado pensando, muy concentrada, desde que habían llegado a ese mundo extraño, y que ya había elaborado una teoría. Deseó abrazarla, a pesar de la ropa mojada, porque él, en ese momento, tenía el cerebro podrido.

—¿Te importaría desarrollarlo? —preguntó Bryson.

Sarah se volvió para mirarlos justo cuando una nueva ola rompió a sus pies: una lluvia de cubos de agua morada los empapó. Michael se secó a toda prisa los ojos, ansioso por escuchar lo que la chica tenía que decir.

Sarah se frotó la cara con ambas manos y luego se escurrió el pelo tanto como pudo.

—Bueno —dijo—, creo que Kaine está destruyendo partes del Sueño. Me parece que está avanzando sin tregua y está borrando el código, acabando con él. Todos sus restos están cayendo en este lugar. —Señaló el mar que los rodeaba moviendo los brazos en círculo—. Todo esto es, literalmente, un vertedero de código y la poza que contiene esa argamasa morada que lo contiene. De no haber contado con la protección de los programas de la agente Weber, creo que estaríamos metidos en un buen lío.

—Espera, ¿a qué te refieres? —preguntó Bryson—. ¿Habríamos acabado desmembrados y arrojados a este lugar como un montón de fragmentos de código?

Sarah asintió con la cabeza.

—Algo así. No sé si Kaine... ¿Cómo decirlo...? No sé si habrá generado este océano tan particular de forma intencionada, o si es una consecuencia natural de lo que está haciendo. Sin embargo, teniendo en cuenta cómo nos han protegido, creo que, de algún modo, hemos creado estas islas de piedra sin querer. De no haber sido por ellas, estaríamos nadando con los peces. Y con una parálisis cerebral, por lo que nos consta, de regreso en nuestros ataúdes. O con cualquier otra afección igual de mala.

—Esa mujer que vimos —dijo Michael—. En la ciudad. Se disolvió y quedó convertida en esas pequeñas chispas azules, como le ocurrió a Ronika. Quizá nos habría sucedido eso mismo. —Se estremeció de solo pensarlo.

—¿Cómo se te ha ocurrido todo eso, en el nombre de Gunner Skale? —le preguntó Bryson a Sarah. Parecía sincero, parecía que la había creído. Michael también la había creído. Y se preguntó si, a un nivel inconsciente, él mismo habría creado esa vía de evasión. Le recordaba cómo había manipulado el código de forma instintiva justo antes de que Kaine activara la Doctrina de la Mortalidad y lo transfiriese al cuerpo de Jackson Porter.

Sarah se dio cuenta de que estaba pensando, se encogió de hombros y sonrió con

cara de inocencia.

—Algunas veces me sorprende incluso a mí misma.

Los tres permanecieron en silencio durante un par de minutos mientras lo asimilaban todo. Michael sabía cómo había llegado su amiga a esa conclusión; cuando uno había pasado horas rebuscando en los códigos fuente del Sueño, llegaba a entender su funcionamiento de forma instintiva. Resultaba lógico. Y también lo era lo que ocurrió a continuación.

—Ya sé qué tenemos que hacer —dijo Michael.

Y entonces se lo explicó.

Sacacorchos

1

El frío gélido que sintieron al volver a sumergirse en las embravecidas aguas del mar morado cortó la respiración a Michael, que contuvo el aliento al intentar tomar aire mientras luchaba contra las blancas crestas de las olas. Bryson y Sarah se encontraban a su lado, pugnando por mantenerse a flote.

—¡Será mejor que esto funcione! —le gritó Bryson, bien alto, para que lo oyera a pesar del rugido de las olas.

—¡Ya sabes que sí! —le respondió Michael también a gritos.

A Sarah le temblaban los labios por el frío. Los tenía prácticamente del mismo color del agua que la empapaba.

—Tú no olvides que en realidad no estamos respirando este aire. Es todo fruto de la imaginación. En cuanto hayamos superado la parte más difícil, nos sentiremos más cómodos que nunca desde que nos sumergimos después de ver a Weber.

—¿La parte más difícil? —repitió Bryson—. Di mejor más horrorosa. Creo que es un adjetivo más apropiado. Serán los peores segundos de toda nuestra vida.

Michael sonrió, lo que arrugó su rostro congelado de una forma que le dolió; tuvo la sensación de que iba a quedarle hecho añicos. Aunque coincidía totalmente con su amigo. Lo que estaban a punto de hacer iba en contra de cualquier instinto de supervivencia humano.

Era de esperar que no murieran en el intento.

—Hagámoslo —les dijo a sus amigos—. Estoy bastante seguro de que funcionará. —Esbozó una nueva sonrisa deslumbrante al pronunciar esa última frase.

—Bastante seguro, ¿no? —preguntó Bryson, sin pizca de humor.

—Al noventa y nueve por ciento. —Y era la más pura verdad. Solo esperaba que el uno por ciento restante no supusiera el final de todo.

Sarah buscó su mano bajo el agua y se la apretujó.

—Vale —dijo ella—. Era yo la que os iba a soltar el discursito de ánimo, pero en realidad estoy asustada. No sé si puedo hacerlo.

—Sí que puedes —insistió Michael—. No se hable más.

Inspiró con mucha fuerza, luego se sumergió y la arrastró hacia abajo para hundirla con él. Abrió los ojos, sintió el escozor de la sal, pero se obligó a mantener los párpados abiertos y se repitió que solo estaba imaginando la sustancia que lo envolvía y que parecía agua de mar. De pronto desapareció el picor y lo vio todo con

claridad.

Sarah y Bryson estaban flotando delante de él, con las mejillas hinchadas, los cabellos flotando y formando un halo alrededor de sus cabezas. La luz del sol penetraba con sus rayos en el agua morada, e iluminaba millones y millones de cuerdas formadas por líneas de código; cifras, letras y símbolos encadenados. Estaban por todas partes. Como pececillos diminutos, pasaban como balas, iban de un lado para otro y giraban en remolinos.

Michael y sus amigos siguieron sumergiéndose poco a poco pero con ritmo constante; las leyes físicas no eran aplicables a la situación. Bajaban, bajaban y seguían bajando, braceando y agitando las piernas.

Michael estiró los brazos y dio unas palmaditas a sus amigos. Cuando lo hizo, ambos abrieron los ojos. Y los tres se miraron. Michael sabía que el miedo expresado por su rostro era un reflejo de lo que sentían sus amigos. Verdadero terror. Estaban a punto de hacer lo que más temían los humanos, sin importar lo valientes que fueran.

Ahogarse.

2

Michael se señaló la boca para intentar mostrar a sus amigos cómo hacerlo. Debían actuar de inmediato o se arrepentirían. Al chico le ardían los pulmones, le suplicaban que tomara aire. Si no lograban regresar a sus cuerpos enseguida, seguramente morirían de asfixia.

Sarah asintió en silencio y también lo hizo Bryson.

Había sido idea de Michael, por eso él creía que debía ser el primero en hacerlo. Hasta la última molécula de su cuerpo le gritaba que volviera a emerger a la superficie a la velocidad del rayo, que respirase el aire puro que inundaba el mundo fuera del océano. Pero se rebeló contra ese impulso. Con una última mirada desesperada a sus amigos, abrió la boca y dejó que el agua entrase en avalancha, se la tragó y dejó que le llenara los pulmones.

Sintió unos segundos de puro pánico, sintió el pecho oprimido por la agonía y quería respirar a toda costa. Las convulsiones recorrieron su cuerpo; de pronto sintió el corazón vacío y sin vida, su pulso fue ralentizándose, hasta que dejó de latir. Se retorció a izquierda y derecha, y volvió a inspirar más y más agua del mar que lo rodeaba, como si creyera que, si lo intentaba con ahínco, lograría obtener oxígeno del agua, tal como hacían los peces. Vio que sus amigos iniciaban el mismo proceso. Hileras de burbujas les salían por la boca y tenían los ojos abiertos de par en par por el miedo. En el instante en que Michael supo que se ahogaba, sintió una oleada repentina de tranquilidad recorriéndole el cuerpo, pues sus pulmones se llenaron de aire. Su corazón revivió, latía sin cesar y lo hacía de forma un tanto acelerada.

El proceso de transición fue algo instantáneo, nada que ver con la sensación de

reflotar en el momento en que alguien hubiera estado a punto de ahogarse. Michael sabía por qué: su cuerpo y su mente —vivitos y coleando en el interior del ataúd de la SRV— habían pasado del estado de ilusión del Sueño a su función normal. Desde la condición ilusoria de agonía letal a la condición de gozar de un organismo en perfecto estado. En consecuencia, ya no se encontraba sumergido en nada similar al agua. El frío, la humedad, el mar ejerciendo su presión sobre él, los sonidos amortiguados... Todo había desaparecido y había quedado sustituido por el cielo abierto. Michael seguía sintiéndose ligero, como si estuviera flotando, y seguía rodeado por líneas de código, pero podía respirar. Con cada bocanada de aire que le llenaba los pulmones se sentía tocando el cielo.

Sarah estaba a tan solo unos metros de distancia, y el chico se dio cuenta, por lo tranquila que parecía, de que ella también había completado su transición. Bryson llegó solo unos segundos después que su amiga, aunque quedó más alejado. Los tres juntos flotaban en un mundo surrealista de luces moradas y líneas de código, con la urgente necesidad de que alguien volviera a ponerlo todo en su sitio.

—Han sido los peores segundos de toda mi vida —dijo Sarah. Tenía la voz un poco... apagada. Sonaba casi robótica, como si la hubieran cargado con electricidad estática—. Recordadme que no vuelva a nadar en mi vida.

Bryson aleteó con los brazos, parecía un pájaro gigantesco y enloquecido, aunque, de algún modo, consiguió acercarse a los otros dos.

—Debo decir que esta experiencia se lleva un nueve en mi clásica escala de cosas desagradables. Preferiría que me comieran los *Reptiles de Laos* antes que volver a pasar por eso.

—Pero ha funcionado, ¿verdad? —preguntó Michael. No lo dijo con retintín. Sencillamente se sentía muy aliviado de que no hubieran muerto ahogados. Por algún motivo, de entre las incontables ocasiones en las que lo habían matado de forma virtual a lo largo de todos esos años, aquella le había parecido la más real.

—Bueno, supongo que sí —murmuró Bryson, e hizo un gesto con las manos señalando el extraño mundo que los rodeaba—. Si esto significa que ha funcionado. Yo esperaba aparecer en una biblioteca o en un lugar por el estilo. Como mínimo con una silla para descansar.

Sarah habló con mucha seriedad.

—Es raro, ¿sabéis? Por todos los programas con los que nos ha protegido Weber para asegurarse de que Kaine no nos localizara, estábamos como desconectados. Al menos, en comparación con nuestra situación habitual en el Sueño. Pero ahora estamos aquí. Rodeados de código por todas partes. Casi como siempre, como esos momentos en los que cierras los ojos en el Sueño y accedes al programa en el que estás.

—Y «casi» es la palabra clave —respondió Michael—. Espero que seamos capaces de hacer algo con todo esto. De no ser así, Weber nos hará volver y solo podremos decirle que fuimos a nadar y nos entró la curiosidad por saber qué se siente

al ahogarse. No hemos averiguado nada sobre Kaine.

—De todas formas, ¿cuánto tiempo ha pasado? —preguntó Bryson.

Sarah encendió su pantalla de red, su fulgor resultaba raro en ese mundo de código volador. Analizó con detenimiento un par de cosas y volvió a apagarla.

—Nos queda un montón de tiempo antes de que nos hagan volver —dijo—. Unas trece horas. Bueno, chicos, ¿qué queréis hacer?

Michael no lo dudó.

—Solo tenemos una alternativa. Hay que ensamblar parte de este código. Si son todo elementos que ha destruido Kaine, como esa ciudad en la que hemos estado, contendrá el rastro de sus pasos. O de quienquiera que trabaje a sus órdenes. O de quienquiera que lo haya hecho por él. En cualquier caso, creo que podemos reconstruir su recorrido. Incluso podemos llegar a descubrir dónde se oculta, si tenemos suerte.

Bryson soltó una risa sarcástica.

—Lo dices como si fuéramos a ponernos a preparar bocatas o algo igual de simple. Esto va a ser más difícil que *Demonios de la Destrucción*, amigo mío.

—Tú lo has dicho —respondió Michael. Y sí que iba a serlo.

—No será para tanto —dijo Sarah—. Para conseguirlo solo necesitamos el cerebro, colegas. Ha llegado la hora de que os comportéis como auténticos hombres y nos pongamos manos a la obra.

Bryson miró a Michael.

—¿Seguro que ella no era una tangente? ¿Uno de esos molestos programas de ayuda del juego *Antiguas Excavaciones de Runeville*? Estoy bastante seguro de que era uno de ellos.

Michael separó los brazos y dio la espalda a sus amigos. Unas luces moradas brillaban ante él, y en la distancia acechaban figuras misteriosas, ensombrecidas y difusas. Las líneas de código serpenteaban a su alrededor como un millón de orugas reptantes, listas para que él las diseccionara y volviera a unirlas. Se trataba de una clase de programación a la que jamás se había enfrentado, y estaba emocionadísimo.

Con los ojos entrecerrados por la concentración, se echó hacia delante y se sumergió en el código literalmente.

3

Le costó un rato acostumbrarse a aquella nueva forma de manipular el código. La experiencia retrotrajo a Michael a sus días de colegio —a sus falsos días de colegio, mejor dicho, recreados y programados—, cuando, aunque vivía dentro del mundo virtual de *Sangre vital profunda*, se divertía con sus juguetes. Con juguetes reales, tangibles. Bloques de construcción, cochecitos voladores, láseres virtuales y los numerosos muñecos de los juegos a los que los niños «mayores» jugaban en el

Sueño. A los pequeños no se les permitía sumergirse en la Red Virtual hasta que habían cumplido ocho años. La finalidad era velar por el buen desarrollo del cerebro y la adquisición de habilidades sociales, por eso se creó una ley, aunque el límite de edad variaba cada pocos años.

Por aquel entonces, Michael jugaba con sus manos y así desarrolló la imaginación que acabaría llevándolo a tantos lugares en el mundo virtual.

En ese momento sentía lo mismo. Sentía que estaba jugando. Jugando físicamente. Tocando los bloques de construcción de la programación, palpándolos, apretujándolos, intentando llegar a su esencia e interpretar su origen, a entender el contexto general del que habían formado parte en el pasado.

Él había formado parte de *Sangre vital profunda*. En calidad de programa. No había nadie más cualificado para encargarse de aquello.

Fue analizando un elemento tras otro. Sacó sus conclusiones. Construyó. Manipuló.

Jugó.

4

El tiempo se le pasó volando. Se había entregado a la diversión de la programación. Podría haber estado trabajando eternamente, y su cuerpo, reposando en el ataúd, se habría debilitado hasta tal punto que ni siquiera ese artilugio habría logrado seguir manteniéndolo con vida.

Alguien le dio un golpecito en el hombro, y eso lo devolvió a la realidad.

—¿Tienes algo? —le preguntó Sarah.

El chico se volvió de golpe para poder mirar a su amiga. Ella parecía cansada, aunque satisfecha. Bryson había ido alejándose, el entusiasmo que sentía por manipular el código le había hecho olvidar por completo lo que tenía a su alrededor. Una sombra indescifrable asomaba por detrás de las luces violeta que brillaban a sus espaldas; parecía una ballena gigante abriéndose paso hacia el lugar donde se encontraban los chicos.

—He conseguido mucho —respondió Michael volviendo a centrarse en Sarah.

—Yo también. Creo que ha llegado la hora de que nos conectemos. —Hizo una pausa y miró a su alrededor—. Bueno, supongo que aquí no podremos hacerlo. Vamos a pensar todos en una forma de conseguirlo.

—Me parece bien.

Avanzaron hacia Bryson aleteando, y la danza del pájaro loco esbozó sonrisas en sus rostros.

5

Cuando ya habían terminado, a Michael le dolía todo el cuerpo y le rugían las tripas. Ensamblar todas esas líneas de código le había costado un tremendo esfuerzo tanto físico como mental, y estaba muerto de hambre. El Sueño era así. El ataúd lo alimentaba con los nutrientes necesarios, lo mantenía vivo y bastante saludable. Pero eso no suponía que su cuerpo virtual no llegara al extremo de matar a todos los ocupantes de una sala a cambio de un perrito caliente.

Un mundo de código lógico se extendía más allá de donde a Michael le alcanzaba la vista. Era algo hermoso, muy bello, y los tres habían trabajado a marchas forzadas durante la última hora, más o menos, copiando los detalles que habían visto en sus pantallas de red para no olvidarlos. De esa forma, podrían compartirlo todo con la SRV en cuanto regresaran al despertar.

Michael apagó su pantalla. A pesar de lo divertido que había sido el proceso, ya había terminado. Oficialmente. No había ni una sola célula de su cuerpo que no se retorciera de hambre; comería y luego se acomodaría para dormir una larga y reparadora siesta.

—No puedo creer lo de ese tío —dijo, casi acostumbrado al leve eco de su propia voz—. Entiendo por qué Kaine quiere ser humano. Pero que quiera borrar de un plumazo la mitad de la Red Virtual no me parece demasiado lógico.

—¿Sabes qué es lo que todavía no entiendo? —dijo Sarah—. Por qué quiere ser humano. Quiero decir, aunque se descargue en el cuerpo de alguien de nuestra edad, dentro de cien años estará muerto. En el Sueño es inmortal, ¿verdad? Podría vivir para siempre.

—Bueno —dijo Bryson—, la Decadencia le afectará.

Sarah se encogió de hombros.

—Si puede descargar el cerebro de un tangente en un cuerpo humano, apuesto que puede apañárselas para que eso no le ocurra.

Bryson se rio.

—Sería muy divertido que después de haber hecho todo esto, se despertase en el cuerpo de un tío y lo atropellara un autobús al día siguiente. Yo incluso iría a su funeral.

Michael negó con la cabeza; algo de lo que había dicho Bryson lo había impactado.

—De ningún modo —murmuró en el instante en que empezó a atar cabos mentalmente—. Lo que está ocurriendo no es tan simple, no se trata solo de que Kaine quiera probarse un cuerpo humano. Está ocurriendo algo más. Algo mucho más grave. ¿Recordáis eso que dijo de que la Doctrina de la Mortalidad era un plan para alcanzar la inmortalidad? Podría estar planeando cambiar su inteligencia por otra humana, nueva y más joven, cada veinte años, y conservar una copia de seguridad en la Red Virtual por si, por ejemplo, lo atropella un autobús.

—Bueno, al menos tenemos alguna pista sobre él —dijo Sarah—. Sabemos dónde ha estado, qué ha hecho y dónde va a esconderse cuando haga lo que sea que quiera

hacer después de un duro día de trabajo.

—¿Crees que ese tío se molesta en dormir? —preguntó Bryson—. Tú sí lo hacías, Michael, pero tus programadores querían que creyeras que eras humano.

Michael se encogió de hombros y fijó la mirada perdida en la distancia, donde crecían todas aquellas extrañas sombras, se encogían y se solapaban por detrás de la lluvia de luces moradas. A pesar de su agotamiento, lo emocionaba la abundancia de información que habían reunido a partir del código fragmentado. «La SRV debería inclinarse ante el Triplete de la Muerte y venerarlo», pensó.

—¿Cuánto tiempo nos queda? —preguntó Bryson.

Sarah miró su pantalla de red, que seguía iluminada.

—Unos cuarenta y cinco minutos. Es de esperar que sigamos conectados con Weber. No veo muchos portales por esta zona.

—Estamos conectados —dijo Michael con tanta confianza que los otros dos ni siquiera contestaron. Algunas veces, él sabía lo que ocurría y no había más vueltas que darle.

Sarah tenía la intención de decir algo, pero cerró la boca de golpe cuando las luces que los rodeaban disminuyeron de intensidad. Michael no tardó mucho en entender qué ocurría, y un desagradable presentimiento le revolvió el estómago.

Las luces que mantenían ese extraño mundo iluminado empezaron a parpadear hasta apagarse del todo. Fueron fundiéndose una a una como bombillas estropeadas. La oscuridad se hizo más profunda, o quizá las curiosas sombras estuvieran agrandándose. Aunque en realidad daba igual. Algo iba mal.

—No creo que podamos esperar a Weber —dijo Michael—. Debemos acceder a otro programa. —Ya sabía cuál sería la respuesta exacta de Sarah, y también que la chica estaría en lo cierto.

Ella no lo decepcionó.

—No hay forma de hacerlo. Desde aquí no hay conexión; este lugar no es más que un vertedero. Tardaríamos demasiado en averiguar cómo escapar, lo mismo que nos ha costado reconstruir el recorrido de Kaine para intentar dar con él.

—Aunque pudiéramos acceder a otro programa —añadió Bryson—, ¿adónde iríamos? Todavía cabe la posibilidad de que Kaine se nos coma vivos con sus programas asesinos y que acabemos de nuevo en esta fosa séptica. Quizá no sobrevivamos a ella una segunda vez.

Michael protestó.

—¡Qué agradable es estar con vosotros, chicos!

Las luces destellaban a su alrededor y aumentaban a toda velocidad, como si les hubieran inoculado un virus que multiplicara su número de forma exponencial. Y las sombras crecían. La oscuridad avanzaba como una neblina e iba ennegreciendo el mundo, que en otro tiempo había estado inundado de luz morada.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Michael con impaciencia.

—¿Cuándo me he convertido en tu cronómetro oficial? —respondió Sarah, pero,

aun así, lo consultó en su pantalla de red—. Weber debería sacarnos de este lugar dentro de veinte minutos. No mojéis los pañales.

Michael reprimió una sonrisa que habría provocado a Sarah demasiada satisfacción. ¿Cuándo se había vuelto tan engreída?

—Van a ser veinte minutos muy largos —murmuró Bryson por lo bajini.

Como si un guardián cósmico del código hubiera escuchado su comentario, se levantó una ráfaga de viento. Los fragmentos morados empezaron a girar en remolinos y a formar nubes ralas de un azul cada vez más oscuro. Las ráfagas de aire, que aumentaban en intensidad, sacudían la ropa de Michael y su pelo. Las luces continuaban su danza, parpadeaban y luego se apagaban. Más de dos tercios de las mismas ya habían desaparecido, y la oscuridad era prácticamente total.

Entonces, tras un estruendo fugaz, todo se aceleró.

El viento sopló con la fuerza de un huracán y desgarró las ropas de Michael y de sus amigos. Nubes y volutas de neblina negra los envolvieron en remolinos, y una sinfonía discordante de ruido inundó el aire, y amenazaba con ensordecer a Michael de por vida.

Entonces vio algo por el rabillo del ojo. Volvió de golpe la cabeza para verlo mejor. Se trataba de un agujero de oscuridad, profunda y abisal, la cosa más negra que había visto jamás, un orificio que bostezaba con la boca cada vez más abierta, hasta convertirse en un agujero de varios metros de diámetro.

En algún punto de su interior, Michael creyó ver unos ojos amarillos.

6

Oyó una explosión a sus espaldas, un caos sonoro que estremeció la sustancia en la que estaba flotando. La onda expansiva lo empujó varios metros hacia delante en el código morado. Se volvió y vio un nuevo agujero abriéndose, a unos treinta metros de distancia, aunque ese no era negro. Ese último brillaba con un fulgor naranja y etéreo que surcaba la oscuridad. Aparecieron unas figuras en su interior: siluetas de personas de todas las formas y tamaños. Se movían y avanzaban directamente hacia Michael y sus amigos.

El chico se volvió de golpe una vez más y vio el agujero negro, los ojos. Las sombras se solapaban. También había figuras en su interior, las percibía aunque no las veía. Se acercaban. Se acercaban deprisa. Siluetas oscuras que de pronto se precipitaron al exterior del agujero.

Michael se quedó atónito y no tuvo tiempo de sentir miedo. Alargó la mano, agarró a sus amigos y los acercó hacia sí.

—¡Pero ¿qué narices ocurre?! —gritó.

—¿Qué hacemos? —gritó Sarah—. ¡Todavía quedan diez minutos antes de que Weber nos eleve!

Bryson se zafó de Michael y agitó los puños en el aire.

—Tenemos que luchar. ¡No podremos retenerlos durante mucho tiempo!

Michael no sabía qué hacer, pero se colocó en posición de defensa. Levantó los brazos, aunque se sentía completamente inútil. Las siluetas emergían de los dos abismos: personas por el agujero de luz naranja y criaturas de las sombras por el agujero negro. Michael pensó en qué ocurriría si los mataban. Ese lugar parecía impredecible. ¿Y si Kaine estaba detrás de todo ello? ¿Y si un ser de aquellos les absorbía la vida?

Sentía el deseo de salir corriendo, aunque no había lugar adonde ir. El viento rugía, el ruido lo inundaba todo y el enemigo los atacaba desde dos direcciones opuestas.

Su vida no valía nada.

7

No tuvieron ni un instante para descifrar quiénes eran sus atacantes. Desde las sombras llegaban criaturas de piel oscura, avanzando a grandes zancadas y arrastrándose hacia ellos. Eran seres de todas las formas y tamaños, no había una bestia igual a otra, Michael no había visto jamás ninguna parecida. Parecían KillSims con aspecto sobrenatural, deforme, con los ojos amarillos.

Desde la cegadora luz naranja llegaban personajes más reconocibles, aunque también extraños. Todos parecían personajes de juegos populares de la Red Virtual: guerreros con sus hachas; astronautas totalmente equipados con pistolas láser; gigantes con garrotes de madera; una mujer sobre un corpulento tigre con dientes de sable, blandiendo un báculo encendido; un caballero mecánico sobre su caballo robótico; un hombre de fuego y su camada de leones blancos; el sacerdote luchador de Grendelin; y un sinfín de variados personajes. Avanzaban hacia ellos en formación, a todo correr detrás de una persona que debía de ser su adalid.

Era una mujer. Alta e imponente, ataviada con una armadura de aspecto futurista, reluciente, tenía cuatro brazos y cuatro armas. En una mano sostenía con fuerza un grueso cilindro con cuchillas giratorias en la punta. En la otra, un haz de luz azul vibrante, como si estuviera a punto de ser disparada. Con otra más sujetaba una amenazante caja negra con un orificio abierto en un extremo. Y bajo el cuarto brazo llevaba una escopeta de cañón alargado igualita a una de esas de las batallas de la antigüedad.

Mientras esa mujer avanzaba corriendo hacia ellos, iban apareciendo adoquines por donde pisaba y que iban formando un camino. El resto de su ejército avanzaba sobre su propia superficie; haces de luz planos, grava pedregosa y zonas cubiertas de piedra o de hierba. Sus gritos de guerra inundaban la atmósfera y sus ojos brillaban inyectados en sangre por la furia.

Michael asimiló toda la escena en poco menos de unos segundos. Le dio la impresión de que el tiempo pasaba a cámara lenta y tuvo una de las sensaciones más extrañas de su vida. Creyó que esa ralentización temporal era real, como si la programación, aquella fosa séptica de tierras virtuales destruidas, quisiera contemplar el espectáculo. Los amigos de Michael seguían detrás de él, viendo lo mismo que el chico, moviéndose con la lentitud de un caracol, como moscas atrapadas en melaza.

Entonces, tras el soplo de una ráfaga de viento y un chirrido ensordecedor, todo volvió a adquirir una velocidad vertiginosa.

Los guerreros se aproximaban a toda prisa. Por un lado, ojos amarillos como fuegos fatuos, entre rugidos y dentelladas, reptando y a punto de atacar, formas de oscuridad imposible. Por el otro, héroes de décadas de juego avanzando sin pausa por sus caminos mágicos. La mujer feroz los guiaba a solo unos metros de Michael y sus amigos, y gritó a voz en cuello, emitiendo un sonido de piedras en desprendimiento y trueno ensordecedor.

«¡Apartaos, inútiles! ¡Hoy no os toca morir!».

¿Quiénes eran esas personas? ¿De dónde habían salido?

El instinto de Michael pudo más que la razón. El chico agarró a sus dos amigos y los acercó hacia sí. Luego estiró las manos y jugueteó con el código, lo manipuló con la mente, y comprendió lo que estaba ocurriendo desde un profundo nivel del inconsciente, como había hecho una vez en el Desfiladero Consagrado. Todo cuanto lo rodeaba era una recreación, una manifestación visual y secuencial de cifras y letras, que incluía a Bryson, a Sarah y a sí mismo. Arremetió contra esos elementos valiéndose únicamente de su pensamiento.

Sus amigos y él salieron catapultados hacia el cielo, como tres misiles humanos disparados hacia el éter, justo en el momento en que los ejércitos de luz y oscuridad chocaron entre sí como dos trenes de carga fuera de control.

8

Michael detuvo su vuelo a varios metros por encima de la batalla encarnizada, y los tres quedaron suspendidos en esa especie de pringue etéreo. La mente le daba vueltas como un ciclón, era un torbellino alimentado por un millón de pensamientos y avivado por una brutal inyección de adrenalina que le recorrió todo el cuerpo.

Sarah lo miró como si estuviera asustada. Asustada de él.

—He hecho lo que ella me había dicho —dijo Michael.

—¡Mirad! —gritó Bryson señalando hacia abajo.

Un par de combatientes rezagados se habían distanciado de la batalla: uno era una forma alargada y negra con ojos amarillos, y el otro, una masa amorfa con un mínimo de doce brazos y piernas. Ambos se aproximaban a Michael y a sus amigos volando a toda velocidad.

—Aléjanos de aquí, Superman —dijo Bryson.

—Weber debería elevarnos en cualquier momento —añadió Sarah.

Michael tenía la sensación de que se le bloqueaba la mente, como si la intensidad del esfuerzo realizado para codificar su huida hubiera consumido toda su energía mental.

Con desánimo intentó repetirlo, pero enseguida supo que sería inútil.

—Lo siento —masculló—. Ha sido una obra de un solo acto, colegas.

—¡Por el amor de Dios! ¿Qué ha pasado ahí abajo? —preguntó Sarah de pronto, como si no hubiera dos enormes bestias negras dirigiéndose hacia ellos, ascendiendo como una oleada de calor—. ¿Quiénes son esas personas que han acudido en nuestra ayuda? ¿Y cómo nos ha localizado Kaine?

—¿Y si hablamos de eso más tarde? —gritó Bryson—. Me parece que al final tendremos que luchar. —Agitó los puños, como si eso sirviera de algo.

Y las criaturas llegaron hasta ellos.

La forma alargada con aspecto de serpiente atacó a Michael, su cabeza de ariete impactó contra el pecho del chico. Apenas tuvo tiempo de ver el destello de los ojos amarillos antes de caer de cabeza al oscuro pringue morado. Braceando como loco, consiguió enderezarse a tiempo para volver a ver aquellos ojos justo delante de él. Vio una boca que se abría, unas fauces negras y brillantes que pretendían morderlo.

Michael se alejó de un salto y alargó las manos para agarrar al espantoso ser por el cogote. Apretujó su piel resbaladiza y musculada, intentando retenerla mientras la criatura abría y cerraba las fauces, lanzando una dentellada tras otra en su intento de arrancar la cabeza a Michael de un mordisco. El chico lo esquivó echándose hacia la izquierda, hacia la derecha, agitando el cuello de la bestia de un lado al otro para alejarla de su cara.

El ser se enroscó en el torso de Michael y luego en sus piernas. El joven no tardó en quedar envuelto por la criatura de pies a cabeza, enfundado en su negrura, mientras la criatura lo apretaba con más fuerza y empezaba a dejarlo sin respiración. Michael abrió bien la boca para poder tomar aire, mientras pensaba en una forma de conseguir ayuda, pero fue inútil. Luchó hasta agotar sus fuerzas para intentar arrancarle la cabeza a la bestia.

Ambos salieron dando vueltas, entrelazados, y girando sobre sí mismos como un sacacorchos. El mareo pudo con Michael y tuvo que desprenderse de la bestia y la soltó del cuello. En un abrir y cerrar de ojos, el ser abrió sus fauces y contraatacó a la velocidad del rayo. Cerró la boca y el mundo del chico se tornó oscuro. Tenía la cabeza en el interior de la boca del monstruo. Sus mandíbulas lo apretaban con fuerza y sus colmillos agujereaban su piel. Ni siquiera podía oír sus propios gritos; estaba envuelto por una bruma de sonidos amortiguados, de terror y dolor.

Se agitaba, con medio cuerpo dentro de la boca de la criatura, arrastrado por el ciclón de muerte y caos. Luchó contra la sensación de aturdimiento y se esforzó por agarrar las fauces gigantescas que le agujereaban la piel. Sus músculos se tensaron y

se le revolvió el estómago. El cuerpo alargado y musculoso de la criatura seguía retorciéndose para asfixiarlo y acabar con su vida, cada vez con más fuerza, lo que le imposibilitaba seguir respirando. El aturdimiento se convirtió en mareo, y empezó a ver estrellitas y destellos. Notaba el bombeo de la sangre en la cabeza, y recordó a los KillSims. Y cómo absorbían la vida de sus presas.

Recordó cómo habían matado a Ronika y estuvieron a punto de matarlo a él.

Ese estúpido ser que se le enroscaba en el cuerpo era primo lejano de los KillSims, Michael estaba convencido de ello. Su mareo no era solo fruto de las vueltas constantes y el dolor que le provocaba la bestia. El ser intentaba aniquilar la misma esencia de su vida.

Michael hizo un último intento con mayor ahínco y lanzó un grito por el esfuerzo de luchar contra la boca del ser gigantesco con aspecto de serpiente. Logró desplazar las fauces hasta que empezaron a desprenderse, poco a poco, de su piel; la sangre le brotaba de las heridas del cuello. Tiró con más fuerza de la boca de la bestia. Logró abrirla cada vez más, el hueco para escapar se ensanchaba, la presión ejercida sobre su cabeza se debilitaba, empezaban a remitir el mareo y la intensidad de las luces que veía, y sentía cómo regresaba a su cuerpo. La sensación lo recorrió como si las compuertas de un embalse estuvieran resquebrajándose: dolor, adrenalina, euforia y fuego. Michael volvió a gritar y, en esa ocasión, sí que lo oyó, fue un sonido agónico, ensordecedor, asfixiado. Abrió aún más las fauces de la criatura y volvió a ver el mundo morado que lo rodeaba.

Con cada centímetro de las fauces abiertas del monstruo, Michael sentía más confianza. Oía el crujido de los huesos, el desgarrar de los tendones, el grito de la criatura por haber sido derrotada. La presión que ejercía su cuerpo sobre el del chico se debilitó hasta acabar desapareciendo por completo. Michael se preparó para un último ataque, listo para arrancarle la cabeza al monstruo.

Sin embargo, se oyó un ruido similar al descorche de una botella. Un sonido que recorrió el lugar a toda velocidad, a la vez que aparecía un borrón formado por un estallido de colores. El mundo se combaba, se doblaba, giraba sin parar. La oscuridad barrió con todo. Entonces Michael empezó a parpadear, a intentar tomar aire y vio justo encima de él la tapa del ataúd de la agente Weber.

La mujer los había elevado y los había sacado del Sueño. Los neurocables le pellizcaban el cuerpo mientras se retiraban de su piel y reptaban de regreso a las cavidades donde quedaban ocultos.

Había regresado.

El código Lanza

1

Michael estaba empapado, en parte por los geles líquidos, pero también por el sudor que perlaba hasta el último centímetro de su piel. Se le hinchaba el pecho porque inspiraba con fuerza para tomar aire, con la sensación de que jamás inspiraría lo suficiente para saciar sus pulmones. Hasta cierto punto se recuperó y logró encontrar el cierre de la tapa. Lo abrió a todo correr y esperó, con impaciencia, el siglo que tardaba la tapa en abrirse levantándose sobre sus goznes. Una cálida luz penetró en el ataúd desde la sala, y el chico vio a la agente Weber allí plantada, con la cabeza agachada, mirándolo; su rostro se veía borroso. Todavía no había enfocado la visión.

Semiinconsciente, se alegró de haber decidido llevar calzoncillos para el viaje. Por lo general, lo hacía totalmente desnudo para experimentar con intensidad los efectos sensoriales del ataúd. Aunque estar ahí tumbado tal como su madre lo trajo al mundo le había parecido inadecuado en esa ocasión. No se había equivocado.

—¿Estás bien? —le preguntó la agente Weber.

Michael parpadeó unas cuantas veces hasta que vio a la mujer con claridad. La mirada de preocupación de su rostro parecía bastante sincera. Además, había cumplido la promesa de devolverlos al Despertar.

El chico se incorporó y no quiso dar importancia al mareo provocado por la brusquedad del movimiento.

—¡Sarah! —gritó—. ¡Bryson!

—Están bien —dijo Weber al tiempo que se arrodillaba junto su ataúd—. He logrado sacarlos de allí un poco antes que a ti; no tengo muy claro por qué me ha costado tanto elevarte. Había algo... Algo que provocaba interferencias, como si el sistema no pudiera conectarse con tu señal. Lo siento. De verdad. Las cosas se podrían haber puesto muy feas en ese lugar.

Michael agitó la mano, como si estuviera quitando importancia a la preocupación de la mujer. Sabía muy bien qué había ocurrido y por qué había costado tanto elevarlo. Aquella criatura —esa versión retorcida del KillSim— había succionado toda su esencia digital. Sintió tal impacto al ser consciente de lo cerca que había estado de sufrir una lesión cerebral permanente que le costaba respirar. Dejándose caer y deslizándose, salió como pudo del ataúd, se levantó, se tambaleó, se sentó e inspiró con fuerza para llenar los pulmones de aire. ¿Y si no hubiera conseguido abrir las fauces de la bestia?, ¿y si no hubiera sacado la cabeza de allí dentro? ¿Había

estado a punto de morir?

La agente Weber se encontraba a su lado, tocándole el hombro.

—¿Tan grave ha sido? —preguntó ella susurrante.

El chico asintió en silencio. Intentó no pensar en Ronika y en lo que le había ocurrido.

—Estoy bien. Pero es que... Me ha atacado una de esas... criaturas de Kaine. ¿Cómo nos ha localizado? Creía que sus códigos de ocultación eran supercomplejos.

Weber se incorporó en silencio, sin que se oyera el repiqueteo de sus tacones sobre el suelo, y ayudó a Michael a ponerse de pie.

—No os ha encontrado específicamente a vosotros —aclaró ella—. Ya lo he comentado con Bryson y con Sarah. Kaine se ha percatado de la enorme cantidad de programación que habéis llevado a cabo los tres y ha enviado a su caballería. Pero Sarah ha dicho que logró arrasar con la estructura del código antes de que él pudiera darse cuenta de que habías estado reconstruyendo sus pasos para dar con la información. Con todo, no esperaba que las cosas salieran tan mal en solo veinticuatro horas. Repito: lo siento.

—No pasa nada —dijo el chico. Se sentía incapaz de culpar a Weber. Una vez más, ellos tres se habían comportado como unos irresponsables. Y, lo que era más importante, ella había cumplido con su promesa de devolverlos al Despertar sanos y salvos.

Weber se dirigió hacia la puerta.

—Bueno, habéis regresado todos y estáis todos bien. Y, por lo que ha dicho Sarah, parece que habéis recabado una información increíble. ¿Es eso cierto?

Michael sintió un orgullo repentino y deseó que Weber no lo detectara en su expresión.

—Sí. La hemos conseguido. Y tenemos que actuar rápido. Antes de que él se dé cuenta y cambie de ubicación.

Weber siguió avanzando hacia la puerta, taconeando sonoramente con sus zapatos.

—Ya he convocado a las pocas personas en las que confío. Las he convocado en la Sala de guerra. Mientras tanto, tendrás que ducharte y comer. Para actuar hará falta que estemos al cien por cien de nuestras fuerzas, así que será mejor que duermas un poco.

A Michael le parecía bien. De maravilla.

Le daba la sensación de que acababa de cerrar los ojos cuando alguien lo despertó dándole un amable golpecito en el hombro. Él se incorporó de un salto, mirando a derecha e izquierda. Parecía que su cuerpo hubiera estado esperando el momento en

que el monstruo de Kaine regresara.

—¡Vaya, muchachote!

Era Bryson, y Sarah estaba junto a él. Resultaba raro volver a verlos con sus apariencias reales.

—No hace falta que te muevas tan deprisa.

Michael cerró los ojos y, aliviado, se dejó caer de nuevo sobre la cama. En realidad era más bien un catre, arrinconado en una habitación fría y oscura, junto a otros muchos. Sus amigos dormían a pierna suelta cuando él se duchó y comió, y no había tenido el valor de despertarlos. Sí que lo deseaba, quería despertarlos y abrazarlos, bueno, a Sarah, más bien. Pero, en lugar de hacerlo, se había desplomado sobre el catre y se había quedado dormido de forma casi instantánea.

Ella estaba de pie con los brazos cruzados, a los pies del catre de Michael, mirándolo con una sonrisa mal disimulada. Estaba contenta de verlo, se le veía en la mirada.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó Sarah.

Michael emitió un gruñido y volvió a incorporarse, basculó las piernas hacia el suelo al tiempo que se frotaba los ojos. Entonces confesó la verdad.

—Estoy hecho una mierda. Aturdido. Dolorido. Tengo la musculatura como si fuera una abuelita. —Aunque al menos no le dolía la cabeza, solo sentía un ligero atontamiento y el bombeo de la sangre en los puntos de su anatomía en que el ataúd había simulado las sensaciones provocadas por la lucha contra el KillSim. Si es que había sido un KillSim.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Bryson.

—¿El qué?

—¿Cómo sabes qué se siente al tener la musculatura de una abuelita?

—Antes jugaba a *Abuelitas a la hora del té*, y no me digas que tú no has jugado nunca.

Bryson y él empezaron a pelearse como colegiales sentados al fondo de la clase.

Sarah levantó las manos en el aire.

—Chicos, ¿habéis terminado? Yo sé más sobre ese juego de lo que vosotros creéis. Y ahora, venga ya, tenemos que hablar de cosillas un poco más importantes.

—Sí, es verdad —dijo Bryson, y de pronto se puso serio.

Sarah se sentó en el catre que estaba junto al de Michael, se echó hacia delante y lo besó en la mejilla.

—Es algo que Bryson jamás conseguirá —susurró, y fue evidente que le daba igual que su amigo lo hubiera oído.

—¿Y quién ha dicho que yo lo quiera? —replicó Bryson, aunque se puso colorado.

Sarah se limitó a sonreír sin quitar los ojos de encima a Michael. De pronto, el chico se sintió muchísimo mejor.

—Está bien —dijo—. ¿Cuál es el plan? ¿Dónde está Weber?

—Nos ha despertado y nos ha dicho que vendría a buscarnos dentro de nada —respondió Sarah—. Por lo visto tiene un equipo de personas que esperan reunirse con nosotros. Vamos a un sitio que ella ha llamado la Sala de guerra para contarles lo que hemos averiguado.

Michael asintió con la cabeza.

—Sí, a mí también me ha dicho eso.

—¿Qué vamos a decir? —preguntó Bryson—. El pasado otoño logré terminar de pura potra mi exposición oral sobre los anfibios.

—¿«De pura potra»? —repitió Sarah. Le dio una palmadita y luego se volvió hacia Michael—. ¿Y si te encargas tú de hablar?

—¿Yo? —La voz de Michael subió una octava—. ¿Por qué yo? El pasado otoño, cuando Bryson estaba acabando de pura potra su exposición sobre los anfibios, yo ni siquiera era humano. Quizá ni siquiera sepa usar las cuerdas vocales de forma correcta.

Bryson soltó un bufido.

—Está bien, ya lo haré yo —dijo Sarah.

Michael y Bryson intercambiaron una mirada: estaba claro que sabía desde el principio que ella sería la elegida. Antes de que Michael pudiera darle las gracias, alguien llamó a la puerta y esta se abrió de golpe. La agente Weber entró con paso firme y seguro, como siempre.

—Es la hora —les anunció. Se había esfumado el tono de culpabilidad y disculpas con el que había hablado antes. Volvía a mostrarse muy expeditiva.

—No estamos listos —dijo Bryson—. Necesitamos planificar nuestro discurso.

Sin embargo, Sarah ya se había levantado del catre y se dirigía caminando hacia la puerta. Se detuvo cuando llegó a la altura de la agente Weber y se volvió para mirar a sus amigos.

—Vamos —dijo—. Lo bordaremos.

3

La Sala de guerra.

Michael advirtió que había aguantado la respiración unos segundos después de que la agente Weber los obligara a entrar. El chico se detuvo un momento para contemplar el panorama. En un extremo de la gigantesca sala había un montón de gradas —algo similar a un teatro o un estadio—, las filas estaban parcialmente ocupadas por hombres y mujeres de todas las razas. Delante de cada uno de los presentes brillaba una pantalla de red, en la que la mayoría de ellos trabajaba con ahínco, sin percatarse de la aparición de los recién llegados. Michael se preguntó por qué la estancia no estaba totalmente ocupada.

En el otro extremo de la sala, una de las pantallas tridimensionales más grandes

que Michael hubiera visto jamás se encontraba flotando en el aire. Por lo general, esa clase de pantallas se reservaban para los juegos y las películas, pero aquella era gigantesca, de al menos treinta metros de ancho y casi lo mismo de alto. Era imposible calcular la profundidad que tenía, parecía que continuase hasta el infinito. Había mapas, diagramas y transmisiones realizadas desde lugares reales y lugares virtuales. Un enorme y detallado globo terráqueo estaba suspendido justo en el centro de la sala, giraba poco a poco, con símbolos y puntos diseminados por toda su superficie reluciente.

Michael se sintió como un espía del más alto nivel, dispuesto a conquistar el mundo. Y entonces se dio cuenta de que la agente Weber y sus amigos estaban mirándolo.

—Lo siento —murmuró—. Es que estaba pensando.

Weber avanzó hacia un estrado ubicado justo debajo del globo terráqueo, con varias sillas alineadas a su lado.

—Por favor —dijo—. Mi gente está ocupándose de numerosas cuestiones que requieren toda su atención. No quiero entretenerlos más tiempo del necesario.

Michael la miró con incredulidad. Que ella dijera algo así le hizo preguntarse si en realidad entendía cuánto estaba en juego. Iba a decir algo cuando Bryson se le adelantó y habló por él.

—¿«Numerosas cuestiones»? —repitió—. ¿Me toma el pelo? ¿Es que...?

Sarah lo interrumpió.

—Empecemos ya. Por favor. —A Michael le sorprendió que su amiga pareciera nerviosa.

Se volvió para mirar al público y se dio cuenta de que la mayoría de los agentes de la SRV habían abandonado sus ocupaciones y habían volcado su atención en los recién llegados. Saludó con un gesto ridículo y se sintió la persona más estúpida del planeta. Nadie correspondió el saludo.

—Adelante —dijo la agente Weber, y una vez más se dirigió hacia el estrado—. Tienes la palabra. Yo me encargaré de los controles; vincúlate con mi sistema si quieres que se vea alguna imagen en el Tablero de guerra.

—Guerra esto, guerra lo otro —le dijo Bryson por lo bajini a Michael—. Me parece un poco raro para una gente que supuestamente se dedica solo a supervisar lo que ocurre en la Red Virtual. Este sitio me da pavor.

—¿Pavor? —repitió Michael.

—Pavor.

Sarah ya se había abierto paso hasta el centro de la enorme sala. La agente Weber la seguía de cerca. Michael sujetó a Bryson por la camisa y las siguió. Se respiraba un ambiente un poco pesimista. ¿Qué otra cosa cabía esperar? El mundo entero debía sentir pesimismo cuando un programa informático intentaba dominar a la humanidad.

Weber subió al estrado y se acercó el micrófono a la boca, justo en el momento en que los tres chicos se situaban detrás de ella. Antes de que la agente pudiera decir

nada, los presentes se quedaron totalmente callados, las conversaciones entre murmullos se zanjaron de golpe.

—Buenas tardes —empezó a decir Weber, y su voz se oyó con eco—. Gracias por haber acudido a la reunión de hoy, sobre todo teniendo en cuenta que os hemos avisado con tan poca antelación. Algunos de vosotros estáis aquí virtualmente, pero me alegra contar con la presencia real del máximo número de asistentes. Solo he convocado a aquellos con los que he entablado una relación sólida de confianza a lo largo de muchos años.

Motivado por la curiosidad, Michael miró con detenimiento la sala y se percató de algo que no había visto al entrar: unos tres de cada diez agentes eran proyecciones holográficas acomodadas en sus asientos. Apenas se habría notado de no haber sido por la extraña luminiscencia que había en sus rostros y algún que otro fallo técnico en la imagen cuando se interrumpía la transmisión.

—Como ya sabemos todos —prosiguió Weber—, la Red Virtual se enfrenta a la que quizá sea la situación más peligrosa desde que nuestra agencia fue creada hace casi cincuenta años. Recurriendo a una antigua sentencia: «Nos encontramos ante una ardua y severa prueba». He querido convocaros a todos aquí para...

Michael se volvió y echó un vistazo a toda la sala mientras la mujer seguía hablando. Había algo que le molestaba y se sentía cada vez más incómodo. Mientras analizaba con detenimiento los rostros de todos esos agentes —hombres y mujeres vestidos con una gran variedad de atuendos étnicos—, cayó en la cuenta de qué era lo que le molestaba. De pronto lo entendió con toda claridad. Algo no encajaba y el chico sabía por qué.

—Sarah —susurró acercándose a ella.

Su amiga lo hizo callar con cara de enfado.

Michael negó con la cabeza. Volvió a pensar en la extraña actitud de la agente Weber en aquella conexión del cochambroso edificio que habían localizado. Pensaba en cómo ella lo había negado todo y en qué explicación les había dado de su actitud más adelante, cuando entraron en el cuartel general de la SRV y habían hablado con ella cara a cara. Weber no tuvo más remedio que contestarles y les dijo que le preocupaba que ciertos agentes tuvieran intenciones ocultas.

Teniendo todo eso en cuenta, ¿por qué se encontraban allí, delante de todos, presentados como ganadores en una ceremonia de premios? ¿Y qué pasaba con todas las órdenes judiciales para detenerlos? ¿Y con la búsqueda del desaparecido Jackson Porter?

Michael sintió la repentina urgencia de tomar a sus amigos de la mano y sacarlos corriendo de la sala. De salir huyendo mientras pudieran. Pero los había visto demasiada gente. No tenían escapatoria. No de ese lugar.

Sarah estaba dirigiéndose al estrado cuando Michael volvió a concentrarse en ella. Se aclaró la voz y encendió su pantalla de red para sacar sus notas. Weber se acercó hasta situarse junto a Michael y, como si le hubiera leído el pensamiento

hackeándose, se inclinó hacia él y le habló entre susurros.

—Solo he convocado a las personas en las que puedo confiar ciegamente. Pero ni siquiera ellos lo saben todo. Tendréis que fiaros de mí.

Hizo una pausa y echó un vistazo a la sala con expresión reflexiva, como si estuviera sopesándolo todo una última vez. Luego habló con voz grave:

—Tengo un plan.

—Bien —dijo Michael—, ¿no le parece que debería habérselo comentado a Sarah antes de echarla a los lobos?

Weber negó con la cabeza de forma casi imperceptible.

—Estas personas se plantean tanto las cosas que se lo piensan incluso antes de dar un lametazo a una bola de helado. Cuando por fin hayan decidido si hacer lo que Sarah va a sugerirles, la cuestión seguramente ya estará resuelta. En realidad, estas personas son mi plan B.

—¿Qué quiere decir?

—No tardarás en entenderlo.

4

Michael se quedó mirándola sin saber qué decir. No tenía ni idea de si podía seguir confiando en ella, aunque solo se sentía capaz de asentir en silencio. Weber parecía satisfecha y se dirigió hacia el fondo de la sala, donde la esperaba un gran tablero de mandos. Michael se centró en Sarah, quien por fin había empezado a hablar.

—Me alegro de que... —Se calló cuando el micrófono emitió un pitido, se lo alejó un poco y volvió a intentarlo—. Me alegro de que tengamos la oportunidad de hablar sobre lo que hemos visto. Porque mis amigos y yo... —Se volvió e hizo un gesto para señalar a Michael y a Bryson— hemos visto muchas cosas. Cosas que deberían preocuparnos a todos. Lo que estamos a punto de contarles debería convertirse en prioridad máxima para su agencia, y es necesario que actuemos con rapidez.

Michael estuvo a punto de soltar un gruñido de impaciencia. Quería a Sarah, la quería muchísimo, pero cuanto menos tardara en ir al grano, mejor.

—Creo que, a estas alturas, todos estarán familiarizados con la existencia de un tangente llamado Kaine —prosiguió Sarah—. Mis amigos y yo lo hemos visto con nuestros propios ojos: es un ser de carne y hueso y no alberga precisamente buenos deseos para la humanidad. Lo complicado es que, a diferencia de los tangentes tradicionales, él es omnipresente, no está solo en una parte de algún programa específico.

»No estoy muy segura de cuánta información conocen relativa a la Doctrina de la Mortalidad, aunque supongo que ya saben qué está ocurriendo. Algo que quizá no sepan, no obstante, es que Michael, aquí presente... —Y volvió a señalarlo— fue el

primer ejemplo de que la Doctrina estaba aplicándose con éxito. En el pasado era un tangente, pero su conciencia, su inteligencia, sus recuerdos, todo cuanto lo hace ser quien es ahora, fue transferido a un cuerpo humano. Mis colegas y yo estamos dispuestos a compartir con ustedes información vital sobre cómo podemos detener a Kaine.

En esa ocasión Michael sí gruñó entre dientes. ¿«Mis colegas»? Bryson se limitaba a mirar al público, y su expresión no revelaba qué estaba pensando.

Sarah prosiguió. Hablaba cada vez más rápido.

—Visitamos una ciudad estando en el Sue... en la Red Virtual, y... no había prácticamente ningún jugador en el lugar. Y los que llegamos a ver parecían preocupados y aturdidos. Vimos a una mujer a quien la había atacado algo que ya hemos visto antes, un programa diseñado para acabar con la vida en el plano digital. Lo siguiente que ocurrió...

Sarah siguió sin pausa, hablaba con más firmeza a medida que avanzaba, como si lo hubiera hecho toda la vida. Michael pensó que a lo mejor, algún día, acabaría convirtiéndose en la directora de la SRV. No le cabía ninguna duda de que sería capaz de hacerlo. Poco a poco, fue relatando a los agentes —la mayoría de los cuales estaban absortos con su discurso— todos los detalles de lo que ella, Michael y Bryson habían visto, lo que habían experimentado. La destrucción de la ciudad, el mar de color morado, el vasto océano de código en el que habían nadado para componer un retrato de Kaine y lo que habían hecho. Michael escuchaba con atención, aunque se dio cuenta de que, de vez en cuando, pensaba en otra cosa. No lograba dejar de plantearse la actitud de la agente Weber. Esa mujer era un misterio.

—... logramos seguir el rastro del código, reconstruirlo, para ver cuántos lugares había destruido Kaine. Aunque no sabemos por qué está haciéndolo. Otra de las cosas que está haciendo es tomar el control de las páginas comerciales, roba las claves de seguridad personales y manipula las bolsas de cambio. La razón de este movimiento es evidente: el tangente está amasando una cuantiosa fortuna.

«Amasando», pensó Michael. Sonaba muy profesional. Alguien intentó interrumpirla para hacerle una pregunta, pero Sarah le ordenó, no se lo pidió, que esperase hasta que ella hubiera terminado.

Prosiguió y dejó lo mejor para el final.

—Gracias a todo el código que logramos reconstruir, que me he encargado de grabar y enviar a la agente Weber, sabemos dónde está Kaine. Y no me refiero al lugar por donde pasea, ni donde está disfrutando de su comida virtual, ni donde está sentado, ni planeando qué hacer a continuación... Hemos descubierto algo mucho más importante. —Hizo una pausa para cerciorarse de que todo el mundo la escuchaba—. Sabemos dónde se encuentra el servidor central de Kaine.

Esto hizo que se propagara un rumor entre los agentes, y Michael no pudo evitar sentirse de nuevo orgulloso. ¿Se trataba de un público instruido? ¿Con experiencia? ¿Cuántas horas y días habían pasado buscando a Kaine desde el momento en que

creían que era un jugador de carne y hueso, un humano y no un tangente? Al final habían sido tres adolescentes gamberros los que habían dado con él. Michael, Sarah y Bryson, la Trilogía del Asedio. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para evitar que le aflorase una sonrisa en el rostro.

—Sabemos dónde está —prosiguió Sarah—. Hemos localizado su código fuente, su inteligencia. Sería lógico pensar que este formaría parte, en su totalidad o fragmentado, de la enorme cantidad de código que compone la estructura de la Red Virtual, para que este individuo pudiera estar donde quisiera, siempre que quisiera, pero no es así.

Hizo una nueva pausa, y Michael se planteó si no estaría poniéndose demasiado dramática. Al final pronunció la frase que seguramente habría bastado para explicarlo todo desde el principio.

—Kaine está dentro de un juego. Está dentro de *Sangre vital profunda*.

5

Un nuevo rumor de preguntas y conversaciones se inició en la sala. Michael oyó un taconeo a sus espaldas, se volvió y vio a la agente Weber dirigiéndose hacia el estrado con un pequeño mando en la mano. Apretó un botón al llegar junto a Sarah y, de pronto, el globo terráqueo que giraba sobre sus cabezas desapareció y fue sustituido por la panorámica aérea y tridimensional de una ciudad, en la que de pronto se amplió una zona determinada. Estar justo debajo y tan cerca hizo que a Michael se le revolviere el estómago. Apartó la mirada enseguida porque sabía de qué lugar se trataba.

Era el centro de Atlanta. La imagen estaba enfocada sobre un pequeño edificio en el que nadie se fijaría al pasar junto a él. Kaine había ocultado su residencia virtual en las mismísimas narices de la Seguridad de la Red Virtual. No cabía duda de que lo había hecho de forma intencionada, como una demostración de poder.

No era más que un detalle estúpido, pero a Michael le hizo odiarlo un poquito más. Daba la impresión de que el tangente sacaba todas las ideas de las antiguas películas de acción.

—La presencia de Kaine es palpable en todo el Sueño —dijo Sarah sin molestarse esta vez en omitir el uso de la expresión «Sueño». Estaba demasiado concentrada en el lugar que tenía delante—. Pero es como cualquier otro tangente, sin importar lo poderoso que haya llegado a ser. Sigue siendo un programa y todavía está hecho de código, aunque sea complejo. Ese programa depende de un servidor central, como todos los demás. Kaine ha ocultado bien su ubicación. Pero mis amigos y yo hemos llegado a conocer muy bien al tangente. Y tras analizar el mar de código del que acabamos de escapar y estableciendo paralelismos con todas nuestras demás experiencias, hemos logrado crear una puerta trasera para acceder a su servidor

central. No ha sido fácil, pero lo hemos conseguido.

—¿Quién fue el programador original? —preguntó un miembro del público elevando la voz.

Sarah miró a Michael. El chico se encogió de hombros, porque solo podían suponerlo.

—En realidad no lo sabemos —dijo ella—. Aunque, al parecer, sus orígenes se remontan al nacimiento de la era de Internet. Programado para aprender y crecer, Kaine ha estado trabajando para adquirir una conciencia desde entonces, al menos, por lo que nosotros sabemos. —Se aclaró la voz y dudó un instante, evidentemente preocupada por el hecho de haberse desviado del tema principal—. Ahora bien, volviendo a la ubicación de su código...

La imagen gigantesca que pendía sobre ellos se amplió para mostrar el edificio en cuestión: una pequeña estructura de tres pisos, encajada entre dos rascacielos. Puesto que se trataba de *Sangre vital profunda*, esa Atlanta era una réplica exacta de la real, y el hogar de Kaine había sido calificado como edificio histórico. Aquella era la única razón por la que no lo habían demolido hacía tiempo. El escondite perfecto para un tangente solitario.

—Dado que siempre ha sido localizado en el Sueño —prosiguió Sarah—, no creo que haya forma posible de que Kaine se haya aplicado a sí mismo la Doctrina de la Mortalidad. Era demasiado pronto. Querrá hacer muchas más pruebas antes de atreverse a hacerlo. Por eso estamos bastante seguros de que sigue ahí.

La agente Weber se acercó al micrófono, y Sarah se apartó con tal naturalidad que parecía que lo tuvieran ensayado. Eso molestó a Michael. Estaba seguro de que la agente quería llevarse todos los honores justo en el momento culminante de la presentación.

—Gracias, Sarah —dijo la mujer, y dedicó a Sarah una de esas falsas risas profesionales con la que expresó que ya estaba pensando en la siguiente cuestión. Se volvió hacia el público—. No creo que haga falta que os diga lo mucho que les debemos a Sarah y a sus amigos. Están sufriendo una presión tremenda. Baste con decir que han llevado a cabo misiones muy peligrosas para nosotros en más de una ocasión, y tenemos una importante deuda con ellos.

Hizo una pausa, uno los agentes entendió el pie que estaba dándoles y todos rompieron en aplausos. Michael habría jurado que incluso oyó vítores.

Cuando el público guardó silencio, Weber continuó.

—La información que han recabado nuestros jóvenes amigos es increíble. Creo que todos podemos sentirnos impresionados, que todos deberíamos sentirnos impresionados. En solo veinticuatro horas han hecho algo de lo que ninguno de nosotros ha sido capaz: han aislado el código fuente de la programación del tangente Kaine y han localizado su servidor central. Os enviaré todos los datos para que podamos iniciar el análisis profundo y desarrollar un plan de ataque. Nuestro objetivo, y no me lo tomo a la ligera... —Dejó esa última palabra suspendida en el

aire durante unos segundos—. Nuestro objetivo es actuar dentro de un plazo de siete días.

Eso provocó una oleada de susurros, como si la simple idea resultara escandalosa. Michael frunció el ceño. ¿Es que era demasiado tiempo o no era suficiente? En su opinión, deberían haber empezado a actuar el día anterior. Kaine podía trasladar su base de operaciones en cualquier momento. Y debían estar preparados.

Weber levantó las manos para acallar a la multitud.

—El tiempo es un elemento esencial. Repasaré los detalles finales y dejaré que os pongáis manos a la obra. Como podéis ver en el plano de Atlanta...

Bryson se inclinó en dirección a Michael.

—Esta gente va a cagarla. Te lo digo yo, colega —susurró, y retrocedió un paso, pues no esperaba respuesta.

Michael lamentó mucho estar totalmente de acuerdo con su amigo.

6

Una hora después, Michael se encontraba sentado a la mesa en una pequeña sala, comiendo perritos calientes. No era precisamente el acto más solemne tras acudir a una reunión en la Sala de guerra de la SRV.

Bryson estaba sentado junto a él removiendo con el tenedor una ensalada. ¡Él comiendo ensalada! Sarah estaba sentada al otro lado de la mesa, devorando unos perritos calientes cubiertos de chile y queso. Weber les había dicho que debía rematar ciertos asuntos antes de decidir cuál sería el plan de ataque. No había que olvidar que los tres eran fugitivos de la ley, aunque aparentemente habían convencido a la SRV de su inocencia en los cargos de ciberterrorismo y secuestro.

Cuando Weber los dejó en la sala de descanso, les presentó a un hombre de la cafetería a quien pidió que les sirviera lo que ellos quisieran. Por eso habían acabado comiendo perritos calientes y ensalada.

—Debo admitirlo —dijo Bryson, hablando al tiempo que masticaba una hoja de lechuga—. He desconectado por completo en cuanto esa mujer ha empezado con su discurso. De todas formas, eran cosas que ya sabíamos.

Michael dejó caer en el plato su perrito a medio comer. Se había saciado, aunque lo descubrió unos cuantos mordiscos después de que su estómago estuviera repleto. Se repantingó en el asiento y soltó un gruñido.

—¡Aj, he comido demasiado!

—¿De verdad? —preguntó Bryson con tono burlón—. Jamás lo habría dicho. —Y echó al plato de Michael una mirada de desaprobación.

—La próxima vez pediremos una de tus refinadas ensaladas —respondió Sarah—. Y media hora después, cuando estemos muriéndonos de hambre, pediremos más perritos calientes.

Bryson respondió dando un buen bocado a su comida para conejos; rumió como una vaca y gimoteó de placer.

—Lo has hecho muy bien en el estrado —le dijo Michael a Sarah—. En serio. Voy a hacer una predicción oficial: serás la directora de la SRV cuando cumplas los treinta. A los cuarenta, la presidenta del país. No olvides quién te lo dijo por primera vez.

Bryson emitió un sonido como diciendo «¡Venga ya!».

—Si es que seguimos vivos.

El comentario sonó mucho más tétrico de lo que seguramente pretendía, y los tres se quedaron callados. Durante apenas unos segundos, Michael había olvidado todas sus congojas.

—Gracias por recordármelo —refunfuñó.

—¿El qué? —preguntó Bryson.

—Nada. —Como un acto de provocación, dio otro mordisco a su perrito caliente. Si su estómago hubiera hablado, lo habría dejado sordo a base de protestas.

La sala volvió a quedar en silencio cuando todos se dieron un tiempo para pensar en sus cosas. Michael se sobresaltó cuando alguien llamó a la puerta aporreándola. Se abrió de golpe, por supuesto, y la agente Weber entró en la sala.

—¿Hemos terminado? —les preguntó con una alegría demasiado exagerada para parecer sincera.

Michael emitió un sonoro gruñido mientras se doblaba sobre sí mismo sujetándose la barriga. Empezaba a tomarse demasiadas confianzas con aquella mujer. Sarah soltó una risita.

—Interpretaré eso como una respuesta afirmativa —dijo Weber. Se acercó más a la mesa y se situó detrás de Bryson. Él no levantó la vista, aunque fue evidente que deseaba hacerlo.

—Me alegro de que hayáis tenido oportunidad de comer y descansar —prosiguió su anfitriona—. Porque debemos ponernos en marcha.

Eso despertó a Michael.

—¿Qué? ¿Para ir adónde?

—Necesito que los tres regreséis a las neurocajas.

El chico no estaba seguro de haberlo escuchado bien. Intercambió miradas de confusión con sus amigos. Al final, fue Sarah quien verbalizó finalmente lo que todos pensaban.

—¿Qué quiere decir? Creía que los demás agentes y usted iban a repasar los datos antes de actuar.

—¿Para qué quiere que seamos nosotros los que entremos en el ataúd? —añadió Bryson—. Creía que ya habíamos cumplido con nuestra parte. ¿No es esa la razón por la que acabamos de soltárselo todo a sus agentes?

Michael se quedó mirando a la agente Weber, a la espera de respuestas. Una vez más se encontraban al borde de un tremendo precipicio, a punto de ser empujados al

vacío.

—Hay muchas cosas de las que se encargarán mis agentes —dijo Weber—. Seguiros el rastro, ofreceros apoyo, proporcionaros ayuda en cuanto la solicitéis. Y, lo más importante, intentar localizar a los padres de Sarah. Yo me quedaré aquí y trabajaré con ellos. Ante todo, debemos ir a la caza de cualquier persona a la que la Doctrina de la Mortalidad haya transformado. Debemos empezar a pensar en cómo hacerlo. Mientras tanto os enviaré a los tres de regreso a la Red Virtual para que terminéis el trabajo. Habéis demostrado ser los mejores en muchas ocasiones, y no me atrevería a poner el control en manos de nadie más. Conocéis a Kaine al detalle, y esta misión debe realizarse con la máxima discreción.

Michael miró a sus amigos, que parecían tan anonadados como él.

—Me tomaré eso como una respuesta afirmativa —dijo Weber, y juntó las manos con gesto triunfal—. Vamos. Tengo algo que mostraros.

7

Lo que quería mostrarles ni siquiera existía.

En cualquier caso, no existía en el mundo real.

Se encontraban en el despacho de Weber, apiñados alrededor de una gigantesca proyección. Se trataba de una serie de imágenes y palabras que giraban en remolino, formando un círculo. Michael vio la imagen de un perro, un golden retriever, con un niño pequeño muy sonriente arrodillado junto a él. A Michael se le pasaron muchas cosas por la cabeza al contemplar aquella escena, pero, sobre todo, le hizo sentir que la agente Weber era una persona de carne y hueso, alguien que albergaba sentimientos.

Sin dar explicación alguna, la mujer dio unos toquecitos a la imagen, pasó la mano sobre la esfera proyectada y movió los objetos que la componían hasta que, de pronto, esta se esfumó y quedó sustituida por una sola imagen. Una caja metálica y alargada, rectangular, con la superficie cubierta de cables y electrodos. Mientras Michael y los demás la contemplaban, el objeto empezó a rotar.

—¿Qué es eso? —preguntó Bryson.

Weber avanzó hacia la proyección y situó los dedos a ambos extremos de la caja. La sujetó y la estiró hacia los lados, hasta ampliar mucho más sus dimensiones. Michael no lograba imaginar el auténtico tamaño del objeto.

—Esto es lo que usaréis para acabar con Kaine —dijo Weber con tono de plena satisfacción. Una satisfacción un tanto exagerada, en opinión de Michael, aunque no le molestó. Era evidente que la mujer despreciaba al tangente tanto como él—. Se trata de un proyecto en el que llevo trabajando mucho tiempo. Mucho, mucho tiempo. Y, aunque esté mal que yo lo diga, es un gran logro.

La mujer se quedó mirando la caja con expresión de orgullo. A continuación

parpadeó varias veces y carraspeó, como si acabara de percatarse de que había más personas en la sala.

—Lo siento —dijo—. Es que... He derramado mucha sangre, sudor y lágrimas en el desarrollo de este artefacto. Tendréis que disculpar que me emocione tanto el hecho de que por fin vaya a utilizarse.

Esa vez fue Sarah quien formuló la pregunta lógica.

—¿Qué es?

La agente se recostó en el respaldo de la silla y dejó que la imagen siguiera rotando.

—Yo lo llamo la Lanza. Le pega.

Bryson y Sarah no dijeron nada, se quedaron mirando. Michael supo que le tocaba preguntar a él, aunque le parecía ridículo. Así que, a regañadientes, esperó a que la agente les contara de qué clase de objeto se trataba. Ella se tomó un par de minutos para admirar su creación una vez más.

—Es un programa, por supuesto, la compilación más compleja de código que haya logrado reunir jamás. Le di este aspecto para facilitar su colocación y activación.

Michael rompió su silencio, le picaba demasiado la curiosidad.

—¿«Su colocación y activación»? —repitió.

La mujer asintió con parsimonia.

—Sí. Voy a reunirme con vosotros dentro de la Red Virtual, donde os entregaré en mano el programa con la forma de este objeto. No será tan fácil como lo que acabo de explicar, aunque lo único que necesitaréis es ir hasta el lugar donde se encuentra el servidor central de Kaine, introducir la Lanza, activarla con una clave de ocho dígitos para iniciar la cuenta atrás y salir de allí. Cuando se produzca su detonación, la Lanza acabará con el tangente. No solo con su servidor central, sino que activará una reacción en cadena que arrasará con su existencia sin importar dónde se encuentre su aura.

Hizo una pausa para que los chicos asimilaran toda la información. Michael pensó que había mucho que asimilar. Transcurridos unos minutos, la agente prosiguió.

—He invertido muchos años en su programación. Sabía que algún día lo necesitaríamos. Esto lo matará. Sé que es una afirmación atrevida, pero lo garantizo. Lo único que necesitamos es introducirnos en *Sangre vital profunda*, en la versión de Atlanta, y en ese edificio. La Lanza se encargará del resto.

Michael aguardaba la llegada del inevitable «pero».

—¿Y cómo espera que entremos en lo Profundo, y mucho menos en ese edificio, sin que nos vean? Los programas de ocultación nos impiden ver el código en gran medida... Si programamos como lo hicimos en el mar morado, será como colgar un cartel enorme con el mensaje: «¡Oye, Kaine! ¡Ven a por nosotros!». —Al chico no le gustaba la expresión dubitativa que empezaba a aflorar en el rostro de la mujer a medida que él hablaba—. Supongo que ya tendrá un plan.

La inseguridad que expresaba su cara encajó a la perfección con las palabras que pronunció.

—Sí. Y esta parte no va a gustaros.

Michael se preparó para el bombazo.

La agente Weber lanzó un profundo suspiro, la emoción con la que había hablado de la Lanza se desvaneció.

—No hay una forma fácil de conseguir introducirnos en ese lugar. Por algo se llama lo Profundo, y su versión en *Sangre vital* es la más dura con diferencia. El único objetivo de ese nivel es repeler vuestro acceso a menos que estéis autorizados, y los tres sabéis lo difícil que es conseguir ese permiso. Incluso para ti, Michael. Ya no eres quien eras. Saltarían todas las alarmas si os introdujéramos allí sin tomar todas las precauciones posibles.

Bryson y Sarah se removieron en el asiento, pero Michael permaneció inmóvil. Estaba dispuesto a escuchar la explicación sobre su terrible situación inminente.

—Tendremos que meteros a presión —anunció Weber.

Michael miró a Bryson y luego a Sarah. Ellos dos se miraron entre sí y volvieron a mirar a su amigo.

A presión.

Michael solo relacionaba la expresión «a presión» con ciertos momentos poco frecuentes en su vida, sobre todo cuando oía a los niños cuchichear sobre algo de lo que no tenían ni idea. La gente no hablaba sobre meter nada a presión en ningún sitio porque era ilegal. Era casi tan grave como intentar manipular el núcleo de la programación de otro individuo o incluso el propio. Ninguna persona que Michael hubiera conocido jamás había metido nada a presión o había sido metida a presión en ningún sitio. Estuvo a punto de pedir a Weber que repitiera la expresión, solo para asegurarse de que la había escuchado bien.

Aunque sabía que sí la había escuchado.

La agente iba a meterlos «a presión» en *Sangre vital profunda*.

«Dios nos asista», pensó.

A presión

1

Michael se sentó sobre la tapa del váter sin bajarse los pantalones. No tenía ganas de ir al baño, pero necesitaba estar a solas aunque solo fuera unos minutos. La agente Weber había hablado muy en serio sobre su voluntad de volver a sumergirlos en el Sueño de inmediato, y sus amigos estaban bastante dispuestos a hacerlo. Pero él no. Él quería tiempo para sí mismo, tiempo para aclarar las ideas.

Weber les había dado tantas noticias, les había hablado de tantos planes al mismo tiempo, que notaba el bombeo de la sangre en la cabeza, en el cuello, incluso en su recorrido por las venas hasta los tobillos. Habían corrido muchos riesgos, y volver a salir al mundo y arriesgarse a que los detuvieran no era una alternativa. Sin embargo, no sabía si estaba listo para esa misión.

La Lanza... Esa caja metálica y rectangular de aspecto normal y corriente debía resolver todos sus problemas. Debían regresar al Sueño de inmediato, a pesar de haber arriesgado la vida creyendo que sería la última vez. La misión consistía en localizar ese edificio en *Sangre vital profunda*, burlar los cortafuegos, colocar el artilugio, activarlo y huir. Eran muchas cosas. Por no mencionar el hecho de que iban a introducirlos a presión en lo Profundo.

«A presión».

Parecía una expresión demasiado simple para una experiencia aterradora, dolorosa, agónica, espantosa. Michael jamás la había vivido, pero la gente contaba historias terribles y aunque solo la mitad de ellas eran verídicas, y esas se exageraban, entrar a presión en un sitio no era una experiencia agradable.

El proceso era tal como sonaba. Tu aura, embutida entre capas y más capas de códigos de ocultación, se introducía a presión en un espacio del tamaño de una línea de programación. A pesar de lo mucho que sabía, Michael no entendía muy bien el funcionamiento del proceso, aunque, en muchos sentidos, podía entenderse de forma literal. Para burlar el complejo sistema de cortafuegos que protegía *Sangre vital profunda* de la entrada de intrusos, y para evitar que los detectasen, había que acceder a presión por una grieta virtual en la pared. La mayoría de las personas lo describía como intentar atravesar un muro con el cuerpo aplanando de tal modo que uno cabría en el espacio que queda entre dos átomos. Parecía algo imposible, pero en el mundo del código, casi todo era realizable.

Siempre que estuvieras dispuesto a sufrir las consecuencias.

Saltaba a la vista que la agente Weber sabía que Michael y sus amigos estaban dispuestos a sufrirlas.

La puerta de los servicios se abrió con un chirrido y se cerró de golpe.

—¿Michael?

Era Bryson.

—¿Sí? —masculló su amigo. ¿De verdad tenían que ir? ¿Ya? ¿Es que no podían dormir una noche más? Dejó caer la cabeza entre sus manos.

—Hay que incluir más fibra en tu dieta —dijo Bryson, de pie junto a la puerta del retrete donde estaba Michael—. Llevas veinte minutos ahí dentro, tío. Algunas veces se atasca y no sale, colega.

Michael sonrió y rompió a reír antes de poder evitarlo.

—¡Al menos sigues vivo! —respondió Bryson.

Michael se levantó, emitió un sonoro suspiro y salió del retrete.

—¿Señor? —preguntó Bryson—. ¿No piensas tirar de la cadena?

—No hace falta. Solo estaba sentado, pensando en cómo añadir más fibra a mi dieta.

Bryson lo miró con intensidad.

—Oye, tío, ¿estás bien? Por si te ayuda, te diré que yo tengo más miedo que cualquiera de vosotros dos. Pero lo disimulo chinchando al personal.

Michael inspiró con fuerza y soltó el aire poco a poco.

—Sí, estoy bien. Es que lo que están pidiéndonos que hagamos me parece una locura. Sobre todo porque tienen a ese montón de elegantes agentes a su disposición. Los padres de Sarah... Sus vidas están en juego.

—Pero nosotros hemos demostrado que podemos hacerlo —dijo Bryson encogiéndose de hombros—. Sinceramente, ¿confiarías en otras personas para cumplir esta misión? Tenemos que ser nosotros, tío. La Trilogía del Asedio. Si alguien puede acabar con todo esto, somos tú, Sarah y yo. Nos colamos ahí dentro, hacemos lo que se nos da bien, salvamos al mundo de un psicópata y nos largamos sin que nos vean. Los agentes de Weber encontrarán a los padres de Sarah. Y ¡tachán!, podemos retirarnos para siempre.

De pronto, Michael sintió el impulso repentino y bochornoso de abrazar a su amigo. Necesitaba que alguien lo animara, y Bryson lo había logrado. Su colega le dio un golpecito en el brazo, y Michael supuso que tendría que conformarse con eso.

Salieron del baño juntos, dispuestos a destruir a Kaine.

Nadie habló mucho mientras se preparaban para meterse en los ataúdes. Dieron un par de mordiscos a unas barritas de cereales con alto contenido proteico, bebieron una botella llena de líquidos saturados de nutrientes y se quitaron la ropa interior. Hubo

intercambio de apretones de manos y abrazos. Michael odiaba ese momento. Sin pretenderlo, estaban comportándose como si fuera la última vez que iban a verse.

Ninguno de los tres parecía sentirse incómodo por la presencia de la agente Weber en la sala mientras estaban casi desnudos.

—Estaré en mi neurocaja personal —dijo Weber—, aquí mismo, arriba, en mi despacho. Me reuniré con vosotros en el punto de encuentro dentro de quince minutos. Os entregaré la Lanza, y podréis ponerlos en marcha.

Eso fue todo. No hubo más explicaciones, ni más tiempo para formular preguntas.

Weber salió. Michael entró en su ataúd y cerró la tapa.

Los neurocables avanzaron serpenteando y se introdujeron en su piel ya humedecida; el chico cerró los ojos.

3

Cuando los abrió, se encontraba en una vasta sala de mármol blanco. Las vetas de la piedra latían, como si una especie de líquido tóxico corriera por su interior. Sarah estaba allí, Bryson, también. Y la agente Weber; los tres iban vestidos exactamente igual que en el Despertar antes de haberse desnudado.

—Volvemos a encontrarnos —dijo Weber con un brusco gesto de asentimiento. Se volvió, les dio la espalda y caminó hacia una de las relucientes paredes de mármol, donde alargó una mano y dio un golpecito a una de las vetas de su superficie. Pasado un instante, se oyó una especie de susurro y un golpe seco. A continuación se abrió un cajón.

—Ya está —dijo la agente, sacó una bolsa negra con un asa y la sujetó con cuidado. En su interior había una cajita; estaba claro cuál era su contenido.

La Lanza.

Weber se volvió hacia ellos y se quedó mirando a Michael y a sus amigos, como si estuviese decidiendo en quién confiaba más para entregarle el preciado objeto. El artefacto que había pasado años programando.

—Toma esto, Michael —dijo al final, y le entregó la bolsa.

El chico la aceptó tras dudarle un instante, se preguntó por qué lo habría escogido a él, y se colgó el asa en el hombro. Con la bolsa apoyada sobre la cadera, abrió la cremallera y echó un vistazo furtivo al interior, y vio exactamente lo que esperaba: metal brillante y cables multicolores. Weber se inclinó hacia delante y el pelo le tapó la cara. Se acercó, señaló un pequeño teclado que estaba junto al artefacto y levantó la carcasa protectora.

—¿Lo ves? —dijo—. En cuanto la hayas retirado, tendrás que teclear ocho números. Confío en que ya hayas memorizado la contraseña.

—¿Ya está? —preguntó Michael, y se sintió idiota—. ¿Activamos esto y todos nuestros problemas estarán resueltos?

Weber retrocedió un paso y asintió en silencio.

—Como ya os dije: encontrad el edificio, entrad sin que os vean y localizad el servidor central. Colocad la Lanza e introducid el código. Las consecuencias serán desagradables. Salid de allí a toda prisa, hacedlo por un Portal o yo os elevaré en cuanto me deis la orden. Ojalá todo esto fuera menos peligroso.

—¿Por qué me da la sensación de que las cosas no van a ser tan fáciles? —preguntó Sarah, y cruzó los brazos mientras miraba la bolsa apoyada sobre la cadera de Michael.

—Por eso os envío a los tres —respondió Weber—. Confío en vosotros. Ya he visto de lo que sois capaces. La relación entre los agentes es muy complicada. Esta operación debe ser algo discreto, a pequeña escala.

—¿Y los códigos de los programas de ocultación? —preguntó Bryson—. ¿Siguen activos?

Weber asintió con gesto breve.

—Por supuesto. Kaine no debe saber que llegáis. Todo estará igual que en la ocasión anterior; no podréis ver el código como lo veáis habitualmente, *Sangre vital profunda* es realista hasta un nivel que no creeréis posible hasta que lo comprobéis con vuestros propios ojos. Usad vuestras pantallas de red si es necesario.

Dirigió una mirada avergonzada a Michael. Había vivido gran parte de su vida creyendo que lo Profundo era el mundo real. Era un doloroso recordatorio de lo que había perdido.

—Y ahora ¿tenéis alguna pregunta antes de que os haga entrar? —Weber parecía ansiosa por que se pusieran manos a la obra.

Michael y sus amigos intercambiaron una mirada y se encogieron de hombros.

La agente Weber parecía satisfecha, casi sonriente.

—Bien —dijo—. Ha llegado el momento de meteros a presión en lo Profundo.

4

Michael tenía la espalda pegada a la pared de mármol y se encontraba entre Sarah y Bryson. Weber les había dicho que se cogieran de la mano y que no se soltaran a pesar de lo feas que pudieran ponerse las cosas. El tacto de la mano de Bryson era carnoso y sudoroso, el de la de Sarah, delicado y terso. A Michael le gustaba mucho más la mano de la chica.

Weber estaba mirándolos, a unos metros de distancia, con expresión de seriedad en el rostro.

—Yo me encargaré de gran parte del trabajo —dijo—. Lo único que tenéis que hacer vosotros es cerrar los ojos y soportar las intensas sensaciones que estáis a punto de experimentar.

—Querrá decir el dolor insoportable —murmuró Bryson—. Un dolor que va a

hacerme llorar.

Michael sonrió con timidez, pero su corazón latía como la pata de Tambor, un conejo de dibujos animados que había visto en los vídeos holográficos hacía siglos. Deseaba que esa parte del proceso terminara cuanto antes.

—Dolor, sí —respondió Weber—. Pero también hay cosas peores que el dolor. Vosotros no os soltéis de la mano, intentad no sentir pánico y... aguantad. No durará tanto como creéis. En cuanto estéis dentro, haced el trabajo lo antes posible. —Miró la bolsa que colgaba del hombro de Michael; él se la había cruzado sobre el pecho para asegurarse de que no se cayera—. Sabes qué hacer, ¿verdad?

El chico asintió con rigidez, impaciente por ponerse en marcha.

La agente les dedicó una cálida sonrisa y se le arrugó la cara por un gesto que Michael hubiera jurado que era de empatía. Eso ayudaba, un poco, y si hubiera estado solo podría haberla abrazado para despedirse de ella.

—Vale —dijo Weber—. Cerrad los ojos.

5

Pasó un minuto largo antes de que se iniciara el proceso. Michael contaba hasta las centésimas de segundo, pero dejó de hacerlo al darse cuenta de que eso aumentaba su ansiedad. Lo primero que notó fue la disminución de la intensidad de la luz. La oscuridad los envolvió y sintió la imperiosa necesidad de abrir los ojos. En realidad, no sabía si Weber había dicho que era del todo necesario mantenerlos cerrados o que simplemente eso los ayudaría. «Mierda», pensó. Tendría que haberlo preguntado.

—¿Vosotros creéis...? —empezó a decir, pero un murmullo grave lo interrumpió.

Parecía que el aire pesara, que estuviera presionándole los tímpanos con un potente zumbido. Le picaba la piel y se removió sin desplazarse; se sentía cada vez más incómodo. Lo único que podía hacer era agarrarse con fuerza a las manos de Sarah y Bryson, y no soltarlos. Sin importar lo que ocurriera. Los necesitaba, estaba mucho más asustado de lo que había imaginado. Quizá fuera la incertidumbre lo que agravaba tanto su ansiedad.

El mundo ejercía su presión, el sonido se oía a un volumen cada vez más alto. Michael se imaginó los geles líquidos del ataúd, avanzando para penetrar en su piel como si estuviera tumbado sobre una superficie de agua en pleno proceso de congelación.

Intentó volver a moverse en el sitio, pero no le sirvió de nada. La tensión lo hacía sentir cada uno de los latidos de su corazón, también notaba cómo le bombeaba la sangre en las sienes, el cuello, la cara interna de los codos, por todas partes.

Pam.

Pam.

Pam.

Algo tiraba de él y lo alejaba de Bryson y Sarah, pero él seguía agarrado a sus amigos. Apretó bien los dedos para agarrar los de los chicos, se negaba a soltarlos. Abrió los ojos de golpe de forma instintiva y no vio más que oscuridad; los volvió a cerrar. La sensación de que una fuerza invisible tiraba de él persistía, pero en lugar de intentar que soltara a sus amigos, ejercía presión sobre su cuerpo, sobre todas sus partes, como si alguna fuerza estuviera intentando separar los músculos de los huesos, de la piel y de los tendones. Algo que lo estiraba hasta límites imposibles. Dolía, era una tensión hiriente que se intensificaba con cada segundo que pasaba. Pero entonces llegó el auténtico dolor: breves convulsiones que lo hacían suspirar de forma ahogada. Había partes de él que empezaban a desmembrarse.

«Es el Sueño —se dijo, presa del pánico—. No es real, no está ocurriendo. Aguanta. No te sueltes». Entonces creyó oír a Bryson intentando decir algo. Le resultó imposible oír las palabras de su amigo por el grave zumbido que latía en su cabeza al mismo ritmo que su corazón, y que sentía también en sus venas.

Pum.

Pum.

Pum.

Los latidos de su corazón. La pulsación del ruido, presionándole los oídos, la cara, tensándole la piel.

Pum.

Pum.

Pum.

La fuerza invisible seguía moldeándolo a su antojo, tiraba de él por delante y por detrás, y lo convertía en materia alargada. Se estremeció al imaginar el aspecto de su cuerpo, lo delgado y grotesco que debía parecer. El dolor se intensificó, le laceraba los nervios hasta tornarse insoportable. Sufría una oleada constante de agonía brutal, la sensación de que algo quería partirlo en dos y destruir hasta la última molécula de su cuerpo. Gritó, pero no se oyó más que un gimoteo sordo amortiguado por el grave rumor. La fuerza tiraba de él, lo angostaba, lo estiraba hasta longitudes infinitas; su presión sanguínea aumentó de tal forma que incluso se oía.

Pum.

Pum.

Pum.

En algún apartado rincón de su mente, sabía que todavía tenía los dedos aferrados a las manos de Sarah y de Bryson, pero se sentía como un cable, una delgada cuerda de tejido, abatido por el dolor.

Pum.

Pum.

Pum.

Más delgado.

Más presión.

Dolor.

Estalló una tormenta de zumbidos, vibraciones, golpes secos.

Gritos.

Estaba aguantando una situación irracional. Aparecieron líneas de código apenas visibles.

El mundo se venía abajo.

Dolor. ¡Oh, el dolor!

Todo daba vueltas y más vueltas.

Estaba a punto de quedar partido por la mitad.

Al final, su mente, incapaz de aguantar más, se rindió y se desconectó.

Se hizo la nada.

No se oían ni los golpes secos.

Colocación y activación

1

Permaneció flotando en el vacío, inconsciente del paso del tiempo, apenas consciente de nada en absoluto. Sin embargo, el dolor había desaparecido y la oscuridad lo arrullaba mientras dormía.

Percibió una especie de brillo, un fulgor rojo que lo despertó. Parpadeó varias veces y se quedó con los ojos entrecerrados. Se tumbó de espaldas. El cielo quedaba muy arriba, había varios edificios que se unían en lo alto, con la bóveda celeste de fondo, como dedos alargados para agarrar algo que el chico no alcanzaba a ver.

La cabeza le daba vueltas por el aturdimiento. Se desplazó hacia un lado rodando sobre su cuerpo, pero eso no contribuyó a que se sintiera mejor. Atontado, se detuvo un instante y vio a Sarah y a Bryson cerca, todavía dormidos. Se encontraban al final de un largo pasillo, y no se veía a nadie más, ni tampoco objeto alguno, salvo cemento, polvo y residuos. La húmeda calidez del aire lo hacía sentirse pegajoso, grasiento.

El realismo de cuanto lo rodeaba le indicaba que la agente Weber lo había conseguido. Lo había logrado.

Michael y sus amigos estaban dentro de *Sangre vital profunda*. La mujer los había metido a presión en la inmensa complejidad de su código. Michael había regresado al hogar, estaba de vuelta en el lugar donde siempre había vivido. No sabía ni cómo sentirse ni qué pensar. Quizá, solo quizá, sus padres y Helga estuvieran en algún lugar de lo Profundo. Atrapados, encerrados o algo peor. ¿De verdad habían desaparecido sin más y su código había sido borrado de un plumazo? Se juró que los buscaría, que registraría hasta el último dígito de código si era necesario. Lo haría en cuanto hubieran resuelto lo de Kaine.

Eso le hizo recordar la situación en la que se encontraba y sintió una punzada de pánico.

—¡Bryson! —gritó, y se palpó a toda prisa el costado para asegurarse de que la bolsa de Weber seguía ahí, y que llevaba el asa cruzada sobre el pecho. Notó el bulto de la Lanza, sus contornos angulosos y duros le proporcionaron una pequeña dosis de alivio—. ¡Sarah! ¡Despierta!

Los amigos de Michael emitieron una serie de gruñidos y se frotaron los ojos. Parpadearon y los entrecerraron. Sin embargo, no tardaron en estar todos de pie. Los horrores del proceso de haber llegado allí a presión ya eran cosa del pasado, se habían

transformado en un simple recuerdo en menos tiempo de lo que Michael habría imaginado.

—Este lugar es fantástico —dijo Sarah, y se volvió en círculo como si hubiera aterrizado en otro planeta—. Es tan... real... —Alargó la mano y tocó el áspero cemento del edificio más cercano, que se elevaba varias docenas de plantas por encima de sus cabezas—. Parece que no estuviéramos en el Sueño.

—Y que lo digas —murmuró Michael, anonadado. No hacía más que pensar en su familia, pero debían ponerse en marcha, no había tiempo que perder. No importaba lo que hubiera dicho la agente Weber sobre sus códigos de ocultación, no volverían a cometer el error de pensar que Kaine no lograría localizarlos—. Vamos a terminar con esto de una vez.

Bryson tenía los ojos cerrados, pero los abrió en cuanto Michael dejó de hablar.

—Como la última vez que nos envió aquí dentro. No se ve el código. Los programas de Weber lo ocultan más que nunca.

—Tengo toda la información cargada —respondió Sarah—. Dadme un segundo. —Dio un rápido apretón al audiopad y se proyectó la pantalla de red con su fulgor verde delante de ella. Hizo un par de movimientos veloces y dio unos golpecitos a la pantalla—. ¡Vaya! Weber sí que es buena. Nos ha metido a presión y nos ha dejado muy cerca de nuestro destino. El lugar está a menos de un kilómetro de aquí.

Michael volvió a bajar la vista para mirar la bolsa. Quería deshacerse de la Lanza lo antes posible.

—¡En marcha! —Tuvo la impresión de que debería haber usado un tono que transmitiera mayor motivación, pero le salió así.

Bryson hizo bocina con las manos y gritó:

—¡Kaine! ¡Vamos a por ti!

Sarah le dio un manotazo en el hombro.

—Pero ¿qué haces?

—Sí —añadió Michael—. Puede que haya sido la tontería más grande que hayas hecho jamás.

Bryson se encogió de hombros.

—Odio a esa rata asquerosa. —Era difícil culparlo por ello.

Los tres corrieron por el pasillo en dirección a Kaine.

Montones de transeúntes pasaban por delante del edificio que les interesaba. Era exactamente igual al que les había enseñado la agente Weber en la Sala de guerra de la SRV. Encajado entre dos edificios altos, se trataba de una edificación de tres plantas y con un par de ventanas pequeñas. Componía una fea mezcla de acero y cemento. La estructura dañaba la vista, y Michael no podía entender qué

trascendencia histórica podía tener. Tal vez fuera uno de los edificios más horribles, indescritibles e inútiles jamás construidos.

—Esto... —dijo Bryson—. Había imaginado que ese tipo viviría en un palacio o en un castillo. —Los tres amigos se quedaron mirando con detenimiento la casa de Kaine a más o menos una manzana de distancia.

—Eso habría cantado demasiado —respondió Sarah.

Bryson escupió en la acera.

—Estoy impaciente por que esto se acabe.

—Yo me encargaré de hacerlo —dijo Michael, y la ira le quemaba por dentro.

—¿Qué? —dijeron Bryson y Sarah al mismo tiempo.

Michael apartó la mirada del edificio.

—Colocaré la Lanza. Y la activaré. —Hizo una pausa y se tomó unos minutos para pensar en la mejor forma de expresarlo—. Me gustaría ser yo quien acabe con él.

Sus amigos no dijeron nada. Bryson asintió en silencio. Sarah miró hacia el suelo, como si estuviera preocupada por él. O quizá estuviera pensando en sus padres. Pero tenía que ser Michael quien lo hiciera. Kaine se había llevado a su familia, a Helga, lo había dejado sin vida. Daba igual que Michael no fuera real, que solo fuera un programa. Quería a sus padres y a Helga. Antes era feliz. Ese cuerpo de carne y hueso, que no era más que una carcasa para su inteligencia, jamás compensaría haber perdido todo aquello.

Pensaba matar a Kaine, aunque los efectos de la Lanza fueran tan catastróficos como había predicho Weber. Aunque hasta el último KillSim del Sueño se abalanzase sobre él, activaría esa cosa antes de caer.

—¿Estamos preparados? —preguntó Bryson—. El tiempo pasa.

—Yo estoy preparado —dijo Michael.

Sarah recuperó la compostura.

—Yo también. Ojalá tuviéramos un plan mejor. Va a ser muy difícil conseguirlo sin navegar por el código. —Se llevó una mano al audiodispositivo, como si estuviera molesta con el objeto—. Supongo que tendré que apañármelas con este estúpido y anticuado artilugio.

—Sí —dijo Michael—. Así es. —No le cabía ninguna duda de que lograrían entrar en aquel edificio y realizar el trabajo. La parte que le preocupaba era cómo salir de allí. Kaine enviaría a sus criaturas a rodear el edificio en cuanto supiera que había intrusos—. Junto a la entrada del rascacielos que está al lado hay un pequeño patio hundido a nivel del sótano. Podemos ocultarnos allí mientras manipulamos el sistema de seguridad de Kaine.

—Me parece un buen plan —dijo Bryson—. Iremos con cara de visitantes despistados de lo Profundo y nos acercaremos a la entrada. Y sería mejor que no nos quedáramos mirando fijamente el edificio al que queremos entrar.

—Y nada de caminar deprisa —añadió Sarah—. Tampoco despacio.

—Y... —empezó a decir Bryson, pero Michael ya se había puesto en marcha.

—Vamos —dijo, incapaz de esperar un segundo más.

3

Descendieron al patio del sótano del edificio anexo sin sufrir ningún percance, y nadie se fijó en ellos salvo por alguna mirada distraída. Eran solo tres adolescentes, uno con una bolsa colgando cruzada sobre el pecho y otra con la pantalla de red encendida. Parecían estudiantes, y el que se hubiera sentado a trabajar reforzaba esa hipótesis. Michael pensó en las personas que los rodeaban. Resultaba extraño, pero parecían no ser conscientes de que habían accedido a *Sangre vital profunda*, de uno u otro modo, y se encontraban en un juego. Aunque estaba claro que muchos de ellos eran tangentes, programados para que el mundo pareciera lo más real posible.

Los chicos se habían dividido las tareas, y la de Michael consistía en bloquear cualquier sistema de alarma existente, tanto los sonoros, que podían atraer la atención de los guardias y los curiosos que pasaran por allí, como los basados en comunicaciones, lo que llamaría la atención del ejército de Kaine sobre los intrusos que querían acceder al sistema. Sarah se encargó de los cortafuegos, intentaba dar con una forma de evitarlos. Bryson se encargaba de las cámaras y de los sistemas de cierre automático de puertas.

Mientras trabajaba, Michael no dejaba de pensar en aquella ocasión en la que intentaron entrar en el club Negro y Azul de Ronika. Tenía la sensación de que había ocurrido hacía un millón de años. Añoraba esa época en la que eran capaces de entrar en un lugar haciendo algo tan simple como engañar a un par de gorilas atontados.

—Esto es raro —dijo Sarah cuando ya llevaban un rato trabajando.

Michael sabía a qué se refería. Los sistemas eran distintos a cualquiera con el que se hubiera topado hasta entonces. Eran primitivos y, a pesar de los numerosos niveles que poseían y lo protegidos que estaban, no se apreciaba en ellos la sofisticación típica de esos programas.

—Yo sé por qué —respondió Bryson, al tiempo que miraba concentrado la pantalla—. Mi padre me enseñó unas cuantas cosas sobre programación antigua. Este sistema está programado a imagen y semejanza de uno muy viejo. Uno de hace varias décadas. ¿Por qué habrá hecho Kaine algo así?

—Para evitar las sospechas —dijo Michael. Se quedó mirando a sus amigos, pero ellos estaban demasiado concentrados para levantar la vista—. Si contara con un sistema realmente avanzado y de seguridad inviolable, la gente tendría muchas ganas de saber qué guarda ahí dentro. Y teniendo en cuenta que vive en el lugar donde se encuentra el mejor jugador y hacker de la historia del Sueño, eso no le conviene. Es la vieja técnica de ocultar algo valioso en un lugar de lo más vulgar y corriente.

Sarah tenía sus dudas.

—Me parece demasiado fácil. Treinta minutos más y estaremos listos. Yo creía

que nos costaría unas ocho o nueve horas y que lograríamos entrar solo si teníamos suerte.

—Estoy de acuerdo —dijo Bryson—. Cualquiera diría que han optado por un sistema de seguridad de aficionados para engañar al personal y que la gente pase de largo.

Michael se encogió de hombros.

—No sé. Tal vez sí. Sigo pensando que lo que he dicho tiene sentido. Vamos a entrar y a reventarle el cerebro.

Kaine se encontraba en el interior de ese estúpido edificio, Michael había ayudado a localizar al tangente en ese lugar y quería ser él quien terminase con todo aquello. Kaine podía trasladar su servidor central a otro lugar si perdían más tiempo. Michael siguió trabajando, casi tan emocionado como enfurecido.

4

Tal como había anunciado, transcurridos treinta minutos Sarah apagaba su pantalla de red. Al tiempo que se oía el sonoro clic de su audipad, dejó escapar un profundo suspiro.

—Vale. Estoy lista.

Bryson había apagado la suya unos minutos antes.

—Yo también. Todas las cámaras muestran extraños bucles desde hace una hora. Hay una puerta trasera por la que podemos entrar, situada en un diminuto callejón a un lado del edificio. No está cerrada con llave, está lista para dejar entrar a unos pirados con ganas de hacer volar ese lugar por los aires. Y no hay vigilantes a la vista, al menos que yo haya visto.

Michael terminó con su trabajo justo cuando su amigo pronunció aquellas palabras.

—Todas las alarmas están apagadas. —Desactivó su pantalla con sensación victoriosa—. Y tienes razón, ha sido demasiado fácil. En cuanto estemos dentro, será mejor que nos preparemos para toparnos con toda clase de pequeñas trampas cazabobos dispuestas para los posibles fisgones.

—En realidad creo que tienes razón —dijo Sarah—. No creo que Kaine confíe en nadie, ni jugador ni tangente, para trabajar como vigilante en este lugar. Apuesto a que está lleno de trampas. Quién sabe con qué nos encontraremos en el interior. Con KillSims, seguro.

—¿Vamos a entrar de todos modos? —preguntó Bryson.

Michael respondió enseguida.

—Desde luego.

Sarah hizo una pausa antes de responder.

—Sin ninguna duda.

—Entonces, vamos allá —dijo Bryson con una sonrisa tensa.

5

Bryson no bromeaba cuando dijo que el callejón por el que se llegaba a la puerta trasera del edificio era diminuto. Michael tuvo que entrar de costado, con el torso y la espalda pegados a las paredes de ladrillo, para poder acceder y avanzar por él. Michael iba en cabeza, con Sarah y Bryson pegados a sus talones. Lo único que veía era un desfiladero de cemento y décadas de basura acumulada a sus pies, lo que convertía cada paso en una aventura. El sol apenas penetraba por las altas paredes entre las que se encontraban apretujados, el lugar transmitía una sensación espeluznante y fantasmal.

Cuando ya estaban casi a la mitad del recorrido, Michael se detuvo y miró hacia atrás.

—Hasta aquí, todo ha ido bien. Ningún ser se ha abalanzado sobre nosotros para intentar degollarnos.

—No dejes de pensar —respondió Sarah— en *Sangre vital profunda*. Cuando dicen que quieren emular el mundo real, hablan muy en serio, ¿no? ¿Os lo imagináis? Michael, ¡tú ni siquiera sabías que eras falso! Es que no me puedo creer lo increíblemente realista que es la programación de este lugar. Es como si hubiera que seguir las mismas normas que en la vida del Despertar.

Bryson soltó una risa burlona.

—No llames a la mala suerte. Precisamente Kaine es el primer interesado en incumplir esas normas. Apuesto a que está esperando a que entremos por esa puerta trasera para echarnos encima todo lo que cause dolor en el Sueño.

—Tú siempre viendo el lado positivo de las cosas —respondió Michael. Se volvió y continuó avanzando por el callejón, pisó una rata muerta y deseó que Sarah no lo viera. Al final fue Bryson el que soltó un chillido sin lograr evitarlo.

Por fin llegaron al final del angosto pasaje. A Michael le sorprendió su gran profundidad, comparable a la del edificio. La edificación parecía muy pequeña vista desde la fachada. Pero se trataba del Sueño, y los dos rascacielos gigantes que lo flanqueaban provocaban ese efecto óptico.

Michael intentó respirar con más calma y echó un vistazo por ambas paredes. Había otro callejón, mucho más ancho, que llegaba hasta el fondo del edificio de Kaine y de los dos rascacielos. Michael oía coches y personas en la distancia, pero esa parte estaba vacía, oscura y en silencio. Una ráfaga repentina de viento levantó la tapa de un contenedor de basura, y el ruido sobresaltó a Michael. Las bisagras chirriaron hasta que el viento amainó. El camino estaba despejado.

—Vamos —susurró a sus amigos, y dio un paso para adentrarse en el callejón más ancho. A partir de ahí, Bryson se situó en cabeza y los condujo hasta la puerta trasera

del edificio de Kaine, la que había conseguido abrir. Se trataba de una sencilla puerta metálica con un pestillo plateado como picaporte. Tres escalones de cemento, resquebrajados y desgastados, conducían a la entrada. Bryson apoyó con fuerza la espalda contra la pared exterior, la que estaba junto a la escalera, y Michael y Sarah se colocaron en fila junto a él. Michael toqueteó con los dedos los sólidos contornos de la Lanza, ansioso por usar el artilugio.

—¿Intentamos conseguir armas con el código? —preguntó Sarah—. Quién sabe qué nos espera ahí dentro.

—No funcionará —dijo Michael, consciente de que, a pesar de haberlo sugerido, Sarah ya sabía que no funcionaría. Ya lo habían pasado bastante mal entrando a presión en lo Profundo, como para arriesgarse a intentar introducir un objeto en ese mundo—. Propinad puñetazos y codazos. Si nos disparan con balas, láseres o bombas, esquivadlos.

—Gracias —respondió Sarah—. Un consejo muy útil.

—No nos queda otra que entrar —dijo Bryson, y se le hinchó el torso por las profundas respiraciones que estaba realizando para después expulsar el aire haciendo mucho ruido. Asintió de golpe con la cabeza mirando a Michael y a Sarah, se separó de la pared y se dirigió a toda velocidad hacia los escalones para subirlos corriendo. La chica fue la siguiente, luego fue Michael, quien esperó al pie de la escalera. Se quedó mirando a Bryson mientras este levantaba el picaporte, dudando unos segundos antes de llevarlo hasta arriba del todo. Se oyó un clic y la puerta se abrió de golpe.

Los tres se quedaron paralizados, a la espera de que asomara alguna bestia monstruosa rugiendo, dispuesta a acabar con sus vidas. Pero no ocurrió nada. Michael se acercó y vio una franja de oscuridad por la puerta entreabierta. Se le encogió el corazón al recordar una broma que le había hecho Helga en una ocasión cuando era pequeño.

—¿*Porrr* qué una habitación sin luz invita a rezar? —le preguntó la niñera con su fuerte acento alemán.

—¿Por qué? —preguntó él

—*Porrrque* es cura. ¿Lo entiendes? «Es cura», oscura...

La quería tanto como quería a sus padres. Y Kaine se los había arrebatado.

—¡Vamos! —susurró con fiereza—. ¡Ahora!

Bryson abrió la puerta de un empujón, y los tres se colaron en el interior.

Entraron en una sala que parecía un sencillo almacén, amplio, polvoriento y lleno de cajas, la mayoría sobre estanterías combadas que se mantenían en precario equilibrio en el centro de aquel espacio. Muchos de los artículos parecían mecánicos: cables y

piezas metálicas y placas de circuitos. Durante los pocos segundos que tardaron en cruzar el almacén, Michael admiró la programación casi perfecta de lo Profundo una vez más. Rezumaba vitalidad y realismo, incluso en sus partes más deterioradas.

Pero no se quedaron a contemplar el panorama. Sarah tenía su pantalla de red encendida, un mapa de la zona y el plano del edificio brillando con intensidad ante de ella.

—No se ve a nadie —dijo, justo antes de entrar en una alargada y oscura sala—. En ninguna parte. Al menos, a juzgar por las señales detectoras de calor.

—¿No os escama que todo sea tan fácil? —respondió Bryson—. Empiezo a ponerme nervioso.

—¿Que empiezas? —Fue lo único que pudo decir Michael al respecto—. Venga ya, Sarah, llévanos hasta el servidor central. O a lo que sea que Kaine usa como núcleo de la programación de este lugar. —El dedo le quemaba al tocar la superficie de la bolsa, como si tuviera un gatillo que pudiera apretar en cualquier momento.

—Está en la última planta —dijo Sarah—. En una columna situada en el centro del edificio. Tiene la misma altura que la edificación, llega incluso hasta el sótano, aunque la forma más fácil de acceder es desde abajo. Es una especie de silo. Pero no puedo deciros qué aspecto tiene con exactitud.

A Michael le pareció raro, pero daba igual. Habían llegado hasta allí y lo único que podían hacer era seguir adelante.

—Por la escalera —dijo Sarah, y salió disparada por el pasillo.

Michael le fue a la zaga, con Bryson pisándole los talones. Doblaron una esquina y accedieron corriendo a otra sala de iluminación tenue. Sarah se detuvo ante la primera puerta, la abrió y entró. Había una escalera. Empezaron a subir, corriendo, saltando más de un escalón a la vez cuando podían. Hasta ese momento, nadie había aparecido por allí. Lo único que oía Michael eran sus propias pisadas. En caso de haber existido vigilantes, a esas alturas ya se les habrían echado encima; a Michael no le cabía la menor duda.

Conclusión: no había vigilantes.

Lo que suponía que se encontrarían con algo mucho peor por el camino. El chico recordó las fauces del KillSim, sus colmillos, su aliento, su aterrador rugido digital. Se obligó a dejar de pensar en ello y siguió subiendo.

Segunda planta, tercera. Otro tramo de escalera llevaba a la azotea, pero, en lugar de subir, Sarah abrió la puerta de emergencia del descansillo y entraron en una sala. Tenía la pantalla de red encendida, su superficie relucía con un brillo intensísimo. Iban pasando de una sala a otra. Giraban y volvían a girar. No había ni rastro de gente. Solo se oían los ruidos que ellos mismos producían. Michael observaba con detenimiento los techos, las paredes, los rincones, en busca de cualquier elemento sospechoso, pero no encontró nada. El edificio era como cualquier otro en el que hubieran estado.

Sarah se detuvo ante una enorme puerta metálica que parecía un poco más

moderna que la anterior. Tiró de la palanca y la pesada estructura se abrió; Bryson había hecho bien su trabajo. Una luz azulada bañó la sala, palpitaba como un corazón. Por primera vez oyeron ruidos. Un grave rugido mecánico que sonaba al ritmo de la luz y seguía su compás.

—Está ahí dentro —dijo Sarah.

Michael no lo dudó. Pasó por delante de su amiga y de Bryson, y accedió a una pasarela que rodeaba la habitación. Al mirar hacia abajo vio que había entrado en lo que a Sarah le había parecido un silo sobre el plano. Se trataba de una sala cilíndrica que descendía a kilómetros de profundidad. La altura de la caída le cortó la respiración durante un instante. La atmósfera del lugar resultaba desconcertante: esa luz palpitante y el olor a ozono y a metal. Había maquinaria por todas partes, las paredes estaban forradas de circuitos, botones e interruptores, cables y conductos, todo cubierto de luces parpadeantes.

Y ese zumbido vibrante se parecía más al latido de un corazón ahora que estaban en el interior de su lugar de procedencia.

Pom.

Pom.

Pom.

Pom.

Pom.

Michael percibió de pronto que Bryson y Sarah estaban detrás de él y se sobresaltó. Parecían hipnotizados momentáneamente por cuanto los rodeaba, aunque apenas lo veían, y estaban mirando hacia abajo en dirección a la multitud de graves resoplidos.

—No pasa nada —susurró Michael, sobre todo para sí mismo, al tiempo que se arrodillaba y se quitaba la bolsa del hombro. La colocó con cuidado sobre la rejilla metálica de la pasarela y abrió la cremallera del todo. Metió la mano, sacó la Lanza del lugar donde reposaba y la tomó como si cualquier movimiento erróneo pudiera activarla y matarlos a todos.

«No es real —se dijo—. Nada de todo esto es real». ¿No era eso raro? Después de todos esos años, después de todo lo que habían jugado, después de todo... Por primera vez caía en la cuenta de lo extraña que podía ser la vida en el Sueño. De lo mucho que había cambiado su mundo, un mundo que en realidad no era el suyo.

Colocó la Lanza en la pasarela justo cuando Sarah dijo:

—¡Oh, oh!

Él levantó la vista para mirarla.

—¿Qué pasa?

—Creo que se nos ha acabado la suerte —dijo mirando la pantalla de red. Le corría una gota de sudor por la mejilla—. Acabo de captar señales de calor alrededor de todo el edificio. Hay al menos una docena de individuos, tal vez más.

Bryson apretó los dientes y negó con la cabeza. Michael sintió que el pánico le

oprimía el pecho.

—Sean quienes sean, están entrando —dijo Sarah.

7

Michael desconectó la mente. No había tiempo para pensar, solo podía dejarse guiar por el instinto. No podían dar marcha atrás. Ni seguir avanzando.

Colocar y activar la Lanza.

Matar a Kaine.

Lo que ocurriera después de eso no tenía importancia.

Se concentró en su misión: levantó el artefacto con cuidado y lo observó con detenimiento. Encontró el teclado, levantó la tapa, tecleó la contraseña. Sus amigos permanecieron pacientemente junto a él, entendían muy bien la situación y no se les ocurría meterle prisa.

Una mirada le bastó para localizar una escalerilla en el otro extremo de la sala. Conducía desde la pasarela hasta las profundidades de la maquinaria. Avanzó en esa dirección.

—Nuestros visitantes se han dispersado por toda la planta baja del edificio —dijo Sarah con una tranquilidad apabullante. Michael sabía que lo hacía para ayudarlo. Debía mantenerlo informado, y hacía todo lo posible por hablar como si estuviera dándole una receta para hacer galletas—. No cabe duda de que están registrando el lugar, están situándose en formación militar, repartidos por todo el edificio.

«Bueno —pensó Michael—, ya no es como si estuviera dándome la receta de las galletas». Llegó hasta la escalerilla y se asomó por el pasamanos de la plataforma para echar un vistazo rápido al laberinto de maquinaria, cables y conductos del abismo. Esas luces vibrantes y parpadeantes daban la sensación de querer adormecerlo. El servidor central de Kaine descendía hasta las profundidades de la Tierra, era un túnel directo al infierno. Esa era una definición bastante acertada. Y Michael estaba dispuesto a hacerlo saltar por los aires.

Sarah siguió con su descripción detallada de lo que iba ocurriendo.

—Han empezado a subir por dos escaleras: la que hemos subido nosotros y otra que se encuentra en el otro extremo del edificio. Por lo visto, se han dividido en dos grupos de tres. Por la pinta que tienen, son humanos, no KillSims.

Se acercaban. Se acercaban rápido.

—¿Llevan armas? —preguntó Bryson.

—Hum..., eso creo —respondió Sarah, y resultaba difícil interpretar su tono de voz.

Michael se había vuelto dando la espalda a sus amigos; bajó un pie hasta tocar el primer peldaño de la escalera. Se colocó la Lanza bajo el brazo derecho y se sujetó con la mano izquierda agarrándose con fuerza a la barandilla lateral.

Pom.

Pom.

Pom.

El ruido palpitante le retumbaba por todo el cuerpo.

Pom.

Pom.

Pom.

Bajó otro peldaño, y luego otro. Siguió bajando, procurando sujetar con fuerza la Lanza. Rozaba con la espalda todos los circuitos que sobresalían por detrás de él; el lugar era un amasijo de metal y cables. Bajó otro peldaño más y empezaron a sudarle las manos.

Sarah y Bryson habían rodeado la pasarela hasta que se situaron justo por encima de él.

—Ya están casi en el tercer piso, van por la escalera —le gritó Sarah mirando hacia abajo—. Los que suben en ascensor ya están aquí. Las puertas están abriéndose en este momento.

Michael había bajado unos cuantos peldaños más mientras ella hablaba; se detuvo y miró hacia arriba. Sarah estaba tranquila, Bryson estaba hecho un manojo de nervios e iba pasando el peso del cuerpo de una pierna a otra.

Pom.

Pom.

Pom.

Michael siguió bajando. Por algún motivo, sabía que ya casi había llegado. Weber había dicho que la ubicación exacta no tenía mucha importancia, solo había que colocar la Lanza en algún lugar céntrico. El chico lo localizaría en cuanto llegara al suelo. Así que prosiguió su descenso con el cuello y los hombros en tensión, y los brazos doloridos.

Entonces lo vio.

Había descendido al menos seis metros. Se volvió con mucho cuidado y se aferró a la barandilla más próxima con el brazo izquierdo y con la Lanza todavía metida bajo el derecho. Se quedó mirando las numerosas e intensas luces azules que proyectaban sus destellos al ritmo del latido pulsante —«pom, pom, pom»— que inundaba el ambiente. Todo se veía más luminoso y más brillante en ese amasijo de luces. El aire vibraba, el chico sentía el zumbido en la piel, y se le erizó el vello desde el cuello hasta la espalda.

Si aquel lugar tenía corazón, este se encontraba allí.

—¡Van corriendo por el pasillo! —gritó Sarah. Michael ya ni siquiera la veía—. ¡Solo te quedan un par de segundos!

Bryson acabó por perder la calma.

—¡Deprisa, tío! ¿Por qué narices estás tardando tanto?

Michael lo ignoró por completo y adoptó una posición más apropiada en la

escalera. Fue bajando la Lanza con el brazo, poco a poco, y desplazó la mano hasta una esquina del artefacto para poder sujetarlo con firmeza. Tenía los dedos resbaladizos por el sudor, y la Lanza estuvo a punto de caérsele. Se echó hacia delante de golpe y la atrapó sujetándola con las costillas.

—¡Están en la puerta! —gritó Sarah.

—¡Ya casi he terminado! —gritó Michael.

El tiempo parecía más largo si se medía siguiendo los intervalos de las pulsaciones sonoras.

Pom.

El chico sujetó con más fuerza la Lanza, se la alejó del cuerpo, alargó el brazo y se dirigió hacia el amasijo de luces y cables.

Pom.

Los sonidos procedentes de arriba llegaban amortiguados al suelo. Una puerta se abrió de golpe.

Pom.

Michael encontró un pequeño nido de cables entre las luces vibrantes y situó con cuidado la Lanza sobre él. Presionó el artefacto hacia abajo para encajarlo con firmeza en el lugar. Lo soltó poco a poco, asegurándose de que no se le resbalara antes de apartar la mano del todo.

Pom.

Las pisadas lejanas producían un traqueteo metálico sobre la pasarela. Un hombre gritó y una mujer chilló.

—¡Hazlo, Michael! —gritó Sarah—. ¡Weber nos elevará y nos sacará de aquí!

Pom.

Colocó la mano en la escalera que tenía detrás y se impulsó hacia delante, con la cabeza apoyada en el amasijo caliente que era la mente de Kaine. Estaba enredado en un mar de cables, y el metal le quemaba la piel. La Lanza se encontraba justo delante de él, y tenía los dedos sobre su teclado.

Pom.

Sarah gritó, y luego se oyó un fuerte golpe seco que hizo temblar la pasarela de arriba. Bryson lanzó un grito ahogado. Se oyó otro golpe seco. Más traqueteo metálico. Gritos. Más pisadas.

Michael tecleó el primer número del código.

Pom.

Un hombre gritó algo mirando hacia abajo, su voz grave retumbó en la sala.

—¡Deja lo que estés haciendo! ¡Ahora!

Michael lo ignoró y tecleó la cifra siguiente. La siguiente. Y la siguiente.

Pum.

Oyó el traqueteo de la escalera producido por el movimiento de alguien que bajaba. Los dedos le resbalaban sobre las teclas. Encontró el siguiente número, lo presionó. El siguiente. Y el siguiente.

Pom.

Volvió a oírse la voz del hombre, más cerca, a un volumen más alto.

—¡No te muevas ni un milímetro más o disparo!

Michael presionó el último número del código y oyó un clic.

8

Se oyó un disparo, la bala fue a impactar contra una superficie que estaba justo junto al oído de Michael.

—¡Vale, vale! —gritó el chico. Levantó las manos para demostrar que había dejado lo que estaba haciendo. Ya daba igual. La misión estaba cumplida. «Elévenos —pensó. Fue prácticamente una súplica a la agente Weber—. Por favor, ahora. Elévenos ya».

—Desenrédate de esos cables y aléjate lentamente del artefacto —le ordenó el hombre, mucho más tranquilo—. Vuelve a la escalera. Ahora.

—Vale —dijo Michael, pero seguía con la vista clavada en la Lanza, esperando poder ver sus efectos. Mientras intentaba desenredarse de la maraña de cables, seguía mirando. Aguardaba. Esperaba. Hasta ese momento no había ocurrido nada.

Al final encontró la escalera con los pies y los apoyó sobre el peldaño más cercano. Se acuclilló sobre los cables y conductos que tenía debajo y se dio impulso hacia atrás, luego se volvió y se aferró a la escalera con ambas manos. El tipo estaba justo encima apuntándolo con su arma gigantesca desde arriba.

—Despacito y no hagas ninguna tontería —dijo el hombre—. Venga, sube. No intentes nada. Te lo prometo, no fallaré el próximo disparo.

Michael asintió en silencio, volvió la cabeza para echar un último vistazo a la Lanza y decidió obedecer al hombre sin chistar. Esperaba que Weber los sacara a todos de...

De pronto sintió frío en el pecho. Acababa de desviar la mirada de la Lanza cuando el artefacto volvió a captar su atención. Se quedó mirando fijamente, aunque no sabía qué estaba viendo. Todo estaba... derritiéndose. La forma del artefacto ya no era rectangular, sus contornos no estaban definidos. Los cables caían por los lados y el metal del artefacto empezaba a retorcerse y abollarse, y se convertía en un líquido gelatinoso de plata fundida. Empezó a supurar por los electrodos a los que estaba conectado hasta transformarse en gotas que caían como la lluvia sobre los circuitos que había debajo.

Michael se quedó mirando el movimiento de las gotas. Algunas caían hacia arriba. En cuestión de segundos, la Lanza se había derretido hasta convertirse en diminutas gotitas de plata que se desprendían del artefacto en todas direcciones, desafiando las leyes de la física. A Michael se le ocurrió que el fenómeno solo podía ser efecto de algún tipo de fuerza magnética.

Levantó la vista para mirar al guardia armado y descubrió que el hombre también estaba contemplando la escena. Sus miradas se cruzaron.

—¿Qué has hecho? —le preguntó, más nervioso que enfadado—. ¿Qué era esa cosa?

—¿Quiere que le sea sincero? —respondió Michael—. No tengo ni idea. Alguien a quien le pagan mucho más que a usted me dijo que lo colocara ahí y apretara un par de botones. Y eso he hecho.

El hombre no tuvo oportunidad de responder. Un estruendo de ruidos inundó el ambiente. Salieron chispas disparadas del artefacto. El latido grave se detuvo y fue sustituido por el chirrido de enormes planchas de metal retorciéndose.

—¿¡Qué está pasando!?! —preguntó el hombre a gritos; el miedo le iluminaba la cara, que en ese momento le brillaba por el sudor.

Michael también estaba asustado. Lo único que podía hacer era encogerse de hombros.

—Sube hasta el final —le ordenó el guardia, y el chico inició el ascenso.

Michael puso la mano en el siguiente peldaño y, en cuanto se agarró a él, todo empezó a temblar. Los sonidos aumentaron de volumen.

Michael continuó subiendo mientras el edificio temblaba con violencia. El mar azul de luces repartidas por todo el núcleo de la programación de Kaine parpadeaba y emitía destellos, se producían pequeños estallidos y explosiones. Algunas placas de circuitos empezaron a despegarse de las paredes y a precipitarse al vacío. Otras partes del servidor central se desprendieron a medida que caían los circuitos. La temperatura subió de golpe, y Michael sentía un calor abrasador mientras ascendía por la escalera.

Se dio impulso para subir a la pasarela por detrás del guardia y vio a Bryson y a Sarah con las manos esposadas a la espalda. Estaban conduciéndolos a la fuerza hasta la salida. La estructura se balanceaba de atrás hacia delante mientras el mundo se estremecía y todo el que tuviera una mano libre se agarraba a algo para no caerse. Las llamas ascendían por las paredes a medida que el núcleo se derrumbaba. El ruido resultaba insoportable.

El hombre que había ido a por Michael le apuntó a la cara con su arma.

—¡Salgamos de este edificio y luego ya nos encargaremos de ti! ¡Vamos! ¡Yo iré detrás todo el camino!

Michael asintió en silencio. La agente Weber los elevaría y los sacaría de *Sangre vital profunda*. Lo haría.

Así que obedeció. Avanzó por la pasarela, entre tropiezos y empujones. Se aferró a la barandilla como los demás guardias, aunque estaba muy caliente; violentas ráfagas de aire abrasador ascendían soplando desde el centro de la sala que se estaba derrumbando. El sudor le empapaba el cuerpo, pero siguió avanzando. El guardia lo empujaba por la espalda con el cañón de su arma.

El chico llegó a la puerta y salió al pasillo.

Algo estalló a sus espaldas, un sonido fugaz perforó la atmósfera. El edificio se

tambaleó.

Michael salió corriendo por el pasillo y dobló la esquina. Tropezó, recuperó el equilibrio y siguió disparado hacia la escalera, en dirección a sus amigos y los demás guardias.

Bajaron saltando los escalones de dos en dos.

Se oyó una nueva explosión.

El edificio se estremeció.

Michael cayó al suelo.

Volvió a levantarse.

Se encontraba en el descansillo del segundo piso. Bajó más escalones. Llegaron al primer piso, toparon con el vestíbulo. Doblaron otra esquina. Esa vez iban en una dirección distinta, se dirigían hacia la puerta principal en lugar de ir a la trasera. El estruendo de varias explosiones inundó el ambiente. Michael y todos los demás cayeron al suelo. Se levantaron. El polvo los asfixiaba. Siguieron avanzando, llegaron a la salida y salieron a las calles iluminadas por el sol.

Otros hombres y mujeres armados esperaban en el exterior. Por detrás de ellos se veía una multitud pendiente de todo el barullo. Había camiones de bomberos estacionados en línea y coches patrulla, tanto vehículos rodados como naves, sin conductor y con las luces encendidas.

A Michael le daba vueltas la cabeza y un ardor lacerante recorría toda su musculatura. Apenas podía ver con claridad, el sudor y la luz cegadora del sol le nublaban la visión. En ese momento, cuando ya se encontraban en el exterior del edificio, el hombre que lo había ido empujando hasta la salida lo agarró con brusquedad y lo llevó algo más lejos, hasta la zona a la que los otros estaban llevando a Bryson y a Sarah. Allí había un enorme camión negro, cuyas puertas acababan de abrir dos hombres.

—Weber —dijo Michael con un suspiro ahogado, y estuvo a punto de derrumbarse, apenas capaz de seguir en pie—. Weber. —Volvió la cabeza de golpe, en busca de algún Portal, preguntándose si podría llegar a alguno de ellos. Algo no marchaba bien. No se había anticipado a los acontecimientos, pero sí había supuesto que las cosas saldrían de otra forma.

Debían colocar y activar la Lanza. Luego los elevarían.

De pronto, como si estuviera soñando despierto, apareció Gabby. La chica se encontraba entre la multitud de curiosos e iba empujando a la gente para poder llegar corriendo hasta Michael. Él se quedó mirándola. No entendía nada.

—¡Jax! —gritó ella con el rostro lívido por el terror mientras avanzaba a toda velocidad. Dos polis la perseguían—. ¡Michael!

—¿Gabby? —susurró el chico, y apenas se oyó a sí mismo.

¿Qué narices pasaba?

—¡No ha sido real! —gritó la chica justo cuando uno de los polis la retuvo sujetándola por el brazo—. Quiero decir, ¡sigues en la realidad! ¡Te han engañado!

No debería haberlos ayudado... —El otro poli la golpeó en la cabeza con la porra y ella cayó desplomada al suelo.

Mudo de la impresión, Michael soltó un grito, un sonido estremecedor que le perforó incluso sus propios oídos. Fue un alarido procedente de sus entrañas, un chillido sobrehumano de confusión y dolor. Lo obligaron a avanzar de un empujón y perdió de vista a Gabby.

Estaban metiendo a sus amigos a la fuerza en la parte trasera del camión. El pánico se apoderó de Michael. No, no, no. Todo estaba saliendo demasiado mal.

—¡Gabby! —gritó.

Se echó hacia delante con fuerza y se retorció para zafarse de su captor, en un intento de ver a la chica. Logró soltarse y se tambaleó, se volvió de golpe y echó a correr hacia Gabby.

Craso error.

Todo estaba saliendo mal.

Una multitud de personas la rodeaba. Michael deseaba llegar hasta allí. Localizarla, ayudarla, confundirse con la multitud.

Una mujer con uniforme negro de antidisturbios se plantó delante de él. Ella también blandía una porra y no paraba de agitarla, apuntando con ella directamente a la cara de Michael. El objeto le impactó en la frente, fue un golpe demoledor que hizo estallar el mundo en una lluvia de luces cegadoras y dolor. Cayó al suelo, se golpeó en la nuca contra el asfalto y quedó hecho un guiñapo.

El cielo y las azoteas daban vueltas sobre él. Estuvo a punto de perder la conciencia, pero aguantó y se obligó a seguir despierto. Había agotado todas sus fuerzas.

—Gabby —susurró—. Weber, ¿dónde estás?

Y entonces notó cómo lo levantaban en volandas, lo llevaban al camión y lo tiraban en su interior.

Las puertas se cerraron de golpe, se oyó el chirrido de las ruedas seguido por una detonación estruendosa y una explosión que retumbó por todo el vehículo. Sus amigos y él se quedaron a oscuras.

Michael cerró los ojos.

Criminal

1

Michael iba pasando de la conciencia a la inconsciencia. Se despertó cuando lo movieron, vio destellos de luces y caras borrosas, movimientos borrosos. Le dolía la cabeza, era una jaqueca fortísima que le recordaba demasiado a la Decadencia. A todo cuanto había supuesto esa experiencia. Le recordaba a Kaine. Le entraron ganas de vomitar.

Al final se quedó dormido.

2

—Oye... —le susurró alguien—. Michael, ¿estás bien?

Sarah. Era Sarah. El chico parpadeó unas cuantas veces hasta abrir los ojos del todo. Su amiga estaba mirándolo. Él estaba tendido boca arriba sobre una superficie dura. Tenía la cabeza más despejada y la sensación de aturdimiento había desaparecido. Se movió para incorporarse, emitió un gemido y Sarah lo ayudó. A Michael se le cayó el alma a los pies cuando vio dónde estaban.

Se encontraba sentado en un banco. Estaba con Sarah y con Bryson en una habitación de iluminación tenue con barrotes de acero por todas partes: era la celda de una cárcel. No había nadie más. ¿Los habían elevado?

—Tío —dijo Bryson—, esa tía debe de haberte sacado el cerebro por las orejas a base de porrazos. Lo he visto. Llevas un buen rato inconsciente.

—Pero ¿qué...? —preguntó Michael entre gruñidos. Incluso hablar le dolía.

Sarah se encontraba a su lado sujetándole la mano.

—Todo ha sido una mentira —dijo—. No piensan explicarnos nada. Solo nos han dicho que estamos detenidos. Los polis de este sitio son terribles.

—¿Qué...? —volvió a decir Michael. Tal vez hubiera sufrido una lesión cerebral grave y esa fuera la única palabra que iba a poder pronunciar durante el resto de su vida—. ¿Habéis visto a Gabby?

Se volvió hacia Bryson, quien no parecía haberlo oído. Su amigo estaba hecho una furia, se frotaba las manos y miraba los barrotes de acero.

—Weber. Nos ha tendido una trampa. Ha sido todo un montaje, de principio a fin. Ojalá algún día tenga la oportunidad de... Con cinco minutos me bastaría. Es cuanto

necesito.

Michael quería preguntarle de qué narices estaba hablando, pero tenía que concentrarse en seguir respirando.

—No sabemos si ha sido ella —dijo Sarah—. De hecho, no tiene ningún sentido que haya sido ella. Después de sumergirnos en el Sueño, podría haber entrado alguien y haber tomado el control de la operación.

Bryson volvió a soltar una risa burlona.

Con cada segundo que pasaba, Michael estaba más convencido de que la paliza que le habían propinado había sido demasiado brutal para que llegara a recuperarse.

—Un momento... ¿Qué está pasando? ¿Qué sabéis vosotros que yo no sepa, chicos?

Sarah siguió hablando, pero no parecía dirigirse a Michael.

—Deben de haberlo hecho justo después de que Weber nos entregara el artefacto ese, la Lanza. Estaba todo relacionado con el hecho de meternos a presión en el lugar. Estábamos fuera de combate. Hemos dormido durante Dios sabe cuántas horas. Han tenido mucho tiempo para hacerlo.

—Os digo que ha sido Weber —afirmó Bryson. Volvió a apoyar la espalda contra la pared de cemento que había detrás del banco—. No me trago que nos diera la Lanza se elevara del Sueño y que, de pronto, otras personas tomaran el control de la operación. Eso es lo que le gustaría que creyéramos. Nos ha tendido una trampa para ponernos a la sombra.

—Pero ¿por qué? —preguntó Sarah—. Ya existían millones de razones para detenernos. Se supone que Michael es un ciberterrorista, y todo el planeta cree que he secuestrado a mis padres. —Se le cortó la voz, pero la recuperó enseguida—. Por no hablar de las tropecientas veces que hemos violado la ley en el Sueño. Y eso no mejora las cosas. Si Weber, o cualquier otra persona, quería vernos entre rejas, lo único que tenía que hacer era entregarnos. Llamar a la poli.

Michael seguía mirando a Sarah y Bryson alternativamente, intentando atar cabos. Bryson asentía con parsimonia, sopesándolo todo.

—Ajá —dijo. Y luego lo repitió—. Ajá.

—Chicos. —Michael se removió en su asiento e hizo un mohín por el dolor persistente—. Llamadme lento, pero ¿de qué narices estáis hablando? ¿A qué se refería Gabby antes? ¿Ya nos han elevado para sacarnos de lo Profundo? ¿Dónde estamos? ¿Qué ha ocurrido? ¿Esta es una cárcel real o...?

—Michael —dijo Sarah con suavidad, aunque con la firmeza suficiente para interrumpirlo—. Michael. Nos han engañado. Alguien nos ha engañado.

—¿Cómo? —preguntó—. ¿Qué han hecho?

Sarah parecía terriblemente triste, tristísima.

—Jamás hemos estado en *Sangre vital profunda* —dijo—. Debieron drogarnos en algún momento; nos habrán aturdido antes de que entráramos en los ataúdes, no lo sé. Luego nos elevaron y nos dejaron en el Despertar, en la auténtica Atlanta. Es la única

explicación.

A Michael empezó a darle vueltas la cabeza.

Sarah le dio un fuerte apretón en la mano.

—Fuera lo que fuese lo que hubiera en ese edificio, lo hemos destruido. En el Despertar, Michael. Y no sé si estaba relacionado con Kaine.

Dos visitantes

1

Michael estaba tendido sobre un catre diminuto en una habitación abarrotada. El suelo, el techo y las tres paredes estaban hechos de adoquines. Una hilera de gruesos barrotes componía la cuarta pared. La única luz la daba una bombilla que emitía un zumbido constante y parpadeaba cada pocos minutos. Michael se quedó mirando al techo, sobrecogido por una profunda pena, más intensa de lo que hubiera sentido jamás. Hubiera deseado estar muerto.

Ni siquiera sabía con exactitud por qué se sentía tan triste. Hacía tiempo que sufría experiencias mucho peores. Sin embargo, el estar encerrado —y, lo peor, sin sus amigos, que el guardia había llevado a otra celda unas horas antes— suponía contar con todo el silencio y el tiempo del mundo para pensar en sus problemas.

Y se entregó a la reflexión.

Pensó en sus padres tangentes, que habían desaparecido para siempre. En Helga, su querida niñera tangente, también desaparecida. En Sarah, cuyos padres también habían desaparecido, y a quien habían acusado de estar relacionada con su desaparición. Bryson, acusado de ser cómplice de Sarah. Kaine, suelto y apoderándose de más cuerpos cada segundo que pasaba, o eso creía Michael. Pensó en que la agente Weber, la única persona en la que confiaba, además de Sarah y Bryson, lo había traicionado.

Pensó en Jackson Porter. En su vida robada.

También pensó en sí mismo, Michael, un asesino, sin importar que hubiera matado a alguien de forma involuntaria.

Y pensó en Gabby. Él la había obligado a implicarse en todo aquello. Y lo único que vio de ella fue su cuerpo hecho un ovillo, herido y tendido sobre el asfalto.

La situación era insostenible.

Michael siempre había presumido de no ser un llorón. Eso había cambiado últimamente. Vio borrosas las luces del techo y, cuando levantó una mano para rascarse la mejilla, notó que tenía los dedos mojados.

Se dio la vuelta y se quedó mirando la pared, acurrucado sobre el catre.

Entonces Michael lloró. Fue un llanto angustiado, hipaba entre sollozos y se le estremecían los hombros. Le goteaba la nariz y el sonoro lloriqueo rompía el fantasmagórico silencio.

Michael lloraba sin poder remediarlo.

En algún momento se quedó dormido. Pero no se dio cuenta hasta que el traqueteo metálico de un objeto que recorría los barrotes lo despertó de forma brusca. Desorientado, se incorporó sobre el catre.

Había un guardia allí de pie, masticando chicle, ocioso, con la pistola en la mano; era eso lo que había pasado sobre los barrotes metálicos. Cuando Michael ya estaba despierto y más despejado, el hombre volvió a meter el arma en la cartuchera.

—Tienes visita —dijo el guardia, molesto—. Son dos personas. Un hombre y una mujer. ¿A quién quieres ver antes?

El anuncio espabiló del todo a Michael. Se levantó.

—¿Quiénes...? ¿Quiénes son?

—Ni lo sé ni me importa. ¿Quién será el primero?

Michael lo pensó bien. Toda la situación era muy rara. ¿Quiénes serían? Al final dijo:

—El hombre, supongo.

El guardia le dedicó una mirada aburrida y se alejó caminando. Michael permaneció donde estaba, oyó un traqueteo metálico, unos cuantos susurros y unas pisadas. No tardó en aparecer otro hombre, llevaba vaqueros y camisa negra. Tenía el pelo castaño, barba de tres días, y ojos azules y vidriosos.

Michael no lo había visto antes.

—Te has metido en un buen montón de líos, Michael —dijo el hombre. No lo dijo con amabilidad, aunque tampoco parecía tener un actitud hostil. Lo afirmó como si fuera algo que diera por sentado.

—¿Quién es usted? —preguntó Michael.

—Mi nombre no importa.

Michael esperaba más, pero el hombre permaneció en silencio. Se quedó mirando al chico con su gélida expresión.

—Entonces... —Michael buscaba las palabras apropiadas—. ¿Ha sido muy grave lo ocurrido? La policía no nos ha contado nada. Creíamos que estábamos en el Sueño. ¿Hemos... matado a alguien? —Había evitado pensar en ello, aferrándose a la esperanza de que todo el mundo había salido ileso. Aunque lo trataban como si, cuando menos, hubiera tenido la intención de cometer un asesinato.

—¿Que si habéis matado a alguien? —El hombre soltó una risa burlona—. Habéis hecho algo mucho peor que eso. Habéis arrasado con la SRV.

—¿Qué...? ¿Qué quiere decir? —Michael sintió una opresión en el pecho y se esforzó por encontrar la lógica a las palabras del hombre.

El desconocido le dedicó una sonrisa triste.

—Aunque «arrasar» es una expresión demasiado fuerte. Sería más apropiado decir que habéis dejado la organización en ruinas. Bastante deteriorada. Tardarán en restaurarla. Fuera lo que fuese ese artefacto que colocaste, era bestial, muchacho.

Activó una reacción en cadena que afectó a todos los sistemas de la organización, como un virus que ataca un organismo; ha arrasado con la organización al completo. Los has dejado fuera de juego. Nunca entenderé cómo has sabido dónde se encontraba el servidor central. Sinceramente, me da igual. No es la razón por la que estoy aquí.

Michael se quedó mudo y paralizado como una estatua. A pesar de lo listo que era, su mente no lograba asimilar lo que estaba oyendo.

El hombre se acercó más a los barrotes y se inclinó hacia delante.

—Escúchame, chico. He venido a verte porque el mundo está cambiando. Cambiando delante de nuestras narices. Y tú formas parte de ello, lo quieras o no. No hay forma de saber cuánto tiempo estarás aquí dentro, pero sospecho que llegará la hora, tarde o temprano, en que se den las circunstancias para liberarte. Y quiero que recuerdes mi cara. Recuérdala bien.

—Yo... —Michael intentó pensar en alguna respuesta o pregunta lógica—. ¿Trabaja para Kaine? ¿Para la agente Weber? ¿Tiene esto algo que ver con la Doctrina de la Mortalidad? ¿Quién es usted?

—¿Amigo? —dijo el desconocido con tono contemplativo—. ¿O enemigo? Lo sabrás dentro de unas semanas.

Michael no supo qué responder.

El hombre prosiguió.

—Ahora voy a irme. Tendrás mucho tiempo para pensar antes de que todo llegue a su fin. Espero que hayas aprendido una valiosa lección tras lo ocurrido en ese edificio. Sobre la naturaleza de la Red Virtual. Sobre la naturaleza de la realidad.

—¿Qué quiere decir?

—Si la humanidad puede crear un mundo tan parecido al nuestro —dijo el desconocido—, ¿cómo podremos volver a distinguir lo real de lo que no lo es? Podría elevarte ahora mismo, sacarte de una neurocaja, y entonces dirías: «¡Oh! ¡He vuelto al mundo real!». Y entonces volvería a elevarte, y te sorprenderías, aunque sentirías, durante algún tiempo, que estás en el... ¿Cómo lo llamáis? El Despertar.

El hombre levantó las manos y se agarró a los barrotes con fuerza hasta que se le pusieron los nudillos blancos.

—Podría elevarte cientos de veces. Miles. ¿Cómo podrías volver a distinguir, Michael, si de verdad estás en el mundo real? Además, ¿quién determinará qué es el mundo real?

Michael se sentía tan abrumado que empezaron a fallarle las rodillas, hasta el extremo de estar a punto de caer postrado. Y no porque las palabras del hombre fueran descabelladas, sino porque era lo más terrorífico que había escuchado jamás.

—Piénsalo —dijo el hombre, y se apartó de los barrotes—. Piensa en si alguien es malvado por querer otorgar la inmortalidad a la humanidad. Piensa en todo eso y en mucho más. Tendrás tiempo. —Se volvió para marcharse.

—¡Espere! —gritó Michael—. Al menos..., dígame quién es.

—No puedo decírtelo ahora, Michael. Resultaría emocionalmente complicado para ti. Pero quería que vieras mi cara. Algún día, algún día no muy lejano, será importante. Hasta entonces, pues. —Hizo un leve gesto de asentimiento con la cabeza y se alejó caminando, sin mirar atrás.

—¡Espere! —volvió a gritar el chico, pero la única respuesta fue el eco de su propia voz.

3

Michael se sentó en el catre, tan aturdido por la visita del hombre que se sentía como separado del cuerpo; su conciencia flotaba en una especie de mundo etéreo y sin sentido. En el aire se respiraba algo maligno, una sensación que el chico solo podía comparar con aquellos horribles momentos en los que lo habían elevado para sacarlo del Sueño e introducirlo en el cuerpo de otra persona.

Entonces escuchó el repiqueteo de unos zapatos de tacón.

No podía creerlo. ¿Cómo se habría atrevido esa mujer a presentarse allí?

El chico levantó la vista cuando ella se plantó al otro lado de los barrotes.

—¿En serio? —preguntó él—. ¿De verdad ha venido a visitarme? Dé las gracias de que me tengan encerrado.

La agente Weber se detuvo. Puso una expresión imposible de interpretar.

—Michael —dijo—. Hay cosas que no entiendes. En especial, cosas relacionadas conmigo. Tampoco sabes por qué todo ha salido tan mal.

Michael tenía el corazón desbocado, y el pecho le subía y bajaba por sus fuertes inspiraciones y exhalaciones. Ni siquiera podía hablar.

—Todo lo que se dice en este lugar queda grabado —prosiguió ella—. Debo ser cautelosa. Pero has de saber que lo que piensas sobre mí no es cierto. Tú y yo estamos en el mismo bando. Ya no soy la misma de antes. —Parpadeó un poco al decirlo, como si quisiera transmitir al chico algún mensaje secreto—. Y el papel de la SRV es mucho más complicado de lo que crees.

Se acercó mucho a los barrotes y susurró en voz tan baja que Michael apenas pudo oírla.

—La SRV creó a Kaine, Michael. Pero ahora él va por libre. Y te guio de forma deliberada hasta ese edificio de *Sangre vital profunda*, para que fueras hasta ese lugar en el mundo real. No fui yo quien te dio el cambiazo. Te lo juro por mi vida. Ya no se puede confiar en nadie dentro de la SRV. Y Kaine quería destruir todas las pruebas que lo relacionaran con el organismo. —La mujer retrocedió un paso, como si no acabara de poner patas arriba todo el mundo del chico con solo un par de frases.

Michael se quedó quieto, temblando de rabia. Y la miró a los ojos. ¡Cómo echaba de menos a sus amigos! Podría haber soportado ese momento si al menos Bryson hubiera estado sentado en el catre haciendo bromas. O si Sarah hubiera estado a su

lado, tomándolo de la mano.

—Algo más antes de irme —dijo Weber—. Y esto es muy importante. —Hizo una pausa, miró a derecha e izquierda, y luego volvió a mirar a Michael—. Jamás podrás destruir una inteligencia humana. Ni una inteligencia programada. ¿Me entiendes? Están almacenadas. Todas ellas. Tanto las humanas como las tangentes. La Decadencia puede deteriorarlas un poco, pero todavía existen. Pueden ser reconstruidas. Esto va a... —Se quedó pensando cómo decirlo—. Marcará la diferencia en la batalla que está por llegar. Si es que algún día todo mejora.

Durante un breve instante, esa última afirmación desplazó en importancia a todas las demás. Aunque Michael no lograba imaginar por qué estaba contándose a él, lo hizo pensar en algo que le daba miedo preguntar. Sin embargo, formuló la temida pregunta.

—No es que me haya creído ni una sola palabra de lo que ha dicho —comentó—, pero ¿está intentando decirme que mis padres, mis verdaderos padres, mis padres tangentes, siguen vivos? ¿Y que Jackson Porter también sigue vivo? ¿Que alguien ha descubierto cómo descargar la información de una mente humana?

Weber retrocedió un paso y, una vez más, miró a izquierda y derecha, luego volvió a mirar a Michael.

—Las cosas empeorarán antes de que empiecen a mejorar —dijo—. Pero sí creo que pueden mejorar y lo harán. Adiós, Michael.

No se molestó en gritarle para detenerla. No serviría para nada.

Sus tacones repiquetearon con un ritmo sincopado mientras desaparecía por el pasillo.

4

Le habían quitado casi todos los dispositivos periféricos menos el audiopad, con una posibilidad muy limitada de conexión a la red. Algo de entretenimiento. Juegos sencillos. Incluso los criminales conseguían esa prebenda en un mundo en que la realidad no era suficiente.

Estaba tumbado en el catre y miraba la pantalla de red como ausente; la superficie iluminada y de fulgor verde estaba prácticamente en blanco. No paraba de pensar en todo lo que le habían dicho sus visitantes. Era mucha información. Era mucha información extraña. ¿La SRV había creado a Kaine? ¿Era posible que su familia y Helga siguieran vivos, tal como había soñado?

Apenas podía asimilarlo todo. Añoraba el mundo exterior. Se preguntaba qué iba a ocurrir. Estaba preocupado en general.

Sin embargo, por encima de todas las cosas, en ese preciso momento, echaba de menos a sus amigos.

Un pequeño destello de luz captó su atención en la pantalla de red.

Miró hacia ella, pero el destello había desaparecido.

Transcurridos un par de segundos, la luz volvió a destellar: un punto blanco sobre fondo verde. Y desapareció.

El chico se quedó mirando, a la espera.

Un nuevo destello; esta vez duró un poco más.

Luego aparecieron tres palabras, nítidas y brillantes, como si hubieran estado ahí todo el rato.

«Estoy aquí. S.»

Michael sintió que se le henchía el pecho de alegría. Se relajó mentalmente. Se le levantó el ánimo.

Sarah.

Solo ella tenía las agallas y la compasión para hacer lo que acababa de hacer. Algo que parecía sencillo, aunque él sabía el esfuerzo que suponía. Él mismo dudaba de ser capaz de tal hazaña. Los vigilaban muy de cerca. Aunque tenía muy claro que lo intentaría.

Sarah. Estaba ahí, y, de momento, se conformaría con eso.

Empezó a trabajar para responderle. Le costó una hora burlar los complejos cortafuegos del sistema de la prisión sin ser detectado. Sin embargo, no pensaba dormirse hasta que lo hubiera conseguido. Al final envió el mensaje, y luego se recostó para disfrutar de ese sueño reparador que tanto necesitaba. Lo que había enviado le parecía apropiado; al fin y al cabo eran jugadores. El mensaje quedó flotando en sus pensamientos e iluminó sus sueños como un faro en la noche.

«Venceremos».

Epílogo

Dos años después, Michael recibió a su tercer visitante. Salvo que, en esa ocasión, ningún poli se lo había anunciado antes. Una serie de zumbidos y traqueteos metálicos retumbaron por los pasillos de la prisión. Michael estaba tumbado en su catre, pero con los extraños ruidos se incorporó e intentó descubrir la procedencia del barullo. Alguien se acercaba con determinación. La puerta de la celda se abrió varios centímetros. Entonces entró un hombre y se plantó allí como si el lugar fuera suyo.

—Vamos, Michael —dijo el recién llegado—. Tus días como preso han terminado.

Era el padre de Sarah. Gerard.

Michael intentó deshacer el nudo que tenía en la garganta tragando saliva e intentó hablar, pero no le salían las palabras. Estaba seguro de estar soñando.

—O puedes echar un sueñecito antes de que nos vayamos. —A Michael le costó un segundo captar la broma, y no entendió por qué debería volver a dormir cuando la puerta de su celda estaba abierta de par en par.

—Michael —dijo Gerard con severidad—. Levanta de una vez. Nos vamos.

—Vale —logró decir a duras penas, se levantó y se dirigió a toda prisa hacia el padre de Sarah—. Vale. Pero...

—Sí. Lo sé. Para mí las cosas no son menos complicadas. Vámonos.

Michael asintió en silencio, luego siguió a Gerard fuera de la celda, a lo largo del pasillo, y se percató de que todas las puertas estaban abiertas. La cárcel estaba casi vacía.

—Sarah —dijo Michael—. Bryson. ¿Dónde están?

—No te preocupes, ya los tengo. —Michael siguió a Gerard por una pesada puerta blindada que estaba entreabierta—. Estaban en otra ala. Ya están en el coche, esperando con mi mujer. Estarás con ellos dentro de dos minutos. Ahora, acelera un poco.

Gerard empezó a correr, y Michael hizo lo propio. Los padres de Sarah: sanos y salvos. Michael y sus amigos: liberados. Poco a poco iba siendo consciente de la situación. Sintió un júbilo repentino que le costaba contener.

Pasaron por otra puerta de seguridad y llegaron a la entrada de la cárcel. El lugar estaba desierto, no había ni un solo poli ni nadie más a la vista.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Michael mientras seguía corriendo para ponerse a

la altura de Gerard, dirigiéndose ambos hacia la luz del sol.

Gerard se detuvo y se volvió hacia Michael, jadeante.

—Un grupo de personas nos rescató a mi mujer y a mí. Y luego planearon todo esto. —Levantó las manos y miró a su alrededor—. Dijeron algo de que eran tangentes, que antes eran tangentes. Yo no entendí nada. Pero ¿crees que eso me importó? Estamos a salvo y hemos recuperado a nuestra hija.

Empezó a volverse hacia delante, pero Michael lo sujetó por el hombro. De pronto se sintió alarmado.

—¿Tangentes? —preguntó—. ¿Está seguro de que dijeron eso?

Gerard asintió con la cabeza.

—Sí, están dirigidos por una mujer. Dijeron que se llamaba Helga. —Agarró a Michael y lo empujó para que pasara por la puerta. Salieron a cielo abierto, bajo un sol cegador. Michael siguió al padre de Sarah, corría tras él en dirección al coche que los esperaba en la calle con el motor en marcha. Una chispa de esperanza prendió en su corazón.

Agradecimientos

Gracias, lectores. Cada día me admiráis más lo fantásticos que sois todos. Gracias, tío o tía que inventó Internet, por hacer que eso sea posible.

Gracias, educadores, bibliotecarios, librerías y todos los que distribuís estos libros. Y gracias, personas insospechadas que buscáis algo nuevo que leer.

Gracias, Krista Marino, mi paciente, meticulosa e inteligente editora.

Gracias, Michael Bourret, por ser el mejor agente literario de la historia.

Gracias, Lauren Abramo, la mejor agente literaria internacional de la historia.

Gracias, Random House, por apoyarme tanto y de forma tan increíble en el camino. Y por hacerme sentir parte de vuestra familia editorial.

Gracias, Lynette, por mantenerte a mi lado. Lo eres todo para mí.

Gracias, Wesley, Bryson, Kayla y Dallin, por hacer que la paternidad sea algo tan maravilloso.

Gracias, mamá, por educarme tan bien y alentar mi creatividad.

Y puede que este sea un lugar un poco extraño para decirlo, pero... Gracias, Twentieth Century Fox, Gotham Group, Wes Ball, Wyck Godfrey, T. S. Nowlin, y todo el reparto y el equipo de rodaje por lo que habéis hecho con la película de *El corredor del laberinto*. No solo habéis captado la visión que yo tenía del libro a la perfección, sino que me habéis proporcionado un montón de nuevos lectores, por lo que os estoy profundamente agradecido. Y, una vez más, aunque decirlo dos veces no sea suficiente: gracias, lectores. Muchas gracias.